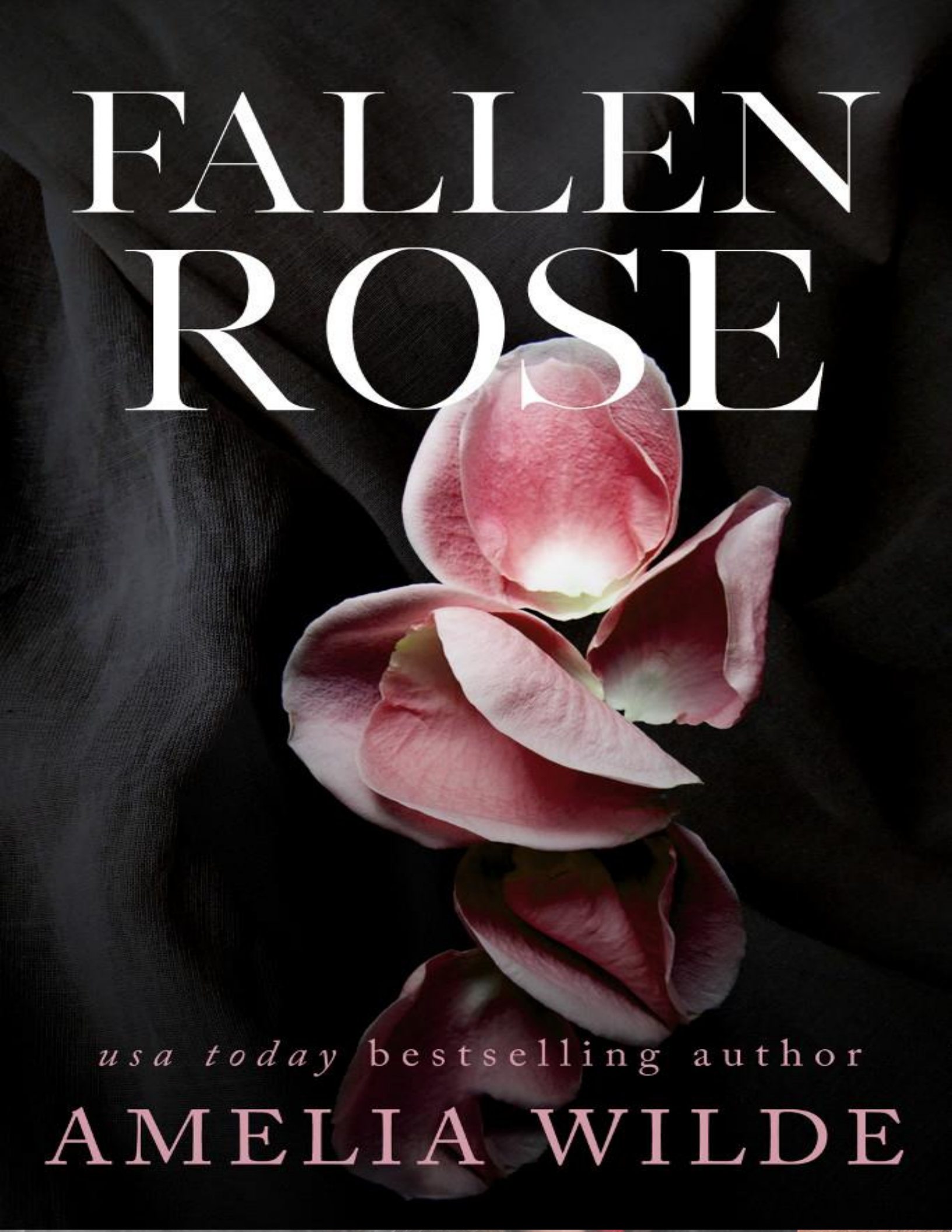
FALLEN ROSE



usa today bestselling author

AMELIA WILDE

ROSE

AMELIA WILDE

FALLEN ROSE



AMELIA WILDE

BEAST OF BISHOP'S LANDING # 3

FALLEN



¡IMPORTANTE!

Esta traducción fue realizada sin fines de lucro por lo cual no tiene costo alguno. Es una traducción hecha por fans y para fans. Si el libro logra llegar a tu país, te animamos a adquirirlo. No olvides que también puedes apoyar a la autora siguiéndola en sus redes sociales, recomendándola a tus amigos, promocionando sus libros e incluso haciendo una reseña en tu blog o foro. Por favor no menciones por ningún medio social donde pueda estar la autora o sus fans que has leído el libro en español si aún no ha sido traducido por ninguna editorial, recuerda que estas traducciones no son legales, así que cuida nuestro grupo para que así puedas llegar a leer muchos libros más en español.

Team Fairies

Instagram: Team_Fairies

Facebook: Team Fairies



CONTENIDO

Staff 6
Sinopsis 7
Capítulo Uno 8
Capítulo Dos 16
Capítulo Tres 26
Capítulo Cuatro 34
Capítulo Cinco 46
Capítulo Seis 57
Capítulo Siete 72
Capítulo Ocho 84
Capítulo Nueve 95
Capítulo Diez 107
Capítulo Once 117
Capítulo Doce 126
Capítulo Trece 137
Capítulo Catorce 145
Capítulo Quince 156
Capítulo Dieciséis 174
Capítulo Diecisiete 183
Capítulo Dieciocho 192
Capítulo Diecinueve 202
Capítulo Veinte 213
Capítulo Veintiuno 224
Capítulo Veintidós 233



Capítulo Veintitrés....243
Capítulo Veinticuatro....250
Capítulo Veinticinco....263
Capítulo Veintiséis....271
Capítulo Veintisiete....279
Capítulo Veintiocho....291
Capítulo Veintinueve....302
Capítulo Treinta....311
Capítulo Treinta Y Uno....321



Staff

Traducción

Hada Carlin

Hada Eolande

Hada DarkSky

Hada Musa

Hada Sunshine

Hada Lila

Corrección

Hada Tinkerbel

Corrección Final

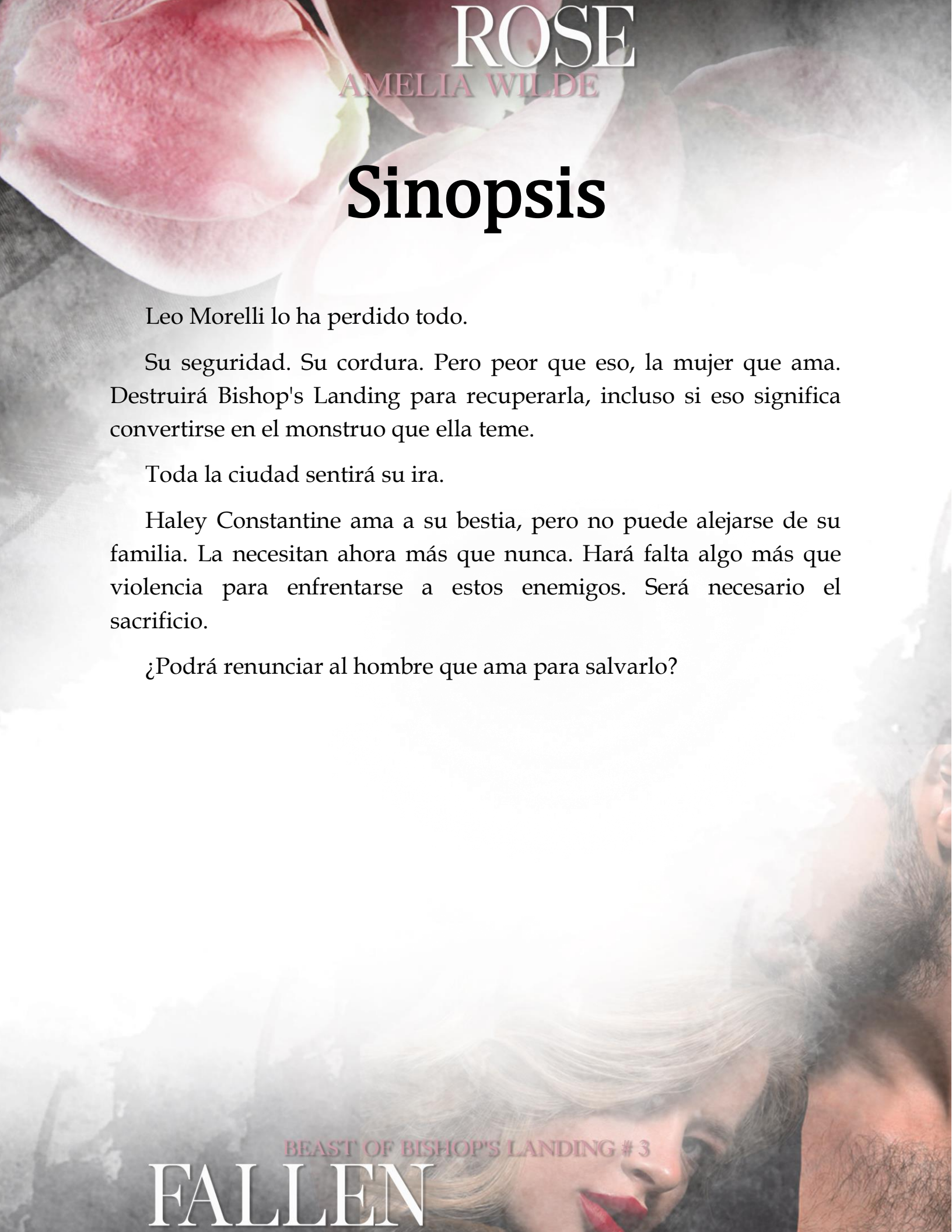
Hada Itaca

Lectura Final

Hada Mir

Diseño

Hada Anjana



Sinopsis

Leo Morelli lo ha perdido todo.

Su seguridad. Su cordura. Pero peor que eso, la mujer que ama. Destruirá Bishop's Landing para recuperarla, incluso si eso significa convertirse en el monstruo que ella teme.

Toda la ciudad sentirá su ira.

Haley Constantine ama a su bestia, pero no puede alejarse de su familia. La necesitan ahora más que nunca. Hará falta algo más que violencia para enfrentarse a estos enemigos. Será necesario el sacrificio.

¿Podrá renunciar al hombre que ama para salvarlo?



Capítulo Uno

Haley

La oscuridad se aprieta como una mano sobre mi boca, pero tengo que respirar.

Tengo que salir de esta pesadilla llena de sangre que resuena con respiraciones ahogadas. Con jadeos torturados. Con el sonido de Leo intentando respirar mientras sus pulmones se llenan de sangre.

El sueño se está desvaneciendo rápidamente. Pero todo se siente mal. Me siento menos como si me hubiera dormido y más como si me hubieran puesto aquí contra mi voluntad. *Despierta, despierta, despierta.*

Mi mano conecta con algo suave. Que sea la camiseta de Leo, por favor. ¿Dónde está, dónde está?

No hay nada sólido debajo. La empujo y se convierte en una manta arrojada lejos de mi cuerpo. Una ráfaga de aire mientras vuela lejos de mí.

Estoy en una cama, pero no es la suya.

Atrapada por las sábanas. Mis extremidades son perezosas, pero no tan inútiles como en el sueño. Me quito el cabello de la cara con las manos entumecidas, y pongo las dos piernas sobre el lado de la cama. Podría volver a dormirme, lo cual es jodido, sinceramente. Llevo mucho tiempo durmiendo. Es lo único que sé. Mis ojos arden. Hasta mis espinillas se sienten raras, y hay un golpeteo en mi cabeza.

Y esta no es la habitación de Leo.

Es encantadora. Aireada y de color pastel. Verde menta y blanco, con toques de esmeralda. Cada mueble ha sido meticulosamente colocado. Una elegante silla junto a la ventana. Un banco acolchado a los pies de la cama. Una cómoda a juego con un espejo redondo. Puedo verme a mí misma en él.

Me veo desaliñada. Confundida. Aterrada. Tal y como debería de estar.

Porque esta es la casa de Caroline.

Tiene un olor que reconozco. No puedo nombrarlo, pero lo conozco. Lo he olido antes. Algo rico y lujoso y totalmente falso. ¿Cómo demonios he llegado hasta aquí? Mi mente lucha contra el vacío que hay en mi mente. No debería estar aquí. Ella no debería quererme aquí. No cuando he estado con Leo. No cuando intentó que lo mataran. No cuando me quedé. Recorro mis recuerdos como si volviera sobre mis pasos en busca de un juego de llaves perdido.

Puedo averiguarlo más tarde. Ahora, tengo que salir.

Con piernas inestables, me precipito hacia la puerta. La última vez que estuve aquí, estuve en una fiesta a la que no pertenecía con un

vestido prestado. Ahora estoy arropada con la camisa de Leo, mis leggins y una camiseta de tirantes debajo. No tengo calcetines, ni zapatos, pero no me importa.

El pomo de la puerta gira bajo mi mano. La madera maciza se balancea hacia mí, obligándome a entrar en la habitación.

Caroline entra como una brisa.

Si no supiera lo que le pasó, nunca habría notado la tensión de sus hombros. Todo lo demás está pulido. Perfecto. Constantine. Lleva un conjunto de ropa de descanso con un chal de cachemira azul y una expresión de pura preocupación.

Me congelo en medio de la habitación. El olor era su perfume. Es ligero y caro y está en todas partes.

Me hace enfermar.

La envoltura de su ropa susurra al contacto con el suelo mientras ella se acerca a mí. Estoy demasiado congelada como para detenerla, y de repente hay unas manos frías y pequeñas a los lados de mi cara.

—Haley, cariño, hemos estado tan preocupados. —La bilis me sube a la garganta al escuchar *cariño* en su boca. Y no ha terminado de hablar. Uno de sus pulgares acaricia ociosamente mi pómulo—. He oído lo que Leo Morelli te obligó a hacer para salvar a tu padre. Siento mucho que no pensaras que podías acudir a mí. No te preocupes, cariño, ahora estás a salvo. No puede robarte de nuevo. Ahora estás bajo mi protección.

Sus manos se deslizan hasta mis hombros.

Es demasiado, y me empujo fuertemente lejos de ella. No hay lugar a donde ir, no realmente, pero al menos puedo dar un gran paso atrás. Los ojos de Caroline siguen siendo grandes, redondos y preocupados.

—No me obligó a hacer nada. Tú me trajiste aquí. Yo no quería venir.

Las comisuras de su boca bajan, y sacude un poco la cabeza.

—Cariño...

—No soy tu *cariño.* —Se me eriza la piel, enfriándose con la presencia de Caroline. Se enfadaría mucho si vomitara en su bonita alfombra—. Quiero ir a casa. Quiero ver a mi padre.

Chasquea la lengua.

—Lo harás. Por supuesto que lo harás. Y no tendrás que preocuparte más. Yo me encargaré de todo. La tía Caroline está aquí ahora.

Caroline da un paso adelante, ocupando el espacio que yo había conseguido. Debería correr. Debería apartarla de un empujón y correr. Pero en lugar de eso mis músculos se bloquean con fuerza, congelándose uno a uno desde los dedos de los pies hasta arriba. Incluso mi respiración se siente más fría. Caroline no es alta. No se eleva por encima de mí. No sé qué es lo que me asusta tanto que no puedo ni moverme. El brillo de sus ojos, tal vez. O el olor repugnante de todo su dinero y poder. Las yemas de sus dedos se acercan a mi mejilla y me apartan un mechón de cabello de la cara. Su mirada recorre mis rasgos como si me estuviera viendo por primera vez.

—He descuidado a tu pequeña familia durante demasiado tiempo. No ha sido culpa tuya.

La prisión se desbloquea y alejo su mano. Soy demasiado lenta. Todo tarda más de lo que debería. Respirar es más difícil. Pensar es más difícil. Leo, cayendo. Los raíles de la camilla resbalando de mis manos. Eva llevándose la mano a los ojos en la sala de espera de la familia. Un largo y silencioso viaje a casa. Leo diciendo *corre*. El negro de su abrigo contra el blanco de la nieve fresca. *Me estoy quemando*. Su fiebre. El agarre semiconsciente de sus brazos alrededor de mi cintura. Volvió. Se despertó.

Y luego.

Los mensajes de texto. ¿Por qué salí a la nieve sin esperar a Gerard? Si hubiera esperado, no estaría aquí. No me habría encontrado con Cash en la puerta de Leo. No habría estado allí cuando...

—No, no es culpa mía. —Me encuentro con los ojos de Caroline con el miedo y la rabia revueltos en mis entrañas—. Nada de esto es culpa mía. Me estás obligando a estar aquí. Estás haciendo lo que dijiste que hizo Leo. *Me has secuestrado*. Hiciste que un hombre me drogara.

Caroline suelta una pequeña carcajada y es tan educada e incrédula que un pinchazo de duda se clava en mí. ¿Soy yo? ¿Soy yo la que no sabe lo que está pasando? Los últimos días en casa de Leo han sido literalmente un sueño febril. Una pesadilla. Nada existía excepto Leo y el interminable flujo de toallas frías que le ponía en el cuello, en la espalda. Tal vez los dos estábamos enfermos. Tal vez yo esté enferma ahora. Me examino la frente. No tengo fiebre. Me siento como si me hubieran drogado. Porque fui drogada.

—Somos familia, Haley —dice Caroline—. Es mi responsabilidad sacarte de una mala situación y traerte a casa. No se sabe lo que podría haberte pasado.

—Enviaste a un hombre para traerme aquí contra mi voluntad. Enviaste a mi hermano... —No puedo hablar de Cash. Caroline nunca ha caído tan bajo como para enviar a su secuaz a atacar a Cash, excepto una vez—. Puso su mano sobre mi boca. Me drogó. —Llevo la mano hasta la línea de la mandíbula y rozo con los dedos la piel de esa zona. No tengo que mirarme en el espejo para saber que hay un hematoma; puedo sentir el punto sensible donde sus dedos me aprisionaron la cara para mantener el paño sobre mi boca—. Él me hizo esto. —Levanto la barbilla e inclino la cara hacia la luz.

Ella da un jadeo falso y superficial, y luego se acerca a mí. Contengo la respiración. No puedo soportarlo. Su tacto es frío y ligero como una pluma. Caroline me gira la cara, mirando el moratón. No es como la forma en que Leo me toca, no es nada parecido, y no sé dónde está. Llevo aquí el tiempo suficiente para que me encuentre, pero no lo ha hecho. El impulso de golpear a Caroline, de atacarla, muere apresuradamente bajo mi miedo.

Sé de lo que es capaz.

—Probablemente fue Leo Morelli quien te hizo esto —dice—. Todo el mundo sabe que es la Bestia de Bishop's Landing. Violento. Inestable. Peligroso.

—Tú eres la peligrosa.

Ella sonríe, luciendo hermosa y fría.

—No sabes lo que dices. Probablemente sea el síndrome de Estocolmo. Has estado cautiva durante tanto tiempo que realmente simpatizas con tu secuestrador. Te ayudaré. Te ayudaré hasta que entiendas la verdad.

Esta no es mi casa. No soy ese tipo de Constantine. Nunca lo he sido y nunca lo seré.

Acaricia mi mejilla de nuevo, y luego toma mi mano en la suya. Retiro la mía con la misma rapidez, pero ella no se inmuta, ni siquiera parpadea.

—Hablemos de lo que necesitas. Primero, algo de comer. Estoy segura de que debes estar hambrienta. Y algo nuevo que ponerte. ¿Qué te gustaría? He visto unos preciosos vestidos de invierno que te quedarían muy bien. —Caroline agita la mano—. Pero no te limites. Puedes tener lo que quieras.

—Quiero irme. *Necesito* irme de aquí. Necesito estar con Leo.

—No, cariño. —Una sonrisa triste y suave—. Solo crees que quieres a Leo Morelli porque él te condicionó a pensar así. Hizo muchas cosas terribles, pero ya han pasado. Probablemente se acostó contigo en contra de tu voluntad. Pero él... ¿qué? Él te dio un orgasmo, tal vez. Así que crees que no eres una víctima, pero lo eres. Fuiste su víctima, y ahora estás a salvo.

Excepto que no lo estoy. Su toque persiste. Un torrente de piel de gallina se mueve desde mis hombros hasta mis muñecas.

Todavía puedo sentir los cinco puntos individuales donde las yemas de sus dedos se apoyaron en mi mejilla y su pulgar giró mi barbilla. Manchas del tamaño de una huella de mano donde me sujetó

la cara. Tengo la horrorosa sensación de que no podré borrarlas por mucho que me pase una toalla por la piel. Podría cortarme todo el cabello y seguir sintiendo que me lo cepilla como si tuviera derecho a hacerlo. Podría lavarme las manos cien veces y seguiría sintiendo sus dedos en las mías.

Todo esto no es nada, *nada*, comparado con lo que le hizo a Leo. He vivido con esto durante treinta segundos. Él ha tenido que vivir con algo mucho peor.

Todos los días.

Durante tantos años.

—Voy a vomitar.

No oigo lo que Caroline dice a continuación porque estoy vomitando en una papelera verde menta junto al escritorio. Ella me frota la espalda todo el tiempo, en círculos tranquilos y lentos.



Capítulo Dos

Haley

Sobrevivo el resto del día contando los latidos de mi corazón. Contando las respiraciones. Cualquier cosa que signifique que el tiempo pasa. Trato de mantener la sencillez en mis pensamientos. Si Leo tiene tiempo suficiente, podrá llegar hasta mí y sacarme de aquí.

Caroline entra y sale de la habitación. Se empeña en mostrarme el cuarto de baño. Un nuevo cepillo de dientes me espera en la encimera junto con un pequeño paquete de productos. Poco después trae un montón de ropa.

—Son nuevas, pero las he lavado. —Le miro la nuca mientras las mete en la cómoda. Habrá hecho a alguien lavarla y secarla. Alguien a quien paga. De pequeños lavábamos nuestra propia ropa, en una desvencijada lavadora y secadora que mi padre mantenía como una mascota de la familia. Se reía mientras la arreglaba una y otra vez.

Leo también tiene su ropa lavada y seca. La señora Page se encarga de todo eso. Caroline quiere hacerme creer que su casa no es mi hogar, pero lo es. Podría serlo. Siempre estaré un poco dividida entre su castillo y la casa de mi padre, pero puedo arreglar todo eso si vuelvo con Leo. Si Leo viene por mí. Y lo hará. Sé que lo hará.

Más perfume caro llega a la cama, seguido de cerca por Caroline.

—¿Te sientes mejor? Te he traído un libro. Siéntate, cariño. No es bueno estar en la cama todo el día.

Me siento antes de que me toque y me pone el libro en el regazo.

Es un libro divulgativo sobre el poder del perdón. Una hoja pintada con acuarela decora la portada.

—¿Es una broma?

Por una fracción de segundo, su máscara de preocupación desaparece y los ojos de Caroline se entrecierran. Su azul se vuelve lo suficientemente frío como para congelar mi columna vertebral. Esta es la mujer que azotó a Leo tanto que podría haber muerto por ello. No hay nada que le impida hacer lo mismo conmigo. Podría hacerlo de todos modos.

Fui una tonta al hablarle así.

Caroline parpadea y la máscara vuelve a aparecer. Las comisuras de su boca se convierten en esa sonrisa triste.

—Por supuesto que no. Solo es algo que me ha ayudado a cambiar mi forma de pensar.

No leo el libro, pero finjo leerlo. Hago el mejor espectáculo de mi vida, adivinando el tiempo que tardaré en leer cada página y pasándolas a intervalos que espero sean precisos.

Fácilmente podría ser un libro lleno del nombre de Leo, una y otra vez.

Caroline trae sopa en un cuenco y se sienta en el extremo de la cama mientras yo la tomo. Son fideos de pollo insípidos. Me pregunta si está bien y le digo que está bueno.

Cuando le digo que estoy cansada a primera hora de la tarde, no es realmente una mentira. Lo que sea que haya usado su bulldog para noquearme se aferra a mis venas. Me pesan los párpados de echar de menos a Leo. De la esperanza de que llegue pronto.

—Está bien, cariño —dice Caroline—. Comprobaré cómo estás antes de la cena.

Cuento cien latidos después de que se vaya, luego balanceo las piernas sobre un lado de la cama. No volverá hasta dentro de una hora por lo menos. Si cree que estoy durmiendo, podría escabullirme. No importa que no tenga zapatos. Puede que no sea capaz de llegar a la casa de Leo descalza, pero puedo llegar a la de mi padre. Me froto los ojos por el camino, deseando que permanezcan abiertos.

El pomo de la puerta no gira.

Lo aprieto con más fuerza por si mis brazos son débiles.

No se mueve.

La parte trasera del pomo está completamente plana, y mi estómago vuelve a dar un vuelco. Caroline planeó todo esto hasta el

último detalle. Estoy segura de que sus habitaciones de invitados no siempre se han cerrado desde fuera.

O tal vez sí. No lo sé. Tal vez ella mantiene regularmente a la gente en estas habitaciones y nadie lo sabe. Ella es Caroline Constantine. Podría hacer cualquier cosa. Podría mantenerme aquí para siempre, y nadie lo sabría. Vuelvo a caminar por la habitación y me apresuro a probar la puerta de nuevo.

Está cerrada.

Pero no. Caroline no mantendría mi presencia aquí en secreto. Se lo diría a la gente para que la alaben por rescatarme. Todo el mundo estaría de su lado. Nadie sospechara de ella por ser rica. ¿Por qué lo harían? Leo es el villano en la historia de Bishop's Landing. No importa que ya no viva aquí. Que no lo haya hecho durante años. Siempre será el malvado villano, y Caroline siempre será una reina benévola.

Me estoy volviendo loca. No puedo pensar así. Tengo que mantener la calma hasta que llegue Leo.

Me sumerjo en un sueño sobre la casa de Leo. Es aún más grande en el sueño. La luz del sol invernal entra por las ventanas del segundo piso, iluminando los pasillos vacíos. Todas las habitaciones están vacías. No hay ningún Leo en su dormitorio. Ningún Leo esperando en la habitación de invitados en la que dormía. Ningún Leo desapareciendo a la vuelta de una esquina. Su oficina, tal vez.

¿Dónde está su oficina? Paso por el dormitorio de invitados una y otra vez. Finalmente, tropiezo con las grandes escaleras de la parte delantera de la casa y bajo corriendo.

Ahora que estoy más cerca, puedo oírle.

Puedo oírle intentando respirar.

Fallando en respirar.

Mi hombro golpea el marco de la puerta con un golpe seco y lo veo en el suelo, con los ojos muy abiertos y un charco de sangre extendiéndose a su alrededor.

—Leo...

Una puerta se abre cerca y me sobresalto en la cama.

—Oh —dice Caroline—. No quería asustarte.

No. Ella quería secuestrarme, y luego mantenerme aquí para que pudiéramos "reconectar".

Ella no se va de nuevo. Caroline nunca levanta la voz, pero es incesante.

El tema siempre vuelve a Leo. *Está muy mal mentir a alguien, ¿no crees? La forma en que Leo te mintió. Es tan lamentable lo que te pasó, Haley. Lo que te hizo. Criminal, realmente.*

No estoy segura de cuándo cambia exactamente, pero lo hace. Caroline deja de decir cosas como *debes haber extrañado tanto a tu familia* y empieza a decir cosas como *estabas tan asustada.*

Tenías tanto miedo.

Estabas tan aterrorizada.

Lo dice mientras como un sándwich de pavo para el almuerzo. Lo dice mientras me mira ponerme el maquillaje que ha elegido en el

espejo. Lo dice mientras miro sin pensar un perchero de ropa que ha elegido y señalo uno.

Estabas tan asustada, Haley. Fue tan cruel contigo. No tuviste más remedio que ceder a sus exigencias.

Caroline repite estas cosas tantas veces que empiezan a sonar...

Razonables.

Cerca de la verdad.

Tenía miedo de Leo. Al principio estaba muy asustada. ¿Quién no lo habría estado? Todo lo que había oído sobre él lo pintaba como vicioso. Despiadado. Sediento de sangre.

Los rumores estaban cerca de la verdad. Puede ser vicioso. Puede ser despiadado. Pero casi nunca está sediento de sangre. Hace lo que tiene que hacer para seguir vivo y mantener viva a la gente que ama. El Leo que conocí, el verdadero Leo, pensaba que las armas eran para los cobardes, que había que contar con la violencia. *Si vas a matar a alguien, hazlo con los ojos abiertos.* Me dijo eso después de matar a tres hombres que intentaron violarme en un callejón.

Hay verdadera rabia en él. Dolor real. Violencia real. Pero lucha contra ella. Trabaja muy duro para mantenerla bajo control.

Lo hace.

No importa cuántas veces Caroline diga que *era una persona horrible y violenta para ti.*

Lo cual se acerca a la verdad. O solo una parte de la verdad. La otra parte es lo mucho que lo quería. Lo mucho que lo quiero ahora. Leo Morelli nunca me ha tocado como si fuera frágil o quebradiza.

Siempre me ha tocado como si yo le perteneciera. Como si me quisiera más que nada en el mundo.

Lo hace.

No importa cuántas veces Caroline diga que *te hizo daño por diversión. Así es él. Eso es lo que hace. No tiene corazón.*

No es cierto. Toda mi concentración se dirige a responderle en silencio. *Estás mintiendo. Estás mintiendo. Estás mintiendo*. Me concentro tanto que sigo adelante poniéndome el vestido azul oscuro que he elegido sin pensar. Me siento en la encimera del baño y dejo que Caroline me rice el cabello. Dejo que me ponga un collar en el cuello y meto los pies en los zapatos que me da y solo vuelvo en mí cuando me lleva a la puerta.

—¿A dónde vamos?

Caroline sonríe. Se acerca a la verdad. Parece bastante real en su cara, pero dudo que esté contenta porque piense que voy a disfrutar de esto.

—Te he preparado una cita. Es hora de volver a la vida normal, ¿no crees?

No lo creo. Pero tampoco tengo otra opción. Así que la sigo por el pasillo. La casa de Caroline tiene un ala de invitados con todo lo que se puede necesitar, incluyendo, supongo, un comedor con una mesa redonda llena de velas en un extremo de la habitación. En el otro hay un sofá con una mesa auxiliar a juego. Fuera está oscuro. No puedo ver nada más allá del reflejo en el cristal.

—Hola, Caroline. Hola, Haley.

Rick Joseph Jr., el hombre que no quiere otra cosa que ser un Constantine, está de pie en el umbral de la puerta con un jersey de cuello alto, pantalones, y un ramo gigante de rosas rojas en las manos.

—Pasa, pasa. —Caroline se acerca a él y le besa en ambas mejillas, luego le empuja hacia la habitación—. Son preciosas. Mira, Haley.

—Preciosas —repito mientras las lleva a la mesa y las pone en un jarrón. Tiene un jarrón vacío aquí. Esperando las rosas—. Hola, Rick.

Mis sienes palpitan por lo incómodo y extraño que es esto. ¿En qué está pensando Caroline? ¿Una cita con Rick?

Rick se acerca a mí y se inclina para besar mi mejilla. Hago todo lo que puedo para no retroceder. No es un mal tipo, pero no lo quiero, y no creo que él me quiera particularmente. Ahora es más obvio que nunca. Hará cualquier cosa para entrar en buenos términos con Caroline. Una vez, incluso lo intentó conmigo. Me llevó a mi coche cuando tuve que ir a hablar con Leo.

Tal vez podría hablar con él.

—¿Qué tal estás? ¿Vas a volver a la escuela después de las vacaciones? —Rick dirige la pregunta hacia mí, pero sus ojos se deslizan hacia Caroline.

—Oh, Haley se está tomando un pequeño descanso de la escuela —responde Caroline mientras nos acompaña a la mesa. Me siento como una marioneta con sus hilos—. Todo ha sido demasiado para ella. Ha venido a descansar un poco. Unas pequeñas vacaciones. —Se ríe, y Rick también. Consigo el comienzo de una sonrisa.

Caroline me da una palmadita en el brazo, y yo la tomo como el impulso que es.

—¿Cómo va...? —Oh, Dios, todo lo que quiero es salir de aquí—. ¿Cómo va tu negocio?

Los ojos de Rick se iluminan.

—Oh, es genial. Es genial, Haley. Estamos teniendo el mejor trimestre de la historia. Sé que lo que más te gusta son los libros, pero si quieres, puedo llevarte a la oficina y enseñarte todo.

Está tan ansioso que es casi dulce. Una versión anterior de mí podría haber ido a su oficina para ver... ¿qué? ¿Ordenadores? ¿Hojas de cálculo?

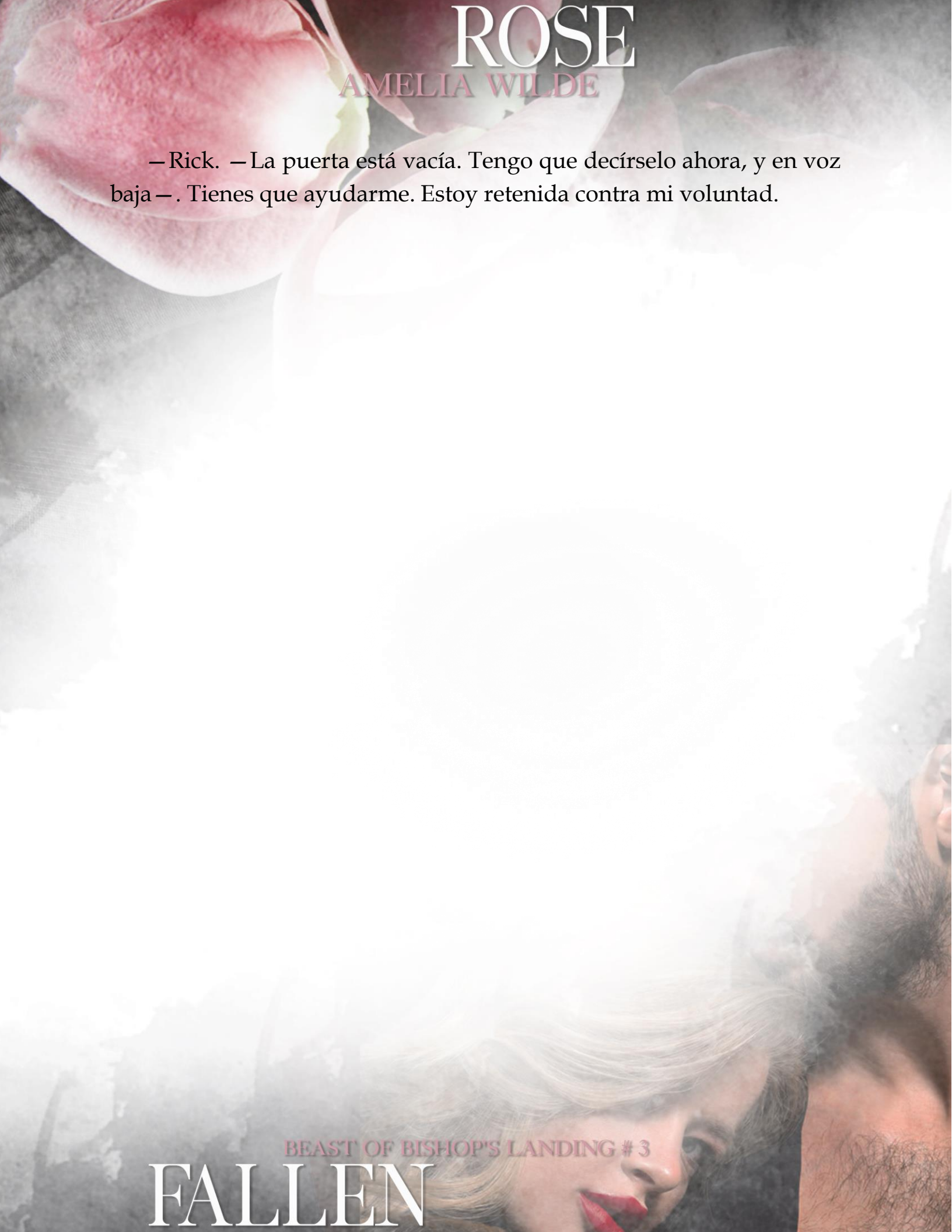
—Lo siento mucho —dice Caroline desde detrás de mí—. Debo atender esta llamada. —No he oído ningún teléfono, pero los ojos de Rick se dirigen a un punto encima de mi cabeza y asiente, el movimiento es tan sutil que podría haberlo imaginado. Tal vez sí lo imaginé. Caroline se acerca a mi silla, me toma la cara entre las manos y me besa la frente—. Pásenlo bien, ustedes dos.

En ese momento, uno de los empleados de los Constantine entra con nuestros platos en una bandeja. Más sopa. Pienso en Leo, con su cara de dolor. *Es mi maldita sopa favorita.*

Ésta no es su sopa favorita.

Caroline se escabulle. El hombre de uniforme nos deja con la sopa, y Rick me mira desde el otro lado de la mesa, con una expresión complacida pero cautelosa.

Recojo la cuchara. La vuelvo a dejar. Estoy demasiado impaciente, pero necesito salir.


ROSE
AMELIA WILDE
—Rick. —La puerta está vacía. Tengo que decírselo ahora, y en voz baja—. Tienes que ayudarme. Estoy retenida contra mi voluntad.
BEAST OF BISHOP'S LANDING # 3
FALLEN

Capítulo Tres

Haley

Rick levanta las cejas. Se queda con la boca abierta. Parpadea con un triple aleteo de pestañas, casi cómicamente aturdido, y oh, gracias a Dios. Me cree.

Termina de ponerse la servilleta en el regazo y mira hacia abajo. Lejos de mí.

—Oh, Haley —dice. Estoy lista para levantarme y salir de aquí con él. Salir corriendo de aquí, si él me lleva a donde tengo que ir. Pero entonces vuelve a mirarme con sus ojos verdes, los ojos que nunca podrá cambiar al azul de los Constantine, y están llenos de lástima.

No de conmoción. No de determinación.

Lástima.

Rick respira profundamente.

—Caroline me dijo que estabas perturbada.

—¿Qué? —No sé por qué me sorprende, pero lo hace.

—Sí. —Frunce el ceño, como si le costara oírlo—. Me habló de tus pequeños delirios. —Hace comillas con los dedos alrededor de *delirios*, y mi estómago se hunde de nuevo. Caroline le ha contado sus mentiras a Rick, tal y como me temía que haría. Rick solo será el primero—. Escucha, Haley. Tu familia quiere ayudarte a mejorar. Caroline está tratando de ayudarte a mejorar.

—No.

—Sí.

—No lo hace. Quiero volver a casa de Leo. —Esto es demasiado lejos para ir con Rick. Demasiado para admitirlo—. Podrías llevarme a casa de mi padre. Pero necesito hablar con Leo.

Rick sacude la cabeza.

—Ya he oído eso antes, y ahora mírate.

Una sombra oscurece la puerta y todo mi corazón da un salto. Leo, tiene que ser Leo. Por favor, que sea él.

No lo es. Es un guardia con un uniforme oscuro y una pistola enfundada en la cadera. Rick le hace un gesto con la cabeza y se levanta.

—¿Te vas? —Quiero que se largue de aquí, pero al mismo tiempo no quiero que se vaya. Rick se tragó las mentiras de Caroline, pero es mejor que Caroline. Cualquiera es mejor que Caroline. Ya estoy sola en esto, sola en este lugar, atrapada e indefensa. Me sentaré aquí y le escucharé hablar de sus asuntos si eso significa que ella no está aquí.

—No me voy a ir. —Utiliza un tono extraño. Creo que se supone que debe ser tranquilizador, pero me hace sentir aún más acorralada—. Sentémonos juntos en el sofá.

—Se supone que estamos cenando.

Rick me tiende la mano. Yo mantengo la mía en mi regazo.

—No tiene que ser difícil, ¿de acuerdo? Puede ser fácil.

¿De qué está hablando? Nada de esto es fácil. Pero ahora hay un guardia armado en la puerta vigilando cada uno de nuestros movimientos, y no quiero comer sopa, así que pongo mi mano en la de Rick. Dejo que me ayude a levantarme y me lleve al sofá del otro lado de la habitación.

—Ven. Siéntate aquí y yo me sentaré a tu lado.

Me lo cuenta mientras me guía hacia los cojines, con un tacto suave. Casi diría que es tentativo si no pareciera que lo ha planeado. Rick se acomoda en el lugar más cercano, tal y como dijo que haría.

Y entonces me rodea con su brazo.

Mi cuerpo se congela ante el contacto. Ya me han tocado demasiado (Caroline y su bulldog), y lo odio, pero Rick pasa su mano por mi brazo. Es similar a la forma en que Leo me pasó la mano por el brazo cuando volvimos a su casa después del hospital, solo que está mal. El ritmo de Rick está desviado. No se ajusta a mí como lo hacía Leo.

—Lo sé —me tranquiliza Rick—. Dijo que te costaría mucho esto. Podemos ir despacio. Al final será bueno. No te arrepentirás.

—¿No me arrepentiré de qué?

—Solo tenemos que pasar algún tiempo juntos, Hales. Es parte de tu recuperación.

¿Qué mierda? Quiero gritarle la pregunta, una y otra vez hasta que responda. Me gustaría ser el tipo de persona que grita y lucha. Uno de los muchos problemas, sin embargo, es que no está haciendo nada terrible. Solo me está tocando el brazo. Su cuerpo está demasiado cerca. No lo quiero ahí, pero no me está haciendo daño. No realmente.

Rick me atrae y mi respiración se hace más superficial. No es la primera vez que estamos cerca. He tenido algunas citas con él, y se hace el caballero. Una vez, cuando llovió, me arropó a su lado así para que ambos pudiéramos quedarnos bajo su paraguas.

Ahora que he estado con Leo, no lo soporto.

Nos sentamos así el tiempo suficiente como para que la sopa esté fría.

Nadie vuelve a entrar.

El guardia se queda silenciosamente en la puerta.

—Está bien —dice Rick, y entonces se acerca a mi barbilla. Su agarre es aún más suave que el de Caroline. Más gentil. Me gira la cara hacia la suya y me mira a los ojos—. Ya está. ¿Ves? No está tan mal.

—¿Qué es lo que no está tan mal? —Sueno sin aliento y horrorizada porque lo estoy. Mi pulso golpea en mis oídos y no es el agradable subidón de la violencia contenida de Leo, es mi cuerpo tratando de salvarme. De Rick. Que no ha hecho…

Me besa.

En una mejilla, luego en la otra, y entonces su boca se encuentra con la mía.

Es un beso tan suave. Asquerosamente suave. Sus labios están mal. Su cara está mal.

No puedo moverme.

El aire se detiene en mis pulmones. No quiero respirar, olerle, devolverle el beso. No le devuelvo el beso, pero eso no detiene a Rick. Saca su lengua para rozarme el labio inferior y mis brazos se bloquean a los lados. Es tan inútil. Dios, soy tan inútil como cuando le dispararon a Leo. Es así de malo.

Empiezo a contar los latidos de mi corazón. Si consigo superar este beso, me dejará volver a cenar.

El beso no termina. Sigue, y sigue, Rick insistiendo. Es la insistencia más suave del mundo. Una persona casi podría confundirlo con ser agradable.

No es agradable.

Rick me pone de cara a él, inclinándome como quiere, y yo soy como una marioneta. Soy una maldita marioneta. Algo debe indicarle que no quiero esto, que no me gusta, que lo odio, porque deja de besarme.

—Está bien —dice suavemente—. Lo estás haciendo muy bien.

—¿De qué estás hablando? —Consigo sacar las palabras justo antes de que su boca se cierre sobre la mía de nuevo. Esta vez es menos suave. No por mucho. Es solo un lapso de unos segundos y vuelve a ese horrible y suave beso.

Rick pone su mano en mi pierna, justo por encima de mi rodilla. Lentamente, sin pausa, abre mis piernas.

Y entiendo lo que está pasando.

El agudo entendimiento me empuja fuera de mi cabeza. Ya no puedo permanecer en mi propia mente, así que vuelo hacia el techo y miro hacia abajo para vernos desde una inclinación vertiginosa. Ahí estoy yo, en el sofá de Caroline con un vestido azul que se me ha subido casi hasta las caderas. Ahí está Rick, con una mano en mi cara y la otra moviéndose en mi muslo. Una presión uniforme. Caricias uniformes. Lo siento desde lejos.

Y veo cómo su mano se mueve hacia arriba.

Rick me besa mientras acerca su mano a mi cintura. Yo también lo siento, pero de forma periférica. No puedo tolerar esa sensación. No puedo tolerar lo equivocado que está y lo violento que es. Aquí arriba, en el techo, no parece tan malo.

Tal vez no sea tan malo.

No.

Es muy, muy malo, y este ha sido el juego de Caroline todo el día. Ponerme fuera de balance. Ponerme en un estado mental en el que pueda aceptar esto. Me estoy enfrentando a una serie interminable de días como este, en los que repetirá mentiras hasta que parezcan verdades y traerá a Rick para “citas” y pondrá un guardia en la puerta para...

Rick presiona su pulgar contra la parte interior de mi muslo, un suave roce de la curva justo antes de que mi pierna se junte con mi cadera, y se inclina para que no pueda cerrar las piernas.

Su mano baja hasta la hebilla de su cinturón.

Caigo directamente sobre mí misma. Es como caer en picado por una superficie helada desde una altura. El hielo se resquebraja. Es un choque gélido. Y me rompo como un plato caído.

—¿Qué estás haciendo? Detente. Para. —Se convierte en un grito al salir de mi boca al mismo tiempo que mis miembros entumecidos vuelven a la vida. Me levanto del sofá y me alejo de él, girando el tobillo sobre uno de mis zapatos en el proceso. Apenas lo siento.

Se pone en pie de inmediato y se acerca a mí.

—Haley. Haley. Te estoy ayudando. Esto es lo que debemos hacer.

—¿Para qué es el guardia, Rick? —No puedo dejar de reprocharle. Estoy a punto de gritar, pero no quiero gritar todavía. Tengo que… tengo que guardar el grito para cuando sea realmente malo, cuando todo se haya ido al infierno—. ¿Para qué está el guardia? ¿Va a dispararme si no me acuesto contigo?

—No va a disparar a nadie. El guardia está aquí para asegurarse...

—¿Para asegurarse de que estoy de acuerdo con esto? No voy a estar de acuerdo con esto. No voy a estar de acuerdo con esto. No puedes hacerme esto. —No hay ningún lugar a donde ir. Estoy tan cansada, y necesito que Leo esté aquí. No iba a gritar. No iba a llorar. Pero estallo en feos sollozos de todos modos.

Rick me rodea con sus brazos antes de que pueda correr. Le empujo, pero me agarra con fuerza.

—Para. —No puedo recuperar el aliento—. No me toques. Quita tus manos de encima.

—Haley. —Caroline pasa volando por delante del guardia—. Suéltala —le dice a Rick. Capto la mirada entre ellos y es una prueba, es una *prueba* de lo mucho que han orquestado esto. Rick me suelta en los brazos de Caroline, y podría seguir gritando, podría estar enferma, porque ellos planearon esto. Han planeado que sea ella la que me consuele. Veo lo que va a pasar. Todas las noches que han planeado. Alinearlos. Derríbalos.

Me violará, pero lo hará con suavidad. Caroline estará allí para recoger los pedazos. Caroline le dio permiso en primer lugar.

Me hace llorar más fuerte. Esa es la única solución que tengo, realmente. Lloro tan fuerte que Caroline me lleva de vuelta a mi habitación. No lucho contra las lágrimas. Las siento como mi única arma, y no son suficientes.

No quiero tener sus manos encima, en ningún lugar cerca de mí, pero no hay manera de que me quite el vestido con las manos temblando así. Es ella la que me pasa un camisón por la cabeza y retira las sábanas. Es ella quien me acaricia el cabello una vez que mi cabeza está sobre la almohada. Es ella quien apaga la luz.

La oigo hablar en voz baja fuera de la puerta en cuanto se cierra. Apuesto a que hay un guardia ahí fuera. Apuesto a que se quedará toda la noche.

—Por favor —susurro a nadie. A Leo—. Por favor, ven a buscarme.

Capítulo Cuatro

Leo

El comedor. Es el lugar donde vi la cara de Haley iluminarse al ver su Jane Eyre. Ahora está abarrotado de gente que no pertenece a este lugar.

Cuatro representantes de los equipos que debían vigilar el recinto.

Seis personas más que Gerard ha traído.

Todos ellos hablan a la vez.

En medio de esta multitud del infierno, estoy en llamas. Peor que el fuego. El dolor en mi espalda ha llegado a mis tobillos. La parte posterior de mi cráneo. Es como si me cortaran con un cuchillo: largas y finas franjas de agonía que se repiten una y otra vez hasta que no puedo distinguirlas. Mi cabeza aúlla con ello. Mi cuerpo ha estado gritando desde que Eva me despertó por la noche.

Eva me dio la noticia. Gerard me dice que ella insistió en ser la elegida. Nunca lo olvidaré. En el mismo momento en que fui consciente de la sábana fría -estaba tocando la cara de Haley-, Eva dijo:

—Haley se ha ido. El bulldog de Caroline se la llevó.

Al momento siguiente, me convertí en una columna de llamas y rabia.

Ahora soy esa columna.

Hay una delgada línea entre la actuación de la furia y dejar que se hunda en el hueso, y estoy parado en ella. Un paso y podría soltarla. Podría dejar de contenerla. Podría convertirme en la criatura gruñona que le enseñó los dientes a mi padre hasta que toda su atención se centró en mí.

Gerard no cierra la puta boca.

—…alejarte de la casa. No confío en que…

—¿Confiar? —Le digo bruscamente—. No quiero tu puta confianza. No voy a esperar a que te sientas seguro. Vamos a recuperarla. Ahí tienes tu certeza. Está sucediendo.

—Leo. —Eva estuvo a mi lado desde que me despertó. Se ha parado en la puerta de mi armario y me ha visto tirar una camisa por encima de mi cabeza. Me duelen todos los músculos. Debería estar descansando. Eso es lo que dijo Carina, lo que repitió Eva, y que me aspen si voy a descansar con la ausencia de Haley—. Tienes que calmarte. Respirar un poco. Podemos ir a tu oficina.

—No —grito—. Joder, no. No me voy a calmar de una puta vez.

Mi voz resuena en la habitación. La conversación se detiene de forma sorprendente. Mi temperamento se está alejando de mí. Solo un poco. Solo lo suficiente para asustar a Eva. Pero no puedo apagarlo, como tampoco puedo apagar el dolor que me recorre toda la columna vertebral.

Alguien del personal de la casa se acerca a mi lado, en silencio, sin apartar sus ojos de los míos. Tiene un maletín en las manos, con la tapa abierta para que pueda ver los cuchillos que hay dentro. Elijo uno y lo introduzco en la funda de kevlar de mi cinturón.

Eva mira con el labio inferior entre los dientes. Muerde con tanta fuerza que la carne queda blanca. Nerviosa. Está nerviosa por lo que voy a hacer.

Tomo su cara entre mis manos. Es un movimiento demasiado suave, demasiado cuidadoso, y es porque estamos tan cerca de esa línea. Me gustaría tanto dejar que la bestia se apodere de mí, pero aún no puedo hacerlo. Así que tengo un cuidado exquisito con cada maldito movimiento.

Beso a mi hermana en la frente, luego pongo ambas manos en sus hombros para apartarla.

Y luego me voy. Salgo a zancadas de la habitación. Hay más gente fuera del comedor. Más guardias. Uno se cruza en mi camino.

—Sr. Morelli, no es seguro afuera...

Tengo su chaqueta en mis puños antes de que esté preparado. Nadie está nunca preparado para mí cuando estoy así, cuando estoy al borde del caos. Es un hombre fuerte, pero yo soy más fuerte. Y estoy jodidamente furioso.

Hierve y arde, cada músculo se acidifica con ello. Un paso, dos, y lo tengo estampado contra la pared. El rugido de rabia es más fuerte que el encuentro de su cráneo con el yeso. Aprieto los dientes con tanta fuerza que se rompen.

—No es seguro en ningún sitio, maldito idiota. Dejaste que ese cabrón se la llevara.

La rabia se instala en mi interior, más y más profunda, hasta que no queda nada de mí, de Leo Morelli. Ahora soy la Bestia de Bishop's Landing.

Él se revuelve contra la pared.

—Todos los que estaban de turno en ese momento han sido retirados de la propiedad. Serán retenidos hasta que termine la investigación.

—Explícamelo un poco más. —Es una burla.

Parece confundido, dividido entre su deber y su miedo.

—Señor...

Están empezando a reunirse ahora. Se están acercando. Puedo ver a Gerard por el rabillo del ojo.

—La única razón por la que sigues vivo es porque aún no he echado mano del cuchillo que tengo en el cinturón. —Mantengo el tono, como si estuviéramos conversando en una cena, pero el silencio absoluto en el vestíbulo significa que todos pueden oírme. Bien—. Cuando te suelte la chaqueta, podrás elegir. Puedes apartarte de mi camino y vivir, o puedes poner tu cuerpo en mi camino y morir. No hay diferencia para mí.

Un solo asentimiento.

Le retengo otro latido porque es todo lo que estoy dispuesto a permitir, y luego le suelto.

No es un guardia quien bloquea el camino cuando me vuelvo.

Es Eva, con un aspecto desaliñado, agotado y asustado. No se ha cambiado la ropa que llevaba cuando me despertó. Lleva todo el día con unos leggins suaves y un jersey.

—No tienes que hacer esto —dice—. Deja que te ayuden. No te vayas cuando estés así.

—Volveré pronto, hermana mía.

Ella mira a alguien detrás de mí -Gerard, probablemente- y planta sus pies.

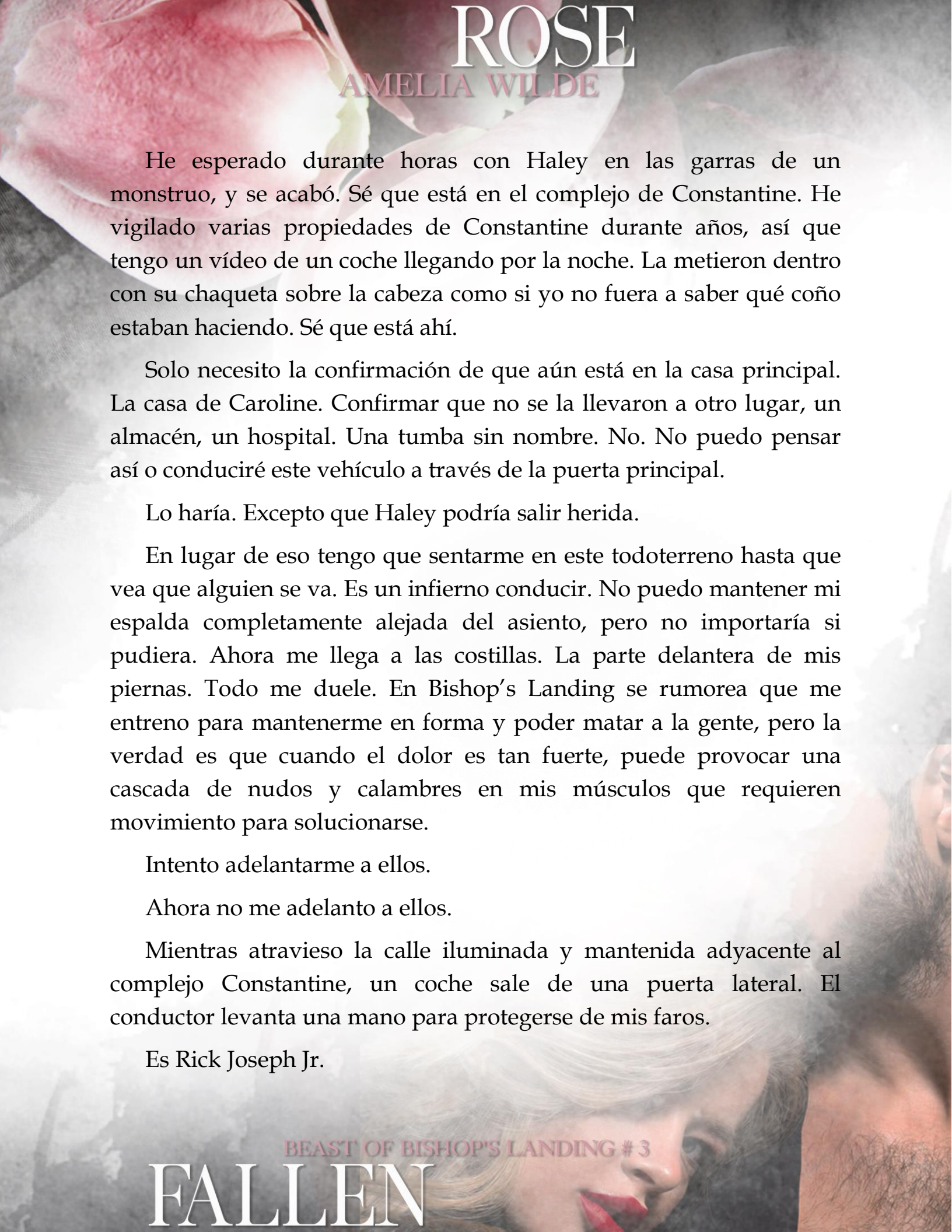
La rodeo. Ya me he ido. Tengo que salir de aquí antes de matar a alguien en el vestíbulo, antes de perderme en esa violencia. La he reservado para otra persona.

En mi garaje elijo un todoterreno anodino, negro y sencillo, y conduzco hacia una noche de invierno. La nieve se mueve en espiral delante de los faros. Una parte de mí, una que no está siendo consumida por el dolor abrasador, controla el vehículo. Las carreteras hacia Bishop's Landing están bañadas en sombras.

Duele muchísimo.

El dolor lo consume todo y es irrelevante a la vez.

No cambia nada. Me he cansado de esperar.



He esperado durante horas con Haley en las garras de un monstruo, y se acabó. Sé que está en el complejo de Constantine. He vigilado varias propiedades de Constantine durante años, así que tengo un vídeo de un coche llegando por la noche. La metieron dentro con su chaqueta sobre la cabeza como si yo no fuera a saber qué coño estaban haciendo. Sé que está ahí.

Solo necesito la confirmación de que aún está en la casa principal. La casa de Caroline. Confirmar que no se la llevaron a otro lugar, un almacén, un hospital. Una tumba sin nombre. No. No puedo pensar así o conduciré este vehículo a través de la puerta principal.

Lo haría. Excepto que Haley podría salir herida.

En lugar de eso tengo que sentarme en este todoterreno hasta que vea que alguien se va. Es un infierno conducir. No puedo mantener mi espalda completamente alejada del asiento, pero no importaría si pudiera. Ahora me llega a las costillas. La parte delantera de mis piernas. Todo me duele. En Bishop's Landing se rumorea que me entreno para mantenerme en forma y poder matar a la gente, pero la verdad es que cuando el dolor es tan fuerte, puede provocar una cascada de nudos y calambres en mis músculos que requieren movimiento para solucionarse.

Intento adelantarme a ellos.

Ahora no me adelanto a ellos.

Mientras atravieso la calle iluminada y mantenida adyacente al complejo Constantine, un coche sale de una puerta lateral. El conductor levanta una mano para protegerse de mis faros.

Es Rick Joseph Jr.

Reprimo un breve impulso de atropellarlo con el todoterreno. Ganaría contra su coche de mierda, pero me ha sido útil en el pasado. Le gusta el dinero, le gustan las oportunidades, y el hecho de que quiera ser un Constantine significa que ha trabajado para conseguir tanto acceso como pueda.

Él puede ser comprado. Lo he hecho muchas veces antes. Lo haré de nuevo.

Es doloroso alejarse del recinto Constantine cuando pienso que Haley está dentro, pero me obligo a hacerlo. Es la única manera de asegurarme de sacarla a salvo. Sin un solo rasguño en su hermosa cabeza. Tengo que confiar en que su familia no le hará daño. Al menos no de inmediato. Después de todo, es una de ellos.

Giro por una calle lateral y me adelanto a Rick hasta su apartamento. Es el tipo de lugar de mierda que los advenedizos de Bishop's Landing se pelean por alquilar, con columnas falsas en la planta baja y ventanas de cristal arriba. No cuesta nada conseguir el número de apartamento de Rick del portero, al que le importa una mierda su trabajo. Se necesita una cantidad patética de dinero para comprar su silencio. El barniz de elegancia de este lugar no me impide forzar la cerradura de la puerta de Rick.

Tengo el tiempo justo para pararme en su salón de mierda antes de que llegue.

Estaba en casa de Caroline.

Caroline está concentrada en joderme en este momento, lo cual es la razón por la que se ha llevado a Haley.

Rick estaba allí porque está trabajando con Caroline. Tendrán un interés mutuo.

Le estoy esperando cuando abre la puerta y entra.

Debo de ser una pesadilla, saliendo hacia él de la oscuridad, pero soy misericordioso. Tomo su camisa en mi puño y le doy un puñetazo antes de que tenga tiempo de asustarse y correr. Su cabeza se desplaza hacia un lado.

Rick es un gilipollas, y un oportunista.

—¿Qué mierda...?

—Qué mierda es correcto, Rick. ¿Qué mierda has estado haciendo en casa de Caroline? Y esta es la pregunta más importante, ¿estás listo para morir por ello? Porque me encantaría matarte.

Le hago retroceder contra la puerta en un subidón de adrenalina y le doy otro puñetazo. Estaba con Haley. Sé que lo estaba. Estaba con ella, y estaba con ella porque Caroline quería que estuviera allí. Yo podría matarlo por ello. Jodidamente lo mataré.

El segundo golpe es demasiado para él, y cuando le suelto la camisa, se dobla.

Pone las manos debajo de él y empieza a empujar hacia arriba. Le doy una patada antes de que pueda ponerse en pie, haciéndole caer al suelo. Una patada más en las costillas. Cada músculo se tensa por dar otra, y otra, hasta que esté muerto, pero me alejo del borde con ambas manos.

Me dirijo a su sala de estar, poniendo distancia entre mí y ese gilipollas, ese hijo de puta. Hay trucos, hay estrategias para traerme de

vuelta cuando estoy así, cuando es tan malo como esto, cuando mi furia me traga entero. Recuerdo las primeras líneas de los libros. *Hacia atrás y hacia adelante.* Estupideces al azar de mi biblioteca. No importa. *Cuenta las palabras.* El dolor me tiene agarrado. Un apretón aplastante. Pero tengo que calmarme, aunque sea un poco. Lo suficiente como para no asesinar a Rick Joseph Jr. Porque si lo asesino, no puedo usarlo.

Gime cuando me oye volver, y lo hace más fuerte cuando lo levanto y lo inmovilizo contra la puerta por el cuello. Quiero clavarle la punta del cuchillo en la arteria hasta que sangre, pero no podría parar. Tal y como están las cosas, tendrá un ojo morado y quizá una costilla rota.

—La has visto. Haley Constantine. En el complejo.

Rick no se resiste.

—Sí. —Le he dejado sin aliento—. Sí. Está allí. —Parpadea ante la luz que sale de su microondas—. ¿Por qué... por qué te importa?

Le doy un puñetazo en el pecho y emite un sonido como el de un animal herido. Mi control es mínimo.

—Dime cómo está. ¿Está herida? ¿Tiene miedo? ¿Tiene hambre?

Los ojos de Rick se deslizan hacia la izquierda, y mi corazón implosiona.

—Está bien. —Vuelve a gruñir y descubro que he llevado una mano a una costilla golpeada y he clavado los nudillos en ella. Bien. Añado más presión y sus dientes rechinan—. Está bien, lo juro por Dios. ¿Cómo podría alguien no estar bien en una maldita mansión? Sábanas de dos mil hilos, y todo sobre lo que puede hablar es de irse.

Hablando mierda sobre su familia. Diciendo que Caroline la retiene contra su voluntad.

Los bordes de mi visión se oscurecen. Este bastardo. Este hijo de puta. Habló con ella y no le creyó. Mi pulso se acelera. Voy a aplastar la vida de él. Ahora, ahora, ahora.

—Ella no... —Rick suena más dolido por la palabra—. No deja de hablar de ti. Habló de ti en nuestra cita. ¿La golpeaste, hombre? No estoy enfadado por ello.

Una imagen de Haley surge en mi mente. La dulce y suave Haley, que se ensucia por mí, que llora por mí, que no pudo evitar que mi nombre saliera de su boca ni siquiera en la guarida de Caroline. Estoy fuera de mí, pensando en ella atrapada allí. He perdido la cabeza. Pero lo último que quiero es que escuche por parte de Caroline que he matado a Rick. Que soy un asesino. Pensará que no voy a ir a buscarla.

Eso es lo único que me aleja del borde.

Lo alejo de la puerta de un tirón y lo arrojo a su apartamento. Rick se estrella contra una mesa de café y se derrumba, torpe y golpeado. Levanta una mano para protegerse mientras yo me elevo sobre él.

—La próxima vez que Caroline te invite a su casa, ¿qué vas a hacer, Rick?

Duda solo un instante.

—Llamarte.

Me agacho junto a él para que pueda verme la cara.

—Si tocas a Haley, te mataré. Ninguna cerradura del mundo puede mantenerme fuera. Ninguna empresa de seguridad puede mantenerte

protegido. No hay ningún lugar al que puedas huir. Te encontraré y te destriparé donde estés.

Una patada más. Es todo lo que me permito. Me levanto y apunto a sus costillas.

Rick se hace un ovillo, agitado, y lo dejo allí.

El aire invernal me golpea en la cara cuando salgo al frío, ya marcando. Juré que no haría esto, a menos que fuera necesario, pero ya estamos aquí. Estamos aquí, joder. Ha llegado el momento.

Mi hermano contesta al primer timbre.

—Pensé que nunca llamarías. —Hay ruido de fondo. Está en su club, o en alguna parte.

—El infierno debe haberse congelado. —Abro de golpe la puerta del todoterreno y me subo al asiento del conductor por encima de las frenéticas protestas del dolor.

—Volveré en un minuto —dice Lucian a alguien cercano, y la charla de fondo se desvanece. Suena como si estuviera caminando rápido—. ¿Qué está pasando?

—La guerra —le digo, con la garganta apretada.

—Esto es por Caroline, ¿no? —jura con aplomo creativo—. No puedo creer que la hayas azotado. Por supuesto que va a reaccionar como un perro herido. Todo por un maldito negocio.

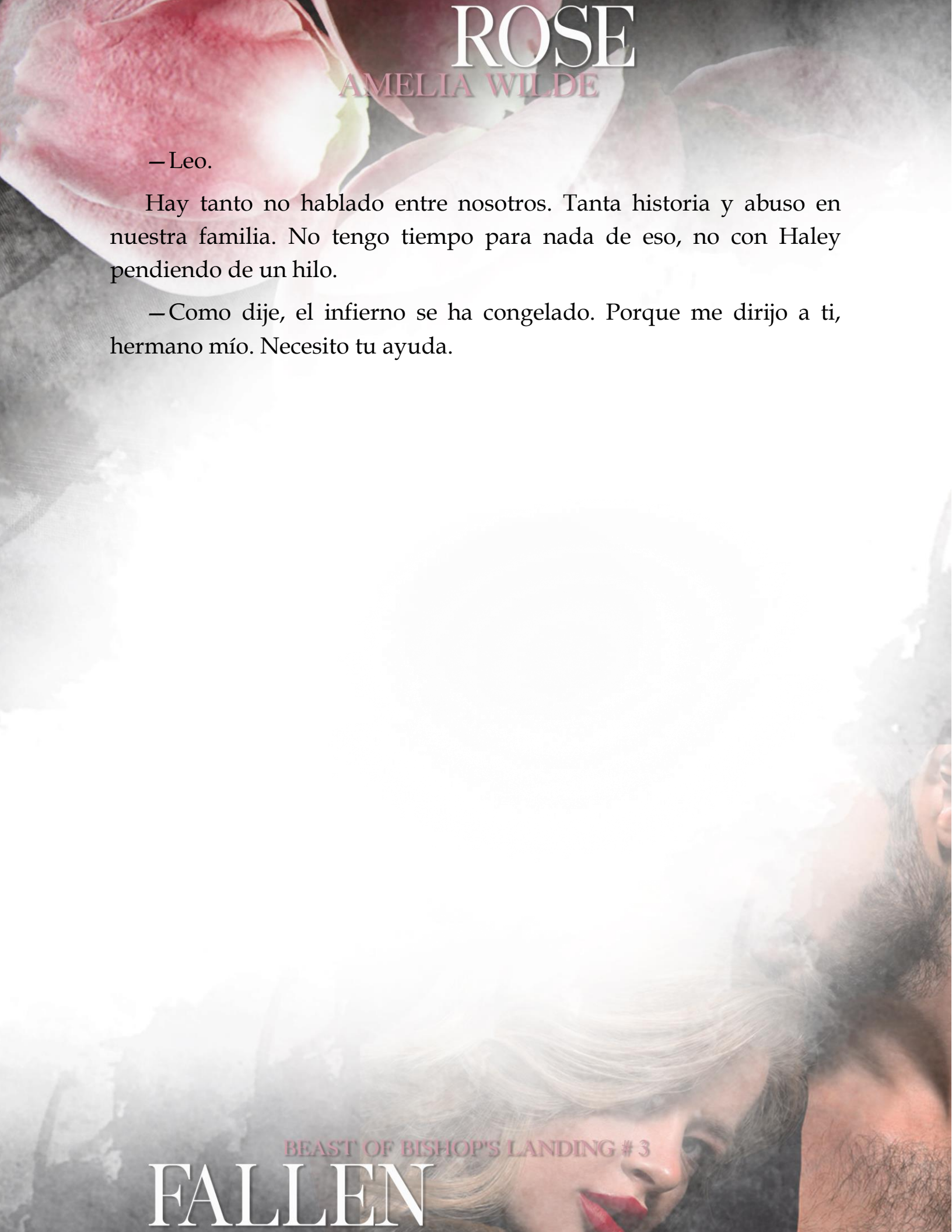
—Fue más que eso. —Las palabras emergen antes de que pueda detenerlas. Si no fuera por el teléfono, tendría ambas manos sobre mis ojos.

Está callado.

—Leo.

Hay tanto no hablado entre nosotros. Tanta historia y abuso en nuestra familia. No tengo tiempo para nada de eso, no con Haley pendiendo de un hilo.

—Como dije, el infierno se ha congelado. Porque me dirijo a ti, hermano mío. Necesito tu ayuda.



Capítulo Cinco

Leo

Lucian llega después de cuarenta agonizantes minutos. Debe haber conducido a cien por hora desde la ciudad, y para cuando aparca su coche junto al todoterreno ya estoy de pie fuera en el frío. La nieve cae ahora más rápido.

No puedo sentarme más tiempo en el coche.

Mi hermano sale desde el asiento delantero. Lucian siempre tiene el aspecto de venir de la oficina, su cabello oscuro pulcro, su abrigo de lana impecable. Lo que le delata como un Morelli y no como un hombre de negocios normal es el brillo de violencia en sus ojos oscuros.

—¿Qué mierda está pasando, Leo? Si Caroline envió a alguien a tu casa...

—Hay otra Constantine.

Viene a pararse frente a mí, con las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta.

—No me digas. No pueden dejar de reproducirse. Probablemente ya hay cientos.

—Esta es mía, imbécil. Haley es mía. Haley... —No puedo conseguir un puto agarre, pero no tengo otra opción—. La hija de Phillip Constantine. Hice un trato con ella.

La cara de Lucian no cambia.

—Un trato.

—Su cuerpo durante treinta días a cambio del negocio de su padre.

—¿Entonces por qué azotaste a Caroline?

—No importa. —Lucian no necesita saber sobre la venganza—. Lo que importa es que ella se llevó a Haley de mi casa. La tienen en el complejo. Tengo que sacarla. —La vieja costumbre y la nueva rabia me impulsan hacia él, me hacen enterrar las manos en su chaqueta y empujarle hacia atrás, hacia su coche. Lucian no me aparta las manos, solo las mira, y luego vuelve a mirarme—. ¿Tienes una forma de sacarla?

—¿Qué te ha pasado?

No pregunta por Haley, no realmente. Sé que no lo hace por su tono. Está preguntando qué me hizo así.

—No tenemos tiempo para esa discusión. Lucian...

—Solo... —Empuja mis manos hacia abajo y lejos de su chaqueta—. Dios. Hace un frío de mierda aquí fuera. ¿Puedes entrar en el puto

coche? Estoy tratando de entenderlo. ¿Así que estás enfadado porque ella renegó del contrato? Hay otras formas de seguir con esto.

—Me importa una mierda el contacto. Esto es sobre Haley.

La comprensión se refleja en su cara.

—Te preocupas por ella.

Es más que preocuparse por ella. Es supervivencia. Ella se ha convertido en el aire que necesito para poder respirar.

—Ayúdame a recuperarla o lárgate de aquí. No voy a subir a ningún puto coche hasta que tenga un plan.

Arquea una ceja.

—Bien. Quédate ahí, entonces, mientras llamo a Elaine.

Solo hay una Elaine que conozco.

—¿Elaine Constantine? —El fuego y la furia surgen de nuevo. Llevo todo el día en esta rueda rompiéndose, y no hay espacio entre el punto más bajo y el más alto. El pico es constante. Me está matando—. ¿Por qué demonios la llamarías?

—Porque estamos juntos. Asumo por lo desquiciado que estás que tienes algo parecido a lo que yo tengo con Elaine. ¿Y crees que Haley está en el complejo de Constantine?

No parecía lo suficientemente sorprendido cuando anuncié que Haley era mía. Ahora lo veo. Pero la idea de Lucian con un Constantine... no puedo imaginarlo. Enemigos mortales. Ambos hijos de familias enfrentadas. Sin embargo, ahí está, pulsando un número en la marcación rápida como si lo hubiera llamado mil veces. Le

preguntaría cuánto tiempo llevan, pero no me importa. No me puede importar nada más. Lucian y Elaine. Qué mierda, qué mierda.

—Sé que está ahí.

—Cariño —dice, y yo parpadeo como un tonto. Nunca le he oído decir eso a nadie sin un tono ácido, sin que se convierta en una broma cruel—. Necesito sacar a tu madre de su casa un rato. ¿Puedes montar una escena?

Media hora después estamos en la esquina más cercana al recinto. La primera que no está bajo su vigilancia o la nuestra. Y me estoy muriendo.

Estar sentado en el todoterreno es una tortura en toda regla. Me duelen todos los músculos y mi espalda es un millar de cortes frescos. La sangre fantasma corre hasta mi cintura. Empapa mi camisa. No sé cómo llamarlo. No es una alucinación. Es más bien un eco, pero se siente real.

—Solo dale un par de minutos más, Leo. Jesús.

—Podría estar muerta en otro par de minutos.

Este no es mi único miedo. No puedo nombrar el más profundo (el de mi centro), a Lucian. No lo haré. Basta con saber que hay cosas peores que la muerte. Caroline me las ha hecho.

Lucian se burla.

—Caroline no va a matar a uno de los suyos. Ni siquiera por estar contigo.

—¿No? —Lo fulmino con la mirada—. ¿O solo lo dices porque no quieres que mate a Elaine? Está más jodida de lo que crees.

La sonrisa que me dedica Lucian es más sanguinaria que cualquier otra expresión que yo haya usado. Soy la Bestia de Bishop's Landing, pero esa reputación ha desviado la atención de Lucian, que es el verdadero psicópata de la familia. Está en su médula.

—Caroline no le hará nada a Elaine cuando se entere. Asistirá a nuestra boda con una sonrisa en la cara. —Lucian insistió en sentarse en el todoterreno conmigo después de haberme seguido hasta aquí en su coche, y ahora se gira en su asiento mientras estira su cuello y lo hace sonar—. Vale. Se está yendo.

Según él, Elaine ha llamado a su madre fingiendo tener un ataque de nervios. Elaine es conocida por ser dramática, por ser salvaje, y debe haber sido convincente. Ahí está el equipo de seguridad de Caroline, saliendo delante de ella. Y otro coche detrás. Lucian pone en marcha un temporizador en su teléfono. Cuando llevan tres minutos, salimos del todoterreno y nos dirigimos a la puerta.

Quiero correr. Todo en mí aúlla por correr. Pero este ritmo no hará saltar las alarmas de su seguridad. Solo somos dos personas con abrigos oscuros caminando por la calle.

Lucian llega primero a la puerta y marca un código. El portón se retrae para dejarnos entrar, y ya estamos allí.

El camino de entrada es todo lo que hay entre Haley y yo. El camino de entrada y Dios sabe cuántas puertas cerradas. Las abriré con mi maldito cuchillo si es necesario.

Mi hermano sabe dónde ir. Esto, al menos, no es sorprendente. Lucian se dedica a conseguir información cuando la necesita, y tiene lo que necesitamos ahora. Nos lleva a una puerta lateral con otro teclado. Otro código.

—Elaine quería que ella llevara seguridad. Se habrá llevado a los hombres de la casa principal —me dice Lucian mientras abrimos la puerta y entramos.

El olor me golpea como un puñetazo en el estómago. Me revuelve el estómago. Trago para no sentirme mal, la cabeza me late. Odio el olor del perfume de Caroline. Lo odio, jodidamente lo odio, y necesito alejarme de él.

Pero primero.

Tengo que llegar a Haley.

Un hombre con uniforme de personal sale de una puerta delante de nosotros y Lucian llega a él primero, con una gran mano en su hombro, retorciéndose en la tela de su camisa.

—Hola —dice mi hermano—. Estamos buscando a una amiga nuestra. Podría romperte el cuello o podrías decirme dónde está Haley Constantine.

El tipo se quiebra y corre. Lucian y yo lo perseguimos. Esta vez, cuando Lucian lo atrapa, no me quedo atrás. Tengo el cuchillo fuera y antes de saber lo que estoy haciendo, lo tengo presionado a un lado de su cuello. La punta se clava. Una gota de sangre sale a la superficie y

corre hacia abajo. Está atrapado, Lucian empujando, yo cortándolo, y se sentiría tan bien cortar su cuello. Se sentiría tan bien dejarlo hundirse.

—Tranquilo, Leo. Si le cortas el cuello, no podrá ayudarnos —advierte Lucian, con un tono ligero. Suelto el cuchillo—. No más drama —le dice al hombre—. Haley Constantine. Rápido.

Nos encontramos con otro miembro del personal de camino al ala de invitados de la mansión de Caroline. Tengo el cuello del primer hombre en mi puño, mi cuchillo en su garganta, así que Lucian está libre cuando el segundo se gira para correr. Mi hermano lo coge por el hombro, le da la vuelta y le clava el puño en el centro de la cara. Su nariz cruje. Se cae. Si aparecen más, esto se va a complicar. La casa va a arder conmigo si no llego a ella antes.

—Aquí —dice el hombre al que intento no matar—. Aquí. Permíteme.

Hay un teclado en el exterior de la puerta.

Caroline la ha encerrado en una prisión. Ha hecho una puta prisión para Haley, ha traído a Rick aquí para lo que sea que signifique una puta "cita", y la ha alejado de mí. Sacudo al hombre por el cuello de la camisa con tanta fuerza que le suenan los dientes.

—Hazlo antes de que te abra en canal.

Con las manos temblorosas, teclea un código en el teclado y la cerradura hace clic. Lucian extiende la mano y abre la puerta. El mundo entero se reduce a este momento. Si hay algo al otro lado que no sea Haley, sana y salva, perderé la cabeza. Nunca volveré. Nuevas capas de dolor sobre el infierno de mi espalda.

Pero entonces.

Una lámpara se enciende, el brillo es suave como ella, y ahí está Haley, parpadeando a la luz. Sus ojos se abren de golpe cuando me ve y se levanta de la cama. Lleva un camisón que no he visto nunca y no puedo llegar hasta ella porque este maldito tipo está en mis manos. Lo empujo hacia Lucian, abro los brazos y ella está ahí, está ahí, está ahí.

Haley se abalanza sobre mí con un grito crudo que es casi un sollozo y mi corazón estalla. No puedo oír lo que dice, no puedo separar las palabras del sonido de su voz y del latido de su corazón bajo mis brazos. Levanto su cara para separarla de mi camisa y le aliso el cabello porque tengo que ver si está bien.

No lo está.

—Leo. Venga, vámonos —dice Lucian detrás de mí.

Rick es un maldito mentiroso. Sus ojos están rojos e hinchados. Ha estado llorando. Le hicieron algo.

Y entonces gira la cabeza.

Un moretón.

En la línea de la mandíbula.

Un *moretón*.

La empujo hacia la puerta de la habitación por puro instinto, la empujo al pasillo para que yo pueda tomar suficiente aire, y mi visión se vuelve roja.

Toda la rabia y el dolor, y sí, el terror, todo ello estalla. No puedo contenerlo más. Está en mi piel, en mis huesos y en mi sangre. Mi pulso. No siempre es un espectáculo. No siempre se trata de fingir. A

veces, si interpretas un papel el tiempo suficiente, se convierte en ti, y ese moratón en su cara ha arrasado con todo dejando solo una sed abrasadora de venganza. Alguien va a pagar por esto. Alguien. Ahora. La tengo en mis brazos y la furia de los latidos de mi corazón es todo lo que puedo oír.

La voz de Lucian es un susurro lejano.

—Por aquí —dice—. Por aquí. Tenemos que irnos.

—Leo —dice Haley.

Al final del pasillo, otros dos Constantine aparecen.

Perry y Keaton. Están en su casa para pasar la noche, con ropa cómoda.

—Jesucristo —dice Perry—. ¿Estás invadiendo nuestra casa? ¿Qué...?

No termina, porque he soltado a Haley y estoy encima de ellos.

No lanzas un puñetazo la primera vez y esperas que haga daño. Prácticas. Lanzas cientos de golpes. Miles. Entrenas el movimiento de una patada hasta que cause exactamente el daño que pretendes hacer. La lucha requiere contención, y requiere habilidad. Se necesita la mayor habilidad del mundo para someter a una persona sin herirla. Para usar la contención.

No me importa herir a Perry y a Keaton. Toda mi habilidad se ha consumido en pura violencia. No queda nada más que una rabia asesina. Perry primero. Un golpe en el costado de la cabeza que lo sacude. Keaton después, cuando intenta correr en busca de ayuda. Ellos son los responsables de esto. Haley tiene un moretón. La

hirieron. Los dos intentan trabajar juntos, pero no han nacido en el infierno. La violencia no es su primer idioma.

Es el mío.

Golpe tras golpe. No lo siento, no me molesto en sentir la fuerza de los golpes. No me molesto en contenerme. No importa que ellos consigan darme con algunos de los suyos: cada centímetro de mí ya está en agonía. No cambia nada, nada, nada. Todos ellos. Los mataré a todos. Los haré papilla y los incineraré en su propia casa.

Levanto a Perry del suelo, donde ha caído, y le voy a golpear tan fuerte que nunca más se levantará. Tengo el puño desenfundado para hacerlo. Y de repente…

El toque más suave en mi brazo.

Miro hacia abajo, hacia esa suavidad, y encuentro la mano de Haley allí. Sigo el camino desde sus dedos hasta sus ojos azules. Mi pulso es demasiado para mi cuerpo. Cada latido me duele. Pero cuando la miro, se alivia lo suficiente como para permitirme respirar. Me he acostumbrado a las respiraciones cortas y llenas de adrenalina de una pelea, pero ahora inhalo completamente.

Y, entonces, a pesar de que soy un monstruo, a pesar de que soy el bastardo más peligroso que jamás haya compartido espacio con ella, pone su mano en mi mejilla. Su pulgar se mueve sobre mi pómulo. Lentamente.

—Perry no hizo nada. Es mi familia y no sabía lo que estaba pasando. Caroline les dijo que yo estaba enferma. Él y Keaton no hicieron nada. Bájalo, Leo.

—No puedo. —Es verdad. No puedo. No puedo abrir la puta mano—. Te hicieron daño.

—No. No me tocaron. No quiero que seas un asesino por esto. Está bien, Leo. Puedes dejarlo ir.

La niebla roja se despeja, arrastrada por sus ojos azules. Soltar mi puño de la camisa de Perry es otro ejercicio de tortura. Mi agarre ya estaba comprometido con lo que estaba haciendo.

Lo oigo golpear el suelo y maldecir, pero no me importa. Vuelvo a tener los brazos alrededor de Haley.

Capítulo Seis

Haley

Leo suelta a perry, que cae al suelo con un gruñido y un suave *joder*. Keaton, con una mano en la mejilla, se acerca a su hermano mientras Leo me rodea con sus brazos. Me levanta para cargarme y me concentro en respirar. Podría llorar eternamente, pero no lo haré. Tengo la sensación de que, si me derrumbo, será como cuando Leo estaba enfermo. Perderá la cabeza. No sabrá qué está mal.

Hay vidas en juego.

Su hermano está aquí. Lucian. Los dos parecen incongruentes, de pie en la casa de Caroline, pero no esperamos mucho.

—Por aquí —dice Lucian de nuevo. Esperaba que fuera cruel, que fuera... un Morelli. Y lo es. Hay una expresión en su rostro que me hace pensar que podría volver por Perry y Keaton si dicen algo equivocado.

—Haley —dice Perry. Se ve como una mierda. Leo iba a matarlo. Había asesinato en sus ojos. Está ahí ahora, justo debajo de la superficie. Una capa translúcida de civilidad está ahora sobre la bestia.

—Estoy bien —le digo por encima del hombro de Leo—. De verdad. Solo...

No hagas nada. No me retengas aquí. El impulso de suplicarle es fuerte, aquí en la casa de Caroline, pero entonces Leo se mueve con pasos largos y decididos. Perry y Keaton no le siguen. Perry se sienta con fuerza en el suelo mientras avanzamos, Keaton se arrodilla a su lado, y creo que la única razón por la que no nos siguen es porque Leo es una amenaza.

Lucian arrastra con nosotros a una cuarta persona por el cuello de la camisa durante todo el camino hasta la puerta. El hermano de Leo lo hace con una postura tan despreocupada que tengo que pensar que lo ha hecho antes. Cuando llegamos a la puerta, empuja al hombre a una esquina y le da una patada. Algo se rompe en el pecho del hombre y grita. Lucian sonríe. Creo que Bishop's Landing se ha equivocado con Leo. Se equivocaron de hermano. Lucian es el verdadero asesino. El verdadero sociópata.

Pero... no. Está aquí, después de todo, para salvarme. Para ayudar a Leo. No lo entiendo y no puedo encontrar mi voz para preguntar. No me atrevo a hablar durante todo el camino.

Leo me abraza mientras salimos a la noche. Estoy en camisón, sin zapatos ni calcetines, y el viento corta la tela.

—No está lejos —dice Leo. Su voz es diferente. Es como el filo de una navaja. Más afilada de lo que he oído nunca. Lucian camina a su

lado mientras bajamos por la calle, alejándonos de la casa de Caroline. Un clic me hace levantar la cabeza del hombro de Leo. Lucian ha sacado una pistola y ha quitado el seguro.

Lucian me mira a los ojos. No hay rastro de incomodidad allí, solo una intensa curiosidad.

—¿Te hicieron daño?

Sacudo la cabeza. Se acerca a la verdad.

—No más preguntas, Lucian —dice Leo, y llegamos a su todoterreno. Abre la puerta, me coloca en el asiento del copiloto y se quita el abrigo. Me envuelve con movimientos eficientes, sus manos firmes, y tira de la hebilla sobre mí. Lo coloca en su sitio.

Su expresión...

No la reconozco. Nunca la había visto antes.

—Te sigo —dice Lucian por encima del hombro de Leo.

—Bien.

—Voy a reunirme con tu seguridad.

—Bien. —Leo cierra mi puerta, luego está en el coche, y después nos alejamos. Un par de faros nos siguen.

No es la primera vez que me lleva así. Una ruta diferente de vuelta a su casa. La misma calefacción a tope en el coche. Los mismos temblores en todo el cuerpo que solo se producen cuando nos alejamos del bordillo. Leo está en silencio con su ropa oscura, sus ojos en la carretera, sus manos en el volante.

Me acerco a él en el mismo momento en que él se acerca a mí. Me agarra la mano con tanta fuerza que duele, pero no quiero que me suelte nunca. No lo hace. Me coge de la mano durante todo el camino de vuelta a su castillo. Todo el camino a través de la puerta, por el camino de entrada. Solo me suelta el tiempo suficiente para venir a mi lado y tomarme en sus brazos de nuevo. Hacia los escalones. Hacia el vestíbulo.

Espero silencio y espacio.

En cambio, nos recibe una multitud. Hay hombres con trajes oscuros por todo el vestíbulo. Gerard. Eva, que jadea y empieza a acercarse. Su cara cambia cuando ve la expresión de Leo.

—Ven y siéntate con nosotros —dice rápidamente—. Ven, siéntate con nosotros, y...

—No —ladra Leo. Se dirige a las escaleras sin mirarla.

—Tengamos una reunión —dice Lucian, su voz elevándose por encima de toda la charla, y la puerta principal se cierra de golpe. Pero nada de eso importa porque Leo me está llevando a su dormitorio. Siento un cosquilleo en la piel por el alivio, por el miedo retardado y por todo lo que sentí en casa de Caroline. Con la vergüenza de llorar delante de Rick. Con el asco de ser tocada por él. Pero se acabó. Se acabó.

Lo que no se ha acabado es Leo.

Él cierra la puerta de una patada en el momento en que pasamos el umbral. Me pone de pie. Me empuja hacia atrás para que me apoye en la madera fría, y me quita el abrigo de los hombros mientras lo hace.

Sus manos son tan grandes a los lados de mi cara. Se deslizan hasta mi cuello. Está caliente y está aquí.

El agarre de Leo se endurece. Me quita el aire. Hace que me cueste respirar lo suficiente como para que mi corazón se acelere. Incluso ahora, cuando no puedo respirar, huele tan bien que podría morir. Como un bosque limpio de invierno. Como una noche oscura.

Y entonces.

Se inclina y me muerde. Sus dientes se hunden en el lugar donde mi cuello se curva hacia mi hombro, el calor de su aliento trazando las marcas. Estoy en llamas, encendida con él, cada nervio respondiendo al dolor. Nunca me había mordido con tanta fuerza, nunca mientras me asfixiaba de esta manera, y aspiro un grito ahogado.

Leo se aparta de mí. Mi columna vertebral golpea contra la madera mientras él retrocede con un gruñido.

—Sal de aquí —dice—. Ve a la habitación de invitados.

—¿Qué? —Pongo mi mano donde me tocó, y presiono como si pudiera recrear la sensación—. No. No quiero irme.

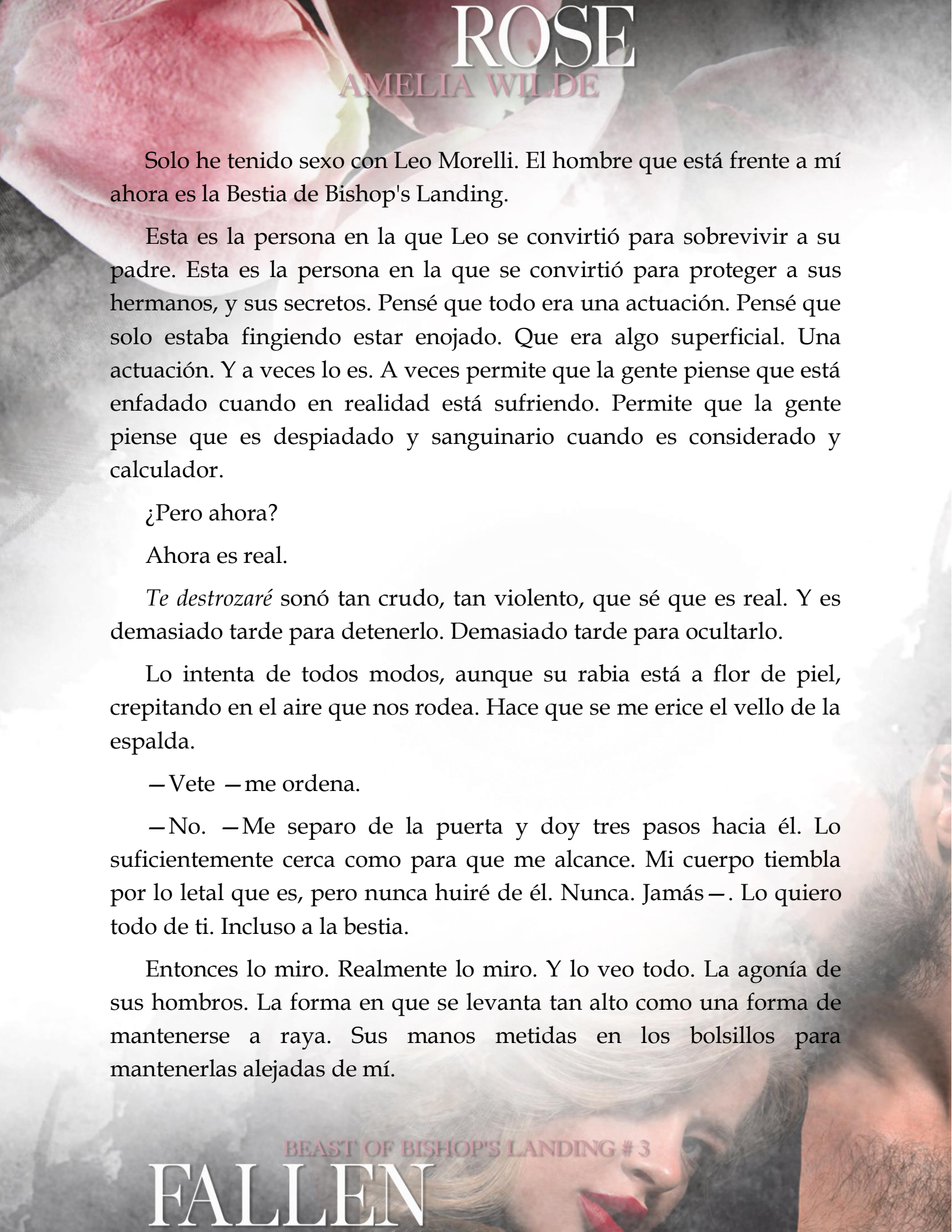
Leo me mira a los ojos, y mi corazón late. Cruje.

—Seré demasiado duro contigo. Te destrozaré.

Un latido de miedo. Otro de reconocimiento. El oro de sus ojos arde con una furia que no se molesta en reprimir.

O que no puede reprimir.

La verdad llega como una bala.



Solo he tenido sexo con Leo Morelli. El hombre que está frente a mí ahora es la Bestia de Bishop's Landing.

Esta es la persona en la que Leo se convirtió para sobrevivir a su padre. Esta es la persona en la que se convirtió para proteger a sus hermanos, y sus secretos. Pensé que todo era una actuación. Pensé que solo estaba fingiendo estar enojado. Que era algo superficial. Una actuación. Y a veces lo es. A veces permite que la gente piense que está enfadado cuando en realidad está sufriendo. Permite que la gente piense que es despiadado y sanguinario cuando es considerado y calculador.

¿Pero ahora?

Ahora es real.

Te destrozaré sonó tan crudo, tan violento, que sé que es real. Y es demasiado tarde para detenerlo. Demasiado tarde para ocultarlo.

Lo intenta de todos modos, aunque su rabia está a flor de piel, crepitando en el aire que nos rodea. Hace que se me erice el vello de la espalda.

—Vete —me ordena.

—No. —Me separo de la puerta y doy tres pasos hacia él. Lo suficientemente cerca como para que me alcance. Mi cuerpo tiembla por lo letal que es, pero nunca huiré de él. Nunca. Jamás—. Lo quiero todo de ti. Incluso a la bestia.

Entonces lo miro. Realmente lo miro. Y lo veo todo. La agonía de sus hombros. La forma en que se levanta tan alto como una forma de mantenerse a raya. Sus manos metidas en los bolsillos para mantenerlas alejadas de mí.

La necesidad en sus ojos. Una necesidad profunda y animal. Prácticamente vibra con ella.

—Te lo prometo, cariño. No seré suave.

La voz de Leo promete no ser suave. Es la advertencia más clara que he escuchado. Esta es mi única oportunidad de echarme atrás. De correr a la habitación de invitados y cerrar la puerta. Me dejará hacerlo.

Levanto una mano y me bajo el cuello del camisón para desnudar mi garganta ante él.

Le muestro las marcas que ya ha hecho.

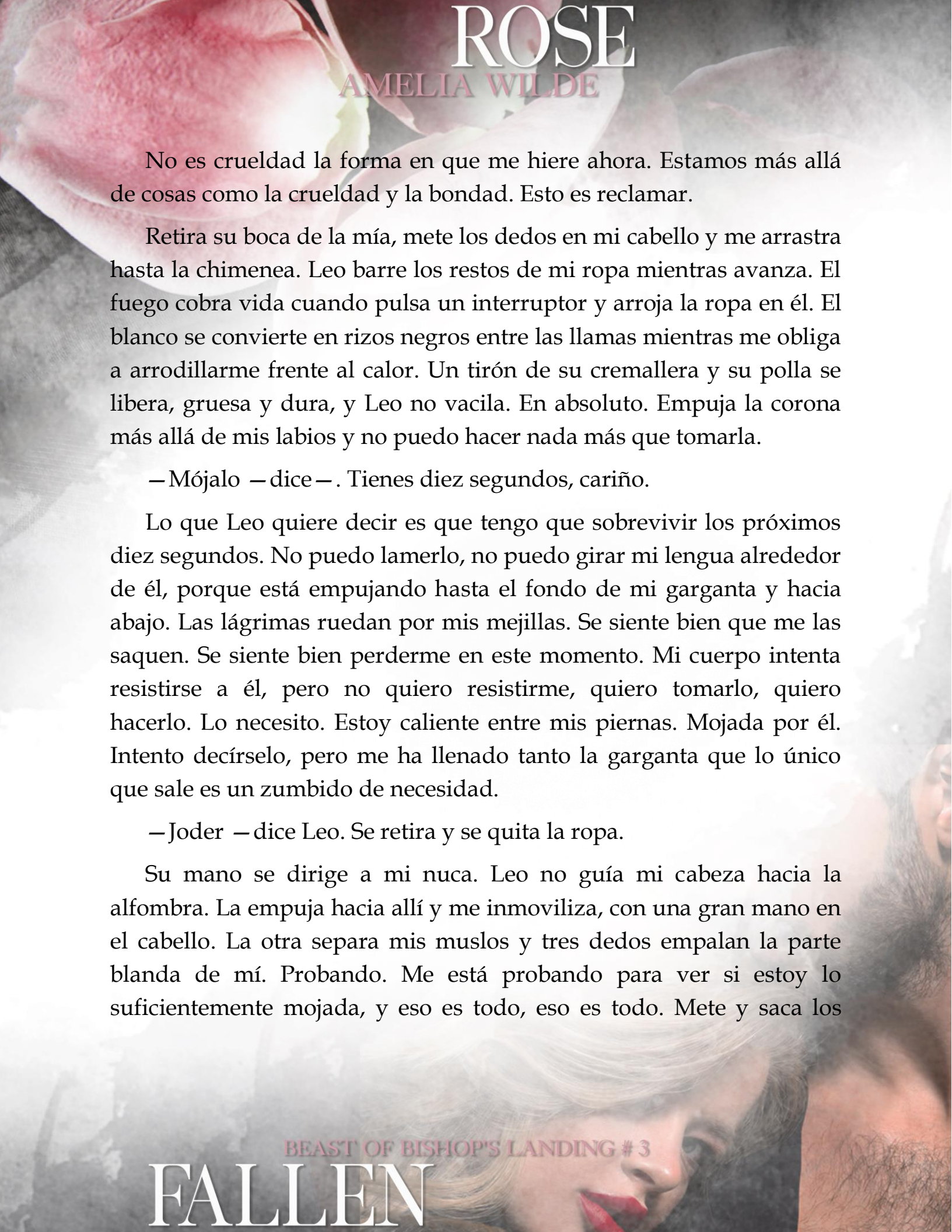
—Todo —le digo—. Por favor.

Un segundo está ahí de pie, y al siguiente es todo movimiento furioso. Es como la noche que vino por mí. Verle correr hacia ese callejón fue lo más magnífico que he visto nunca. Ahora es igual de impresionante. Una violencia elegante. Sus manos están sobre todo mi cuerpo. Apretando. Pellizcando. Me hace moratones. Me muerde de nuevo, superponiendo más marcas sobre las que ya estaban, y grito por lo agudo que es el dolor. Lo poco que se está conteniendo.

Leo me arranca el camisón. Rompe la tela. Lo parte por la mitad.

Rompe las bragas que llevo debajo.

Cuando estoy desnuda, cuando no queda nada entre nosotros, toma mi cara entre sus manos y me besa entre las ruinas de mi ropa. Me besa tan fuerte que siento el sabor de la sangre. No hay nada suave en su lengua o en sus dientes, y se lo debo todo, él lo es todo, porque si fuera suave conmigo ahora, estaría enferma.



No es crueldad la forma en que me hiere ahora. Estamos más allá de cosas como la crueldad y la bondad. Esto es reclamar.

Retira su boca de la mía, mete los dedos en mi cabello y me arrastra hasta la chimenea. Leo barre los restos de mi ropa mientras avanza. El fuego cobra vida cuando pulsa un interruptor y arroja la ropa en él. El blanco se convierte en rizos negros entre las llamas mientras me obliga a arrodillarme frente al calor. Un tirón de su cremallera y su polla se libera, gruesa y dura, y Leo no vacila. En absoluto. Empuja la corona más allá de mis labios y no puedo hacer nada más que tomarla.

—Mójalo —dice—. Tienes diez segundos, cariño.

Lo que Leo quiere decir es que tengo que sobrevivir los próximos diez segundos. No puedo lamerlo, no puedo girar mi lengua alrededor de él, porque está empujando hasta el fondo de mi garganta y hacia abajo. Las lágrimas ruedan por mis mejillas. Se siente bien que me las saquen. Se siente bien perderme en este momento. Mi cuerpo intenta resistirse a él, pero no quiero resistirme, quiero tomarlo, quiero hacerlo. Lo necesito. Estoy caliente entre mis piernas. Mojada por él. Intento decírselo, pero me ha llenado tanto la garganta que lo único que sale es un zumbido de necesidad.

—Joder —dice Leo. Se retira y se quita la ropa.

Su mano se dirige a mi nuca. Leo no guía mi cabeza hacia la alfombra. La empuja hacia allí y me inmoviliza, con una gran mano en el cabello. La otra separa mis muslos y tres dedos empalan la parte blanda de mí. Probando. Me está probando para ver si estoy lo suficientemente mojada, y eso es todo, eso es todo. Mete y saca los

dedos, entra y sale, luego los retira y los limpia en la parte baja de mi espalda.

Leo se alinea y empuja con tanta fuerza que mi cara roza la alfombra. Un empujón despiadado. No estoy acostumbrada a él, pero no me da tiempo a adaptarme. Grito por el estiramiento, por el dolor, pero él me ignora. Otro empujón interrumpe mi respiración. Hace que mi corazón se salte un latido. Mi coño se aprieta en torno a él y quiero que se quede, pero se retira de nuevo para poder follarme con más fuerza.

Es tan fuerte sobre mí. Tan implacable. Su mano en el cabello me duele, me duele mucho, y es una bienvenida. Me hace daño porque me gusta. Porque puedo soportarlo. Las lágrimas resbalan por mis mejillas. Quita la mano de mi cabello para quitarme algunas lágrimas de la piel. Suena un *pop* cuando las chupa de las yemas de sus dedos, y luego se ríe.

Es una carcajada oscura y malvada, rebosante de toda la furia y la violencia que ha estado conteniendo, y hace que me vuelva a estrechar a su alrededor. Gime.

—Jodidamente me encanta cuando lloras, cariño. Me encanta. Me encanta. Te amo.

Leo encuentra su ritmo ahora. Duro. Implacable. Me folla como si pudiera unirnos solo con este acto. Como si estuviera tratando de aparearse conmigo de por vida. Como un lobo. Como una bestia.

—Estás mojada. —Incluso su voz es áspera—. Ese es el sonido de tu coño mojándose para mí mientras te follo hasta las lágrimas. Tan

jodidamente fuerte. Te encanta que te follen así. Dime cuánto te gusta, cariño.

Apenas puedo moverme, me tiene clavada tan fuerte en la alfombra.

—Lo necesito —jadeo, y luego estoy sollozando de verdad—. Lo necesito. —El terror me invade. No tengo miedo de Leo. Tengo miedo de que esto no borre lo que pasó. Que la forma en que Rick me tocó no desaparezca nunca—. Por favor —ruego, y no tengo palabras para explicar lo que necesito.

Excepto.

Leo no necesita una explicación. Cinco golpes más y luego me da la vuelta, sobre mi espalda, y me obliga a separar los muslos de nuevo. Me llena con otro cruel empujón mientras su mano se acerca a mi cuello. Me levanta la cabeza para que mi cuello quede al descubierto y me sujeta las muñecas a la alfombra con el antebrazo. Me besa brutalmente en cualquier parte que pueda alcanzar, su brazo una jaula de acero sobre mis muñecas, y yo sollozo y sollozo.

—Se ha terminado —me dice al oído, su voz es mitad Leo, mitad bestia, y me hace llorar más fuerte—. Soy el único que te ha tocado. Soy el único que se va a follar este coño. Me pertenece. Me perteneces, cariño. Hasta el último centímetro.

Recalca *último centímetro* con tres empujones que me estiran más allá de lo que creía que podía soportar.

—Ahora córrete en mi polla.

Mi orgasmo se libera al oír esas palabras. Estoy abierta, demasiado abierta, con los muslos doloridos por estar separados para él.

Temblando. Me sacude de pies a cabeza, me sacude en la alfombra. Me sacude hasta el centro de la tierra. Se desgarra como una bomba atómica. Limpia todo. Leo empuja profundamente y, de alguna manera, se hace más grande. Tengo un destello de miedo -no podrá volver a salir, es demasiado grande, se quedará dentro de mí para siempre-, y entonces emite un sonido en lo más profundo de su garganta y se estremece.

Leo aprieta más fuerte mientras se derrama dentro de mí. El mundo se reduce a su mano alrededor de mi cuello y a la caliente descarga de él dentro de mí. Pintando con semen. Más profundo de lo que ha llegado nunca. Tiene un control absoluto sobre mi respiración, sobre mi cuerpo, y lo utiliza mientras se corre. Mi visión se oscurece.

—Mía. —Creo que dice—. Mía. Joder.

Los dos estamos empapados de sudor.

Cuando termina, vuelvo a los sonidos de la habitación. El crepitar del fuego. Alguien está llorando. Soy yo.

Leo me besa la sien. Besa el moretón. Besa las marcas de los mordiscos que hizo.

—Eres... —Quiero preguntar si es él mismo, pero no sería una pregunta justa. También es él mismo cuando está enfadado y herido. Cuando es la bestia.

—No —responde, y la honestidad en su voz duele—. No lo soy. Pero lo seré.

Leo sale de mí y me toma en sus brazos, llevándome a su cama. Se tumba de lado, me acerca, y pongo una mano en su pecho para sentir los latidos de su corazón. No le falta la respiración, pero late con

fuerza. Me acaricia el cabello, poniéndolo en su sitio, durante un buen rato. Luego mueve su mano hacia mi brazo. Hacia adelante y hacia atrás. De un lado a otro. Hasta mi antebrazo. Repite este proceso en mis dedos, y solo entonces siento lo tensa que estoy. Lo preparada que estoy para luchar.

—Dime qué pasó.

—No pasó nada. —La mentira se estrella como una piedra mellada—. No fue nada de lo que quejarse.

Su mano se detiene, entonces la desliza por debajo de mi brazo y pasa su palma por mi cintura.

—Sé que Rick te vio.

La convulsión que me recorre es tan fuerte que hace que se me apriete el estómago. No hay forma de ocultárselo a Leo. Se sienta en la cama, con el cuerpo separado de las almohadas, y me sube con él. Me acurruca en su regazo, en sus brazos, como si supiera que no quiero mirarle mientras digo esto.

—Era Caroline. Al principio, era Caroline. No dejaba de tocarme. Yo… —Un lloriqueo avergonzado sale de mí—. Leo, no puedo. Esto no es nada...

—Si dices que no es nada comparado con lo que me pasó a mí, te juro por Dios, cariño, que te sacaré esa idea. —Su tono es impasible, pero hay un trasfondo de rabia.

Le creo. Sé que lo hará. Así que me reafirmo para seguir adelante.

—Ella seguía tocándome, y seguía diciendo cosas que parecían ciertas. Cosas que eran... que estaban cerca de la verdad.

—¿Cómo qué? —Está frotando círculos lentos en mi espalda como si pudiera evitar que mi corazón y mis pulmones se vuelvan locos, aunque no pueda detener el temblor de mi voz. Está funcionando.

—Dijo que yo te tenía miedo. Que te tenía mucho miedo.

—Tenías miedo de mí. Tenías razón en tenerlo.

Lágrimas calientes se filtran bajo mis pestañas.

—Me gusta tenerte miedo.

—Lo sé. Tu cuerpo me lo dice. —Se inclina y besa las lágrimas. Todo el cuerpo de Leo está lleno de furia: puedo sentirla correr bajo su piel como si fuera electricidad. El sexo no ha hecho que desaparezca—. ¿Dónde te tocó?

—Mi cabello. —Leo me lo aparta de la cara, deliberadamente. Con fuerza. No como lo hizo Caroline. De la forma en que solo Leo lo haría.

—¿Dónde más?

—Mi cara.

Coge mi cara con un apretón fuerte y la lleva a la suya. Me da un beso fuerte. Muy fuerte. Hasta el punto del dolor. Hasta que jadeo.

Borra las huellas de Caroline.

—¿Dónde más?

—Me cogió la mano.

Pasa sus dedos por los míos y los lleva a sus labios. Entonces Leo presiona sus dientes en cada uno de mis nudillos.

—¿Dónde más?

—En ningún otro sitio.

—¿Dónde te tocó Rick?

—Me besó —admito, y ahora se siente urgente, se siente horrible. Se siente como una confesión. Mi voz se quiebra. Se desmorona—. Lo odié. Me hizo sentarme en el sofá con él. Se inclinó sobre mí...

Leo se tensa, sus brazos acercándome más. Encerrándome. Estoy a salvo aquí.

—¿Te…? —No es el tipo de hombre que titubea, pero lo hace ahora. El latido del silencio es una herida abierta, tapada con dolor y violencia—. ¿Te violó?

—Lo intentó. Y lo peor... lo peor fue lo suave que fue. Sé que no tiene ningún sentido. No debería haber sido tan malo, ya que en realidad no me hicieron daño. Fueron muy suaves. —Se me revuelve el estómago al recordarlo.

Siente mi involuntario y repugnante estremecimiento y me aplasta contra su pecho, apretando tan fuerte que no puedo respirar. Y no quiero hacerlo. Porque en la siguiente inhalación...

Todo el horror y el miedo de ese momento vuelven en una serie de sollozos ahogados que amenazan con ahogarme. Leo me da la vuelta, me acomoda para que mi cabeza caiga sobre su hombro y mis brazos puedan rodear su cuello, y él me sostiene allí mientras me dejo ir. Sus manos se extienden por mi espalda, cálidas y sólidas.

—Debería haberlo matado cuando tenía su cuello en mis manos.

Me trago el siguiente sollozo para poder escuchar, para poder pensar.

—¿Qué?

—Es un hombre muerto.

Entierro mi cara en el cuello de Leo.

—Por favor, no. No lo hagas, Leo. Por favor. No vayas a ninguna parte esta noche. —Soy un desastre. Desmoronándome.

Leo me abraza más fuerte. Para él, no soy frágil, ni siquiera ahora. Me hace callar con su mano en la nuca, con sus brazos acunándome.

—Esta noche no —promete—. Esta noche no.

Pero está el mañana, y el día siguiente, y el siguiente. ¿Cómo se supone que vamos a tener paz?

Capítulo Siete

Leo

Haley llora hasta que se queda dormida en mi hombro.

Intentó minimizar lo que Caroline le hizo, y es una tontería. Tocar así es una maldita violación, y Caroline lo hizo a propósito. Ella le dio permiso a Rick para hacer lo que hizo. No hay duda en mi mente. Todo fue planeado por Caroline, todo ordenado por Caroline. La forma en que su cuerpo tiembla cuando habla de ello, incluso en la seguridad de mi casa, es un testimonio de lo mucho que lo odió. Lo mucho que le repugnó. Cuánta vergüenza la obligó a sentir.

Lo sé. Jodidamente lo sé.

Tarda tanto tiempo en relajarse que, para cuando su cabeza pesa, para cuando ha cedido todo su peso en mí, vuelvo a estar en llamas.

Le retiro el cabello de la cara y le murmuro al oído. No se mueve. Se queda dormida cuando la pongo sobre la almohada y la tapo con

las sábanas. Había planeado llevarla a la ducha conmigo. Tendrá que esperar hasta la mañana. Probablemente sea mejor. Así no verá el maldito desastre que estoy.

Salir de la cama significa apretar los dientes para no hacer ningún ruido. Mi espalda es un desastre de dolor. Todos mis músculos reaccionan a ello. La única vez que me sentí mejor fue cuando la estaba follando, y quiero más. El deseo merodea bajo mi piel. Si ella pudiera soportarlo, la doblaría sobre la cama. Me la follaría toda la noche. Me la follaría hasta que se presentara una solución. Me la follaría hasta el fin de los tiempos.

En lugar de eso, me meto en la ducha y la pongo fría. Es un frío puro, como un puto manantial de montaña, y hace que mis pulmones se contraigan al estar en ella. Esto es algo que hay que probar cuando el dolor se ha vuelto tan loco, cuando ha corrido tan desenfrenado, tan fuera de control. Me obligo a darme una ducha completa. Champú. Jabón. Y luego añado varios minutos de tolerancia al frío.

El dolor disminuye un poco. Se reubica en mi espalda en lugar de bajar por mis piernas y sobre mi cabeza. La intensidad sigue siendo la misma.

Voy a tener que mantener a Haley conmigo. Por su seguridad. Por mi cordura. Necesito un puto descanso. Un puto minuto.

El escozor cede un poco más cuando me meto en la cama con ella y atraigo su calor contra mí. Respira más deprisa cuando la toco, pero no se despierta. Me quedo a su lado el resto de la noche. No sueño con nada. Su piel bajo mi mano es el único sueño, y me golpea el corazón. Hace que me duela.

—Pensé que te había perdido —le susurro en algún momento antes del amanecer.

—Estoy aquí —dice ella, con una voz somnolienta y cálida, y después de eso me duermo de verdad.

Por la mañana, Eva me espera en el comedor. Se ha duchado y cambiado, y parece mucho menos asustada que ayer, aunque nos escruta a los dos descaradamente cuando nos sentamos a la mesa. Tengo la mano de Haley agarrada con fuerza. No me dijo que necesitase esto de mí, pero se está recuperando del terror del secuestro. Dudó en la puerta de mi habitación antes de que bajáramos. Tragó con fuerza, y yo puse su mano en la mía.

—¿Cómo estás? —Eva le pregunta a Haley, que pone una sonrisa.

—Estoy bien —dice ella—. Estoy bien ahora.

Eva claramente no le cree, pero asiente, mirando su plato casi sin tocar.

—Creo que debería ir a casa ahora que estás bien.

—Creo que no —le digo. Me duele la espalda esta mañana. Demasiado sordo para ser insoportable, pero demasiado doloroso para ignorarlo—. Te quedas hasta que haya repasado tus equipos de seguridad. Necesitas seguridad extra hasta que Caroline esté bajo control.

Mi hermana hace un ademán de mirar alrededor del comedor, pero sus hombros han bajado.

—No veo a Lucian aquí. ¿Por qué no has hecho que se quede?

—No me preocupa Lucian. Pero si te preocupa la falta de compañía, no lo hagas. Daphne está de camino.

Si no está en el coche ahora, lo estará en cuanto se levante. No sé qué horario tiene con su arte, y no me importa especialmente. Lo que quiero es tenerla donde pueda verla. No en un estudio que sea más difícil de defender que mi casa.

Ignoro la idea de que se llevaron a Haley de este lugar y no del estudio de Daphne.

—Bien —dice Eva. No esperaba una discusión por su parte, pero sí que protestara. A mi hermana le gusta pensar que ha superado la necesidad de ser protegida. Se equivoca. El enemigo ya no es nuestro padre. Es mucha más gente que se parece lo suficiente a nuestro padre como para representar una amenaza al nivel de los Constantine.

No le hablo de la preocupación que me persigue cuando se trata de la seguridad, la preocupación que me persigue ahora. Especialmente ahora que Lucian y yo hemos entrado en la casa de Caroline para recuperar a Haley. Especialmente ahora que he dejado evidencia de mi visita en la cara de sus hijos.

Cuando llega Daphne ya nos hemos trasladado al estudio. Eva ha subido a descansar. Intenté que Haley descansara también, pero quería venir al estudio también. Ahora está bajo una manta en el sofá y yo estoy en la ventana, mirando el patio cubierto de nieve. La alerta de que Daphne está aquí llega a mi teléfono, y unos minutos después, Daphne entra.

Llega como una ola que se mueve rápidamente sobre la arena. Se dirige hacia donde estoy, y me inclino para que me rodee el cuello con

sus brazos. Nunca ha sido más imperativo que todo se mantenga alejado de mi espalda. Incluso con Haley a la vista, soy una bomba humana.

—Dios mío, Leo, no puedes simplemente convocarme aquí —dice Daphne mientras me suelta—. Estoy bien. Podrías haberme enviado un mensaje para preguntarme si estaba bien.

La conduzco al sofá por los hombros. Daphne se sienta y me observa mientras tomo el asiento opuesto. Haley cierra su libro y se sienta.

—Hola, Daphne.

Daphne busca en la cara de Haley, sus ojos de artista asimilándolo todo.

—Ha pasado algo.

—Caroline envió a su gente aquí.

Mi hermana se queda con la boca abierta.

—¿Entraron?

—No, no tenían que hacerlo. La gente de Caroline elaboró un plan para causar una distracción y desviar a mi seguridad mientras Haley salía a encontrarse con su hermano. —Es un verdadero esfuerzo hablar de esto sin gruñir. Sin levantarse, buscar al guardia más cercano y darle una paliza—. Se la llevaron cuando salió por las puertas.

Daphne palidece. Su cabeza gira hacia Haley.

—¿Te llevaron a dónde?

—A la casa de Caroline.

Su ceño se frunce, y Daphne se retuerce los dedos en su regazo.

—No lo entiendo. —Por eso la he traído aquí. Ahora. Esta mañana. Porque no lo entiende. He trabajado tan jodidamente duro para dejarle su inocencia que la ha convertido en un blanco fácil—. Caroline es tu familia. ¿Ella envió a alguien para secuestrarte?

—Sí.

Entonces se da cuenta de la clase de familia que son los Constantine. La expresión de Daphne se vuelve completamente seria.

—¿Te hicieron daño?

—No —dice Haley.

—No mientas —le digo. Sus ojos azules se encuentran con los míos con una súplica silenciosa.

—No estoy mintiendo.

—No. Mientas.

La tensión se estrecha entre nosotros. Quiero arrodillarme en su lugar en el sofá, pero no confío en no arrastrarla hacia arriba por el cabello y empujarla sobre la cama. Lo necesito.

Haley respira profundamente y vuelve a mirar a Daphne.

—Es complicado —dice, y la comprensión pasa por la cara de Daphne como si hubiera oído a Haley decir esto antes. Probablemente sí. Han tenido más de una conversación sin mí—. Nadie me pegó. Pero aun así fue... —Sacude la cabeza.

—Lo siento. —Daphne le coge la mano. La aprieta. Sus ojos brillan con lágrimas no derramadas—. Lo siento, Haley. Yo no... Lo siento.

—Está bien. —dice Haley en un suspiro, prácticamente sin sonido.

—No lo está —digo—. Por eso estás aquí. —Los ojos de Daphne se dirigen a los míos—. No es seguro para ti. Para ninguno de nosotros.

—Estoy perfectamente a salvo. —Las manchas de color florecen en las mejillas de Daphne—. Nadie se mete conmigo. Nadie sabe realmente que soy una Morelli, porque no soy... —Está a punto de decir *como tú*—. No soy abierta al respecto. Nadie ha estado en mi apartamento, excepto...

Excepto.

Todos mis músculos están en alerta. Cada músculo. Es la forma en que solía sentirme cuando veía el coche de mi padre entrar en la calzada al final del día.

—¿Excepto? —exijo.

Daphne suspira.

—Excepto por una persona.

—Excepto por un hombre.

El enrojecimiento de su rostro me dice todo lo que necesito saber.

—No pasó nada —insiste Daphne, soltando la mano de Haley.

—Mentira. Explícate.

Daphne se muerde el labio y levanta una mano para echarse el cabello por encima del hombro. Una mirada de reojo a Haley.

—Ni siquiera estaba allí. Solo dejó algo para mí. Un regalo.

Las palabras se suceden como el temporizador de una bomba, una rabia pura estalla con fuerza en mi piel. La siento de cristal, de vidrio fundido, y cada respiración que hago se convierte en un ejercicio insoportable de control.

Nunca he dejado que Daphne me vea en mi peor momento. Nunca. La he llevado en brazos para alejarla de la vista, para mantenerla alejada del conocimiento. Ella no puede saber lo cerca que está este animal de la superficie. Cómo, si Haley no estuviera aquí, me levantaría de mi asiento y saldría a cazar.

Haley no es Daphne. Ella y mi hermana podrían haber tenido una inocencia similar para empezar, pero hay una diferencia clave: le pasó a Haley. Así que Haley sabe lo que está viendo ahora. Lo siente. Daphne tiene los ojos muy abiertos y la cara roja. No sabe lo que soy.

—Tienes —empiezo, y me cuesta todo lo que tengo para mantener la voz uniforme—, un puto acosador.

Daphne se lleva la mano al cuello.

—¡No! No. Solo… solo le gustan mis cuadros. Compra muchos de ellos. Ya sabes. Como un coleccionista.

—Quiere coleccionar tu cuerpo en su puto sótano, Daphne. No quiere tus cuadros. Los hombres no quieren tu arte. Son todos unos malditos enfermos que quieren usarte para sus propios fines. Se desharán de ti cuando hayan terminado, si es que no te han asesinado antes.

Ella levanta la barbilla, apretando la mandíbula.

—¿Oh? ¿Al igual que vas a hacer con Haley?

Toda mi alma retrocede, siseando, salvaje, asqueada.

—No —le digo bruscamente, y Daphne se estremece. A duras penas consigo controlar mi tono, incluso a través de la punzada de arrepentimiento—. No como yo con Haley.

Haley suelta un suspiro, y me doy cuenta de las ganas que tiene de acercarse a mí, pero está indecisa. Es dulce y es una buena amiga, y está indecisa porque venir aquí significaría dejar a Daphne sola. Y no lo hará.

—No es peligroso —dice Daphne.

—Eso. Es. Jodidamente. Todo. —Voy a la puerta y la abro. Gerard está esperando fuera—. Envía un equipo al apartamento de Daphne. Despéjenlo.

Asiente y se va, y cuando me vuelvo, Daphne me está mirando fijamente.

—¿Qué le has dicho que haga?

—Voy a enviar un equipo a recoger tus cosas. Te vas a mudar conmigo.

—¡Leo, no! —Ella también se levanta y se cuadra conmigo, pero es inútil. Es pequeña, como Haley. No es rival para las cosas que conozco, para las cosas que he vivido—. Estoy bien en mi apartamento. También tienes seguridad allí.

—Estoy despidiendo a todos ellos. Llevará algún tiempo encontrar sustitutos.

—¿Por qué? Me gustan.

—Porque dejaron entrar a un acosador en tu apartamento para dejarte un regalo. ¿Qué es lo siguiente? ¿Van a dejarle entrar para que te vea dormir? ¿Ducharte?

—¿Cómo va a ser mejor si eres tú el que me mira dormir?

—No voy a verte dormir. No me importa que duermas. Quédate despierta toda la noche, si quieres.

—Quiero quedarme en mi apartamento. —Sus ojos brillan—. Pertenezco a mi apartamento. Estoy bien en mi apartamento.

—¿Estarás bien cuando te despiertes con él de pie sobre tu cama una noche?

—Leo...

—¿Estarás bien si te despiertas amordazada y atada? Dime.

—Eso no va a pasar.

Doy un paso más cerca, haciendo que levante la mirada para poder verme. Es un movimiento de gilipollas, y lo sé.

—¿Y estarás bien si tengo que ir a identificar tu cuerpo después de que te haya asesinado? Por cierto, yo soy el que recibiría esa llamada. ¿Eso estaría bien, Daphne?

Las lágrimas se han acumulado en las esquinas de los ojos de Daphne, pero no las deja caer.

—No va a matarme. —Sus manos se cierran en puños a los lados—. Él no es así.

—Dime su nombre y te diré si es así.

Daphne mira hacia otro lado.

—No te voy a decir su nombre.

—¿Siquiera sabes cómo se llama?

—Sí. Solo que no *te lo estoy diciendo.* Irías tras él.

—Probablemente se lo merece.

Un silencio sonoro. Haley alisa su manta sobre sus piernas, sus ojos en los míos. ¿Desearía que yo fuera más suave en este momento? Espero que no. No puedo ser más suave. No con esta rabia carcomiendo la piel y los huesos.

—Eres ridículo —dice Daphne, pero puedo sentir que se rinde.

También puedo sentir su resentimiento hacia mí, pero está bien. No importa si me odia siempre y cuando esté a salvo. Siempre he protegido a mis hermanas, desde que éramos pequeños, cuando nuestro padre nos pegaba. Pero ahora se siente más agudo, tan agudo que casi perdí a Haley.

—Bien.

—¿Cuánto tiempo se supone que debo quedarme aquí?

—Hasta que se olvide de ti. —Trato de sonar calmado. Aunque me gustaría tenerla aquí para siempre, encerrada en alguna torre como una princesa de cuento.

—¿Cómo te olvidaras de Haley cuando se vaya?

Mi querida hermana dice la pregunta con dulzura, porque sabe, *sabe* que nunca me olvidaré de Haley. Nunca la superaré.

—Es diferente —digo, lo cual es una mentira. No es diferente.

Ella pone los ojos en blanco.

—Es diferente porque la amas.

La palabra *amor* hace que mi piel se caliente, luego se enfríe y se ponga pegajosa. Tengo cuidado de no mirar a Haley. No quiero ver su reacción, ni su esperanza ni su decepción.

—No se trata de mí —digo, con los dientes apretados.

—¿No lo es? —pregunta ella, con un tono suave y una expresión astuta.

Me recuerda que, aunque es inocente, ahora es una mujer. Una mujer que ve a través de mis fanfarronadas. Que sabe que soy tan malo como el hombre del que la protejo. No obtuve mi reputación por nada. La bestia está demasiado cerca de la superficie.

—Esto se trata de ti siendo demasiado estúpida. Siempre supe que eras ingenua, pero nunca pensé que fueras una tonta.

Ella jadea, el dolor reflejándose en sus ojos oscuros. También la ira.

—¿Quieres acabar en un podcast de crímenes reales? No bajo mi supervisión. Lo siento si alguna vez te di la impresión de que tenías una decisión en el asunto. Te vas a quedar aquí. Fin de la historia.

Capítulo Ocho

Haley

La casa de leo está cargada de silencio. El silencio se extiende por todas las habitaciones, espesando el aire, haciendo que sea difícil respirar o caminar. Mis pies se sienten como si los estuviera arrastrando por el agua. Me he despertado tarde. El sol se asoma tenuemente por las ventanas del segundo piso. ¿Cómo ha pasado? Una persona no duerme todo el día y se despierta en el vacío.

—¿Leo?

Mi voz no llega tan lejos como debería. Me aclaro la garganta y lo vuelvo a intentar. La casa está en silencio. Yo estoy en silencio. Todos estamos en silencio, como si nos hubiéramos arropado con mantas aislantes, como si nos hubiéramos enterrado en la nieve. Excepto que puedo ver a través de las ventanas. La nieve no está cayendo hoy.

No hay Eva en la habitación de invitados.

No hay Gerard en lo alto de la escalera.

No está la señora Page en el comedor.

Tardo una eternidad en ir de una habitación a otra. Sigo dándome la vuelta. Creo que estoy cerca del estudio, pero luego entro por la puerta y es el dormitorio de Leo. No está aquí. Trazo un cuidadoso camino de vuelta a las escaleras y bajo.

Llego a la puerta de su despacho una eternidad después. La puerta está bien cerrada, y por mucho que sacuda el pomo no pasa nada. ¿De verdad me ha dejado fuera de su despacho?

Si está ahí ahora...

Aprieto el oído contra la madera, con una indignación sorda en el centro de mi pecho.

Y entonces lo oigo.

Un chirrido húmedo y ahogado.

No. No, no, no. Leo está ahí dentro, y se está muriendo. Aparto la cabeza de la puerta, pero el sonido solo se hace cada vez más fuerte. Lo puedo oír claramente, pero no se abre. El metal liso se niega ante mis arañazos.

—Por favor —le ruego al pomo de la puerta, pero no gira. Mis manos resbalan en la superficie. Golpeo la madera con el puño, pero es sólida, no como las endebles puertas de mi casa, y es lo suficientemente sólida como para alejarme de él. Un silbido agónico llena el pasillo, resonando en mis oídos. No encuentro mi teléfono. ¿Dónde está mi teléfono? No hay tiempo para llamar a nadie. Solo tengo que entrar.

El pomo de la puerta me rechaza. Mis manos resbalan. Soy inútil. Tan inútil. Ni siquiera puedo ejercer presión sobre la herida. El silencio rodea mis tanteos al pomo de la puerta. No hay sirenas. No viene nadie.

Me doy la vuelta para mirar al fondo del pasillo -Gerard tiene que haberme escuchado- y cuando me vuelvo no hay pomo.

—No —sale en un susurro, mi voz se ha ido. Lo único que tengo son las manos. Golpeo con ambos puños la puerta, una y otra vez. No hacen nada. Nada. Golpeo más fuerte. Voy a romper la maldita cosa. La derribaré. Me aclaro la garganta e intento volver a gritar pidiendo ayuda. Un susurro. Un susurro patético. Dios.

—Ayuda —grito.

Intento gritar. Y fracaso. Soy tan jodidamente inútil que ni siquiera puedo gritar. Mi garganta se siente muy apretada. Un susurro ronco no va a llamar la atención de nadie, pero lo intento de nuevo.

—Ayuda. Por favor, ayuda.

El dolor me atraviesa un lado de la mano. El corazón se me estrella en la garganta. El dolor tiene que ser una buena señal. Tiene que serlo. La puerta brilla frente a mí. Dejaré que mis manos se rompan, dejaré que los huesos se rompan, antes de detenerme.

—Haley.

No me giro hacia el sonido de mi nombre. Es demasiado fácil darse la vuelta. Demasiado fácil perder la puerta. No lo perderé, no lo haré, no lo haré.

—Ayuda. —Recibo un susurro, pero necesito un grito. Lo necesito a él.

—Cariño. Despierta.

Bajo la mano con fuerza, el dolor ahora es un hematoma. Alguien me coge la mano.

—Para. No. Para. —Brazos ahora. Fuertes, que me rodean por detrás. La adrenalina surge, fría y plateada a través de mis venas.

—Tengo que llegar a la puerta. Suéltame, suéltame...

—Necesito que te despiertes. Te vas a hacer daño.

Una gran mano se acerca a mi cara y me sacude. Rompe mi concentración en la puerta. No, maldita sea, no puedo perderla. No sé dónde patear, dónde apuntar mis golpes, y no hay ningún sitio, porque él está detrás de mí.

—Estás soñando. —La voz de Leo es pura, una orden oscura, y destroza la puerta, el sueño, todo—. No es real. Estás a salvo. Despierta.

Mi cuerpo se lanza contra sus brazos, luchando. Luchando por liberarse. El sueño tiene sombras sobre mí. Zarcillos. El pánico. No me suelta.

—Para —jadeo.

—No. Estabas golpeando el cabecero de la cama. —Me arrastra hacia atrás, sujetándome contra su pecho—. Deja de luchar o te voy a sujetar más fuerte.

—No puedo parar. —Tomar una respiración normal también está más allá de mí. Vienen más rápido de lo que puedo controlar. Estoy

golpeando a la nada. Encuentro mantas y almohadas. Clavo un pie y lanzo todo mi peso contra él. Está tan cerca. La sangre. Los jadeos de ahogo. Podrían volver a hundirme y no resucitaría.

—Tienes que obligarme.

Los brazos de Leo se tensan, su cuerpo enjaulando el mío. Soy un torbellino. Todo está desarticulado. Él es lo único en la habitación que no da vueltas. Puedo ver el contorno de la puerta de su despacho. Levanto un puño, pero él lo recoge y me clava los dos brazos en el pecho.

—Estabas teniendo una pesadilla —me dice al oído. Ahora veo que gritar no tiene sentido. Ahora lo sé. Podría poseerme sin levantar la voz. Necesito que me posea ahora.

—Ya no estás con Caroline. Ella no puede tocarte. Rick no puede tocarte. Esta es mi casa.

Un relámpago de memoria, de miedo.

—No era sobre Caroline. —Mis pulmones se contraen. No hay suficiente aire para respirar. No lo suficiente para gritar—. Era sobre ti.

Se queda absolutamente quieto, su único movimiento una presión contra mí. Contra mi yo que lucha. El shock vibra a través de su cuerpo.

—Sobre mí.

—Te disparaban. —Siento que una ola de sollozos está a punto de llegar a la cresta, y no quiero, no quiero llorar por el hecho de que Ronan haya disparado a Leo, no quiero llorar por una pesadilla—. Te estabas muriendo. Podía oírte respirar, pero no podía entrar en tu

despacho. No podía hacer nada. Yo era inútil. Inútil para protegerte, para salvarte. Te estabas muriendo detrás de esa puerta y yo no podía hacer nada.

—Jesús —dice en una exhalación, y entonces nos estamos moviendo. Está fuera de mis manos. Él es demasiado fuerte, y yo estoy en sus brazos sin poder detenerlo. Leo nos levanta a los dos y me inclina sobre la cama.

—No puedo parar. —Es cierto. Me resisto a él, empujando contra sus manos. No es suficiente.

Una risa baja.

—¿Crees por un momento que no puedo detenerte?

—Fuiste herido. —Vuelvo a escuchar el sonido. —Tal vez...

Me agarra los brazos por la espalda. Se abre un cajón. Su mesita de noche, pienso, y luego me ata las muñecas. Con tanta práctica. Tanta precisión. Tan mezquino. Pero no como era él. Ahora está diferente, diferente desde que le conté el sueño, pero no sé cómo. Leo me sujeta con una mano ancha en la parte superior de la espalda. Mi mejilla se apoya en las suaves mantas que huelen a él.

El cajón se cierra con un chasquido. La mano de Leo está en mi cintura, deshaciéndose de mis bragas, y cuando termina empuja mis piernas para separarlas.

—Más abiertas —exige. Rudo. Impaciente. Abro los pies con fuerza—. Hasta que te ardan los muslos, cariño. No me hagas esperar.

Se me escapa un gemido. Ahora arden, y estoy al borde del precipicio. Justo en el umbral de otra pesadilla. La presión en la parte superior de mi espalda aumenta.

Y luego, entre mis piernas...

Cuero frío.

No puedo detener mi inhalación frenética, ni ocultarla. Mis rodillas se doblan ante el beso de la correa.

—Lo recordaste —dice Leo.

Sí. Sí, lo recuerdo. Recuerdo estar doblada sobre la cama en la habitación de invitados. Recuerdo cómo el cuero se sentía como fuego contra mi trasero. Recuerdo el *me gusta cuando lloras*. Lo recuerdo todo.

Leo desliza toda la longitud de la correa sobre mi sexo.

—Estás fuera de control, cariño. —Prueba la teoría levantando su mano de mi espalda. Todo mi cuerpo se agita. Me empuja hacia abajo con un sonido de desaprobación—. Tres deberían hacerte volver.

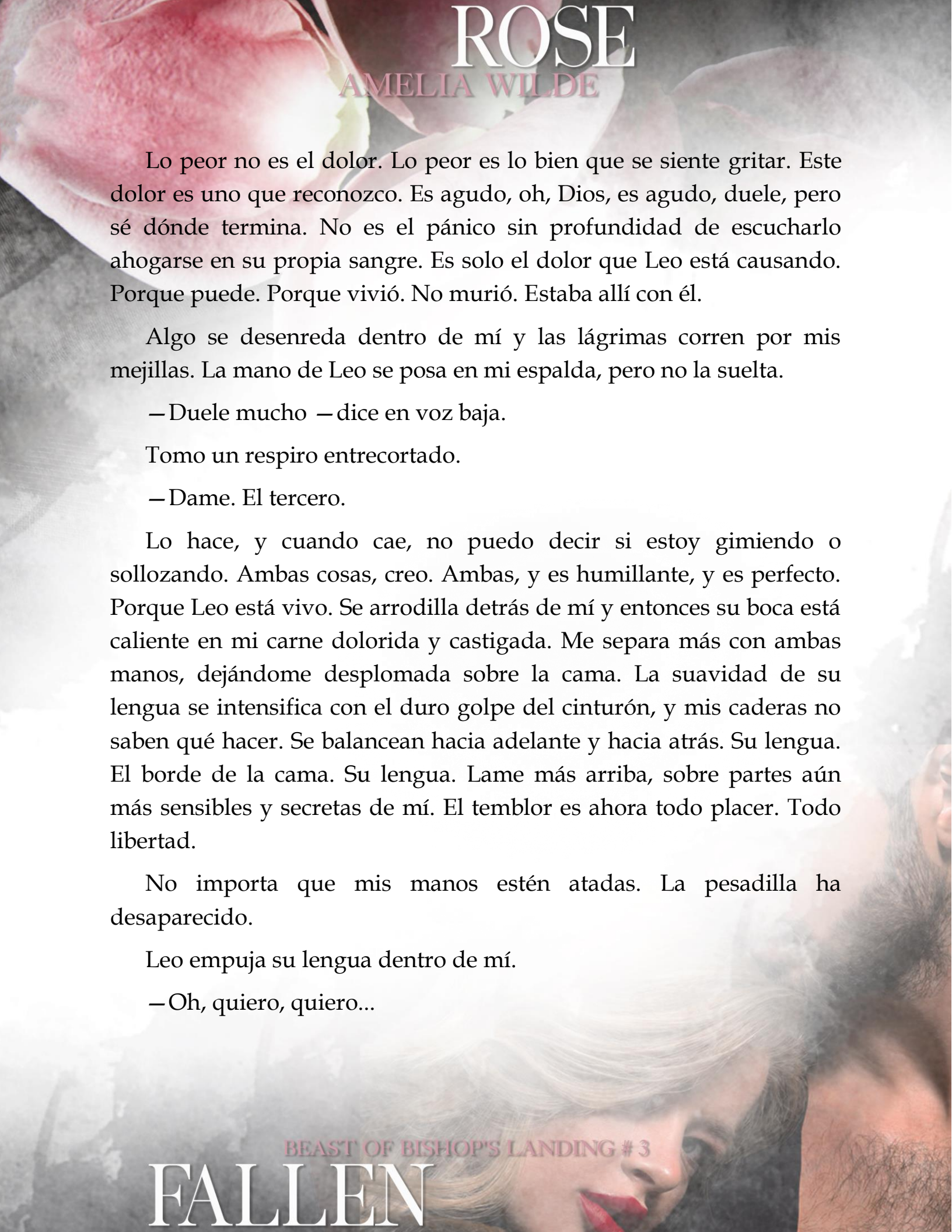
La correa vuelve a encontrarse con mi centro húmedo, y con un sobresalto veo lo que va a hacer.

—Ahí no —le ruego.

—Mantén los muslos abiertos o serán seis.

—No...

La palabra se parte en dos con el primer golpe. Giro la cabeza y aúllo entre las sábanas. Mis piernas tiemblan y los dedos de mis pies se clavan, pero Leo no cede. Vuelve a presionar la correa contra mi sexo -para advertirme, supongo, dónde va a caer- y la retira.



Lo peor no es el dolor. Lo peor es lo bien que se siente gritar. Este dolor es uno que reconozco. Es agudo, oh, Dios, es agudo, duele, pero sé dónde termina. No es el pánico sin profundidad de escucharlo ahogarse en su propia sangre. Es solo el dolor que Leo está causando. Porque puede. Porque vivió. No murió. Estaba allí con él.

Algo se desenreda dentro de mí y las lágrimas corren por mis mejillas. La mano de Leo se posa en mi espalda, pero no la suelta.

—Duele mucho —dice en voz baja.

Tomo un respiro entrecortado.

—Dame. El tercero.

Lo hace, y cuando cae, no puedo decir si estoy gimiendo o sollozando. Ambas cosas, creo. Ambas, y es humillante, y es perfecto. Porque Leo está vivo. Se arrodilla detrás de mí y entonces su boca está caliente en mi carne dolorida y castigada. Me separa más con ambas manos, dejándome desplomada sobre la cama. La suavidad de su lengua se intensifica con el duro golpe del cinturón, y mis caderas no saben qué hacer. Se balancean hacia adelante y hacia atrás. Su lengua. El borde de la cama. Su lengua. Lame más arriba, sobre partes aún más sensibles y secretas de mí. El temblor es ahora todo placer. Todo libertad.

No importa que mis manos estén atadas. La pesadilla ha desaparecido.

Leo empuja su lengua dentro de mí.

—Oh, quiero, quiero...

Una bofetada en el trasero detiene mis ruegos inútiles. No tengo que pedirlo. Me dará lo que quiera darme, y será justo lo que necesito. Me pierdo en la presión y el deslizamiento de su lengua. No se va a detener. Sigue empujando y empujando hasta que llego a la cima. Hasta que lo supero, corriéndome sobre su lengua, e incluso entonces sigue con su implacable asalto a mi clítoris. Una cosa suave y torturadora que me provoca réplicas del orgasmo. Hace un sonido como si acabara de comer algo insoportablemente dulce y se levanta.

Me aprieta las piernas. Hace que me arquee. Me aprieta más para él. Me doy cuenta en una nebulosa delirante justo antes de que introduzca la cabeza de su miembro en el lugar que acaba de preparar.

Todavía soy nueva en esto. Tengo que estirarme, aunque ya hayamos follado, aunque haya sido follada por él. Leo se estremece detrás de mí. Tiene que dejarse llevar para que eso ocurra, ahora lo sé, tiene que decidir conscientemente ser así. Ser así de revelador. Es tan caliente, con sus dedos clavándose en mis caderas y su grosor llenándome. Está en control de sí mismo. Eso es lo que es. No es la bestia, no ahora. Algo lo ha sacado de la tensión eléctrica e hirviente de los últimos días.

Tiene el control de sí mismo, y tiene el control de mí.

—Yo no era tu pesadilla —dice, con un tono casi conversacional, pero puedo oír la cruda necesidad en su voz—. No estabas soñando conmigo. Con que te hacía daño.

—No. —Es difícil decir algo más con él golpeando dentro de mí, más fuerte con cada empuje, mis caderas golpeando el borde de la cama con un golpe tras otro.—. Tú no.

Leo hace algo en mis muñecas y mis manos se liberan, pero no las deja así por mucho tiempo. Enrosca sus dedos alrededor de ambas muñecas y las sujeta a la cama para estar encima de mí. Entonces está en todas partes en la oscuridad. A la luz de la luna. La cabeza de su polla se encuentra con algún lugar interior que no ha tocado antes y abro las piernas por instinto. Le doy más espacio. Es tan grande que necesita más espacio. Deja caer un beso en mi hombro. Un mordisco.

Me suelta las muñecas. Una de sus manos va a mi garganta, la otra entre mis piernas. Gimoteo cuando sus dedos encuentran el dolor de ser azotada allí. Un pellizco en el clítoris hace que mis piernas cedan de verdad. Estoy sujetada por sus manos y su polla, y si no fuera por esas cosas, sería un charco en el suelo.

—A tu coño le encanta esto —me gruñe al oído—. Te gusta cuando te hago daño.

—Solo tú —digo, tratando de respirar mientras sus dedos juegan con mi clítoris, más suaves ahora pero no menos insistentes. Va a hacer que me corra otra vez—. Le gusta cualquier cosa que me hagas.

—La próxima vez que intentes hacerte daño por mí, te follaré el trasero hasta que grites. No pararé por las lágrimas. Soy el único que te hace daño. ¿Entiendes?

No puedo hablar. Estoy demasiado cerca de un violento orgasmo, uno provocado por sus palabras y sus implacables dedos. Demasiado cerca de desmoronarme. La pesadilla me llevó al límite. Leo Morelli me está empujando por encima del límite. Es el único que puede hacerme daño, y lo hace muy bien.

Su agarre se estrecha alrededor de mi garganta. Empuja su polla hasta el fondo.

—Por favor —me ahogo—. Sí.

—Seré tu pesadilla —dice, y me corro tan fuerte que lo arrastro conmigo.

Capítulo Nueve

Leo

El mensaje de voz llega demasiado pronto para ser una llamada de cortesía. Justo después de las siete. No vi la llamada en sí. He estado sentado de la única manera que puedo en este momento, con la cabeza entre las manos, observando cómo las esquinas de la habitación adquieren el tono del amanecer. A varios intervalos miro por las ventanas de la fachada de mi casa, hacia el camino de entrada. Desde esta pequeña biblioteca y sala de estar tengo una visión clara de cualquiera que se acerque a la casa desde la carretera.

Dormir se está volviendo imposible. Follar a Haley anoche, sintiendo su sexo ondularse y apretarse a mi alrededor, me dio tres horas. Luego vino el dolor, la culpa. Estaba aterrorizada cuando la encontré en la cama. Golpeando con los puños el cabecero de la cama como si fuera la puerta de una celda. Lo que ella imaginaba era peor. Mi oficina. No poder llegar a mí.

Un hombre mejor le habría susurrado cosas dulces y le habría acariciado la cara hasta que se hubiera dormido.

No soy un hombre mejor.

Y Haley, con toda su inocencia, con toda su dulzura, no soporta la dulzura. No en ese momento.

Así que he estado despierto. Mi espalda me está matando. Las cuchillas bajan por mi columna vertebral y por mis costillas, y hay un pozo inquieto e inestable que solo puede calmarse de una manera que no está a mi alcance a la luz del día. Que tendrá que esperar.

Mi teléfono vuelve a zumbar y lo saco de la mesa junto a mi silla.

Un mensaje de voz de Lucian.

Qué suerte tengo.

Me apoyo en el brazo de la silla, apoyo la frente en la mano y me acerco el teléfono a la oreja. No me apetece especialmente escuchar lo que Lucian tiene que decir de camino a casa desde su club de sexo. Su reciente relación con mi equipo de seguridad significa que tengo que escuchar. No confío en lo mucho que se ha involucrado. No me gusta lo mucho que sabe. Mi hermano mayor se está acercando peligrosamente al verdadero secreto de lo que pasó con Caroline, y jodidamente lo odio.

Lo odio tanto que me pierdo el principio del mensaje y tengo que volver a empezar.

—Aprende a contestar el teléfono cuando la gente llama, Leo. El buzón de voz es para la ayuda contratada y las mujeres que quieres evitar. Elaine ha tenido una interesante conversación con su madre. —

Toma un respiro apenas perceptible. Elaine. Cierto. ¿Ha estado en el club de sexo con ella? ¿Sin ella? ¿Por qué demonios se ha levantado tan temprano? No me importa—. Caroline ha estado sobornando a Rick Joseph Jr. con un lugar en la familia Constantine a cambio de hacerle un favor.

El favor será matarme.

—Ella quiere que te mate. Mata a la Bestia de Bishop's Landing, y Caroline lo convertirá en un héroe. Hará de Haley su esposa.

Mi espina dorsal se pone en llamas ante la sugerencia. Ante esta jodida promesa que Caroline no puede hacer, pero que le ha hecho a Rick Joseph Jr. Por eso mantuvo la boca cerrada mientras le daba una paliza. Pensó que tenía algo contra mí. Pensó que, si podía sobrevivir a mí, tendría la oportunidad de conseguir lo que quería.

Una voz insidiosa sisea como una serpiente en el fondo de mi mente. *Ella estaría mejor con él. Elegida a dedo por los Constantine. Él le devolvería su familia.*

Es una mierda.

Lo que no es una mierda es el pensamiento que hay debajo.

Ella estaría mejor sin mí.

El mensaje de voz de Lucian continúa.

—…iremos a cenar…

¿Qué cojones?

Vuelvo a arrancar el maldito mensaje y escucho de nuevo.

—Estoy encantado de aceptar tu invitación, Leo. Por supuesto que iremos a cenar esta noche. Estoy feliz de poder aceptar tu

agradecimiento por ayudar a rescatar al amor de tu vida y luego garantizar tu seguridad mientras te encierras en tu habitación con ella. Elaine no puede esperar.

Ahí termina todo.

Dejo caer el teléfono sobre la mesita de noche.

—Mierda.

—¿Qué pasa?

Haley está en la puerta, con las mejillas rosadas por el sueño, su cabello tan adorablemente desordenado y dorado a la luz de la mañana que podría creer que tiene alguna cualidad curativa en él. Como si pasar mis dedos por él fuera una especie de bendición. Anoche se puso una de mis camisas para dormir. Casi le ordeno que se la quite, pero primero necesita una respuesta. Esta cena sorpresa ocupará el resto del día.

Le hago un gesto para que se acerque a mí y la atraigo a mi regazo. Es tan cálida como rosada, y el aroma de su piel calma una parte de mí que ha estado anudada y tensa mientras esperaba que la noche terminara. Haley me besa el costado del cuello, esperando.

—Ha llamado Lucian —le digo—. Él y Elaine van a venir a cenar esta noche. Ahora levántate la camisa. Necesito verte.

Haley se queda en medio de mi dormitorio con un vestido de noche de Armani negro, mirando su brillo, el cual me recuerda a la luz de las estrellas. Se muerde el labio.

—¿Estás seguro de esto?

—Es el vestido perfecto para ti.

—Quiero decir...

Termino de abrocharme la chaqueta y corto su pregunta con un beso. Un fuerte apretón en su barbilla, sus labios suaves contra los míos.

—Sé lo que querías decir. Y vas a venir a cenar.

Haley ha estado preocupada por la cena desde que se lo conté. He estado fingiendo estar completamente tranquilo con la maldita cena que mi hermano ha exigido. Déjalo entrar en la casa una vez, y seguirá viniendo. Por supuesto, no estoy a gusto, y el dolor se ha extendido a lo largo de mis costillas por la tensión añadida.

Ya no hay nada que hacer al respecto.

—¿Siempre te arreglas cuando tu hermano viene a cenar? —Nos mira en el espejo.

—Lucian nunca ha venido a las cenas. Pero para otras reuniones familiares, nos arreglamos.

Un lento asentimiento.

—¿Has estado en alguna? ¿Desde que vine a quedarme contigo?

—No. —Haley no pregunta por qué, pero la respuesta es obvia. Ella estaba aquí, y luego Ronan hizo su visita, y hasta ahora me he perdido una cena familiar. También he faltado a otros compromisos. Compromisos de los que nunca le he hablado. Los importantes.

—Vamos, cariño. Llegarán en cualquier momento.

Acompaño a Haley fuera del dormitorio y bajo las escaleras hasta el vestíbulo. Llegamos a nuestro lugar junto a las puertas justo cuando suena el timbre. Me importaba un bledo lo que Lucian hizo la noche que traje a Haley a casa, pero ahora me inquieta tenerlo aquí. Está menos controlado de lo que preferiría: mi vida está menos controlada ahora que Haley está en ella.

Gerard abre la puerta para que entren Lucian y Elaine. Haley se acerca a mi lado. Lo vio en casa de Caroline, pero esto es diferente. Está afilado como un cuchillo en su traje, un marcado contraste con el vestido rojo de Elaine. Ella es un rubí que cobra vida, sus ojos son tan brillantes como los de él. Una pareja.

Al igual que Haley es una pareja para mí ahora. Ella es la que eligió el negro, y se acerca a mí, levantando la barbilla. Si no la conociera, si no pasara cada segundo disponible bebiendo sus expresiones, no sabría que está nerviosa. Tampoco es solo Lucian. Es Elaine.

Elaine, quien puede que sea la hija más salvaje de Caroline, pero que sigue siendo la hija de Caroline. Puedo decir, por la respiración superficial de Haley, que no cree estar a la altura. Pero incluso sin que su cabello brille en sus giros de la forma en que lo hace, incluso sin el maquillaje dramático, supera a cualquier otra mujer del planeta.

Lucian aparta un mechón de cabello de la mejilla de Elaine, y los dos parecen un retrato. Los Morelli siempre están montando un espectáculo, y él no es una excepción. Ha creado un marco oscuro para el vestido rojo de Elaine.

—Hola, hermanito —dice, mirando entre Haley y yo—. Haley.

—Haley —repite Elaine, ampliando su puntiaguda y perfecta sonrisa—. No pensé que encontraría otro Constantine en esta familia. —Se aparta del lado de Lucian y enlaza su brazo con el de Haley. Contengo la respiración—. ¿Cómo estás?

Haley se deja llevar, mirando hacia mí una sola vez. No oigo su respuesta murmurada. El toque fue un riesgo por parte de Elaine, pero Haley no se aparta. Quizá sea la primera vez en la historia que la presencia de Lucian hace que una situación sea más tolerable; menos tensa. Elaine no puede estar con Lucian y estar del lado de Caroline.

Cuando han desaparecido en el comedor, Lucian explora el vestíbulo. La seguridad visible. La falta de nuestras hermanas.

—¿Dónde están las chicas?

Eva y Daphne.

—Arriba. Deberían bajar pronto. —Un suspiro se escapa antes de que pueda detenerlo—. Daphne no me habla.

Lucian arquea una ceja, observando mi cara con esa mirada afilada que tiene.

—La seguridad en su apartamento es una mierda, así que hice que se mudara aquí por el momento. Y tiene un acosador.

Parpadea.

—¿Qué mierda?

—Me estoy encargando de ello.

Lucian desliza sus manos en los bolsillos, su postura casual.

—Siempre hiciste eso. Cuidar de la familia. —Una pausa—. Debería haber sido mi trabajo.

Miro hacia otro lado, hacia el comedor. Hacia cualquier lugar que no sea él. No quiero entrar en el pasado, aunque es cierto. Lucian siempre fue un hijo de puta frío. Parte de ello se debe a que vivía bajo la influencia de nuestro padre, y a que su jodido comportamiento abrió una brecha entre nosotros. Otra parte era su incapacidad para sentir dolor. Y otra parte era simplemente Lucian Morelli.

—Ya has vuelto. ¿No es así? —Nunca esperaré que se haga cargo de mí de manera significativa, pero con mi espalda en llamas y Caroline haciendo promesas desquiciadas a cualquiera que escuche, una parte de mí desea que lo haga.

Inútilmente. Tontamente.

—Sí —dice, sus ojos encontrándose con los míos—. Estoy aquí para quedarme.

—¿Nos estaban esperando? Qué bien. —Eva baja las escaleras con Daphne a su lado. Daphne lleva un vestido de color verde esmeralda, con el cabello en ondas sueltas, y Eva va de un negro elegante con el cabello en un giro que hace juego con el de Haley. Eva es la única que me mira al bajar.

—Por supuesto que sí —dice Lucian—. Tenemos modales.

Eva pone los ojos en blanco.

—Discutible. —Pero, de todos modos, nos lleva al comedor, donde Elaine y Haley están junto a la ventana. Los seis tomamos asiento alrededor de la mesa. Mi personal se ha pasado el día reorganizando la sala, sacando los muebles y redecorando para esta cena. La

decoración es discreta, en negro y dorado, y Lucian la contempla con una mirada de apreciación. Eva hace señas al personal para que entre en cuanto nos sentamos.

—Tienes espacio suficiente para que quepamos todos —comenta Lucian—. ¿Piensas hacerlo?

—Hoy jodidamente no. —Ni nunca. Nunca he planeado que todos mis hermanos vengan a cenar a mi casa.

—No puedo creer que hayas dejado fuera a Lizzy —me dice mi hermano—. ¿No podías haberla traído en avión?

—¿Pusiste a Leo a cargo de la lista de invitados? —Eva hace la pregunta con una falsa sorpresa en su rostro—. Tienes suerte de que te haya dejado entrar. —Cierto—. ¿Quién de ustedes se ha olvidado de Eden?

—Nadie se olvidó de Eden —suspiro—. Nadie se olvidó de Carter. Nadie se olvidó de Tiernan. Si me echabas tanto de menos, Lucian, todo lo que tenías que hacer era llamar. No tenías que insistir en una cena. —Invité a Eden, pero declinó venir. Probablemente esté en alguna parte desagradable de la ciudad causando problemas. Carter es el más tranquilo de todos los Morelli. Serio, y un maldito genio. Fue a Oxford para ir a la universidad y se quedó en el extranjero, prefiriendo eso al drama de casa. Y Tiernan… Tiernan es el empleado de mi padre. Siempre ha estado tan empeñado en conseguir la aprobación de nuestro padre que se ha dejado utilizar para herir, mutilar, matar.

—Me invitaste —dice Lucian, con un brillo en los ojos.

—Quieres decir que no te ha echado —responde Eva.

—Todavía no —dice Haley. Eva resopla, y la tensión se rompe. De repente, es una cena y no una negociación de alto riesgo como lo es en la mansión Morelli.

Es diferente, sin mis padres aquí para joderlo todo. Daphne no me mira, pero Eva es una buena anfitriona. Le pregunta a Haley sobre un libro que ha leído y a Elaine sobre un nuevo restaurante que ha abierto en la ciudad.

—Deberías probarlo —le digo a Eva, cuando Elaine termina de describir el lugar. Apenas la he escuchado, pero Eva parece interesada—. Ayer terminé la revisión de seguridad.

Lo que quiero decir es que es libre de volver a su apartamento, si quiere.

—Gracias —dice, y se acerca por encima de Haley para acariciar mi mano. Elaine observa esto con interés. Puedo ver su mente de Constantine trabajando, reemplazando lo que siempre ha sabido de nosotros con lo que está sucediendo frente a ella.

—De nada.

A todos les gusta el primer plato: crostini de trucha ahumada con hinojo a la parrilla que eligió Eva. No le ha importado planear la fiesta, al igual que tampoco le ha importado redecorar mis habitaciones de invitados. Sonríe con placer en el segundo plato. Mi hermana prospera en las situaciones de última hora. Con las prisas y la adrenalina y todos los muchos, muchos detalles. Le da un trozo de felicidad hacer esto, pero me gustaría que hubiera más.

Más felicidad que una maldita cena. Desprecio a Lane Constantine, y espero que su alma se pudra en el infierno para siempre.

Uno de los camareros está rellenando la copa de vino de Lucian cuando mi hermano dirige su atención a Daphne.

—Así que —le dice—. He oído que tienes un acosador.

Daphne me mira fijamente, olvidándose de mantener sus ojos cuidadosamente alejados. Haley pone la cabeza entre las manos, y Elaine arrulla:

—Oh, cariño, los que están obsesionados son los mejores.

Mientras lo dice, Lucian traza una sola yema del dedo sobre la curva de su cuello, sus ojos bebiendo su toque en su carne como si pudiera saborearlo.

—No es un acosador —insiste Daphne.

—Lo es. —Me dirijo a Lucian y a Elaine, porque Daphne y yo ya hemos tenido esta discusión—. Entró en su apartamento cuando ella no estaba y dejó un regalo. Tuve que despedir a todo un equipo de seguridad por el descuido.

—¿Un acosador encantador? —Los ojos de Elaine se iluminan—. ¿Cómo pasó por encima de ellos?

—El hecho de que le guste mi arte no lo convierte en un acosador, Leo —señala Daphne.

—No. Que tenga tu dirección, que entre en tu apartamento y que te deje cosas cuando no estás lo convierte en un acosador, Daphne.

—De todos modos —dice ella—. No entiendo por qué soy tan interesante. ¿Ni siquiera vamos a hablar de que hay dos Constantine en la mesa? ¿Nuestros enemigos mortales? —Daphne dice esto con un brillo Morelli en sus ojos entrecerrados. Nos está devolviendo el favor.

Causando un poco de problemas. Es por el espectáculo. Le gusta Haley, y con el tiempo, probablemente le gustará Elaine también.

—Los Constantine pueden ser convencidos —dice Lucian, jugando con la correa del vestido de Elaine—. Es difícil seguir siendo enemigos mortales si se pone suficiente sudor y lágrimas en el proyecto. Sin embargo, son testarudos. Pienso seguir convenciendo a Elaine para siempre.

Trago con fuerza alrededor de un nudo de celos en mi garganta. Haley se inclina hacia mí. Es sutil, pero ahora siento su calor. Quiero más de ella.

Quiero estar para siempre con ella, pero ni siquiera puedo prometerle un mañana.

Capítulo Diez

Leo

Eva se va tres días después. Daphne no baja de la gran suite del segundo piso. Hice que la prepararan para que ella pueda pintar en lo que antes era una amplia sala de estar. No importa. Puede estar enfadada conmigo todo lo que quiera.

Mejor eso que muerta.

Haley está inquieta después de que Eva se haya ido. Es un día amargo y mira con nostalgia por la ventana de mi habitación.

—Ojalá no hiciera tanto frío.

Me gustaría poder calentar la tierra para ella, hacer que sea verano. Me encantaría verla con un vestido veraniego. El vestido que lleva ahora es seductor por la cantidad de piel que cubre su cómoda tela. La quiero con él, pero también la quiero abrigada.

—Podemos caminar dentro. No has pasado mucho tiempo en el resto de la casa.

Sus ojos se iluminan.

—Sí, sí, sí. Enséñame un lugar en el que nunca haya estado.

Haley ha visto el estudio, mi despacho, la cocina y el patio. Una vez que pasamos la cocina, dejo que abra las puertas al azar.

—Leo, este salón de baile es *enorme*.

Miro por encima de su hombro. Es una habitación oscura, las ventanas cubiertas con cortinas, los muebles cubiertos de tela blanca y acumulando polvo.

—Nunca lo he usado. No monto fiestas.

—Las cenas cuentan, ¿no?

—Yo no hago fiestas así. Con tantos invitados.

Ella frunce los labios, pero no pregunta por qué.

Apenas estoy pensando en la estantería, apartando el pensamiento, cuando ella abre una puerta y toma aire.

—¿Qué es esta habitación? ¿Otra sala de estar?

Está inundada de luz. Los muebles están recién desempolvados. Todo está perfecto. No es como el estudio, donde Haley puede dejar un libro fuera. Donde una manta podría deslizarse fuera del sofá y tenga que ser enderezada.

—Es un estudio. Yo tampoco lo uso.

—¿No? Es precioso. —Haley entra y yo la sigo, ignorando el malestar que me produce en el estómago. Ella da una vuelta lenta en medio del estudio.

—¿Qué opinas sobre construir una biblioteca?

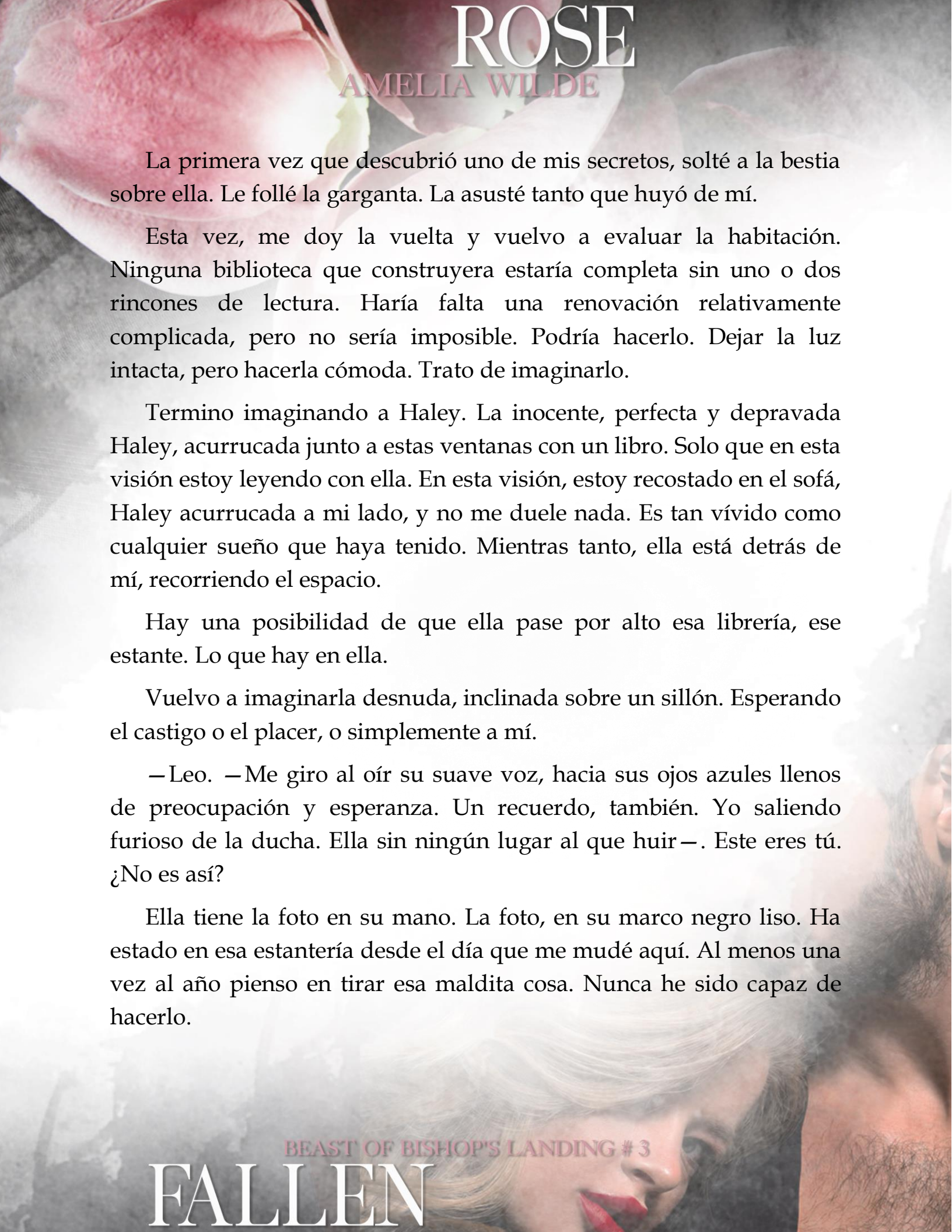
Se detiene, con una risa encantada en los labios.

—¿Y tu guarida? Es muy bonito.

—¿Y qué me dices sobre lo mucho que te gustan las bibliotecas? —La sigo hacia el interior de la habitación, con el pulso acelerado—. A este espacio le vendrían bien más libros.

Haley está recorriéndolo ahora, rozando con los dedos el respaldo de un elegante sofá y abriendo un cajón del escritorio para ver lo que hay dentro. Un espejo detrás de ella me da una visión perfecta mientras tira del antiguo tirador. El cajón está vacío. Cuando levanta la vista del cajón, le brilla la curiosidad. Sus ojos azules brillan. Para ser una habitación sin uso, hay mucho que ver. Haley vuelve a bajar la mirada y sigue recorriendo la habitación. Se detiene en un cuadro en la pared. Pasa las yemas de los dedos por encima de una estatua en miniatura de una rosa, posada en un hueco de la pared. Toca un trozo de vidriera colgado en un tramo blanco.

La sigo hacia el escritorio, pero es demasiado difícil de observar. Me he acostumbrado a que busque en las estanterías del estudio y que saque mis libros. No estoy acostumbrado a esto. El estómago se me revuelve de los nervios. Podría detenerla. Sería fácil detenerla, sujetarla, besarla y follarla, y exigirle hasta el último rincón de su atención.



La primera vez que descubrió uno de mis secretos, solté a la bestia sobre ella. Le follé la garganta. La asusté tanto que huyó de mí.

Esta vez, me doy la vuelta y vuelvo a evaluar la habitación. Ninguna biblioteca que construyera estaría completa sin uno o dos rincones de lectura. Haría falta una renovación relativamente complicada, pero no sería imposible. Podría hacerlo. Dejar la luz intacta, pero hacerla cómoda. Trato de imaginarlo.

Termino imaginando a Haley. La inocente, perfecta y depravada Haley, acurrucada junto a estas ventanas con un libro. Solo que en esta visión estoy leyendo con ella. En esta visión, estoy recostado en el sofá, Haley acurrucada a mi lado, y no me duele nada. Es tan vívido como cualquier sueño que haya tenido. Mientras tanto, ella está detrás de mí, recorriendo el espacio.

Hay una posibilidad de que ella pase por alto esa librería, ese estante. Lo que hay en ella.

Vuelvo a imaginarla desnuda, inclinada sobre un sillón. Esperando el castigo o el placer, o simplemente a mí.

—Leo. —Me giro al oír su suave voz, hacia sus ojos azules llenos de preocupación y esperanza. Un recuerdo, también. Yo saliendo furioso de la ducha. Ella sin ningún lugar al que huir—. Este eres tú. ¿No es así?

Ella tiene la foto en su mano. La foto, en su marco negro liso. Ha estado en esa estantería desde el día que me mudé aquí. Al menos una vez al año pienso en tirar esa maldita cosa. Nunca he sido capaz de hacerlo.

Le quito el marco de las manos y miro a mi yo de catorce años. En la foto, estoy sentado en un muelle de algún lugar de las Bahamas con un bañador azul. No hay nada en ello que fuera hecho a medida o especial. No tenía por qué serlo. Algo le ocurre a mi corazón. Un apretón de castigo. Una lágrima. No miro esa estantería, ni esa foto, porque este sentimiento es difícil de nombrar y más difícil todavía de sentir.

En la foto se ve toda mi espalda. No hay ni una marca en ella. Mi cabeza está girada, y estoy sonriendo a la cámara, tan despreocupado como nunca lo estaría de nuevo. La risa en mis ojos. Mi padre era un imbécil. Un cabrón. Pero los moratones que dejaba siempre se desvanecían. Fueron atenuados por una causa justa. Cualquier marca que dejara en mí era una menos que dejaba en mis hermanos, así que, ¿qué me importaba?

Haley presiona su lado contra el mío para que ambos lo miremos juntos. Ahora que está aquí, ahora que está cerca, llamaría a este sentimiento pena. Estoy mirando a una persona que ha estado muerta durante dieciocho años. Que nunca tuvo la oportunidad de convertirse en algo. La persona de esta foto murió a manos de Caroline. Mi muerte comenzó antes de los latigazos, con toques que no causaban el tipo de dolor de mi padre. Que fueran suaves en comparación con mi padre no cambiaba casi nada.

Me siento desollado por este momento. Por Haley, de pie a mi lado, mirando a esta persona que no he sido y nunca seré. Parezco feliz. Hay luz en mis ojos. Una facilidad en mi cuerpo que no recuerdo haber tenido en absoluto. Caroline me quitó eso.

Haley pasa su brazo por el mío y apoya su cabeza en mi brazo.

—¿Qué edad tenías aquí?

Me aclaro la garganta.

—Catorce. Esta es... —Mierda. No he dicho estas palabras a nadie. Nunca—. Esta es la última foto mía antes de Caroline. —Es la última foto que me tomaron cuando tenía la oportunidad de ser diferente. Solo la conservo porque mis hermanas están al fondo con trajes de baño a juego, preparándose para saltar al agua. Riendo y riendo.

—Estás sonriendo —dice Haley, su voz suave como un pétalo de rosa.

—Entonces era una persona diferente. Una persona que nunca conociste.

Estudia mi cara y luego vuelve a mirar la foto. Espero que pueda ignorar el sutil temblor de mis manos. La emoción se eriza y corta, magnificada por el dolor de mi espalda, intensificado por su presencia. Anoche mis hermanos se sentaron alrededor de la mesa de mi comedor. Haley se sentó con ellos. Elaine. Se sentía casi normal. Esa normalidad es jodidamente inquietante. Me hace pensar que hay una vida que no implica batallas constantes, dolor constante.

Pero eso no puede ser correcto. Yo soy la fuente. Yo soy el que lucha. Tengo que hacerlo. Siempre.

—No eres tan diferente. Todavía te preocupas por tu familia. Todavía los proteges.

Siendo el villano. El dolor brota sobre mis cicatrices, y agarro el marco con más fuerza. No soy la persona de esta foto. Nunca seré esa persona, no importa cuántas veces lo desee, espere o rece.

—No. Ahora soy la bestia. La pesadilla. —Mirarme como era antes ofrece un contraste desgarrador con el ahora, con este vacío, con el dolor que llena cada respiración—. Soy diferente. Arruinado. Violento.

Haley desliza su mano alrededor de mi bíceps, acariciándome como si estuviera a punto de perder el control. No. Jodidamente no. Es solo la vieja ira que sale a la superficie. Son solo viejos hábitos, como si enfrentarse a esta persona fuera una amenaza. No lo es. Yo soy la amenaza.

—Te veo como lo que eres. Eres un príncipe. Mi príncipe.

No puedo serlo. No puedo hacerle esto. Haley es como la persona que se ríe en la foto. Todavía está relativamente limpia. Todavía no está dañada, si puedo mantenerla así. El mayor peligro para ella siempre he sido yo. Desde el momento en que la vi en ese callejón. Desde el momento en que sus ojos se encontraron con los míos.

—No soy un maldito príncipe. —Dejo caer el marco y éste cae con estrépito sobre la alfombra, poniéndose boca abajo. Y entonces me desabrocho los botones de la camisa. Me quito la camisa por encima de la cabeza. Mi corazón late por la exposición. Por la vergüenza. Haley retrocede un paso, con los labios entreabiertos y los ojos azules muy abiertos, y no puedo soportarlo, la mirada en sus ojos. Me alejo de ella, y pongo las dos manos sobre el escritorio. El sol se desprende de una nube y la luz dorada se derrama en la habitación. Lo muestra todo. Cada maldita cosa.

—Mírame. Mira, joder.

Le exijo que me mire, pero soy yo quien no puede dejar de mirarla. En el espejo, Haley es una criatura de luz solar. Toda dulzura,

suavidad dorada. Y yo soy yo. Espero que el horror invada sus rasgos, o peor, la lástima. Espero que la expresión de su rostro coincida con el dolor que me invade.

Sus ojos se encuentran con los míos en el espejo. Son de un azul cristalino con esta luz. El color del agua en esa foto.

—Te he visto, Leo. Muchas veces. Cuando estabas enfermo. Cuando me trajiste a casa.

—No así. No a la luz del día. No puedes negarlo aquí, cariño. Soy un maldito monstruo.

Haley respira profundamente y se acerca. Más cerca otra vez. Está haciendo lo que le dije que hiciera: está mirando. Quitando a un desfile de médicos anónimos, quitando a Eva, nunca he permitido que nadie me mire así. Duele mucho quedarse quieto y dejar que suceda. Haley estudia las cicatrices sin inmutarse. Sin retroceder. Sin que el asco le tuerza los labios.

—Solo son cicatrices. Es solo tu piel.

Una risa amarga sale de mi garganta.

—Es la prueba de lo débil que soy. De la clase de alma jodida que tengo.

Haley sacude la cabeza, y no sabía cuánto necesitaba que negara esto hasta que lo hace.

—No lo es. —Ella toca con cuidado, deliberadamente, la parte superior de mi hombro, donde no hay marcas—. ¿Te duele ahora?

—Todo el tiempo. Desde que te secuestraron. Todo el puto tiempo.

—¿Hay algo que puedas tomar? Como cuando estabas en el hospital. ¿Hay algo que puedas tomar que te ayude?

—No puedo tomarlas. Las únicas que tocan el dolor son tan potentes que no puedo evitar la inconsciencia. Y no puedo estar inconsciente, cariño. No puedo proteger a nadie de esa manera. No puedo mantenerme con vida.

Espero lágrimas. Espero tener que consolarla en esto, pero Haley asiente. Sus ojos vuelven a ver los míos en el espejo.

—¿Dolerá más si lo toco?

—Hazlo de todos modos.

Desde aquel día en la ducha, siempre ha tenido mucho cuidado de no causarme más dolor. Haley. La inocente que estoy en proceso de arruinar, y ahora es muy cuidadosa. Sus manos son suaves, como lo fueron cuando me apuñalaron y limpió mi herida, como lo fueron cuando me sostuvo después de que me dispararan. Su respiración es uniforme, como si no estuviera viendo un puto espectáculo de terror. Pasa las yemas de los dedos por mi carne sin marcas, hacia las cicatrices, y mi cuerpo se prepara para un dolor punzante.

Pero solo es un toque ligero como una pluma, suave como una de mis camisas. Descubro que he cerrado los ojos cuando los abro para buscarla en el espejo. Haley está mirando las yemas de sus dedos sobre mi piel destrozada, y mi corazón se convierte en una cosa cruda y convulsa. La esperanza y el dolor se agitan en mis venas, en mis músculos. Ella ignora el temblor apenas controlado. Haley traza una cicatriz, luego la siguiente, y la siguiente. La anticipación del dolor se

desangra en mí. La piel se me ha calentado por la vergüenza de que me toquen así, como si fuera de cristal, pero eso también se disipa.

Deja algo más a su paso.

Llega a la última cicatriz, a la última herida, al último centímetro, y suelta un suspiro.

—Tú —dice, y entonces se inclina y besa la primera cicatriz, la que me cruza los omóplatos.

Me hace soltar un grito. Haley podría tener todo mi maldito corazón en sus manos.

Me besa de nuevo.

Es demasiado, y estoy demasiado desesperado por ello. Es una absolución que no merezco. Que nunca creí posible. Me doy la vuelta y le beso la boca y ella me echa los brazos al cuello, agarrándose con fuerza mientras la muerdo. Reclámala. Déjala ver.

Capítulo Once

Haley

Leo aprieta su boca contra la mía con tanta fuerza que puedo sentir cómo se rompe bajo ella. Puedo sentir hasta qué punto esto le ha empujado. Tiene razón: nunca había visto su piel a la luz del día; Solo en la turbia penumbra de su habitación cuando ardía de fiebre, y entonces no la vi realmente. Estaba demasiado concentrada en mantenerlo vivo.

Pero ahora está vivo, ahora está cálido y vivo, y me abraza a él con toda su fuerza. Sus besos son ecos de la forma en que me miraba en el espejo, ecos del fuego en sus ojos oscuros. El fuego allí. La tormenta.

El sol se hace más brillante cuando me deja salir a tomar aire, atrapándose en su cabello oscuro como un halo. Sol, no sol, no importa. Estoy iluminada por él. Jadeando con el beso y esta fresca intimidad. Nunca hemos estado tan cerca. Nunca, y mi corazón se resquebraja y se rompe.

Los ojos de Leo me recorren. Se detienen en el hueco de mi garganta. En mi pecho, que sube y baja. Está grueso y duro entre nosotros. Su mano sube para rodear mi garganta.

—Soy un monstruo —dice de nuevo, apretando.

Utilizo lo último de mi aliento para negarlo.

—No.

Me sube al amplio escritorio con él y me pone a horcajadas. Mis muslos se extienden sobre sus caderas mientras él me empuja hacia abajo para darme otro beso. El hecho de que esté encima no cambia nada de su control o su dominio. Podría estar atada con las muñecas por encima de la cabeza si tenemos en cuenta toda la falta de poder que tengo ahora.

Su mano sigue envuelta alrededor de mi cuello. Sus ojos oscuros están clavados en los míos, calientes y heridos. Está esperando que admita que es monstruoso, que es aterrador, que es un alma arruinada.

Si Leo Morelli está arruinado, yo también lo estoy.

Me observa jadear en su agarre. Mira mi vestido que fluye sobre nosotros dos.

—Quítatelo.

Me lo quito por encima de la cabeza, ahora más consciente de ello. Sé, por el tacto, que está hecho de la misma tela que sus camisas. Ha empezado a vestirme con ella también. Hace un ruido bajo al ver mi sujetador y mis bragas.

—Enséñame las tetas. Sé lo mucho que te gusta eso.

Ya me acusó de ello. De que me gustaba exhibirme para él. Intenté decirme que lo odiaba, pero no es así. Me encanta. El calor me recorre la cara, pero mantengo los ojos en los suyos cuando me quito el sujetador y arqueo la espalda.

Leo me aprieta el cuello para que lo arquee más y maldice en voz baja. Parece imposible mantener un equilibrio tan perfecto sin bracear, pero tiene que ser fuerte así. No ha tenido elección. Sus abdominales se han forjado por necesidad.

Utiliza su mano libre para pasar el pulgar por un pezón, luego por el otro, hasta que ambos sobresalen.

—¿Ya te has estropeado las bragas? Tócalas y dime.

Deslizo mi mano hacia la delicada tela.

—Están mojadas —susurro. Él empuja su pulgar en mi garganta para sentir las palabras—. ¿Eso las convierte en una ruina?

—Te convierte en una sucia, cariño. Tu coño ama a un bastardo sádico, a un monstruo.

Un apretón corta mi capacidad de decir que es a él a quien amo. No sería la primera vez. Se lo he dicho dos veces, pero estaba enfermo o durmiendo y no me escuchó.

Engancha un dedo en la tela y tira de ellos contra mi cadera hasta que los hilos se deshilachan. Un rápido tirón acaba con ellos. Un gemido se escapa y él responde con un sonido. Un sonido de satisfacción. Quiero que esté contento, que no sienta dolor. Cambiaría cualquier cosa por eso, creo. Cualquier cosa.

—Mírate en el espejo.

Estoy ocupada fundiéndome en su tacto, fundiéndome en su control, pero abro los ojos y miro. Lo veo a él. Su cabello, sus brazos. Veo su agarre en mi cuello. Veo cada una de sus cicatrices. Me está dando permiso para verlas. Leo podría ordenarme que cerrara los ojos y lo haría, pero no lo hace. Un escalofrío me toca de lleno. Me aprieta los pezones. Hace que un escalofrío me suba por la espalda. En el espejo, Leo inclina la cabeza y hunde sus dientes en mi clavícula.

Me arranca un grito que él calma con un beso, con su lengua. Unos gruesos dedos entran en contacto con mi sexo, acariciándolo, arrastrando una humedad que me humilla. O quizá solo me gusta ser humillada por él. Su pulgar rodea mi clítoris. Leo me besa el lateral del cuello.

—Te tiemblan los muslos —me murmura al oído—. Estás suplicando por mi mano alrededor de tu garganta.

Trabaja con sus dedos dentro de mí y todo se aprieta. Leo no me deja bajar, no me deja follar sus dedos. Me sujeta por el cuello. Estoy sonrojada en el espejo, con los ojos muy abiertos y desesperados. Mis labios están separados, deseándolo. Nos ha inclinado para que pueda ver todo lo que ha intentado ocultar. Su espalda. Su dolor. A mí. Ha tratado de ocultarme también. ¿Para protegerme? ¿Para protegerse? Es demasiado difícil pensar con su pulgar en mi clítoris. Es malo de esa manera, no dejándome tomar más de él. Esta es la única vez que es bueno ser inútil. No me hace sentir amargamente avergonzada, porque a él le gusta mucho.

Persigo más contacto con su pulgar, persigo más contacto con sus dedos. Mi orgasmo queda justo fuera de mi alcance. No sé por qué. Estoy tan mojada, tan caliente, y...

—Necesitas correrte.

—Sí —jadeo—. No puedo. Y no...

—¿Es el espejo?

—No. —Podría mirar su cuerpo para siempre. No me importa si tiene cicatrices. Quise decir lo que dije. Es su piel. Es él. No estoy asustada de ello, ni disgustada por ello, o por él. Me acerco a su hombro y rozo con las yemas de los dedos una de sus cicatrices. El acto de hacerlo, el acto de estar tan cerca de él, hace que mi sexo palpite alrededor de la invasión de sus dedos.

El sonido que hace entonces está más cerca de la bestia que de Leo, y entonces su mano desaparece de mi garganta. Está agarrada a mi cabello, tirando de mi cabeza hacia atrás, dejando que me hunda en sus dedos.

—Duele —respiro, el dolor recorriendo mi cuero cabelludo.

Leo engancha sus dedos y mi orgasmo explota. Mantengo los ojos abiertos. Sé que él quiere que lo haga para ver sus ojos arder. Veo que se encienden con posesión y dolor, y un profundo alivio.

—Joder, cariño —dice—. Quiero que tu sexo apriete mi miembro. Me lo vas a dar.

No he dejado de correrme, mis respiraciones viniendo demasiado rápido y duro, cuando saca sus dedos. Se baja la cremallera y los pantalones. Entonces sus palmas están en mis caderas, guiándome hacia su miembro, y empujando hacia dentro.

Gime, y por primera vez tiene que ajustarse. Leo pone una gran palma en el escritorio detrás de él y la otra en mi nuca. Ya me ha hecho

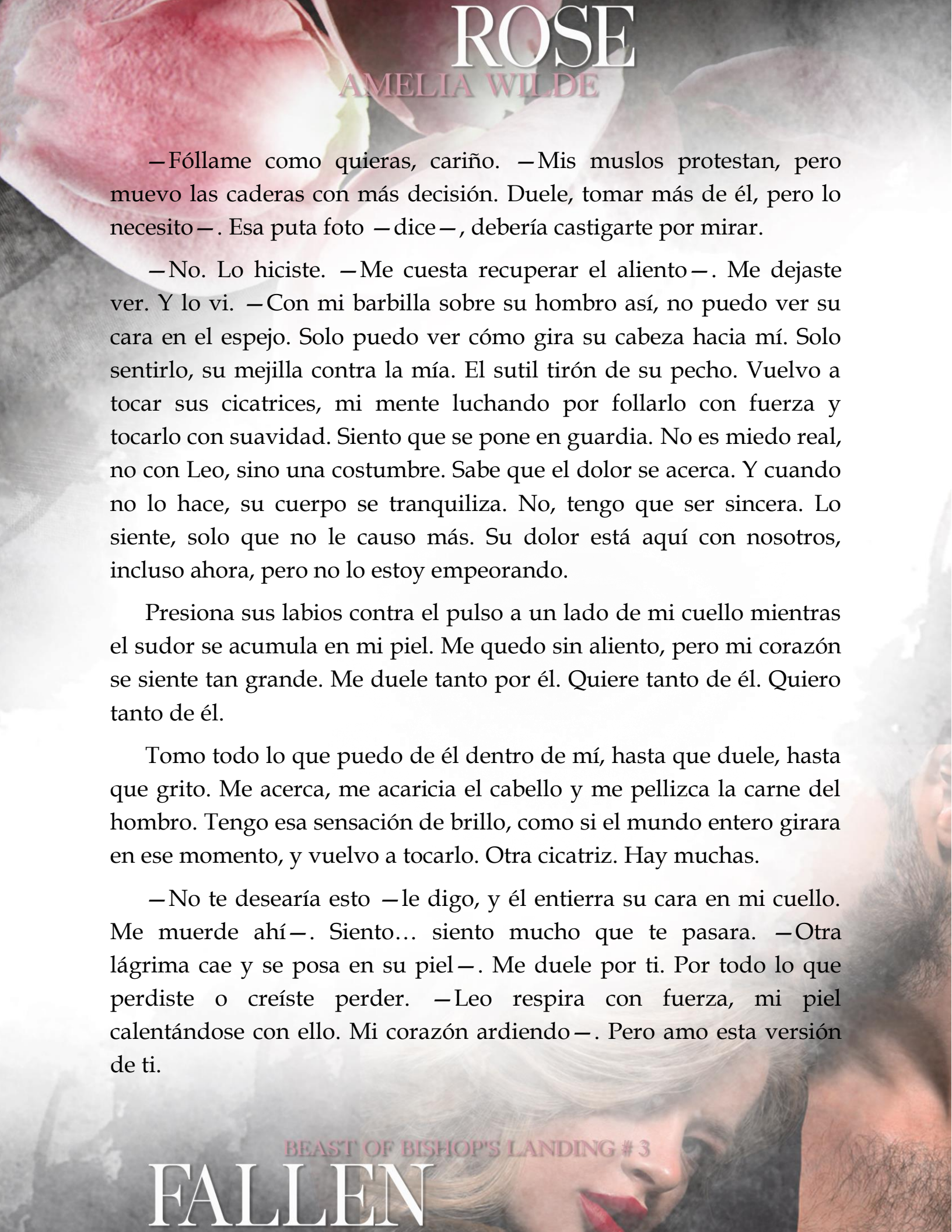
correrme una vez y todavía me cuesta acostumbrarme a él. Acostumbrarme a su presencia dentro de mí. Es tan grande. Tan duro. Es el único hombre que me ha follado. Es el único hombre que quiero. Engancho mi barbilla sobre su hombro, y dejo que mis brazos lo rodeen. Trabajo mis caderas. Leo me está permitiendo tener la ilusión de control. Podría retirarlo en cualquier momento, pero es una prueba, eso es lo que es, una prueba. No puede evitarlo. Lo necesita.

Mis muslos arden por el esfuerzo de follarlo. De estar tan cerca como sea posible. Me empujo hacia abajo otro centímetro y grito por el estiramiento. Bajo su piel, su corazón late con fuerza. El único toque suave es su mano en mi cabello, manteniendo mi cabeza en su sitio. Sujetándome. No parece tan suave contra el duro empuje de su polla. Todo esto en una sola persona. Suavidad y dolor. Ira y amor. Es una persona complicada. Siempre será complicado.

Rastreo una de sus cicatrices y lo aprieto más. Con Leo dentro de mí puedo sentir la respuesta de todo su cuerpo, sentir cómo le recorre de pies a cabeza.

—Oh, mierda —dice—. Nunca pensé… —No termina la frase. Una mano en mi cadera toma el ritmo—. Estás tan jodidamente apretada. No puedes ocultarme nada.

Es un arma de doble filo: también está diciendo que no puede ocultarme nada. Una lágrima resbala por mi mejilla ante la admisión. Me veo follando con él en el espejo, me veo a horcajadas sobre él, pero no es mi propia cara la que me hace mirar. Es él. Sus movimientos. Su fuerza. Su honestidad abrasadora.



—Fóllame como quieras, cariño. —Mis muslos protestan, pero muevo las caderas con más decisión. Duele, tomar más de él, pero lo necesito—. Esa puta foto —dice—, debería castigarte por mirar.

—No. Lo hiciste. —Me cuesta recuperar el aliento—. Me dejaste ver. Y lo vi. —Con mi barbilla sobre su hombro así, no puedo ver su cara en el espejo. Solo puedo ver cómo gira su cabeza hacia mí. Solo sentirlo, su mejilla contra la mía. El sutil tirón de su pecho. Vuelvo a tocar sus cicatrices, mi mente luchando por follarlo con fuerza y tocarlo con suavidad. Siento que se pone en guardia. No es miedo real, no con Leo, sino una costumbre. Sabe que el dolor se acerca. Y cuando no lo hace, su cuerpo se tranquiliza. No, tengo que ser sincera. Lo siente, solo que no le causo más. Su dolor está aquí con nosotros, incluso ahora, pero no lo estoy empeorando.

Presiona sus labios contra el pulso a un lado de mi cuello mientras el sudor se acumula en mi piel. Me quedo sin aliento, pero mi corazón se siente tan grande. Me duele tanto por él. Quiere tanto de él. Quiero tanto de él.

Tomo todo lo que puedo de él dentro de mí, hasta que duele, hasta que grito. Me acerca, me acaricia el cabello y me pellizca la carne del hombro. Tengo esa sensación de brillo, como si el mundo entero girara en ese momento, y vuelvo a tocarlo. Otra cicatriz. Hay muchas.

—No te desearía esto —le digo, y él entierra su cara en mi cuello. Me muerde ahí—. Siento… siento mucho que te pasara. —Otra lágrima cae y se posa en su piel—. Me duele por ti. Por todo lo que perdiste o creíste perder. —Leo respira con fuerza, mi piel calentándose con ello. Mi corazón ardiendo—. Pero amo esta versión de ti.

Me empuja de su hombro, me pone la mano alrededor del cuello, y me obliga a mirarle a los ojos. Negros y dorados. Fuego y oscuridad. Me quita un poco de aire. No demasiado. Hace que mis caderas se muevan más rápido.

—Odio esa foto. Es jodidamente... —La mandíbula de Leo cruje—. Es jodidamente mortificante que la veas. Verme así de débil. Fui un maldito tonto que dejó... —Estoy tan frenética contra él que rompe sus frases—. Cariño.

—No eras débil. —Me apoyo en su mano—. Fuiste lo suficientemente fuerte para sobrevivir. Y te convertiste en... —Su polla. Su mano. Todo yo placer y dolor líquido—. Te convertiste en este hombre, en esta bestia, para poder vivir. —Deja escapar una respiración temblorosa—. Para que pudiera encontrarte. Tenía que encontrarte. Te necesitaba así. Te necesito. Así. Exactamente cómo eres.

Nos hace girar con un gruñido feroz, empujándome hacia el escritorio. Una mano áspera debajo de mi pierna la levanta, me abre para él, y Leo me toma de un golpe. Le toco y le toco, mis manos en su cara, en sus hombros. Me besa mientras su mano trabaja entre nosotros. Es duro con mi clítoris, pellizcándolo. Haciéndome retorcerme debajo de él. Se aparta lo suficiente para deslizarse hacia abajo, para enterrar su cara entre mis piernas.

—Mira —me ordena, y vuelvo la cabeza y me veo extendida sobre el escritorio, con sus manos rodeando mis muslos, su espalda parcialmente oculta por su posición. Por la forma en que me está comiendo como si nunca lo fuera a hacer de nuevo. Me acaricia el

clítoris con los dientes, manteniéndome abierta. Cinco huellas dactilares en cada muslo. Diez moratones formándose.

—Oh, no —jadeo—. Oh, no.

Leo me arrastra hasta el borde del orgasmo y me tira por encima del borde. Es uno malo. Hace que los dedos de mis pies se enrosquen y mis nervios chispeen y mi cuerpo se vuelva salvaje. Tan salvaje como él.

Retira su boca. No. No es justo, no es justo. Pero usa sus manos y su cuerpo para apalancarme en la posición que quiere para follar. Me toma con una mordida y un gruñido y un empuje vicioso. Una mano en mi cabeza para que tenga que ver cómo me corro en su polla mientras me folla. Para que lo vea correrse a él también, cada músculo trabajando. Es aterrador a la luz del día.

Hermoso. Aterrador. Y mío.

Nunca quiero apartar la mirada de nuevo.



Capítulo Doce

Leo

Nunca me había estremecido tanto en mi puta vida, excepto en el momento en que Haley entró en la habitación antes de que Ronan me disparara. Ella no tenía ninguna razón para volver por mí. Ninguna razón para pensar que valía la pena arriesgar su propia vida por mí. Todo lo que le había dado había sido castigos, sexo duro y una visita a la biblioteca.

Le había dado el equivalente a una puerta apenas abierta, prácticamente nada de mí, y ella había vuelto en medio de una ejecución. Por eso. Por mí. No puedo ordenar ninguno de mis pensamientos. Se niegan a alinearse y tener sentido, así que hago la llamada después de la cena. Envía al equipo de avanzada. Me siento con Haley mientras lee el libro de fantasía que su hermano le preparó la primera vez que vino a verme, un ejemplar nuevo que sustituye al

que yo rompí. Cuando se queda dormida sobre el libro, la meto en la cama y la dejo dormir.

Una ducha helada atempera el dolor lo suficiente para el viaje, pero puedo sentirla esperando allí, agazapada y con garras. No puede separarse de los restos de mis sentimientos, y se han vuelto demasiado reales, demasiado fuertes para soportarlos.

Gerard espera junto a la puerta de la habitación.

—Está todo despejado. Harán una segunda revisión antes de que llegues.

—Si Haley se despierta, necesito saberlo.

Un asentimiento.

—Tomaré el puesto hasta que vuelvas.

No tengo que darle explicaciones, pero me siento obligado por la marea del día, por todo lo que Haley dijo, y todo lo que hicimos.

—No puede esperar. Si no, no la dejaría. ¿Hay algún indicio...?

—Ninguno. Todo tranquilo.

Escucho fuera de la puerta durante otro minuto, y luego me alejo. Me duele irme. La agonía en mi espalda cedió mientras me follaba a Haley, pero ahora ha vuelto con fuerza. Detrás del volante. Estar sentado en el coche es una miseria.

Es casi medianoche cuando llego a la iglesia. Thomas, mi conductor de confianza, me deja detrás del edificio. Las vidrieras brillan en la oscuridad: nunca está completamente iluminado cuando llego; brilla lo suficiente para encontrar mi camino y nada más. La

puerta del fondo está abierta, la cerradura se cierra con un clic en cuanto estoy dentro.

He entrado por el extremo más alejado del santuario, cerca de un arco que se abre a un pasillo. De camino al nártex, paso por filas de bancos sumidos en la sombra. Mi propia confusión e inquietud no empieza a calmarse hasta que llego a la pila bautismal y hago la señal de la cruz. Debería quemarme ya que voy a ir al infierno, pero no es así. Me quito el abrigo y lo cuelgo en uno de los ganchos laterales. Aquí no hay otros. Nunca hay otros aquí cuando vengo a misa. Así es como lo organizo.

Sé lo jodido que es que esté aquí. La mayoría de mis hermanos han abandonado la iglesia por completo, y no los culpo por eso. Alguna mierda impía ha pasado detrás de las puertas de la mayoría de las iglesias. Crímenes. De todos ellos, yo soy el menos indicado para hacer esto, nunca. La Bestia de Bishop's Landing no cree en Dios, y definitivamente no asiste a la iglesia.

Ha permanecido siendo un secreto tan grande como las heridas de mi espalda. Si alguien se enterara, usarían este lugar contra mí. Harían daño a la gente que está dentro, y no voy a permitir eso. He trabajado demasiado duro para convertirlo en lo que es: un verdadero santuario.

El padre Simon se mueve detrás del altar cuando vuelvo a entrar, encendiendo velas cerca del crucifijo. Me duele doblar la rodilla al lado del último banco, me duele el pecho donde me dispararon, y mis músculos están demasiado cansados, pero seguir el ritual se siente mejor que no seguirlo. Cuando he terminado, me dejo caer en el asiento más cercano, cruzo los brazos sobre el respaldo del banco de al lado y bajo la cabeza.

Va en contra de la etiqueta de la iglesia, pero tampoco es lo peor que he hecho. Afortunadamente para mí, el padre Simón es un sacerdote indulgente. También es el único sacerdote que sabe lo de Caroline, el único que sabe sobre las heridas y el dolor, lo cual es otra razón por la que organizo una misa de medianoche privada. A veces necesito estar aquí, a veces no puedo soportarlo, y otras veces necesito un minuto en lo que él llama mi actitud personal de oración.

Un minuto o dos más tarde, avanza sin prisa por la sala, sin hacer ningún comentario. Me espera en el confesionario.

Paso otros minutos respirando el incienso y la madera pulida, y luego le sigo. El confesionario es grande, de madera, y pretende parecer una antigüedad, aunque no lo es. Lo mandé a construir para la iglesia hace ocho años. El de la iglesia en la que me bautizaron -en la que fui monaguillo-, era demasiado estrecho. Después de Caroline, no podía soportar estar en un espacio tan pequeño. Hice éste más fácil de respirar. Hay un estrecho estante cerca de la rejilla donde puedo apoyarme, lo cual es bueno, porque estoy tan jodidamente mal que sentarme derecho sería el colmo.

En la oscuridad del confesionario, solo puedo ver la silueta del padre Simón a través de la rejilla de madera. Hago la señal de la cruz.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén. —Murmura esto junto a mí, y le oigo acomodarse después.

—Buenas noches, hijo de Dios.

—Siempre me dices eso. Hijo de Dios. Pero no es el saludo habitual.

—Algunos penitentes no pueden evitar cerrar su corazón si les digo *hijo mío*. Lo digo para recordarles que estoy representando a Cristo, no a su padre.

Bueno.

—Bendíceme, Padre, porque he pecado. Han pasado... —Jesús. ¿Cuánto tiempo? Una eternidad, y sigue sin ser suficiente—. Cinco semanas desde mi última confesión.

—Que Dios te ayude a conocer tus pecados y a confiar en su misericordia.

—Amén.

—Porque el amor inquebrantable del Señor nunca cesará. Sus misericordias no tienen fin. Son nuevas cada mañana.

Al igual que su juicio, pero no es por eso que estoy aquí. En absoluto es la razón por la que estoy aquí.

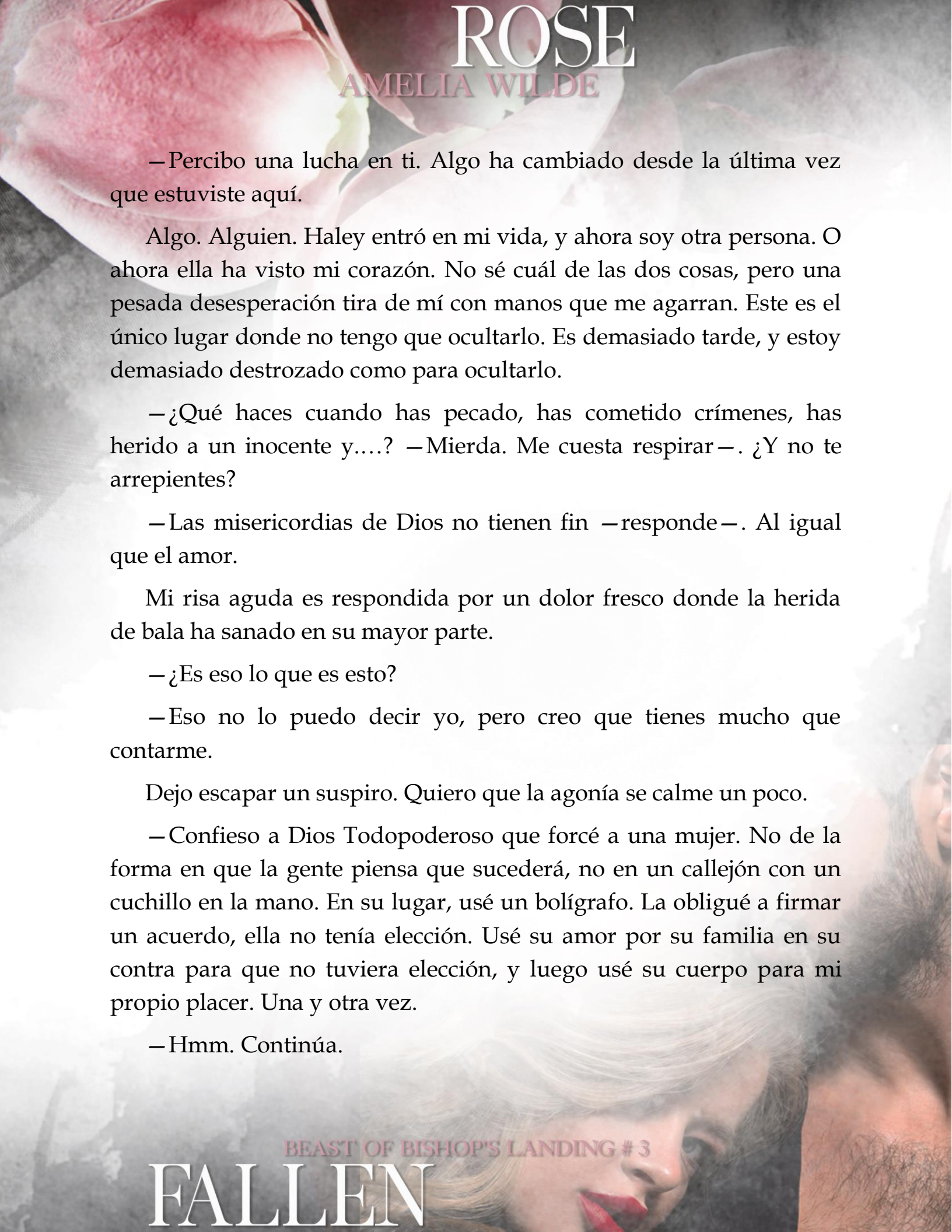
—Dime —dice el padre Simón.

—He estado ocupado. —Desde el momento en que hice que Phillip Constantine firmara ese contrato hasta ahora se siente como si hubiera pasado una eternidad.

—Ha pasado mucho tiempo. Pensé que me habías olvidado.

—No, Padre. He roto todos los mandamientos al menos dos veces, pero nunca olvido.

Hace una pausa. La primera vez que el padre Simon hizo esto, quise derribar el confesionario a mi alrededor y prenderle fuego. Estaba seguro de que me echaría. Confirmaría lo que ya sabía.



—Percibo una lucha en ti. Algo ha cambiado desde la última vez que estuviste aquí.

Algo. Alguien. Haley entró en mi vida, y ahora soy otra persona. O ahora ella ha visto mi corazón. No sé cuál de las dos cosas, pero una pesada desesperación tira de mí con manos que me agarran. Este es el único lugar donde no tengo que ocultarlo. Es demasiado tarde, y estoy demasiado destrozado como para ocultarlo.

—¿Qué haces cuando has pecado, has cometido crímenes, has herido a un inocente y…? —Mierda. Me cuesta respirar—. ¿Y no te arrepientes?

—Las misericordias de Dios no tienen fin —responde—. Al igual que el amor.

Mi risa aguda es respondida por un dolor fresco donde la herida de bala ha sanado en su mayor parte.

—¿Es eso lo que es esto?

—Eso no lo puedo decir yo, pero creo que tienes mucho que contarme.

Dejo escapar un suspiro. Quiero que la agonía se calme un poco.

—Confieso a Dios Todopoderoso que forcé a una mujer. No de la forma en que la gente piensa que sucederá, no en un callejón con un cuchillo en la mano. En su lugar, usé un bolígrafo. La obligué a firmar un acuerdo, ella no tenía elección. Usé su amor por su familia en su contra para que no tuviera elección, y luego usé su cuerpo para mi propio placer. Una y otra vez.

—Hmm. Continúa.

El padre Simon nunca se ha escandalizado por lo que le cuento, nunca ha roto el sello de confidencialidad. Tuvimos una discusión franca sobre eso una vez. Está obligado a irse a la tumba con estos secretos. Pero en esta iglesia, en mi maldita iglesia, hay una línea. Que yo sepa, nadie ha confesado haber herido a un niño, o yo lo sabría.

—Casi maté a un hombre. Quería hacerlo. —La garganta de Rick en mis manos. Sus ojos ensanchándose—. No me arrepiento de nada de eso, lo que debe ser otro pecado. Y hay algo más.

—Confiesa.

—Confieso que me he vengado de una mujer. De Caroline. —Gracias a Dios que ya sabe lo de Caroline—. La herí. Con un látigo. Pensé... —Trago para evitar un dolor de garganta—. Pensé que me liberaría, pero me sentí vacío después.

—Pablo nos orientó en esto, hijo de Dios. No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios; porque escrito está…

—Sí, sí. Mía es la venganza, yo pagaré.

—Sin embargo, tomaste el asunto en tus manos.

—Se supone que somos mensajeros de Dios.

—¿Y Dios te dijo que buscaras venganza?

Apoyo mi cabeza en mi mano.

—Juré que le devolvería el favor por lo que me hizo. Y luego sobreviví para hacerlo, lo que parece un estímulo, si es que no es una aprobación. Todo lo que un hombre siembra, eso también cosechará.

El padre Simon espera. No he presentado un argumento convincente, ya que no hay ninguno. Estoy aquí para confesar, no para discutir sobre Caroline.

—Se llama Haley —le digo, y el corazón me golpea la caja torácica—. Y quiero quedarme con ella. Sería... Es un pecado quedarme con ella.

—No estoy de acuerdo.

El sonido que hago no es apropiado para un confesionario.

—Lo siento, padre. Estoy jodidamente… Estoy sorprendido de que diga eso. Tengo que dejarla ir. ¿Cómo puedo dejarla ir?

—Si Dios te la ha dado, ¿no sería un pecado dejarla ir?

—Dios no me la envió a mí. Fui por su familia. Su padre. Y entonces la encontré y me la llevé.

—Dios se mueve de una manera misteriosa para realizar sus maravillas.

—Eso es un poema, padre, aunque aprecio su sentido del humor.

Él suspira.

—Eres un buen hombre. Si Haley necesita tu protección, entonces encontrarás la manera.

Un parpadeo de ira. De pena.

—Tu fe está nublando tu visión. No soy un buen hombre.

—Los niños que estudian en el programa extraescolar que financias no estarían de acuerdo.

Mi cara se calienta de sospecha con una sensación de ser visto cuando no quería ser presenciado. Es cierto que he hecho el bien aquí. Todos los que trabajan con niños han sido investigados hasta el último detalle, y hay normas para protegerlos, protocolos. Estoy muy involucrado en las enseñanzas del programa extraescolar. He prohibido al personal utilizar la culpa como garrote: aquí es diferente. He molestado a la diócesis y al Vaticano en más de una ocasión por ello.

—Eso no es...

—Permaneces en el anonimato para nuestra iglesia y para el mundo —dice el padre Simón, con un tono tranquilizador. No le asusta en absoluto mi temperamento. No se siente amenazado—. Pero el Señor te conoce. Él sabe lo que das.

Esto no me tranquiliza, no me da la calma que he venido a buscar. No es cierto, pero cuando lo dice, quiero creerlo, al igual que cuando Haley dice que soy un maldito príncipe. Los príncipes no tienen que confesar que son pesadillas hechas realidad, y yo soy una pesadilla en más de un sentido.

—Confieso que estuve a punto de morir.

—Morir no es un pecado, hijo de Dios.

—Me dispararon en el pecho. La bala colapsó uno de mis pulmones y casi me mató. Me desangré sobre el regazo de Haley. No hice un acto de arrepentimiento perfecto. Hablé con ella, no con Dios, y todo el asunto la aterrorizó. Le ha dado pesadillas.

—Sobrelleven los unos las cargas de los otros, y cumplan así la ley de Cristo.

—Yo soy la carga, Padre Simón. ¿Acaso estás escuchando?

—Cada una de tus palabras, y las palabras que no dices.

Me cubro la cara con ambas manos. Hago que la oscuridad sea más absoluta. Respira.

—No puedo hacer que cargue conmigo. Con la… con la magnitud de mis pecados. Necesito penitencia. —Bajo las manos—. Me arrepiento de estos y de todos los pecados de mi vida pasada.

—Para satisfacer tu penitencia, rezarás tres Avemarías y un Padre Nuestro.

—Eso es una estupid...

—Y abrirás tu corazón a esta mujer. A Haley.

Sus palabras tardan varios momentos en filtrarse a través de mi rabia. Mi dolor. El dolor que Haley agitó y nombró cuando miramos esa foto. Ella lo ha visto ahora. Ella *me* ha visto ahora. Las cosas que hicimos hoy, en esa habitación…

—No puedo abrirme mucho más.

—Dime, ¿sabe ella que estás aquí conmigo ahora?

Miro fijamente su silueta a través de la rejilla.

—No.

—Te escondes, pero ese no es el camino.

—Escóndeme bajo la sombra de tus alas —le digo.

—De la vista de los malos que te oprimen —responde el padre Thomas—. De tus enemigos que buscan tu vida. No de Haley.

No sé de dónde saca el valor. Yo apenas puedo hablar.

—Señor Jesús, Hijo de Dios, ten piedad de mí. Un pecador. —El mayor pecador que jamás haya existido, la peor pesadilla que jamás haya pisado la tierra. Pero me arrepentiré para siempre si eso significa conservar a Haley. Perdóname.

—Te absuelvo de tus pecados en nombre del Padre —comienza el Padre Simón, y algo detrás de mi corazón se libera—. Y del Hijo. Y del Espíritu Santo.

—Amén.

Otra pausa. Recupero el aliento.

—El Señor te ha liberado de tus pecados. Sal a la iglesia, hijo de Dios, y celebra la misa.

Capítulo Trece

Haley

Mi teléfono suena temprano, pero no lo suficientemente temprano. Estoy soñando con Leo otra vez: Leo sangrando, Leo jadeando… El zumbido de la mesita de noche me saca del sueño antes de que pueda arrastrarme hacia abajo por completo.

He dormido hasta tarde. Mi corazón latió con fuerza todo el día de ayer después de salir del estudio de Leo. Antes de irnos, recogió la foto en su marco y la puso en mis manos. Esperó mientras yo lo volvía a colocar en el estante, y luego no pude soportar estar lejos de él. Se sentía como luchar contra la corriente o la gravedad. Hablamos de la cena y de los libros, y de nada en particular. ¿Qué haces, después de un momento como ese? Me sentí desgarrada por eso. Expuesta. Como si todas mis partes blandas hubieran sido volteadas y exhibidas para él. Solo puedo imaginar cómo se sintió él.

El sol entra a raudales por la ventana de su dormitorio. La cama está vacía. Me retiro el cabello de la cara y agarro el teléfono, buscando a tientas el nombre en la pantalla. Lo llevo a mi oído justo a tiempo.

—¿Petra?

—Ey, Hales. —Mi hermana mayor suena fresca y despierta, a diferencia de mí, pero la preocupación ha hecho que su voz sea más aguda de lo normal. Y algo más, ¿sorpresa?—. ¿Te he despertado?

—No pasa nada. ¿Estás bien? —pregunto, alejando el sueño. A su marido no le gusta que tenga mucho contacto con nosotros. Ella visita la casa una vez al mes pero, aparte de eso, apenas hablamos.

Ella suena insegura.

—Por supuesto. Solo estaba llamando para felicitarte.

Me paso la mano por el cabello de nuevo. Sin Leo en la cama, sin él en la habitación, no me siento preparada para llamadas telefónicas. Para todo en realidad. Lo quiero aquí.

—Felicitarme, ¿por qué?

—¿Por tus próximas nupcias?

Petra es la que hizo las cosas bien. Estaba enamorada de un chico que practicaba boxeo clandestino, pero, por supuesto, la familia nunca lo aprobaría (Caroline Constantine nunca lo aprobaría). Así que Caroline eligió a alguien para que se casara, y fueron presentados en una fiesta. Era esencialmente un matrimonio arreglado, pero Petra estuvo de acuerdo.

Ella era la hermana mayor estable que se ocupaba de las cosas; la que obtenía buenas calificaciones; la que alivió de sus obligaciones a

nuestro padre tan pronto como pudo para que pudiera concentrarse en su trabajo. Es una buena hermana. Extraño vivir con ella. Y ahora escucho el dolor que subyace a su educada pregunta. Sé que estaba dividida entre irse o quedarse, entre hacer una vida para ella y hacer una para nosotros. Ella estaría devastada si me comprometiera sin decírselo.

Una punzada de culpa. No le he dicho nada sobre Leo. No ha habido un buen momento.

—Petra, no me voy a casar. No sé quién te dijo eso, pero…

—El Tribune —dice. Se refiere al Tribune de Bishop's Landing—. Hoy hay un anuncio en el periódico de tu compromiso y tu boda.

Oh, Jesús. Oh, mierda.

—Está justo aquí, en la sección de sociedad. —Una página pasa. Ella está volviendo a eso. Puedo verla de pie en la isla de la cocina de su casa, manteniendo su expresión neutral mientras apoya un brazo sobre la mesa y lee—. A la familia Constantine le complace anunciar el compromiso de Haley Constantine, hija de Phillip Constantine, con Rick Joseph Jr., hijo de Darla y Richard Joseph de Bishop's Landing. Los invitados se reunirán en el Sweetwater Country Club el dos de febrero...

Pongo una mano en mi pecho, pero no hace nada para calmar mi corazón aterrorizado.

—No, Petra. Para. No. Esto no es real. Esto es… esto debe haber sido obra de Caroline.

—¿Caroline?

—Ella ha estado realmente fuera de control últimamente. —El arrepentimiento se envuelve en una bola y se sienta pesado en la boca de mi estómago. Debería haberle contado todo a Petra desde el principio. Entonces no sonaría así. No sonaría como una acusación al azar.

—¿Qué significa eso de fuera de control? —Más confusión ha nublado su voz—. ¿Por qué pensaría ella que te ibas a casar si no es así? ¿Estás…? —Baja la voz. Me pregunto si su marido está allí. No, él tiene una oficina. Tal vez haya una criada o algo así—. ¿Estás bien? ¿Estás engañando a Rick?

El ácido me quema la parte posterior de la garganta y lo trago. No voy a estar enferma. No aquí. No por Rick. Estaba dispuesto a hacerme cualquier cosa por Caroline, incluido violarme. No es culpa de Petra que no lo sepa.

—*No* lo estoy engañando.

—Hales, no estoy tratando de molestarte, simplemente no entiendo cómo sucedió esto. ¿Has sido clara con Caroline? Sé que tiene opiniones firmes, pero me dio a elegir. Cuando me comprometí, lo hablamos de antemano. Estuve de acuerdo.

No fue una elección real. Tengo muchas ganas de decirle eso. Si no se hubiera casado con quien quería Caroline, habríamos sido excluidos de la familia.

—Fui tan clara como pude serlo.

Me tenía en su casa. Ella es capaz de lastimar a la gente, de dañarlos de por vida. Así que la sugerencia de Petra se siente como una condena de lo que hice, aunque no pueda ser posible. Ella no lo

sabe. Petra asume que Caroline es la mujer que siempre hemos conocido. Fría, exigente y crítica, pero no una psicópata. Petra está asumiendo que Caroline es el típico prototipo de Constantine. Y Caroline, a pesar de todo lo que me ha hecho, nunca le ha hecho nada a Petra más allá de elegir a su marido.

—Bueno, tal vez deberías llamarla, poner las cosas en claro. Será un poco incómodo, pero no querrás que la gente se pregunte si están invitados a una boda que no existe. —Mi hermana se ríe un poco. Es un intento de suavizar las cosas, pero ahora mismo estoy al borde. Respiro hondo, tratando de despejar ese nudo de mi estómago, tratando de no enfermar. Un anuncio en el periódico… Dios mío.

—No puedo llamar a Caroline. —No sé qué más decirle a Petra. Dónde empezar la historia o cómo contarlo de una manera que ella pueda entender—. Esa no es realmente una opción para mí en este momento.

—Sobre eso. —Hace un chasquido con la lengua. Petra siempre solía hacer eso cuando estaba pensando. Se apoyaba en la encimera y miraba por la ventana—. ¿Es porque Leo Morelli no te deja llamarla? ¿Está controlando tus acciones?

Todas mis emociones caen libres. Culpa por no habérselo dicho antes. Vergüenza por creer lo que los Constantine pensaban sobre Leo. Me duele que haya llegado a una conclusión tan terriblemente equivocada.

—¿Por qué pensarías...? Petra, ¿por qué pensarías que él no me dejaría llamar a Caroline?

—Cash me dijo que estabas con él. En su casa.

Pongo mi mano sobre mis ojos para cubrir el ardor de mis lágrimas. No he tenido noticias de Cash ni he hablado con él desde que me atrajo para que me secuestrara el secuaz de Caroline, y ahora le está contando a Petra cosas sobre mí. Es más que la alfombra desapareciendo bajo de mis pies. Es todo el piso.

—¿Estás bien, Hales? ¿Debería…? —su voz cae de nuevo—. ¿Debería llamar a la policía?

—Jesús, Petra, no. Estoy bien. Lo prometo.

—No obstante, ¿cómo terminaste con él? Eso no es propio de ti. Cash dijo algo extraño sobre unos papeles que firmó padre, y no puedo… —esta vez, cuando se ríe, el sonido es todo confusión herida—. Tú no eres así. No sales con tipos así ni te quedas en sus casas.

—A los chicos les gusta eso —digo bruscamente, y luego me reprimo otra vez, lo apago. Petra no conoce a Leo y yo no he hecho absolutamente nada al respecto. No le he dicho la verdad ni lo he defendido, como debería haberlo hecho. No es que alguna vez la convenza a ella, o a cualquiera de los Constantine. Es solo que duele, porque Rick en realidad es un tipo así. Rick fue quien me dijo que lo estaba haciendo muy bien mientras tenía sus manos sobre mí. No quería sus manos sobre mí. Detestaba sus manos sobre mí. Pensar en eso ahora me enferma, porque sé lo que es querer a alguien. Siempre he querido a Leo. Desde el primer momento que lo vi, lo quise.

—Haley —dice, y me doy cuenta de lo silenciosa que me he quedado, de lo fría que estoy.

—Estoy muy, muy bien. —Es mentira. No estoy bien, pero no es por Leo. La única razón por la cual estoy durmiendo por las noches es gracias a él. Una lágrima se escapa de debajo de mi palma. Petra no puede oír que estoy llorando: ella asumiría que fue por él, cuando en realidad es Caroline, cuando realmente estoy cansada de que me despierten las pesadillas. Cuando quiero que Leo esté aquí.

Cuando no estoy segura de si alguna vez estaré bien. Si alguna vez estaremos bien. Si Caroline no nos deja en paz, ¿cómo podemos estar bien? ¿Cómo podemos ser felices?

La puerta del dormitorio se abre y se cierra. Una pausa. Y luego pasos rápidos hacia mi lado de la cama. Leo tira de mi mano lejos de mis ojos, y cuando los abro él está sobre una rodilla frente a mí, sus ojos oscuros observando todo. Pasa una mano por una de mis piernas con suficiente presión para evitar que me desmorone.

—No sé si te creo —dice Petra—. Suenas como si estuvieras llorando.

Miro a los ojos de Leo. A su rostro viciosamente hermoso. La curva de sus labios. La boca que ha estado en todas partes sobre mí. Que quiero en todas partes sobre mí ahora.

—Te lo prometo, no lo estoy. Y tampoco me voy a casar. Quiero estar aquí con Leo.

Leo entrecierra los ojos.

—Vale. —Petra suspira—. ¿Me llamarás si necesitas algo? Siempre estoy aquí, ya lo sabes. Somos hermanas pase lo que pase.

—Pase lo que pase —repito—. Te quiero.

—Yo también te quiero, Hales. Envíame un mensaje de texto pronto.

Ella cuelga antes de que pueda contestar, y dejo caer el teléfono sobre la cama.

—Dime —dice Leo.

—Caroline puso un anuncio en el periódico. Para mi compromiso con Rick. —Mi barbilla tiembla—. Yo solo… yo simplemente no creo… —las lágrimas vienen, y maldita sea, no iba a hacer esto. No iba a llorar a primera hora de la mañana—. No creo que ella vaya a parar nunca.

Leo me tira de la cama, hacia abajo en sus brazos. Me deja llorar hasta que termino, pasando sus dedos por mi cabello, tirando de él cuando ha quitado todos los nudos. Pedacitos de dolor y presión para recordarme que es él.

Qué ironía, necesitar un dolor así. O tal vez no es ironía. Tal vez está destinado a ser.

Tiene dolor de sobra.

Incluso después de que las lágrimas y los estremecimientos me hayan dejado, sostiene mi cuerpo. Me acuna, su toque calmándome y calentándome a la vez. Pero no me hace promesas que no puede cumplir. Él no promete detener a Caroline, porque ella no puede ser detenida. Es como esperar que un terremoto no sacuda la tierra. Es fuerte, pero incluso la piedra puede.



Capítulo Catorce

Leo

Estoy a la deriva en un sueño ganado con esfuerzo bajo un manto de dolor cuando Haley grita.

Oigo su respiración primero. Un grito ahogado enorme, como si algo hubiera venido a un lado de la cama en medio de la noche. El jadeo descarga adrenalina en mis venas, pero el grito es como un bate de béisbol para mi corazón: lo manda a volar. Ella está sentada, sus manos frenéticas en las sábanas. Empujando hacia abajo. Buscando.

—No. —Rompe en un sollozo de pánico y vuelve a gritar.

No son como sus gritos cuando la estoy follando. Esos son todos placer caliente y súplicas de más dolor. Esto suena como si se estuviera muriendo.

O como si alguien más se estuviera muriendo.

En los últimos días sus pesadillas se han vuelto más frecuentes, pero esta es la peor que he visto.

La tomo por los hombros y ella se sobresalta, toda ella resistiendo.

—Para —me grita, con los ojos muy abiertos. Un miedo frío sangra por mi espina dorsal. Sus ojos están abiertos, pero no ven. Esto es peor que una pesadilla. Se ha convertido en otra cosa. Ella araña las colchas. Las desgarra—. Ayúdame.

La puerta de mi dormitorio se abre de golpe.

—Señor Morelli...

—Tienen que salir —Gerard se ha precipitado al lado de la cama, seguido de cerca por dos agentes del equipo de seguridad—. Todos ustedes. —Ya está alcanzando su teléfono—. ¿Qué demonios estás haciendo? No llames a nadie. Solo sal. Llévatelos y salgan de aquí.

Un instinto protector salta y aúlla. No quiero que la vean así. No quiero que esto suceda en absoluto. Haley está sollozando, lágrimas corriendo por sus mejillas, su cuerpo temblando.

—Cariño. —Me acerco más y aparto su cabello lejos de su cara. Su expresión se contorsiona y aparta la cabeza. Cristo. Nadie puede estar aquí para esto. Nadie lo entenderá. Ellos no entenderán lo que ella necesita. Dios me ayude si no sé lo que ella necesita.

Solo puedo empezar donde ella está.

—Fuera —le digo a Gerard—. Espera en el pasillo si quieres. No me importa una mierda. Pero si se despierta y sigues aquí, te quedarás sin trabajo.

La puerta se cierra un momento después, y alcanzo las manos de Haley, tirándola hacia mí. Ella cae, su equilibrio la abandona, y sus palmas aterrizan en mi pecho. Uno conecta con la herida de bala.

—Joder. Cariño. Soy yo. Despierta. Estas soñando. Despierta.

—Leo —dice, y su voz está tan quebrada, tan aterrorizada, que mi garganta se contrae. Su amor por mí la sigue a todas partes, incluso a sus pesadillas—. Estás sangrando. Te estás quemando.

—No lo estoy. —Tomo su mano y la presiono con más fuerza en la herida. Duele—. Siente mi camisa. Está seca. No hay nada allí. No estoy sangrando.

—Tengo que detenerlo —dice ella. Haley se pone de rodillas y lleva su otra mano a mi pecho—. Tengo que detenerlo.

Tengo que sacarla de esto. Este sueño, esta pesadilla, sea lo que sea, la está lastimando. Pongo mis dos manos sobre las suyas y las mantengo allí.

—Buena chica —le digo, porque no sé qué más hacer. No sé de qué otra forma estar con ella, aparte de entrar también en la pesadilla—. Ya es menos. Se está deteniendo. Es… —Dios, esto es doloroso. Su toque en la carne sensible y dañada, sí. Pero ver cómo le está pasando esto a ella…—. No es tan difícil respirar.

Parpadea, y luego vuelve a parpadear, mirando mis manos sobre las suyas.

—Yo… —otro sollozo. Este más suave—. Estoy teniendo un sueño terrible.

—Lo sé.

Sus ojos se acercan a los míos.

—No te soltará —susurra—. Tengo que detenerlo.

Tomo su barbilla en mi mano. Joder no. No caerá en lo que sea que sea esto, ni por un segundo más.

—Ya estás despierta.

—No me siento despierta —la preocupación se está filtrando en su tono—. No puedo quitar mis manos.

—Mírame. —Sus ojos se han deslizado hasta sus manos de nuevo, pero ahora regresan. Las lágrimas caen de sus pestañas. Me pone jodidamente furioso. Con Caroline, con Ronan, conmigo mismo. Un largo parpadeo, y sus ojos se agrandan de nuevo. Sus manos empujan hacia adentro. Sentarse aquí en la oscuridad no lo va a solucionar. Necesitamos un descanso limpio. Y necesito follármela.

Saco a Haley fuera la cama en mis brazos. Ella lucha por presionar sus manos en mi pecho de nuevo y la dejo. No parece darse cuenta cuando me detengo en mi armario, su enfoque está de vuelta en la pesadilla. El mundo de los sueños. Lo que sea que esté pasando. La estoy sacando. La voy a traer de vuelta a mí.

Estoy manteniendo una promesa.

—Quédate aquí. —La pongo de pie sobre la alfombra junto al sillón.

—No. ¿Por qué? —Haley está llorando. Intentando alcanzarme.

—Porque, cariño, estás medio dormida y quiero que estés bien despierta cuando te folle el culo.

Las ventanas aquí parecen paneles de vidrio macizo, y lo son. Pero se abren en un ángulo. No viviría en una casa donde no pudiera abrir las malditas ventanas. Presiono el interruptor en la parte inferior del más cercano y lo abro hasta la mitad.

Entra el aire invernal y Haley deja escapar un suave jadeo. Ella cruza los brazos sobre su pecho, su expresión la viva imagen del alivio. No voy a dejar que se quede así por mucho tiempo. Me asustó muchísimo, con todos esos gritos. Mi corazón late con nueva ira. Cómo se atreve Caroline. Cómo jodidamente se atreve Ronan.

Me acerco a ella, paso mis dedos por su cabello y la beso hasta que gime. Hasta que sé que está rozando el umbral del dolor. Y luego tomo su ropa. Mi camisa. Sus bragas. Todo desaparecido en un santiamén. Sus pezones están duros por el aire helado. Empujo sus manos fuera del camino y los pellizco. Haley inclina la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrados.

—Pellizcas muy fuerte.

Pellizco más fuerte. Ella hace un sonido caliente y herido en la parte posterior de su garganta.

—Estoy despierta ahora —jadea—. Estoy despierta. Lo prometo.

—Despierta no es suficiente. —Tiro de ella y muerdo. Otro, justo debajo de la oreja. En su cuello. En su hombro. La apoyo mientras lo hago. Cuando está en el lugar correcto, la empujo por encima del brazo de la silla, la bestia mordiendo el extremo de su correa.

Empujo su cara justo en el cojín.

—Vas a quedarte donde estás. —Le permito girar la cabeza para que pueda respirar. Eso es todo—. Y vas a llorar por mí. No por algún puto sueño. No para ese cobarde con su arma. Por mí.

Me desabrocho los pantalones y la pruebo con mis dedos. Ella está mojada. Nada moja más a esta cosita sucia que estar inclinada y recibir órdenes. Es como si estuviera hecha para mí. Empujo dentro de ella, llenando su coño, estirándola, y ella agarra el cojín.—. Leo…

—Suelta una mano y juega con tu clítoris. —Haley me obedece, empujándose contra mí para tener suficiente espacio—. Tienes treinta segundos para correrte.

La hago pasar los primeros diez segundos en silencio. Ella está jadeando al final. Al borde de suplicar, lo puedo ver. Sus músculos ondean alrededor de mi polla, pero no se corre. Haley se pone de puntillas, esforzándose más, haciéndolo lo mejor que puede, y hago todo lo que puedo hacer para no destruirla ahora. Sus gritos. Su terror. Apenas estoy aferrándome a mi humanidad.

—Puedes decírmelo, cariño. —Deslizo mi mano por su columna hasta la parte posterior de su cuello. Su coño se aprieta cuando agrego presión a su cabeza.

—¿Decirte qué? —Las mejillas de Haley son de un rosado intenso y encantador.

—Que tus dedos no son suficientes. Que estás demasiado estirada para venirte sin ayuda.

Nuevas lágrimas brillan en sus ojos.

—No. Yo puedo hacerlo.

—Pero no lo estás haciendo. No siento que tu coño se apriete más y más hasta que tu cuerpo no pueda soportarlo más. No siento que te mojes lo suficiente como para gotear por tus muslos. Te lo prometo, cariño, querrás que mi polla esté goteando.

—Tú no… —Otro apretón a mi polla, y gimo—. Realmente no vas a follarte mi…

—Mantengo mi palabra. Solo te quedan diez segundos. He traído la correa por si no llegas. ¿Cuántos necesitaría? ¿Diez? ¿Veinte? ¿Cuántos hasta que te quedes sin lágrimas? ¿Cuántos hasta que nunca vuelvas a gritar por nadie más que por mí?

Dejo caer mi mano con fuerza sobre su trasero y Haley se corre con los músculos convulsionando, el cuerpo tembloroso y un hermoso gemido. Una ráfaga de aire frío entra por la ventana. Estoy tan caliente por ella, ya en llamas, que apenas me toca. Pero Haley se estremece. La dejo sentir el frío. Todo su cuerpo se tensa con él. Bien.

—Espera.

Ella agarra los lados del asiento mientras recojo el lubricante y presiono dos dedos contra su agujero. Está más apretado por el frío. Más resistente.

Empujo y Haley vuelve la cara hacia el cojín. Oh, oh, oh. Es tan pequeña y estrecha, y sus músculos tiemblan y se tensan.

—Espera. ¿Qué pasa si no puedo... qué pasa si no puedo...?

—¿Esperar? ¿Quieres que espere? Joder no, cariño. Me despertaste con tus gritos. —Meto mis dedos dentro y fuera de ella mientras trata de sacarme, su cara enterrada en los gemidos de dolor amortiguados que vibran a través de su cuerpo—. Soy el único que te lastima. —

Empujo mis dedos profundamente y ella grita. Con mi mano libre, acaricio entre sus piernas. Está goteando—. Te daría más dedos para prepararte, pero te mereces lo que viene.

Haley está tan apretada que no suelta mis dedos.

—Por favor. Ayúdame.

—No. —Saco mis dedos y los reemplazo con la cabeza de mi polla, y ahora todo su miedo es mío. La tengo en mis manos. Puedo sentirla temblando a mi alrededor, tratando de inclinar sus caderas para escapar. La sujeto con una mano en la parte baja de su espalda y me río de ella—. ¿Vas a correr?

—No… yo no…

—¿Crees que no te atraparía? Voy a follarme este agujero, cariño.

Haley respira temblorosamente y deja de resistirse. Gira la cara hacia un lado para que pueda verla.

—Lo siento. Por despertarte.

—Haré que te arrepientas. Me asustaste muchísimo. —Ira animal, necesidad animal, garras a través del resto de mi paciencia. Fuerzo mi cabeza dentro de ella y Haley gime. Joder, joder, joder, ella está muy apretada—. Pensé que estabas herida. —Si alguien más la toca alguna vez, si alguien más la lastima… Pensar en eso enrojece los bordes de mi visión—. ¿Estás herida ahora?

—Sí. —Ella se ofrece a mí, las pantorrillas estirándose, su cuerpo luchando—. Siempre duele. Y yo… —Tomo otra pulgada de ella, empujando más allá de sus barreras. Soy un idiota, una pesadilla. Se

retorcería si le diera espacio para moverse—. Y me siento tan impotente.

—¿Y a quién diablos se le permite hacer eso, cariño? ¿A quién se le permite hacerte sentir impotente, estirada y herida?

—A ti. —Su voz está ahogada por las lágrimas.

—¿Alguien más? —Empujo dentro de ella, mi control deshilachándose en las costuras. Haley aúlla en el cojín, el sonido convirtiéndose en un gemido.

—No, no, no.

—Se sintió como el infierno escucharte gritar así. —Dientes apretados. Voy a perderme en ella pronto—. ¿Cómo se siente pagar por ello con este pequeño agujero apretado?

Sus muslos se convierten ahora en pequeños terremotos. Ella está tratando tan duro de entregarse a mí.

—Duele. Y es… es tan vergonzoso. No puedo dejar de tener sueños. —Haley se echa a llorar y le paso las manos por la parte baja de la espalda. Sobre su culo. Extendiéndola más ampliamente—. No sé cómo dejar de tenerlos.

—Te follaré hasta que estén fuera de ti. Deja de preocuparte por los malditos sueños; preocúpate de tomar esta polla. Relájate o te haré daño.

Ella está temblando.

—Es más dif-difícil con el frío.

—No sientes frío. Te sientes caliente. —Haley se aprieta, y me saca un gemido—. Suave y apretada. Como un puto tornillo de banco. Pero

no estás escuchando. Te dije que te *relajaras*. —Lo alcanza, lucha por ello, su respiración acelerándose. Me está dejando entrar. Está haciendo lo mejor que puede. Su resistencia se desvanece. La lastimaron. Estos sueños la lastimaron. Los voy a destruir. Un gruñido sale más allá de mis dientes—. Tengo que follarte, cariño, y no puedo ser amable.

Una estocada violenta y estoy en casa. Haley solloza cuando su cuerpo me agarra, su cuerpo es eléctrico por lo fuerte que la he tomado. Ella gime mientras llora, su cuerpo temblando, pero no suelta el cojín.

—Jesús. Estás siendo tan buena conmigo. Cada vez que sollozas, te pones más apretada.

Me estiro frente a ella y trabajo mis dedos sobre su clítoris. Sus caderas se balancean impotentes contra el brazo de la silla. La follo con golpes profundos e implacables, dejándola sin aliento. Me sacudo un poco del dolor. Estoy al borde de darle demasiado. Estoy al borde. Mierda. ¿Cómo se supone que voy a vivir sin ella?

Haley jadea con cada movimiento de mis caderas y empujo profundamente, más profundo que antes, tan profundo que deja escapar un grito bajo. Me quedo más y más adentro. Sus manos agarran el cojín con tanta fuerza que sus nudillos palidecen. Está completamente a mi merced, en mi poder. Ella solo será impotente por mí.

Con mi propio cuerpo todavía puedo sentir todos los pequeños temblores en sus músculos y la inclinación enjaulada de sus caderas.

Rodeo su clítoris con las yemas de mis dedos. Está hinchado, sensible, y me ruega sin palabras por más.

—Estás jodidamente indefensa —le digo—. Porque me perteneces. Te lastimo. Te hago venir. Nadie más. Jodidamente. Nadie. Más. ¿Quién es la pesadilla, cariño? ¿Quién es?

—Tú.

—Y a tu coño le encanta. —Ella aprieta mi polla de nuevo, y hago mi toque rudo, lo hago despiadado. Arrastro sus propios fluidos hasta su clítoris hipersensible y lo rodeo una y otra y otra vez hasta que grita.

Grita y se corre, cada músculo trabajando sobre mi polla. Fue muy difícil para ella aceptarme, y jodidamente me encanta. Tanto como amo sentirla desmoronarse bajo el dolor y el placer y la jaula que he hecho de mi propio cuerpo.

Mi propio orgasmo comienza en los dedos de mis pies y explota hacia arriba hasta que me agarra por las caderas y me convierte en un monstruo. La follo con golpes tan duros que vuelve a correrse.

—Eres tan grande —llora—. Ay Dios mío. Ay Dios mío. Por favor.

—¿Por favor?

Haley se estira hacia atrás y agarra mi mano. Se agarra fuerte, aunque sea yo el que la está lastimando y disfrutando muchísimo de esto.

—Por favor, no te detengas.



Capítulo Quince

Leo

Llevo a haley a la ducha y hago que se quede de pie en el agua mientras la lavo. El padre Simón no sabe de qué está hablando. No soy un buen hombre. Mi amada está despierta ahora, con los ojos brillantes y necesitada, pero la estoy provocando. Torturándola. No tocaré su clítoris ni la follaré con los dedos.

La inclinaré hacia el agua.

Es demasiado suave para ella ahora.

No digo una maldita cosa sobre cómo el sonido de sus gritos está grabado en mi memoria. Cómo la vista de ella en las garras de esa pesadilla hizo que se me helara la sangre. O cómo el miedo se propaga como el cáncer, multiplicándose por segundos. Me encanta la forma en que llora por mí. Pero ahora que la bestia se ha asentado, quiero más. Lo quiero todo.

No voy a dejar que Caroline me quite a esta dulzura. Y que jodan a Rick.

Así que vamos a empezar aquí, con el agua. La sostengo cerca con un brazo cruzado sobre su pecho, sus delicados omóplatos clavados contra mí, y engancho mi otra mano debajo de su rodilla. Ella se estremece cuando la levanto y la abro de par en par. Haley me agarra del brazo. No creo que ella sea consciente de estar intentando arañarme. Su respiración se acelera. No le mostraré ni un segundo del miedo de que vuelva a alejarse de mí.

—Es suave. Es demasiado suave.

No dejaré que se aleje. La mantengo abierta a ello.

—Es solo agua. —Le pellizco el lóbulo de la oreja y ella jadea—. Solo te está tocando porque lo quiero allí. Te he abierto el coño con ese propósito.

Haley deja caer su cabeza contra mi hombro. Su pecho se agita.

—¿Por qué estás haciendo esto?

—Porque soy un jodido monstruo. Soy un bastardo cruel. —Sus caderas empujan hacia atrás. Haley puede insistir en que soy un príncipe todo lo que quiera, pero esto la excita—. Y quiero tocarte como me dé la gana. No quiero ni una sola puerta cerrada para mí. —Tampoco quiero que se le cierre ninguna puerta. No quiero que se vuelva más y más sensible hasta que no haya ningún contacto que pueda tolerar. No es para una persona como Haley. Lo sé.

—Te gusta... te gusta lastimarme. Quiero que me lastimes.

Me río de ella.

—Es más complicado que eso, cariño. No siempre puedo empezar con dolor por ti. Solo terminará… —Bueno, joder. No tenía la intención de que mi garganta se apretara. No tenía la intención de acercarme tanto a la verdad. Que es demasiado tarde para mí, pero no es demasiado tarde para ella—. Hay un límite a lo que puedes tomar.

—No lo hay.

Pongo mi mano sobre su garganta y presiono.

—Lo hay. Si quieres que lo encuentre, joder, lo encontraré. Pero ahora mismo te vas a correr por el agua corriendo por tu coño.

—No puedo.

—Puedes. Te estoy obligando a hacer esto. Te estoy ordenando que hagas esto. Es suave y cálido, pero es jodidamente implacable. No se detendrá hasta que te vengas por mí. Quiero esto. Quiero que sientas esto, al igual que quería que me sintieras estirando tu agujero hasta que tu pequeño anillo se volviera blanco y estuvieras llorando. —Haley tiembla ahora, sus caderas balanceándose—. Y si eres muy buena, te volveré a follar. Pero tu coño necesita estar mojado. Tienes que correrte antes de que te toque. Porque una vez que empiece, cariño, no hay quien me detenga.

Ella hace un sonido de desesperación. De esperanza.

—Te destrozaré. —Mantengo estas palabras suaves. Bajas—. Seré demasiado para ti y me aceptarás. Tomarás esto. Te está haciendo venir. Estás jodidamente sucia, y todo lo que necesitas para hacerte venir es el agua.

Haley toma tres respiraciones rápidas y luego llega su orgasmo. Es una dura victoria, y su muslo tiembla en mis manos. Se balancea sobre

la punta del pie y trata de joder el aire. Jesús, ella es dulce. Y solloza. Un sollozo de alivio. Voy a recompensarla por ello. Soy superficial con las toallas porque no me importa una mierda. Todo lo que me importa es llevarla a la cama y tirar de ella hasta el borde para poder arrodillarme entre sus piernas y lamer la evidencia de su placer en la carne caliente.

—Por favor, Leo —suplica—. Por favor, por favor. Te necesito.

Una última lamida de ella, y luego estoy en la cama, empujando hacia su calor. Está jodidamente empapada. Fui cruel, con la ducha. Sabía que iba a ser difícil para ella. Pero tengo que borrar lo que hicieron. Y si tengo que esconder la gentileza en una muestra de crueldad para hacerla pasar, lo haré. Tengo que esperar y rezar para que funcione. Tengo que esperar que haya una manera de al menos reemplazar la sensación, de sobrescribir el horror pasado.

Por ahora la follo con una mano apoyada en la cabecera.

—Mantente abierta para mí, tal y como acabo de hacer contigo.

Haley está sin aliento cuando una de sus manos se mete debajo de su rodilla.

—Oh, es más profundo así. Puedo sentir…

Está hinchada. Sensible. Ajustada. El aleteo de sus músculos cae en cascada a través de su cuerpo y en el mío.

—Joder, cariño. Me voy a venir. Tu coño es mío. Mío. —Más duro. Más adentro. El placer se desengancha de mis caderas y surge dentro de ella. Haley pone su mano en mi nuca. Me empuja al límite. No puedo dejar de follarla. No puedo dejar de embestir contra ella. En su calor. Mi calor.

La puerta del dormitorio se abre.

—¿Leo?

Daphne.

Haley se congela debajo de mí, pero yo no me congelo. No puedo. Cada músculo está envuelto en llenarla de semen. No hay manera de pararlo.

Mi hermana hace un sonido estrangulado. Como si estuviera llorando. O a punto de gritar. Y estoy jodidamente harto de los gritos. Estoy tan jodidamente irritado. Me alejo de Haley cuando el último estremecimiento se desvanece.

—¿Qué cojones, Daphne? ¿Tienes una rabieta durante días y ahora quieres hablar en medio de la noche? Vete.

Entonces lo veo. La inclinación de la luz a través de la puerta. Iluminando nuestros cuerpos. El mío, principalmente.

Haley entierra su rostro en mi cuello.

Mi cuello desnudo.

No tengo una puta camisa puesta.

Así debe de ser pisar una mina terrestre. Mi corazón se detiene. Tengo tiempo suficiente para darme cuenta de lo que he hecho antes de la explosión de calor, vergüenza y rabia. Se suponía que Daphne no debía ver esto. Se suponía que nadie iba a ver esto jamás. Mostrárselo a Haley a plena luz del día fue como extirpar mi alma y exponérsela.

—Jesús. Daphne…

Sale corriendo, dejando la puerta abierta detrás de ella, y dejo caer mi cabeza sobre el hombro de Haley y la inhalo. Con una mano gentil, frota la parte de atrás de mi cuello.

—¿Estás bien?

Beso su clavícula y salgo de la cama, lo cual es lo último que quiero.

—Estoy bien. —Mentira—. Voy a ir a hablar con ella.

Una vez que estoy completamente vestido, cruzo la casa. Daphne se aloja en una suite de la torre con vistas al bosque. El piso de arriba del dormitorio es un pequeño estudio donde puede pintar.

La luz de la habitación de Daphne atraviesa el suelo. Ha dejado la puerta entreabierta. Se abre bajo mi mano. Esta no es la primera vez que vengo a la habitación de Daphne para hablar con ella. Ahora es una habitación diferente. Ella es diferente. Pero algunas cosas son iguales.

Está sentada en su escritorio, con la cabeza gacha, la cara enterrada en sus brazos. Mi pecho se hunde. He hecho todo lo que estaba en mi poder para dejar que Daphne sea quien quiera ser. La dulzura y la inocencia no duran mucho para un Morelli. Le he dado tanto tiempo como pude, y la protegí de tanto dolor como pude. No quería que ella fuera como yo.

Y aun así.

Esta pose es tan familiar. Ella podría ser yo, sentada en ese banco de la iglesia, esperando que el dolor pase y sabiendo que nunca lo hará.

Doy un paso hacia la luz.

—Daphne.

Ella levanta la cabeza de sus brazos. A la suave luz de la lámpara, sus ojos están rojos. Mejillas manchadas de lágrimas.

—¿Quién te hizo eso? —Una pausa. Se le forman hoyuelos en la barbilla, como cuando va a llorar—. ¿Fue padre?

Haley está en mi biblioteca personal cuando vuelvo, acurrucada bajo una manta con Jane Eyre en su regazo. Cada una de mis cicatrices está en llamas. Puedo sentir las heridas individuales. Mi cabeza da vueltas por el agotamiento, por el estrés agónico de tener que tener esta conversación con Daphne. Así que cuando Haley abre sus brazos, yo voy. Me enfurece que estemos limitados en la forma en que puedo abrazarla, en que puedo estar con ella, por mi culpa.

Pero a la mierda. Me pongo de rodillas junto a su silla. Descanso mi cabeza en su regazo y dejo que cruce sus brazos sobre mí.

Se siente familiar aquí. Haley alcanza la lámpara y la apaga. La luz de las estrellas se siente mejor que la luz de la bombilla.

—Hiciste esto una vez cuando estabas enfermo —dice, pasando sus dedos por mi cabello.

—¿Lo hice?

—Si. Estabas teniendo una pesadilla.

—Estaba soñando con el infierno. —Recuerdo esa parte. Recuerdo a Eva y a Haley. No recuerdo haber hecho esto. Se siente como un último recurso. Se siente como tener mi pecho abierto y mi corazón expuesto—. Estaba soñando con... otras cosas.

Si Haley me pregunta, se lo diré. Le dije después de que la fiebre dejara de hervir mi cerebro que hablaríamos sobre lo que pasó, y no lo hicimos.

Ella toma una respiración profunda.

—¿Cómo está Daphne?

—Está enfadada conmigo. Aún más ahora. Por no decírselo antes.

—No podías decírselo.

—No, jodidamente no podía. Ella tenía cinco años cuando ocurrió lo de Caroline. —El arrepentimiento golpea mis costillas—. Está herida, y está enfadada porque la mantengo aquí, y es... —Dejo escapar un suspiro. Haley curva su mano sobre mi nuca—. No estoy feliz por eso. Ella solía contarme todo. Incluso una mierda que no quería saber. Ya no. Y ahora cree que le oculté un secreto porque pensé que no podía manejarlo. —Ahí. ¿Es eso suficiente penitencia? Me duele todo por encima de la cintura—. ¿Extrañas a tu familia?

Haley considera esto.

—Extraño a mi padre. Quiero hablar con Cash. Lo que sea que sucedió debe haber sido malo si lo convenció de hacerme eso. Tiene que sentirse como una mierda. También echo de menos a Petra, pero ahora tiene su propia vida. Y yo… —Otro suspiro pesado—. No sé si puedo arreglar todo esto. No solo por ahora, sino para siempre. No sé si puedo mantenerlos en mi vida.

Ella no dice el resto; no dice *si estoy contigo.*

Lo escucho de todos modos.

—¿Qué extrañas? —Extraño muy poco de mi infancia. No tengo ningún deseo de pasar más tiempo con mi padre o mi madre. La foto que encontró Haley fue un raro momento de felicidad de mi parte. Teníamos dinero, sí. Vivíamos en una mansión. Asistí a una escuela cara. Y sufrí un infierno privado. Los mejores momentos fueron sin duda las vacaciones, como la de la foto. Mi padre lucía su personalidad pública cuando estábamos de vacaciones. No me dio una paliza en las Bahamas.

—Ya has conocido a mi padre —comienza Haley—, así que sabes cómo es. Está muy entusiasmado con su trabajo. Y está distraído. Siempre ha sido así. Su mente está siempre en su propio mundo, con sus inventos y sus proyectos, por lo que a veces se le escapan cosas. A veces era Petra la que venía a mis actividades extraescolares y no él. Pero pasamos tiempo juntos. —No puedo ver su rostro, pero puedo escuchar la sonrisa en su voz—. Los fines de semana nos llevaría a la biblioteca pública. Petra iría a los romances. Cash y yo iríamos a la sección de jóvenes. Mi padre iría a la sección de ciencias y pasaríamos horas allí. Íbamos a buscarlo cuando nuestros estómagos empezaban a gruñir.

Suena tan normal. Tan no-jodido.

—¿Y luego te irías a casa?

—Nos detendríamos en el puesto de perritos calientes de afuera. Yo pediría mostaza, y él kétchup con relish. —Halley se ríe—. No soporto el relish. A veces, el chico de los perritos calientes se

equivocaba con el mío y Cash siempre hacía que lo arreglara. —Un suspiro triste—. Él me defendía. Era más joven, pero siempre me defendía.

—¿En la biblioteca?

—En las fiestas. —Haley delinea el borde de mi oreja con la yema de un dedo—. Teníamos que ir a las fiestas de los Constantine, y siempre me molestaban.

Levanto la cabeza, echo un vistazo a su rostro a la pálida luz de las estrellas, y cambiamos posiciones. La pongo en mi regazo. En momentos como este desearía poder sentarme en la silla como una maldita persona normal. Pero que me jodan si eso me impide abrazarla así y mirar hacia la noche.

—¿Qué podría hacer alguien para molestarte?

Haley resopla.

—Rompiste toda mi ropa de Target la primera noche que estuve aquí, lo cual fue un poco caliente, honestamente. Pero eso es por lo que se burlaban de mí. Mis vestidos no eran de diseñador. Eran de segunda mano o prestados, y siempre traía un libro conmigo. Cash discutiría al respecto. Peleas. A pesar de que quería encajar. Era el mejor en encajar.

—No sabía que los Constantine usan modales tan terribles en las fiestas.

Una risa triste.

—Me sentí mal cuando llegó tan lejos. Cuando podía salir lastimado. Y luego el secuaz de Caroline lo lastimó de nuevo. Es mi

culpa. Lo dejé solo y tuvieron que romperle las costillas para que hiciera lo que hizo. Más que eso, probablemente. Debe haber pensado… —Ella niega con la cabeza—. Me siento mal por haber llegado a eso. Odio que haya llegado a eso.

—No lo hagas. —Haley gira su rostro hacia el mío, sus ojos luminosos—. Te defendió porque quiso.

Pasa la punta de su dedo por el cuello de mi camisa.

—¿Al igual que tú defendiste a tus hermanos?

Aparto la cara por puro instinto. No quiero hablar de eso. No quiero volver a esa época. Excepto que esto es lo que quiso decir ese bastardo del padre Simón. Maldito sea él y su penitencia.

La penitencia de Dios.

Mierda.

Cuando Haley pone su mano en mi mejilla y me vuelve hacia ella, la dejo.

—No tienes que hablar de esto —dice en voz baja.

—Mi padre era un verdadero bastardo. —Se siente como nuevos latigazos, decir estas cosas—. Él se ponía de mal humor. Algo lo haría estallar. Odiaba vernos siendo humanos. Débiles. Pero ese siempre fue un blanco fácil. Le gustaba más si eras un imbécil despiadado como él, pero siempre con modales perfectos. Por eso le gustaba más Lucian.

—¿Modales?

—Sí. Los Constantine piensan que somos unos malditos incultos, pero nunca se han sentado a una cena formal con mis padres. Ninguno de ellos habría sobrevivido. —Haley apoya la cabeza en mi hombro.

Ella es demasiado blanda para oír esto—. Yo no podía soportar la puta espera. Eventualmente se desquitaría con uno de nosotros. Alguien usaría el tono incorrecto en la cena o diría algo incorrecto, y luego, ¿qué se supone que debes hacer? La última vez yo… —Jesús. Esto es demasiado lejos. Es como ser quemado vivo—. Pensó que nos estaba haciendo un favor. Él diría eso. *Te estoy haciendo un favor.* Solo sería uno de nosotros a la vez, porque se cansaría o se aburriría. Solo Tiernan escapó del abuso, porque era un bastardo. Mi padre nunca lo vio como un niño, más como una herramienta que podía usar. El resto de nosotros, sin embargo, éramos suyos. Suyos para criar. Suyos para vencer. Era su versión de la paternidad.

—Así que tú… —está llorando—. ¿Te pusiste en el camino?

—Nunca me perdonaré por la última vez que lo dejé llegar a Eva. Ella insiste en que no fue mi culpa. Fue una noche en la cena, y él estaba en uno de sus estados de ánimo, y ella hizo un comentario. Al principio pensé que se saldría con la suya. Ese hijo de puta esperó hasta que todos terminaron de comer para llamarla a su oficina. Y su cara después… —No puedo permitirme pensar en eso ahora—. En fin. Fue ahí cuando decidí que yo sería el objetivo, sin importar lo que tuviera que hacer para conseguirlo.

—¿Cuántos años tenías?

—Once. —La beso porque no puedo decir nada más. No puedo clavar el cuchillo más profundo. El sabor de ella, menta dulce y Haley, alivia el miedo desdichado que decírselo es en sí mismo una debilidad. Incluso si me he visto obligado a hacerlo—. Esto tiene que ser suficiente penitencia. —Me quejo contra su boca.

Ella se aleja, acariciando los lados de mi cara.

—¿Qué?

Me equivoqué. Hay un corte más profundo que hacer. Voy a hacer una enorme donación a esa maldita iglesia. Tal vez entonces el Padre Simon no intente matarme regularmente.

—Sabes que mi familia es católica.

—Todo el mundo lo sabe, creo.

—Nunca nos perdíamos una misa los domingos. Nunca nos perdíamos nada en la iglesia. Teníamos que ser un orgullo para nuestros padres. Eso fue… —Me duele reír—. Esa fue la gran ironía de la vida. Que él podría ser un pedazo de mierda en casa y un icono en la iglesia. La mayoría de mis hermanos dejaron de ir después de mudarse. —Odio esto. Odio esto—. Pero yo no podía dejarlo ir.

Haley mira fijamente, sus ojos azules muy abiertos.

—¿En serio?

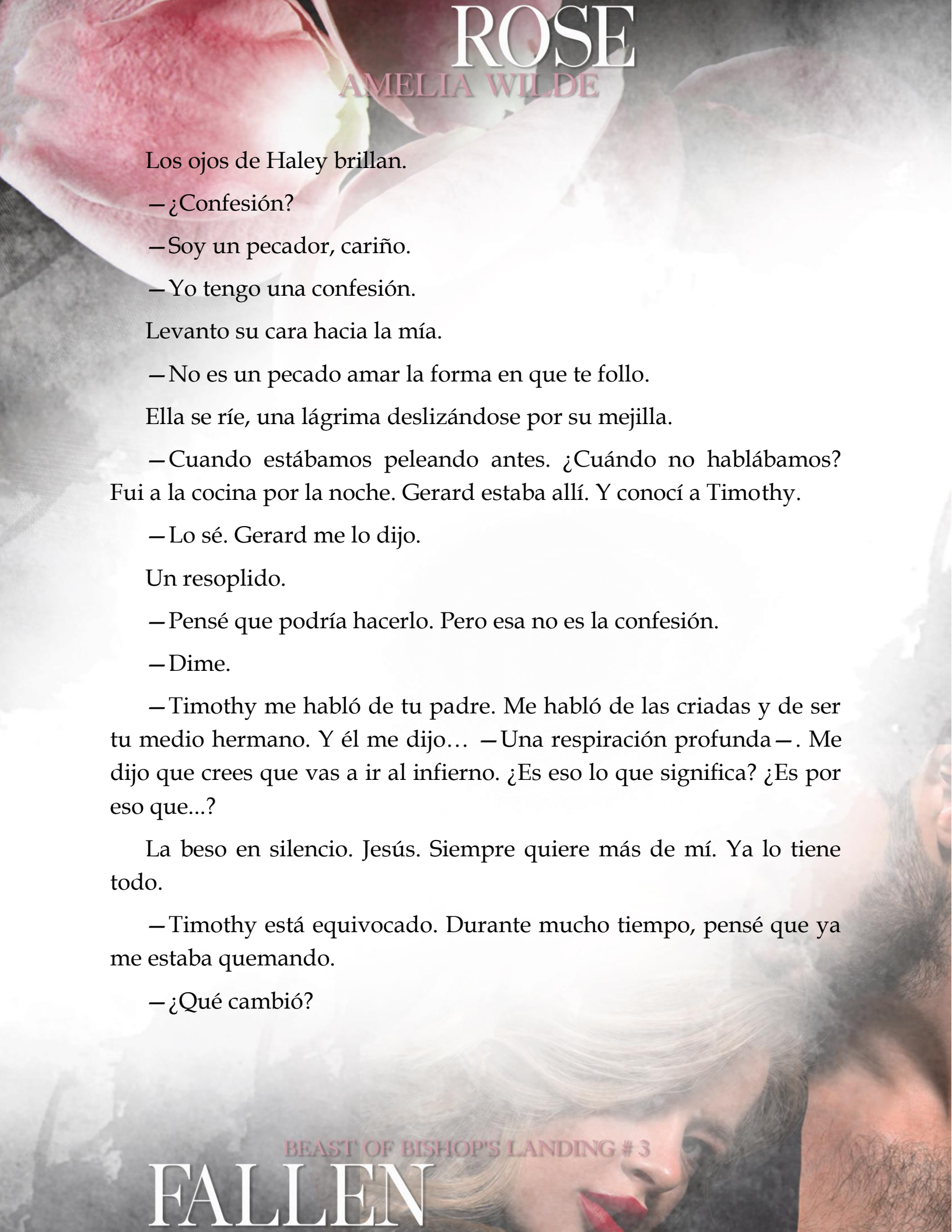
—Lo sé. Debería estallar en llamas cuando paso el umbral.

—No. —Ella pone sus manos dulcemente sobre mi pecho. Pone uno sobre mi corazón—. Nunca lo supe.

—Sí, bueno. No lo publicito. Y es muy diferente ahora. Obviamente no puedo ir a una misa regular, y ninguna cantidad de dinero me convencería de volver a la que asistimos. Era demasiado corrupto.

—¿Entonces… qué haces? ¿A dónde vas?

—Voy al St. Thomas. En la ciudad. El cura celebra una misa de medianoche por mí. Él escucha mi confesión primero.



Los ojos de Haley brillan.

—¿Confesión?

—Soy un pecador, cariño.

—Yo tengo una confesión.

Levanto su cara hacia la mía.

—No es un pecado amar la forma en que te follo.

Ella se ríe, una lágrima deslizándose por su mejilla.

—Cuando estábamos peleando antes. ¿Cuándo no hablábamos? Fui a la cocina por la noche. Gerard estaba allí. Y conocí a Timothy.

—Lo sé. Gerard me lo dijo.

Un resoplido.

—Pensé que podría hacerlo. Pero esa no es la confesión.

—Dime.

—Timothy me habló de tu padre. Me habló de las criadas y de ser tu medio hermano. Y él me dijo… —Una respiración profunda—. Me dijo que crees que vas a ir al infierno. ¿Es eso lo que significa? ¿Es por eso que...?

La beso en silencio. Jesús. Siempre quiere más de mí. Ya lo tiene todo.

—Timothy está equivocado. Durante mucho tiempo, pensé que ya me estaba quemando.

—¿Qué cambió?

—Tú. —Haley me acerca por el cuello. Me besa. Su lengua sale disparada para encontrarse con la mía y joder, la deseo—. Eres demasiado inocente para el infierno, así que esto no puede ser. Incluso si duele como el infierno.

—Sin embargo, me estás corrompiendo. ¿Entonces qué? —Que ella pueda jugar conmigo, en un momento como este… Nunca seré digno de ello.

—Entonces iré a la iglesia y pediré la absolución. Haré la penitencia, si ese es el costo. —Me inclino y rozo con mis labios la suave piel de su cuello—. Te confieso, cariño, que voy porque a veces me quita el dolor.

—¿Como un milagro?

—No. No como un milagro. —Podría respirarla para siempre—. Cuando era niño, era un lugar seguro, lo cual sé que es otra ridícula ironía.

Hace un sonido de tristeza, pero niego con la cabeza.

—En esa hora, mi padre tenía que estar en su mejor comportamiento. No podía vencer a nadie en los bancos. Así que lo esperaba con ansias. Esperaba con ansias la iglesia, las vacaciones y las fiestas de cumpleaños, a pesar de que siempre eran asuntos estrictos y formales a los que generalmente asistía el maldito obispo. Mis jodidos nervios reconocen eso, en algún nivel. Puede ser menos doloroso cuando entro por la puerta.

—Leo. —Ella no puede ocultar la simpatía de su voz.

—No todo fue una pesadilla, cariño. No te metas eso en la cabeza.

Pasa sus labios por la línea de mi mandíbula.

—Los cumpleaños. ¿Eran grandes fiestas?

—Sí. A mi madre siempre se le ha dado bien organizar eventos elegantes.

—Nosotros también los tenemos —dice ella, sonando casi melancólica—. Los Constantine, quiero decir. Fiestas elaboradas con vestidos de gala y esmóquines, con tartas de la altura de una persona. Con fuegos artificiales y estrellas del pop y cualquier otro tipo de cosas que puedas imaginar.

Hay una presión en mi pecho mientras la imagino con su familia. ¿Los extrañará si está conmigo? Por supuesto que lo haría.

—Estrellas del pop, ¿eh? ¿Quién estuvo en tu fiesta de cumpleaños? ¿Ariana Grande? —Los celos hacen que mi voz salga grave. No quiero que se enamore de nadie, ni siquiera de una famosa estrella del pop—. ¿O tal vez Harry Styles?

Ella da una risa nerviosa.

—Nunca tuve una fiesta de cumpleaños.

Me alejo para poder ver su rostro.

—¿Qué?

No puedo ver el rosa de sus mejillas, pero sé que está ahí.

—Teníamos fiestas familiares. Antes de que mi mamá muriera. No quiero decir… —Haley traga saliva—. Ella estaba trabajando y mi padre estaba muy ocupado. Hacía una tarta de las que ya estaban preparadas en cajas y cantábamos, solo nosotros cinco. No siempre había mucho dinero extra, así que… —Un suspiro avergonzado—.

Después de que ella muriera, Petra hacía la tarta, pero no teníamos invitados. No me quejo —dice apresuradamente—. Nunca me quejaría. Ellos me amaban. Simplemente no teníamos fiestas así.

La indignación aprieta mi garganta.

—¿Qué pasa con las grandes fiestas de los Constantine?

Sus labios se tuercen.

—No somos realmente Constantine. Al menos, no los reales. Los favoritos. Los ricos. Y no creo que necesitara una gran gala de todos modos. Es ridículo. Lo sé. Es algo divertido con lo que soñar despierta cuando se acerca mi cumpleaños. Una pequeña fiesta solo para mí.

Soy un maldito idiota.

—¿Cuándo es tu cumpleaños, cariño?

—¿Importa? —Ella se muerde el labio. Se ruboriza.

Maldita sea su familia. La hicieron sentir que no era importante. Los niños Morelli estaban atados como animales, e incluso así teníamos pasteles de cumpleaños.

—Por supuesto que importa.

—Es ... es el sábado.

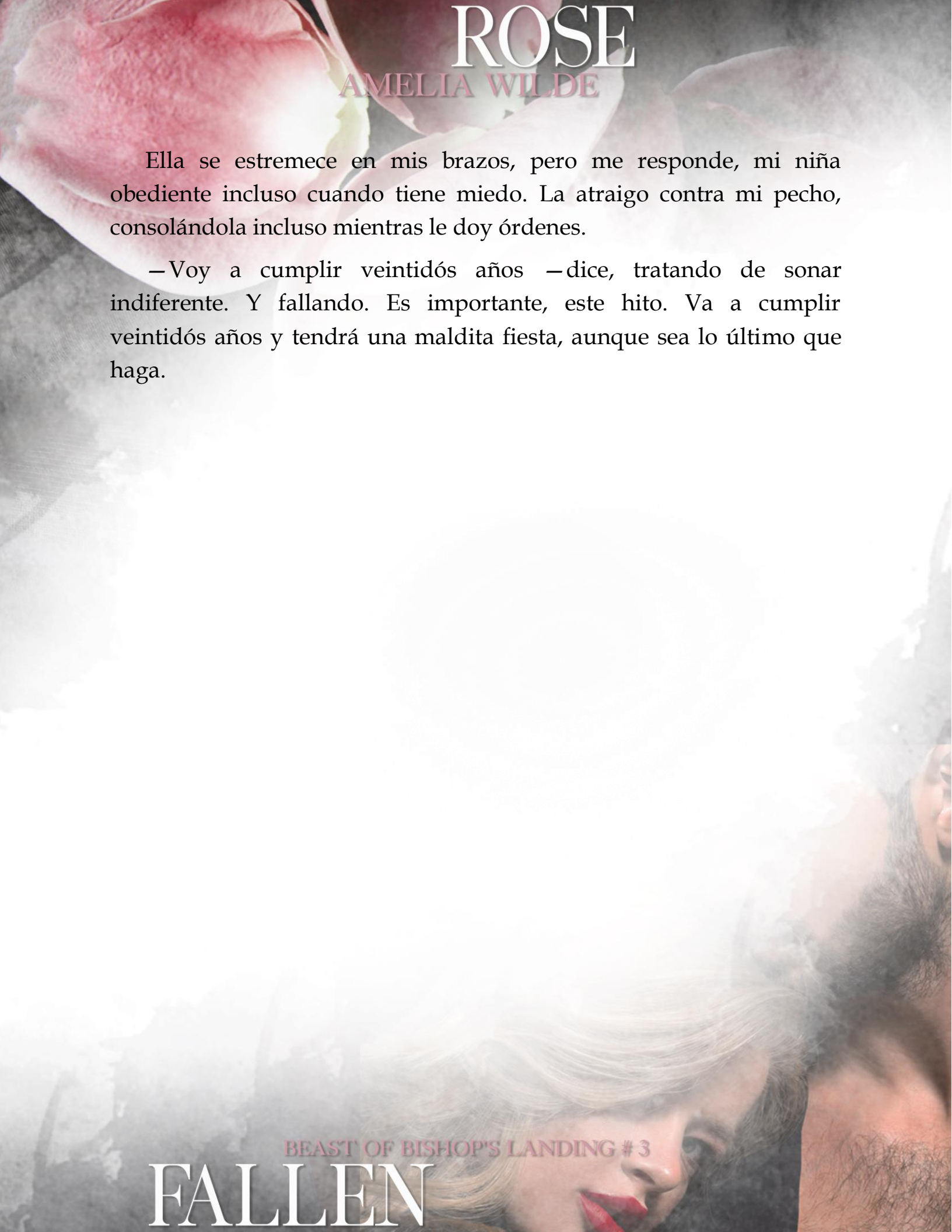
—Este sábado.

—No es la gran cosa —susurra, aunque suena menos como si estuviera tratando de convencerme. Es más como si hubiera estado tratando de convencerse de eso durante toda su vida.

—¿Cuántos años? —Estoy enojado por su trato, así que sale brusco.

Ella se estremece en mis brazos, pero me responde, mi niña obediente incluso cuando tiene miedo. La atraigo contra mi pecho, consolándola incluso mientras le doy órdenes.

—Voy a cumplir veintidós años —dice, tratando de sonar indiferente. Y fallando. Es importante, este hito. Va a cumplir veintidós años y tendrá una maldita fiesta, aunque sea lo último que haga.





Capítulo Dieciséis

Leo

Estoy en mi oficina planeando una fiesta para los Constantine cuando llega el mensaje de texto. Las últimas luces del día se desvanecen en el patio. Un pájaro de los árboles golpea mi ventana.

—Hay alpiste nuevo —le digo, aunque no puede oírme—. Vete.

Revolotea en el alféizar cuando levanto mi teléfono.

Un mensaje de Eva.

Enciende la TV-canal 9

Detesto el sonido de la televisión en vivo y rara vez necesito ruido de fondo para trabajar, así que no tengo uno en mi oficina, pero hay uno en el estudio. Pasa la mayor parte del tiempo escondido por un panel sobre la chimenea.

—Gerard —digo mientras lo abro. Sé que está cerca. Lo escuché en el pasillo.

—¿Señor?

—¿Haley está arriba?

—Lo está.

Subió a leer hace una hora. Algunos días, prefiere el espacio más pequeño y la tranquilidad más profunda de la biblioteca privada. No estaba jodiendo con mis planes para la habitación en el primer piso, pero aún no he tenido tiempo para una renovación a gran escala.

Gerard entra en el estudio mientras el televisor se enciende. Canal 9.

Es un canal de noticias. Y un noticiero. Y una cara muy familiar. El texto en la parte inferior de la pantalla dice NOVIA CONSTANTINE SECUESTRADA.

—Qué cojones.

Rick se para en la acera frente al complejo de Constantine, las luces de la cámara compitiendo con el sol poniente. Tiene una mano en el bolsillo de lo que parece un abrigo nuevo y un ojo morado que se desvanece donde le di un puñetazo. La otra mano agarra un trozo de papel.

—…el anuncio de compromiso fue un día doloroso para la familia. En toda la confusión, nadie pensó en evitar que se imprimiera. Pero Haley ya había sido secuestrada. Estoy aquí para pedir su regreso seguro. —Sus ojos se acercan a la cámara y toma un gran respiro nervioso. Odio a este hijo de puta. Hace bien en estar nervioso—. Estoy tan preocupado. Obviamente, estamos ofreciendo una recompensa por su regreso a salvo.

—¿Cuándo la viste por última vez? —Uno de los reporteros pregunta. Una conferencia de prensa. Caroline planeó esto. Cada detalle. No es solo que ella quiera matarme. Ella quiere prepararlo primero.

—No la he visto en casi dos semanas. —Esta es la verdad, y mi estómago se hunde. Van a ejecutar la misma jugada que antes. El que hizo llorar a Haley. *Dijeron cosas que estaban cerca de la verdad*. Rick Joseph Jr. aparecerá en la televisión en vivo y hará nudos en la verdad—. Me atacaron y a ella se la llevaron.

Jodidamente inteligente. Fue atacado, y luego la recuperé. Gerard hace un sonido a mi lado. No puedo verlo. Mi visión se oscurece de rabia y, si soy honesto, si soy jodidamente honesto, si estoy haciendo penitencia y abriendo mi maldito corazón…

De miedo, también.

—¿Sabes dónde está retenida?

—No —miente Rick, y es casi convincente en esto—. No pude ver bien a mi atacante y no sé dónde está Haley. —Traga saliva y mira directamente a la cámara—. Si alguien que está viendo esto tiene información sobre su paradero, por favor llame a la oficina del sheriff de Bishop's Landing. Yo… —Se lleva un puño enguantado a la boca—. Te lo ruego. Si la tienes, por favor devuélvenosla. Ella necesita estar con su familia. Haley es una persona dulce que solo… que solo merece lo mejor. Y si la has visto, no esperes para llamar. Cada segundo cuenta.

Una foto de Haley aparece en la pantalla. Es su identificación de la universidad. En la foto, ella lleva una camisa gris paloma y sonríe como si quien tomó la foto le hubiera contado un chiste.

—¿Hay algo más que puedas decirnos sobre ella, Rick?

Consulta el papel que tiene en la mano.

—Fue vista por última vez con un camisón blanco. Mide un metro sesenta, es delgada y tiene el cabello rubio. Un hermoso cabello rubio. Y a ella... a ella siempre le encantó leer. —Rick ahoga las últimas palabras. El gemido que suelta a continuación es lo más destacado de su actuación.

Saco un libro de tapa dura del estante más cercano y lo arrojo al televisor, convirtiendo la cara de Rick en vidrio roto. Otro libro se precipita por el aire. No puedo respirar. No puedo ver. Quiero mis manos alrededor de su cuello otra vez, y haría la elección correcta esta vez. Terminaría con esto. No sé que he tirado otro libro hasta que golpea contra el alféizar de la ventana. Una lámina enmarcada que me dio Daphne se cae. Más roturas de cristales. Quiero más vidrios rotos. Quiero más destrucción. Saco un puño hacia atrás, apuntando a la ventana, y alguien lo atrapa.

—Suficiente. Suficiente.

—No es jodidamente suficiente —le escupo a Gerard, sacudiendo su mano fuera de la mía. Él no acepta esto. Cierra su brazo alrededor del mío y me aleja de la ventana. Mi espalda grita—. Tú lo viste. Jodidamente voy a matarlo.

—Vamos a encontrar una estrategia. —Intento pasar junto a él y me bloquea—. Tienes ventanas a prueba de balas. Sr. Morelli. Leo. Tu mano se romperá antes que las ventanas y no podrás ayudar a Haley.

Lo empujo una vez más, pero tiene razón. Dios, mierda, odio que tenga razón. El rojo desaparece de mi visión. Mi respiración se vuelve más lenta. El dolor no cede. No lo hará. Nunca va a parar. Voy a estar en el infierno para siempre. Penitencia para siempre. Cubro mi rostro con ambas manos, intensamente consciente de los ojos de Gerard sobre mí. Nunca jodidamente hago esto delante de la gente.

Lleva demasiado tiempo arrastrarlos hacia abajo.

Cuando lo hago, la expresión de Gerard es neutral. El resto de él no lo es. Está preparado para evitar que destruya mi propia casa. De destruirme a mí mismo. Es posible que al final no tenga otra opción si Caroline no deja en paz a Haley.

—Quiero llamar al segundo equipo —le digo. Saca su teléfono sin dudarlo—. Quiero que se dupliquen todos los turnos. Aquí no entra nadie. Llama a mi equipo legal y que estén a la espera. Se van a quedar en la puerta si ese pedazo de mierda manda a la policía.

—¿Qué más puedo hacer?

Ayúdame. Joder, ayúdame. Encuentra una manera de salir de esto.

—Solo haz tu trabajo. Mantenlos fuera.

Dejo a Gerard en el estudio y voy a buscar a Haley. Mi corazón late. Ha sido fijado con agujas y cada una de ellas se clava con cada latido. Está acurrucada con su libro de fantasía otra vez, Jane Eyre esperando en reserva, y odio tener que arruinar este momento para ella.

Ante la expresión de mi rostro, se levanta de la silla y viene hacia mí.

—¿Qué ocurre?

No merezco ni mereceré jamás a esta mujer, a este ángel, que me abraza con infinito cariño. Ella toca mis cicatrices ahora, desde el día en el estudio. Siempre es la presión más ligera. Soy un bastardo egoísta, así que me permito abrazarla por un minuto antes de responder.

—Recibí un mensaje de texto de Eva —Haley levanta la cabeza de mi pecho y me mira a los ojos—. Diciéndome que encendiera la televisión. Caroline envió a Rick a dar una conferencia de prensa.

Su ceño se frunce.

—¿Y eso que significa?

—Ella llamó a un grupo de reporteros para que él hiciera una declaración sobre ti en directo.

El color desaparece de su rostro.

—¿Sobre el compromiso?

—No. —Paso mis dedos por su cabello. Es suave y hermoso, y odio que Rick hablara de él como si le perteneciera—. Anunció que te habían secuestrado y que tu familia ofrece una recompensa por tu regreso.

Haley se desliza de mis brazos, se lleva la mano a la boca y se aleja.

—Una recompensa —murmura—. Una recompensa. Está loca. —Se detiene en la mesa y roza con las yemas de los dedos la portada de

Jane Eyre, luego se mueve hacia la ventana. Sus hombros suben cada vez más y más. Haley se inclina sobre el alféizar de la ventana.

Está conteniendo la respiración.

Esto es peor que llorar abiertamente. Sus hombros tiemblan, pero presiona ambas manos sobre su boca.

—Yo solo… —Una inhalación frustrada—. Yo solo… ¿Por qué? —Sus ojos, más brillantes por sus lágrimas, se posan en los míos—. ¿Por qué están haciendo esto?

Voy y me siento en el alféizar de la ventana. La coloco entre mis piernas y tomo su rostro entre mis manos. Sus labios tiemblan, pero toma otra respiración larga. Sé que está cansada de llorar. No es una liberación para ella ahora. No a menos que la obligue a hacerlo.

—Están tratando de llegar a ti.

Esto es casi la verdad. Están tratando de llegar a mí. Y está funcionando.

—¿Debería…? —Sus manos se acercan a las mías, como si temiera que pudiera soltarme. A la mierda lo de dejarla ir—. ¿Debería simplemente volver? ¿Debería volver a casa?

—Absolutamente, jodidamente no, cariño.

Su respiración es cada vez más rápida. Entrando en pánico.

—¿Cómo termina esto, Leo? ¿Cuándo? ¿Necesito llamar a la prensa? ¿La policía?

—Aún no. —Jamás. Ninguna de esas personas ayudará a la situación. No importa lo que Haley piense que soy, soy la Bestia de Bishop's Landing para el resto del mundo. La prensa solo tomará las

palabras de Haley como evidencia de que le he lavado el cerebro, y en la policía son unos putos inútiles—. Lo resolveré.

Haley no me cree. Puedo verlo en sus ojos.

Pongo una mano alrededor de su garganta.

Ahí.

Sus hombros se relajan. También sus manos sobre las mías. El resto de su cuerpo se vuelve flexible y espera, su respiración se asienta, y esto... esto es un jodido milagro. Que ella sea así por mí. Que ella camine por la tierra y no me tenga miedo. O que lo tenga, pero que sea un miedo digno de confianza. Ella sabe que solo lo explotaré para calentarla. Para hacerla mojar.

Para que se tranquilice.

—Lo resolveré.

Sus labios se separan y parpadea para contener las lágrimas. La punta de su lengua moja su labio inferior.

—¿Lo prometes?

La beso primero. Aprieto su cuello hasta que jadea en mi boca. Voy a marcar esta promesa en ella. Lo mantendré sin importar el costo. Pediré ayuda, si eso es lo que tengo que hacer. Admitiré debilidad. Llamaré a refuerzos. Cualquier cosa.

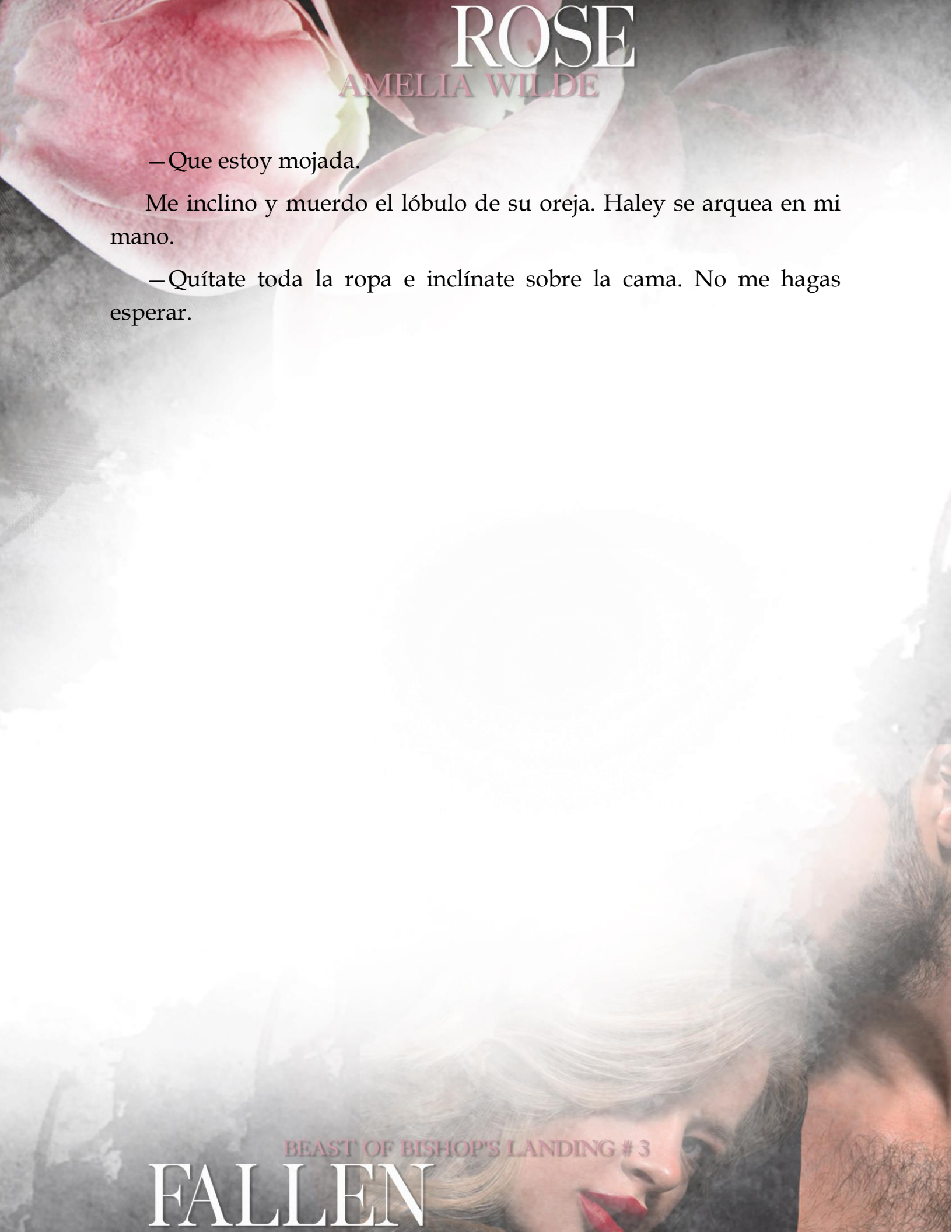
—Lo prometo. —El color ha vuelto a sus mejillas. Sabía que lo haría. Ella no puede evitar responderme. Si no la conociera mejor, pensaría que fue enviada. Un regalo—. Si te toco ahora —reflexiono, manteniendo mis ojos en los de ella—, ¿qué encontraré?

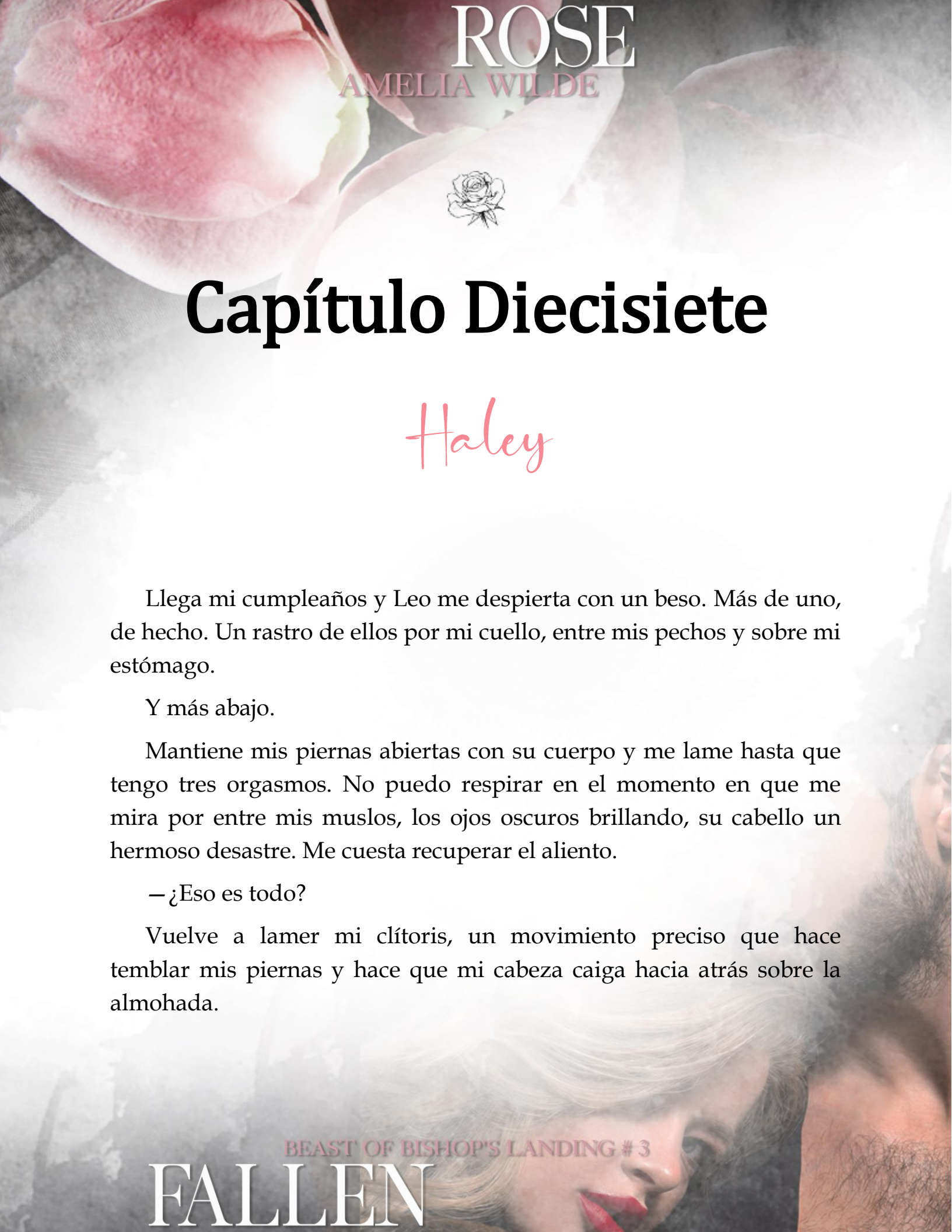
Su cara se pone roja.

—Que estoy mojada.

Me inclino y muerdo el lóbulo de su oreja. Haley se arquea en mi mano.

—Quítate toda la ropa e inclínate sobre la cama. No me hagas esperar.





Capítulo Diecisiete

Haley

Llega mi cumpleaños y Leo me despierta con un beso. Más de uno, de hecho. Un rastro de ellos por mi cuello, entre mis pechos y sobre mi estómago.

Y más abajo.

Mantiene mis piernas abiertas con su cuerpo y me lame hasta que tengo tres orgasmos. No puedo respirar en el momento en que me mira por entre mis muslos, los ojos oscuros brillando, su cabello un hermoso desastre. Me cuesta recuperar el aliento.

—¿Eso es todo?

Vuelve a lamer mi clítoris, un movimiento preciso que hace temblar mis piernas y hace que mi cabeza caiga hacia atrás sobre la almohada.

—Codiciosa —me regaña, y luego se arrastra entre mis piernas y me llena.

Es un día vertiginoso, con más gente entrando y saliendo de casa de la que he visto nunca. Su puerta de entrada sigue abriéndose y cerrándose. Cada vez suena más fuerte, porque el equipo de seguridad de Leo revisa a todos los que entran. Tengo prohibido entrar al comedor. Debo hacer que me traigan el almuerzo en una bandeja de plata mientras leo.

Por la tarde envía a la señora Page para que me lleve a la suite de invitados, donde dos mujeres con uniformes negros esperan para hacerme un cambio de imagen.

Daphne también está esperando, su mano en el cuello de su camisa. No puede dejar de morderse el labio.

—Hola —dice ella, su sonrisa iluminándose y desapareciendo de nuevo bajo la incomodidad. No la he visto desde que entró en la habitación de Leo. No quería molestarla—. Feliz cumpleaños.

—Hey, Daphne. ¿También estás aquí para un cambio de imagen?

—Puedo irme —dice rápidamente—. Es tu cumpleaños. Probablemente no me quieras aquí, dado...

Agarro su mano y tiro de ella hacia la puerta.

—Escucha. No me importa que entraras cuando estábamos teniendo relaciones.

—Ay dios mío. —Se cubre la cara con ambas manos—. Lo siento mucho. Debería haber llamado. Leo suele estar despierto hasta tarde y yo no estaba pensando.

—¿Sin embargo, estás bien? —Esta no es una conversación que esperaba tener frente a dos estilistas, pero aquí estamos.

Daphne exhala y deja caer las manos a los costados.

—Es complicado. —Una pequeña sonrisa—. No tenía ni idea. Y probablemente no tengo derecho a enojarme con él por no decirme, solo… desearía haberlo sabido.

—Él tampoco me lo dijo a mí.

—¿No lo hizo?

—No. Lo descubrí por mi cuenta. Si hubiera podido decírtelo, Daph, estoy segura de que lo habría hecho.

Ella suspira.

—Es mucho. Vivir aquí es demasiado.

—Lo sé. No tienes que arreglarte conmigo, si no quieres. No te culparía.

Daphne pone los ojos en blanco, y es tan bonito que me hace reír.

—Quiero ir a tu fiesta. Quiero prepararme contigo. Eso es bastante simple, al menos.

—¿Lo es? Porque… —Mis mejillas se calientan—. Está bien, entonces, nunca antes me había preparado para una fiesta como esta. Mi hermana siempre me peinaba. ¿Hay alguna regla que deba conocer? No quiero hacer el ridículo.

La hermana de Leo aprieta los labios con pura y amable simpatía y me da una palmadita en el hombro.

—No, no hay reglas. Solo diles lo que quieres.

Nos han traído un gran espejo y sillas, y resulta que no tengo que decirles lo que quiero, porque Leo ya lo ha hecho. Daphne levanta una ceja cuando el estilista me dice que ya le dio instrucciones.

—Es un gran fanático del control.

Encuentro sus ojos en el espejo.

—Lo encuentro bastante caliente.

—Asqueroso —susurra Daphne, y luego se disuelve en carcajadas.

Es lindo que te peine alguien con habilidades. No se siente terrible ser tocada. Leo ha asumido eso como su propia misión personal. La ducha fue solo el comienzo y está funcionando.

Es mucho más de lo que pensaba. Mucho más de lo que todos le dan crédito. Se pondría furioso si alguien lo supiera, y lo entiendo. Utiliza su reputación como una herramienta para proteger a su familia. Para protegerme. Para protegerse. Así que desearía que las cosas fueran diferentes, pero no demasiado diferentes. Es una tarea imposible, desenredarlo de su pasado. No creo que todo suceda por una razón. Eso son tonterías que dice la gente cuando no se les ocurre nada mejor. Pero en algún momento, todo se suma al hombre en el que se ha convertido.

—¿Qué estás pensando? —pregunta Daphne—. Eres tan callada.

Mis ojos están cerrados para que el estilista pueda ponerme la sombra de ojos. No estarían aquí si Leo no hubiera aprobado su presencia, y esta es su hermana, así que me siento relativamente segura si soy sincera. Y estoy cansada. Cansada de tener pesadillas. Cansada de preocuparme por lo que hará Caroline a continuación. Y de las cosas buenas, también.

—Estaba pensando en Leo.

—Estás como... tan enamorada de él.

No se puede negar, y no tiene sentido negarlo. Daphne ni siquiera sería la primera persona a la que se lo digo. Ella no sería la primera Morelli.

—Es cierto.

—¿Eres feliz? —Estoy tan contenta, tan contenta, de que mis ojos estén cerrados. Que el barrido de las brochas de maquillaje los esté manteniendo así. Espero que Daphne no esté mirando—. Suenas como si fuera complicado.

No tengo las palabras. Al igual que con Eva, todo lo que podría decir sobre Leo se queda corto. Desastrosamente corto. Y si trato de describirle a Daphne cuánto lo amo, lloraré y estropearé todo mi maquillaje. No estoy seguro de poder forzar esas descripciones más allá del nudo en mi garganta. Cómo mi corazón duele con cada segundo que estoy separada de él, y a veces más cuando está en la habitación. Cómo lo único que calma el miedo y la incertidumbre de este momento de mi vida son sus manos sobre mí. Cómo el sonido de su voz es lo más parecido que jamás sentiré a una oración contestada.

—Estaba enfermo —digo en su lugar—. Después de que llegué a casa del hospital. Tenía una fiebre horrible.

—Lo sé —responde ella—. Eva me lo dijo. Ella no me dejaba venir. —Daphne se aclara la garganta—. Ella dijo que él no querría que lo viera así, lo cual no es justo. Él también es mi hermano. Me mantiene a distancia y luego se da la vuelta y me hace vivir aquí por seguridad.

—Mi hermano ayudó a Caroline a secuestrarme.

—Jesús. —Daphne está en silencio durante mucho tiempo—. Leo dijo que saliste a su encuentro. Él no dijo…

—Él no dijo que Cash me llamó y me pidió que fuera. El hombre de Caroline lo golpeó primero y lo obligó a hacerlo. Es por eso que salí en primer lugar. —Respiro lento y profundo. No voy a arruinar este maquillaje. Esta fiesta—. No sé qué punto estoy tratando de hacer. Solo que los hermanos a veces son complicados.

—Así que las cosas no son fáciles con tu familia.

—No. Hablé con Eva sobre esto cuando Leo estaba enfermo y me dijo que tendría que elegir entre ellos y Leo. Después de todo lo que ha pasado, me preocupa que nunca tengamos paz. Me preocupa que ella pueda tener razón.

—Ella no la tendrá. —Daphne parece confiada en esto, al menos—. No si Leo tiene algo que decir al respecto. Él siempre se sale con la suya. —Ella sabe que no es cierto. Yo sé que no es cierto. Pero es un paso hacia un terreno más ligero, que es donde se supone que debemos estar para un cambio de imagen de cumpleaños—. Mi coleccionista me ha estado enviando mensajes de texto.

—Puedes abrir los ojos —dice la estilista, y cuando lo hago, encuentro una expresión completamente neutra y amistosa. Apostaría cualquier cosa a que deliberadamente no está prestando atención a nuestra conversación. Probablemente sea parte de su contrato.

—¿Has respondido?

—No. —Daphne se muerde el labio—. No sé qué decir. Leo se enfadaría si le dijera dónde estoy, así que no he dicho nada. —Ella

gime cuando su estilista le aplica un brillo rosado en las mejillas—. Él no es un mal tipo. Leo debería calmarse.

—No creo que esté en su ADN. Sin embargo, ¿cuánto tiempo vas a esconderlo? ¿Tienes un nombre secreto para él en tu teléfono?

—Coleccionista —dice Daphne—. Obviamente.

Me río más fuerte. La estilista frunce los labios y espera a que me detenga.

—Mi hermana tenía un novio cuando estaba en la escuela secundaria. No quería que mi padre supiera quién era, así que lo guardó en su teléfono como un emoji de cara sonriente. Fue divertido porque su rostro tenía la misma expresión cada vez que él le enviaba un mensaje de texto.

Daphne sonríe, sus ojos oscuros iluminándose.

—¿Se escaparon juntos? ¿Se casaron?

—No, no pasaron del último año. Se casó con alguien aprobado por los Constantine. Un banquero de inversión. —Jeremy Rand parece bastante agradable, de una manera severa. Maneja las finanzas de la mayoría de los Constantine. A excepción de mi padre, por supuesto, que no tiene suficiente dinero para administrar. Tiene ideas estrictas sobre lo que Petra debe usar, decir y hacer—. La extraño, pero siento que ya no la conozco muy bien.

—Sí —dice Daphne—. A veces siento que no conozco a nadie en absoluto.

—Ya sabes como soy. Lo que ves es más o menos lo que obtienes.

Su sonrisa arruga sus ojos.

—De ningún modo. Pareces una Constantine -eres una Constantine- pero eres amable. Y te ves callada y suave, pero cuando estás con Leo, él te escucha.

Algo en su voz me hace tranquilizarla.

—Él también te escucha a ti.

Ella hace una mueca.

—No, no lo hace. Él solo me dice qué hacer. *Tienes un acosador, Daphne. Múdate con nosotros, Daphne. No te dejes asesinar, Daphne.*

—Bueno, lo último parece un buen consejo —digo, incapaz de contener la risa.

—Soy una mujer adulta, pero él me trata como si fuera una niña.

—Él se preocupa por ti. Por eso es tan protector.

—Sobreprotector —dice Daphne—. Quiero decir, toda la idea es ofensiva. A alguien le gustan mis pinturas, ¿así que debe de ser un acosador loco?

—Lo siento —digo, no porque crea que Leo está equivocado acerca de este coleccionista. Más porque puedo ver el dolor en los ojos de Daphne. Es doloroso que tu familia no te tome en serio.

—Lo que sea —dice ella—. Basta de Leo.

—Suficiente sobre él —concuerdo con ella—. No es interesante en lo más mínimo. Además, quiero saber más sobre este coleccionista. Hay algo en tu voz cuando hablas de él.

—Le gustan mis pinturas. Eso es todo.

—Tal vez —digo, mi tono neutral—. Tal vez a él solo le importen tus pinturas, pero ¿y a ti? ¿Solo te preocupas por él como cliente?

Sus mejillas se vuelven rosadas.

—No lo sé. ¿Cómo se supone que debes saberlo?

El revoltijo de sentimientos que tengo por Leo surge: el amor y el odio, la frustración y el miedo. Él es todo lo bueno y esperanzador en un mundo oscuro, pero odiaría escucharme decir eso.

—Creo que, si no sabes lo que sientes por él, ya es más que un cliente.

Capítulo Dieciocho

Haley

Daphne me deja sola para vestirme. La estilista se queda para ayudarme. Es una cosa buena, porque es un vestido elegante y necesito su ayuda para pasármelo por la cabeza sin que se me corra el maquillaje. Me cierra la cremallera, quita las pelusas y me pone de cara al espejo.

—Vaya. —No puedo dejar de mirarme—. Has hecho un buen trabajo.

—Fuiste una clienta fácil —dice con una sonrisa—. Hermosa desde el principio.

Parezco oro hilado. Ha elegido un vestido dorado con capas de tela de gasa que flotan y brillan con la luz. Llevo el cabello en suaves rizos, perfectos y brillantes. Mi maquillaje es más oscuro que el vestido. Más dramático. Tengo que parpadear a propósito para no llorar. Siempre me he dicho a mí misma que no era importante tener ropa cara y un

buen maquillaje. Y no lo es. No realmente. Pero eso no significa que no lo quisiera. Mis primas siempre se veían tan espléndidos en las fiestas de los Constantine. Parecían sacadas de un sueño. Más que nada, yo quería el sueño. Ahora sé que no podría haber sido real. La vida de la gente no es como la que se ve en las fiestas.

Una noche habría sido más que suficiente. Y ahora Leo me la va a dar.

La estilista me ayuda a ponerme los zapatos y me ayuda a salir.

Leo me espera en lo alto de la escalera. Mira hacia abajo cuando me acerco, con la cabeza inclinada casi como si estuviera rezando. Lleva un traje oscuro, negro sobre negro, como siempre, salvo que esta noche tiene un pañuelo de bolsillo dorado. Puedo ver, incluso a varios metros de distancia, que está hecho con un trozo de mi vestido. Negro y dorado. Sus ojos cobran vida. Todo en él es nítido y hermoso, como un soplo de invierno en la profundidad de la noche. Solo verlo ya me despierta. Hace saltar todos mis nervios. Los atrae hacia él. Tiene mi corazón metido en su bolsillo con ese destello de oro. Tanta belleza para ocultar tanto dolor.

Mi vestido hace un sonido suave y él levanta la vista. Me ve. Sus labios se separan, y toda su cara...

Me recuerda a cuando sus analgésicos hicieron efecto en el hospital. Un cambio se produjo en él. Solo que esta vez no está cayendo en la inconsciencia, está abriéndome la puerta a sí mismo de par en par. El asombro aparece en sus ojos, seguido de la necesidad, y sacude un poco la cabeza, incrédulo de que esté aquí. De que sea real.

Me siento como en un sueño.

Se pone recto cuando me acerco a él y me coge la cara con suavidad entre sus manos.

—Mírate —dice—. Eres lo más bonito que he visto nunca.

Me deja sin aliento, y sin voz, y lo único que puedo hacer es sonreírle hasta que se inclina y me besa. Sabe a luz de estrellas y a fuego. No quiero parar, pero al final se ríe.

—No dejaré que te pierdas tu propia fiesta de cumpleaños. Vamos.

No hay nervios como las frenéticas mariposas que siento al bajar la escalera de su brazo. Por una vez en mi vida, me siento exactamente bien. De ensueño. Pero Leo no ha dicho ni una palabra sobre la lista de invitados, si es que hay una lista de invitados. Tener otras personas en la fiesta además de Daphne es demasiado esperar. No me permito tener esperanzas.

Leo me lleva junto a los guardaespaldas alineados en el vestíbulo. Las luces se han atenuado para la noche. Mis venas no tienen espacio suficiente para lo emocionada que estoy. Mi cara está caliente antes de que lleguemos a la puerta del comedor.

Está caliente antes de que oiga las voces.

Porque hay música procedente del comedor, que se filtra hacia el pasillo, y voces. Alguien se ríe. Parece una fiesta.

Doblamos la esquina hacia el comedor.

Me paro en seco en la puerta.

Leo ha decorado su comedor para mí antes. Es un espacio privado, pero no es particularmente pequeño. Podría tener una mesa para

veinte personas aquí, si quisiera. En lugar de eso, ha llenado la habitación con la fiesta más bonita que he visto nunca.

Hay globos blancos y dorados por todas partes. El techo está cubierto de oro y blanco, lo que hace que parezca más alto e íntimo. Unas luces diminutas recorren las cortinas como si fueran estrellas. Esas luces se derraman detrás de una tarta de tres pisos en la esquina. Está envuelta en fondant blanco con rosas pintadas en polvo de oro. Cerca hay una pequeña pila de regalos, también dorados. Y toda esta belleza, todo este amor, es solo el telón de fondo de lo que ha hecho.

En medio de todo ello, enmarcados por el oro y el blanco, están sus hermanos. Daphne está aquí, con una copa de champán en la mano, pero no está hablando con Eva. Está hablando con Elaine. Elaine, que vuelve a reírse. Eva está cerca de Lucian, haciéndole gestos con su propia copa de champán. Él tiene una mano levantada y habla por encima de ella con una media sonrisa diabólica que tiene que ser intimidante en el mundo real. No para Eva.

Cada uno de ellos está vestido para mi fiesta de negro con detalles dorados. Una diadema dorada brilla en el cabello de Daphne. Un collar de oro brilla alrededor del cuello de Elaine. El cabello de Eva está sujeto con elegancia por un conjunto de horquillas doradas, con flores y hojas que brillan a la luz.

—No pude regalarte un cumpleaños Constantine.

Levanto la vista hacia Leo y me encuentro con él observándome, y sé que me ha estado observando desde que llegamos a esta habitación. Puedo sentirlo esperando mi reacción. Puedo sentir su esperanza, y debajo de eso, su preocupación de que esto no sea suficiente.

—Quería… —Se aclara la garganta—. Hubiera hecho una fiesta más grande, pero no pude encontrar una forma segura. Eso era lo más importante. Confío en la gente de aquí.

—Invitaste a tu familia.

—Lo sé. No es lo que querías, pero...

Levanto el brazo y le tapo la boca con la mano. Las lágrimas se acumulan en las esquinas de mis ojos, pero respiro a través de ellas.

—Me ofreciste tu propia familia y yo… —Me quita la mano y me besa la palma—. Eres un príncipe. Y lo quiero todo de ti. Ellos son una parte de ti. Incluso cuando es difícil. —Mi barbilla empieza a temblar, pero lo detengo por pura fuerza de voluntad—. No necesito una fiesta más grande. Cuentan por treinta personas. Quizá cien.

Me pasa la yema del pulgar por la mejilla.

—Llora por mí más tarde, cariño. Ahora no.

Contengo la respiración mientras cuento hasta tres.

—No voy a llorar ahora. Esto es perfecto.

—Lucian, cállate, está aquí —dice Daphne, y tenía razón. Solo hay un puñado de ellos, pero suenan como un salón de baile lleno cuando gritan feliz cumpleaños. Daphne se acerca para arrastrarme a la sala, y no importa que sea una fiesta pequeña. Estoy rodeada de alegría. Todos se reúnen para ver mi reacción ante la tarta. Eva me pone champán en la mano.

—Me prometieron una cena —dice Elaine después de besar mi mejilla. Hay una mesa preparada al otro lado de la sala y ya sé que no

será como la primera cena que tuvimos juntos. Ahora no hay incomodidad.

Porque fueron criados para asistir a fiestas, para ser un crédito para su familia, pero esto no es un espectáculo. Esto es real.

—¿Primero los regalos o la cena? —pregunta Eva. La música está lo suficientemente alta para crear ambiente, pero no tanto como para ahogarlo.

—La cena —respondo rápidamente, antes de que alguien más pueda hacerlo. Ya están haciendo mucho por mí. No creo que pueda quedarme aquí y abrir los regalos sin empezar a llorar.

—Entonces déjame traer al último invitado —Leo me da un beso en el cabello y se dirige a la puerta.

Daphne me coge del brazo.

—¿Te gusta? Hay muchos globos, y eso es en parte culpa mía.

—Me encanta. Es… —Por supuesto que me encantaban los cumpleaños con mi familia, con la tarta que ya estaba preparada en cajas que hacía Petra y el regalo que Cash me traía de la tienda de la esquina. Por supuesto que sí. Y no diré una palabra en contra de ellos—. Nunca he tenido una fiesta como ésta.

Sonríe, y luego mira más allá de mí. En ese momento Leo llega detrás de mí y pone su mano en la parte baja de mi espalda. Me vuelvo hacia su tacto y, por encima de su brazo, veo a quién ha ido a buscar.

Cash está de pie unos pasos dentro de la puerta del comedor con un traje como el que llevan Lucian y Leo, con los labios apretados y las manos en los bolsillos.

Me salgo del abrazo de Leo y atravieso la habitación hacia él, tan rápido como puedo ir con mis tacones. Cash se tensa cuando me acerco.

—Haley...

—Hola. —Le rodeo con los brazos, con cuidado de no apretar. No ha pasado suficiente tiempo para que sus costillas se curen. Mi corazón se llena. Estalla. Le he echado de menos. Cash duda otro momento, y luego me rodea con sus brazos y me acerca—. Casi llegas tarde a la cena.

—Sí, había un código de vestimenta sorpresa —se burla—. Me hicieron cambiarme antes de entrar. —Respira profundamente—. ¿Estás enfadada?

—Tengo hambre —le digo, dando un paso atrás para mirar a Cash. Tiene buen aspecto. Cansado, pero bien.

—Quería decir...

—Sé lo que querías decir. No tenemos que hablar de todo eso en la fiesta. —Le aprieto la mano—. Sé que no lo habrías hecho si tuvieras opción. ¿Te sentarás a mi lado en la cena?

Cash se sienta a mi lado en la cena, con Leo al otro lado, y Eva hace una especie de magia sobre la mesa para que no haya pausa en la conversación. Ni un solo momento incómodo, aunque Cash permanece callado. No consiguen atraerlo a la conversación y él no consigue abrirse a ellos. No es culpa de nadie. Todos lo intentan.

Después, todos se acercan mientras Leo enciende las velas de mi tarta. Daphne saca una cámara de algún sitio y me hace un millón de fotos soplando las velas con Leo a mi lado. Cash es el primero en empezar a cantar la canción de cumpleaños, pero resulta que todos los Morelli saben cantar. Es la versión más bonita y afinada que he escuchado nunca.

Después de eso, hay baile. Yo estoy borracha de champán y Leo es un buen bailarín, y la única razón por la que alguien se detiene es para hablar de dos en dos o de tres en tres. A mitad de la noche, me encuentro con Cash en el lado más tranquilo del comedor. Leo y Daphne están hablando junto a la mesa de los regalos. Lucian, Elaine y Eva están cerca, los tres muy juntos.

—Hola, Hales —dice mi hermano.

—No pensé que quisieras venir —digo, un poco demasiado alto. Demasiado champán, probablemente. Demasiada honestidad. Pero es mi cumpleaños.

Cash aparta la mirada.

—Por supuesto que quería venir. Eres mi hermana. Pero Leo… —Sacude la cabeza—. No me gusta. No me fío de él. Pero si lo haces… —Hace una pausa, armándose de valor—. Si lo haces, entonces eso cuenta para algo.

Por centésima vez esta noche, se me llenan los ojos de lágrimas.

—Gracias.

—No me des las gracias todavía. No creo que Caroline vaya a rendirse pronto.

Ambos dejamos pasar varios momentos en silencio. Lo que Caroline está haciendo va a terminar afectando a las dos familias de la sala, de una manera u otra. Ella ya ha hecho suficiente daño. No quiero que arruine la frágil paz que estamos construyendo.

—Me alegro de que estés aquí. —Miro a Cash a los ojos—. Me alegro de verdad. Significa mucho para mí, Cash.

Él asiente, mirando hacia abajo, y nunca lo había visto tan indeciso. Tan fuera de sí. Era el hermano que mejor se llevaba en las fiestas de los Constantine. Cash respira hondo y estrecha los ojos de forma conspirativa.

—¿Quieres bailar?

—Solo si prometes no pisarme los pies.

Cash da un gran paso y empieza a bailar. Está ligeramente rígido. Le deben de doler las costillas. Suelen tardar semanas en curarse.

—Nunca te he pisado —dice—. Pero una vez me diste un codazo en la cara. ¿Lo recuerdas?

Extiende una mano y me hace girar hacia él, y bailamos.

—Eso fue un accidente. Pensé que había un bicho.

—Apenas sobreviví —dice seriamente. Y entonces Leo está allí, tomándome en sus brazos.

Me quedo en este sueño dorado y brillante, esperando que nunca termine. El pastel está tan bueno que podría llorar. Los regalos, envueltos en grueso papel dorado y lazos brillantes, contienen regalos caros y lujosos. Desenvuelvo el primer bolso de Louis Vuitton de mi

vida mientras Daphne se inclina para mirar y mi cara se pone caliente, muy caliente.

Hay todo lo que podría haber querido para una fiesta de cumpleaños, pero ni en mis sueños más locos habría podido conjurar a Leo Morelli. Me mira con esos ojos oscuros, los que me asustaron al principio. Parecían llenos de violencia. Ahora sé que es verdad. Me promete un millón de noches sin dormir, abrazándome, haciéndome daño. Este cumpleaños es más que un día especial. Es un hito, uno en el que ya no soy una niña. Ahora soy una mujer, y no tengo miedo.



Capítulo Diecinueve

Leo

Haley está rosada y contenta después de su fiesta, y tan agotada que se queda dormida en cuanto su cabeza toca la almohada.

Yo, por otro lado, no puedo dormir. El dolor es demasiado. Lo desencadena el estrés, y no puedo relajarme hasta que termina la reunión.

De todos modos, el día siguiente llega demasiado pronto.

Cash no fue el único Constantine con el que me puse en contacto en el periodo previo a la fiesta. El hermano de Haley fue la llamada más difícil. Él no creía que fuera a haber una fiesta en absoluto. La única manera de convencerlo de que viniera era ofrecerle su propio guardaespaldas personal. Bien. Hecho.

En el coche de camino a la ciudad por la mañana, desearía que la segunda llamada no hubiera sido tan fácil. Fue demasiado simple. Como si estuviera destinado a serlo.

Invité a Cash a la fiesta de Haley porque tenía que hacerlo. Si voy a hacer que esto funcione para ella, si voy a hacer que estar conmigo funcione para ella, entonces voy a tener que resolver todos estos problemas con su familia. Aislarse de ellos le rompería el corazón. Así que organicé la asistencia de Cash. Solo necesito que vea que no tiene que elegir.

Que yo haré realidad lo que ella quiera.

Anoche estaba feliz. Feliz por cómo habían ido las cosas con Cash. Lo que significa que hay otro Constantine que necesito tener bajo control.

No puedo tratar con Caroline directamente por razones obvias. Así que, a la manera de las familias poderosas desde tiempos inmemorables, he organizado una reunión con su hijo mayor. Winston ni siquiera opuso resistencia. Simplemente programó la maldita cosa.

Se siente como una penitencia. Abrir mi corazón a Haley está resultando exigir más dolor del que creía posible.

Thomas aparca en una estructura cercana a Halcyon y me acompaña al interior del edificio de cristal. Todos mis chóferes son también hábiles guardaespaldas, así que él debería ser suficiente. Odio ir a las propiedades de los Constantine en el mejor de los casos. No quiero estar aquí ahora. Pero aparecer con un equipo completo está fuera de la mesa. No si quiero un compromiso.

Se queda conmigo fuera de la oficina de Winston. El cabrón me hace esperar tres minutos después de la hora de nuestra cita, y luego su secretaria me hace pasar. Thomas se coloca en la puerta.

Perry está de pie cerca de la esquina del escritorio de Winston. Tiene un ojo morado y un moratón en la mejilla.

—Hola, imbécil —dice—. Espero que hoy estés de mejor humor.

—Perry. —Winston no parece emocionado de verme. Tiene el mismo aspecto de siempre. Con un corte limpio. Engreído. E irritado—. Hablaré contigo después del almuerzo.

—No puedo esperar. —Un tono sarcástico. Perry coge una carpeta del escritorio de Winston y se va, caminando a mi alrededor en un amplio arco—. Intenta no tocar nada —me murmura.

Winston le observa y cruza los brazos sobre el pecho. Tomo asiento frente a él.

Y espero.

Al cabo de un minuto, deja escapar un suspiro molesto.

—Querías reunirte conmigo, imbécil. ¿Has venido a disculparte por haberle dado una paliza a mis hermanos? Y en nuestra propia casa.

—Si quieres una disculpa, tendrás que pedírsela a tu madre.

—¿Qué coño significa eso?

—Escucha. —Esto ya es lo más doloroso de mi existencia, sin duda. No puedo ir de un lado a otro con Winston ahora mismo—. Sé que nos odiamos. Sé que estás enojado conmigo por haber golpeado a Keaton y Perry. Pero esta mierda con Haley tiene que parar.

—Ella estaba enferma. Mi madre solo intentaba ayudar, y tú irrumpiste en su casa como un puto psicópata. ¿Acaso la cuidas o la tienes encerrada en un calabozo?

—No estaba enferma. Caroline envió a uno de sus bulldogs a llevarse a Haley de mi casa. Para secuestrarla. No tenía intención de dejarla ir.

Winston se burla.

—¿Dejarla ir adónde? Es mi prima. Ella nos pertenece. No me importa qué tipo de trato hayas firmado con Phillip. Ningún Constantine pertenece en una casa contigo.

—Esto no es sobre el trato con Phillip.

—¿Entonces de qué se trata? —Comprueba su reloj—. No tengo todo el día para escuchar tus quejas de mierda, Leo. ¿Estás triste por no haberte follado a mi prima suficientes veces para compensar algún desaire percibido? Supéralo de una puta vez. Tienes suerte de que no hayamos presentado cargos.

No hay otra forma de explicarlo.

Le he dado mil vueltas a la cabeza. No hay otra forma de explicar por qué Caroline hace lo que hace sin volver al principio. Cada músculo, cada célula, se resiste a sacar mi teléfono. Abrir la aplicación correcta. Sacar los vídeos.

Los tengo desde hace dieciocho años. No soporto verlos. Solo miro cuando tengo que transferir los archivos. El fuego sale de las cicatrices y cubre cada centímetro de mi piel. Mi propio cuerpo intenta advertirme. Esto es demasiado lejos, demasiado lejos, demasiado lejos.

También es necesario. Winston y el resto de los Constantine invierten mucho en la gestión de la reputación. En la construcción de una narrativa que los presenta como los gobernantes benévolos de Bishop's Landing y a mi familia con el conveniente papel malvado.

Lo que Caroline hizo va en contra de cada historia que los Constantine cuentan sobre sí mismos. Tendrá que verlo para creerlo.

Le doy la vuelta al teléfono y lo pongo en el centro del escritorio de Winston. Me mira por encima, con los ojos entrecerrados.

—De eso se trata.

Coge el teléfono con cautela y mira la imagen en la pantalla.

—¿Qué coño es esto? —dice, con la voz neutra.

No respondo. No voy a describir lo que va a ver. No estoy seguro de poder hacerlo.

Winston pulsa el botón de reproducir y su pulgar busca un botón para asegurarse de que el volumen está bajo. Ya lo está.

Una parte de mi mente se desconecta y se va a otra parte mientras Winston mira. Sé lo que hay en cada uno de los vídeos. Están tomados desde el punto de vista de mi mochila del colegio, apoyada en una silla.

Podrá verme a mí y a la cama. Durante los primeros veinte segundos, eso es todo lo que hay.

—Leo, dime qué coño estoy viendo.

A los veintiún segundos, Caroline entra en escena. La cara de Winston palidece. Sus dientes se traban. Quiere apagarlo. Su muñeca se mueve como si fuera a dejar el teléfono, pero sigue mirando. A los cuarenta segundos, estoy de espaldas en la cama, con Caroline encima. El sexo siempre fue así.

Son los noventa y dos segundos más largos de mi vida.

Cuando termina, Winston me mira, con mi teléfono en las manos.

—¿Hay más? —Su inflexión se mantiene firme. Permanece plana. Ya debe saber que hay más. Sus ojos brillan con una emoción que no puedo nombrar, pero su expresión sigue siendo estoica.

—Pasa el dedo y averígualo.

Lo hace y clava el pulgar en el centro para que se reproduzca.

El mismo ángulo. El mismo día. Una escena diferente. Caroline con un látigo en la mano. Aparecen ronchas en la espalda. Las ronchas se convierten en cortes, que se convierten en chorros de sangre. Hacia el final de este video, llega un momento en que ella piensa que podría haberme matado. He dejado de moverme. De responder a los golpes. Caroline frunce los labios. Se ve hermosa, incluso así. Una hermosa serpiente enroscada. Y entonces retira su brazo y abre otra herida.

—¿Cuántos años? —Qué edad tengo en los vídeos, quiere decir. No quiere hacer esta pregunta.

—Catorce.

Winston maldice.

—¿Cuántos hay?

—Tres.

—Ya he visto suficiente. —Ya es demasiado tarde para él. Ha sido demasiado tarde desde que pulsó el botón de reproducir en el primer vídeo. Si me hubiera echado, si hubiera rechazado la reunión, no tendría que saber esto—. ¿Cuánto por mantener esto en silencio?

—Sigue adelante.

Me mira fijamente.

Le devuelvo la mirada.

El último vídeo es objetivamente el peor. Winston aprieta los dientes y pulsa el botón.

Solo he mirado los primeros segundos de este vídeo y los últimos para asegurarme de que está intacto. Nunca veré el resto, salvo en mi memoria.

Salvo cuando no puedo mantenerlo enterrado.

En la historia que cuento sobre ese día, si es que la cuento, dejo fuera esta parte. Esa fue la historia que le conté a Eva. Que Caroline me azotó, y luego me envió a la acera para llegar a casa o morir en el intento. Se acerca a la verdad. Ella me azotó. Y me envió lejos. Omití su nombre, y omití otra parte.

El video muestra lo que pasó después de los azotes. Y antes de que me dejara ir.

En un sentido, el contenido es sustancialmente similar a los otros dos. Está la cama. Estoy yo. Está Caroline.

Incluso está en la misma posición en la que estaba a la mitad del primer video. A horcajadas sobre mí con una expresión imperiosa.

La diferencia es la sangre en las sábanas de las heridas en mi espalda.

Eso, y los gritos detrás de los dientes apretados.

Winston consigue pasar quince segundos antes de soltar el teléfono, ponerse de pie y caminar hacia la ventana. Yo también me levanto. Me meto el teléfono en el bolsillo.

Y espero.

Se necesita tiempo para procesar una escena como la que acabo de mostrar a Winston. Todo mi pecho es un campo de minas. Va a explotar. Verle ver esos vídeos hizo que se reprodujeran de nuevo, en su totalidad, en mi mente. No importa lo mucho que haya intentado olvidar. Es como llevar un soplete a mi alma. Nunca imaginé que se lo diría a otra persona, y mucho menos a un Constantine. Pero haría cualquier cosa por Haley. Incluso esto.

Winston se gira para mirarme, con las manos en los bolsillos.

—No te importaba ese edificio.

Está hablando de un edificio que compré solo para joderle. Se inventó todo un plan para obligarme a venderlo de nuevo, cosa que, por supuesto, hice. Winston se cree el rey de los bienes raíces de Nueva York. Es una vulnerabilidad fácil de explotar.

—No. No me importaba.

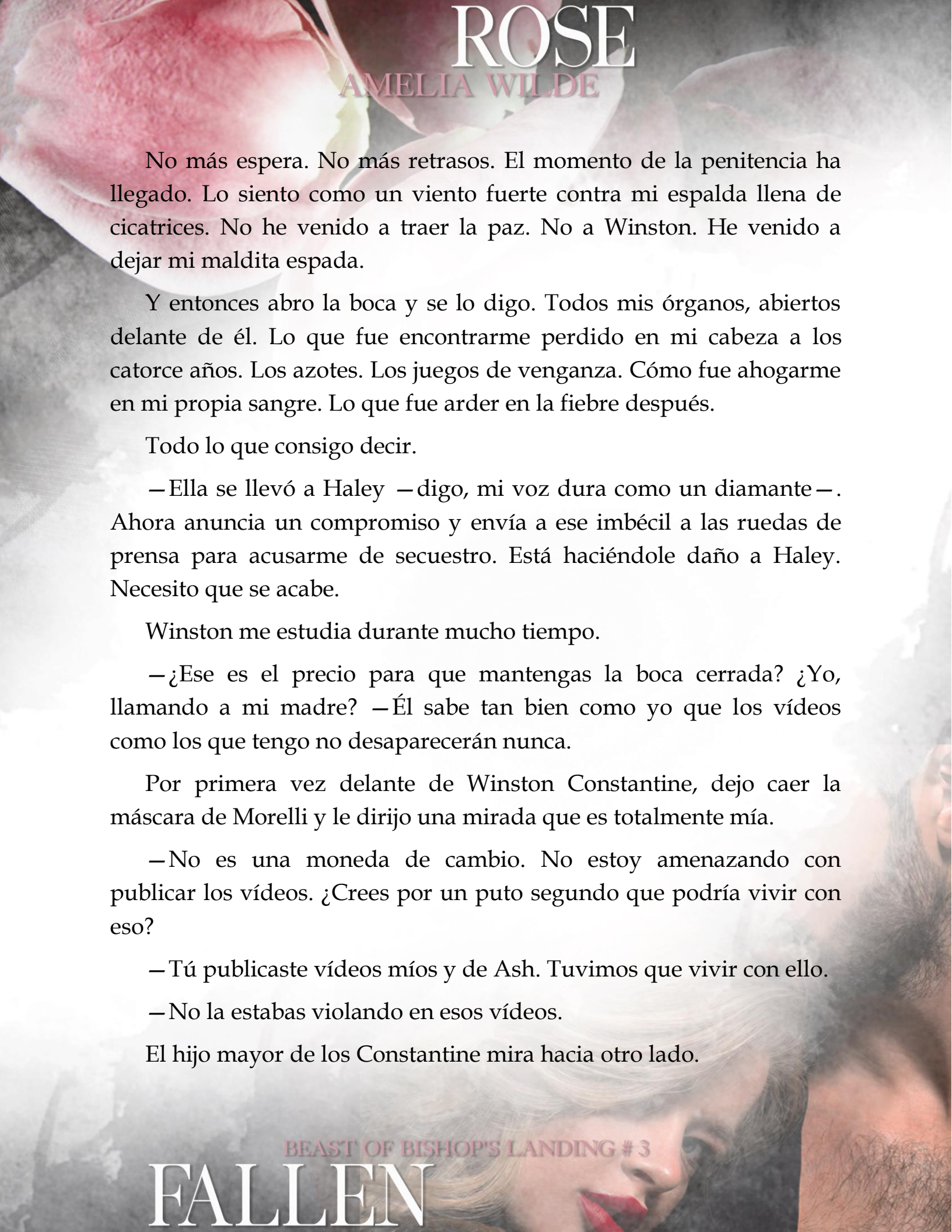
—Y no te importaba Ash.

Ash, su novia. Les causé un poco de problemas al publicar unos videos en Internet. Hice que los quitaran, que los borraran por completo, después de que el juego terminara. Fue una estupidez, pero no me importaba quién saliera perjudicado. En ese entonces, no había conocido a Haley Constantine.

—No.

—Eso fue un maldito mensaje. Para ella. —Se refiere a Caroline—. Para mostrarle lo que puedes hacer.

—Sí.



No más espera. No más retrasos. El momento de la penitencia ha llegado. Lo siento como un viento fuerte contra mi espalda llena de cicatrices. No he venido a traer la paz. No a Winston. He venido a dejar mi maldita espada.

Y entonces abro la boca y se lo digo. Todos mis órganos, abiertos delante de él. Lo que fue encontrarme perdido en mi cabeza a los catorce años. Los azotes. Los juegos de venganza. Cómo fue ahogarme en mi propia sangre. Lo que fue arder en la fiebre después.

Todo lo que consigo decir.

—Ella se llevó a Haley —digo, mi voz dura como un diamante—. Ahora anuncia un compromiso y envía a ese imbécil a las ruedas de prensa para acusarme de secuestro. Está haciéndole daño a Haley. Necesito que se acabe.

Winston me estudia durante mucho tiempo.

—¿Ese es el precio para que mantengas la boca cerrada? ¿Yo, llamando a mi madre? —Él sabe tan bien como yo que los vídeos como los que tengo no desaparecerán nunca.

Por primera vez delante de Winston Constantine, dejo caer la máscara de Morelli y le dirijo una mirada que es totalmente mía.

—No es una moneda de cambio. No estoy amenazando con publicar los vídeos. ¿Crees por un puto segundo que podría vivir con eso?

—Tú publicaste vídeos míos y de Ash. Tuvimos que vivir con ello.

—No la estabas violando en esos vídeos.

El hijo mayor de los Constantine mira hacia otro lado.

—Si no vas a publicarlos, entonces ¿por qué coño me los enseñaste?

—¿Habrías aceptado mi palabra?

—No.

—Por eso.

Winston se lleva una mano a la frente y suelta un fuerte suspiro. Es un cabrón calculador, y ahora tiene que recalcular toda su vida. No espero que cambie su opinión sobre mí, y no me importa si lo hace. Todo lo que me importa es Haley. Todo lo que me importa es darle lo que quiere, que es una vida libre de la mierda de Caroline. Incluso si significa tallar en mi carne y hueso para hacerlo.

—Quieres que esto se termine —dice Winston finalmente—. ¿Significa eso que tú también vas a dejarlo?

Le dirijo a Winston una mirada incrédula.

—Quiero que esto se termine desde que tengo catorce años. No tuve elección en el asunto.

Una larga pausa. Sobrevivo a un doloroso latido tras otro. Sobrevivo a otro viaje por mis recuerdos. Sobrevivo a otra ráfaga de dolor punzante en mi espalda.

—Joder. —Winston respira profundamente y echa una última mirada por la ventana—. No puedo garantizarte nada, pero hablaré con ella. Encontraré una manera. Esto tiene que parar.

—Bien.

No hay nada más que decir. Él no me quiere aquí. No quiero estar aquí. He hecho mi penitencia.

—Leo —dice cuando llego a la puerta. La empujo para abrirla.

Le devuelvo la mirada.

—Lo siento. —Winston está de pie junto a la ventana, con una mirada de genuina preocupación en su rostro. No es por mí. Es por su madre, y su familia, y su reputación. Puede que no se derrumbe si publico estos vídeos, pero quedaría dañada.

—Fue hace mucho tiempo —le digo.

No dice nada más.

Un minuto más y salimos de Halcyon. Thomas cierra la puerta del todoterreno detrás de mí y corre hacia el asiento del conductor. Mantiene la mirada fija en la carretera. Solo yo soy testigo de lo mucho que me tiemblan las manos. No puedo sostener el teléfono.

Ahora que la reunión ha terminado, ahora que estamos lejos de ese maldito edificio, mi cuerpo ha reconocido el tamaño de la amenaza. Una respuesta retardada al revivir lo que hizo Caroline y al acto de mostrárselo a otra persona. Nunca antes lo había hecho. Mis pulmones se contraen y mi corazón prueba los límites de mi caja torácica, buscando una salida. Tengo una fiebre repentina. Subiendo rápidamente.

—Para.

Thomas no duda. Se detiene directamente en la acera. Tengo el tiempo justo para llegar a un callejón antes de caer enfermo al suelo.

Capítulo Veinte

Haley

La casa de leo está en silencio la mañana siguiente a mi fiesta, pero es un buen silencio. La tranquilidad de un espacio que hace muy poco estaba a reventar de alegría. Todo el mundo, excepto Daphne, se fue con los conductores al final de la noche. Me he dado una larga ducha y me he vestido con ropa suave. Estoy dolorida por la fiesta. No sé si es por los tacones, por el baile o por los nervios.

Bajo a buscar a Leo y en su lugar encuentro a Gerard esperando en el vestíbulo.

—Buenos días, Haley. ¿Qué tal la fiesta?

—Fue increíble. —Su postura es tensa. Los ojos de Gerard vuelven a las grandes puertas dobles de Leo—. ¿Está Leo en el comedor?

Normalmente hay tres lugares en los que puedo encontrarlo si no está en el dormitorio cuando me despierto. Su despacho, el estudio o

el comedor. A veces lo encuentro leyendo en la mesa con una taza de café en su casa. El primer día que estuve aquí, lo encontré así. Su plato frente a él, y su libro. Había abandonado el libro para hacer que me quitara toda la ropa y me corriera en sus dedos. Me dije a mí misma que era horrible, y cruel, y humillante, pero en realidad se había acabado para mí. Nunca iba a ser la misma después de eso. Nunca iba a querer a nadie más. Solo que aún no lo sabía.

—No. Estará llegando de vuelta en casa en unos cinco minutos.

—¿De vuelta en casa? ¿Dónde ha ido? —La preocupación me aprieta el estómago en un puño. Leo no ha dicho nada de irse. La última vez que me invitó a dar un paseo, resultó estar muy, muy enfermo—. ¿Está todo bien?

—Tenía una reunión en la ciudad. Todo es seguro. No hemos tenido problemas en el terreno.

Seguro no es lo mismo que *bien.*

Voy al comedor a esperarle.

El espacio se ha transformado de nuevo a su disposición habitual. Lo único que queda de mi fiesta son las colgaduras doradas del techo. Hizo esa noche perfecta para mí, y luego se fue a la ciudad sin decírmelo. No sé si estar cabreada, asustada o ambas cosas. La casa parece una caverna sin él. Se siente como un globo reventado. Alguien ha vuelto a poner su libro sobre la mesa. Es un libro de bolsillo maltratado. Lo reconozco. Es una historia sobre la construcción de una catedral.

Voces en el vestíbulo. Pasos en el vestíbulo. Y Leo aparece en la puerta.

He entrado en la habitación muchas veces mientras él está a contraluz por la ventana. Tiene el perfil más recortado, el más bello que he visto nunca. La luz siempre se fija en los planos de él, proyectando sombras que me dejan sin aliento.

Es una vista diferente desde su asiento. El primer día que entré en esta sala, casi dejé de respirar al ver la luz del sol en sus pómulos. Me habría visto, iluminada con un suave resplandor. Ahora está de pie en él. Lo que no sabía ese día era cómo lo mostraba todo. Es el tipo de luz que hace imposible esconderse.

Esta es su casa. Eligió que lo viera así. Con su prístina ropa negra. Fueron hechas para él. Para resaltar su cuerpo, sí. Para mostrar el músculo puro y duro de su alta estructura y sus perfectos muslos y fuertes hombros. Pero también fueron hechas para protegerlo del mayor dolor posible.

No creo que esté funcionando.

Está agotado, sus ojos oscuros atormentados. Leo se yergue cuando su dolor es fuerte. Sin embargo, hay otro nivel más allá de eso. Lo hay. No lo ha admitido en voz alta, pero puedo decir al mirarlo que ya casi estamos allí. Una presión en mi pecho se expande. Quiero respuestas. No quiero pedirlas. No porque tenga miedo de las respuestas, sino porque no quiero hacerle daño. No más de lo que ya lo ha hecho este encuentro.

Leo me mira durante mucho, mucho tiempo. Hasta que puedo sentir que se esfuerza. Hasta que el silencio parece más pesado a cada segundo. Sus ojos se dirigen a su libro y luego vuelven a mirarme.

—¿Estás lista para desayunar?

—¿Y tú?

Sus manos se levantan y se cubre la cara. Las pasa por encima de sus ojos y hacia abajo. Se acaba en una fracción de segundo y probablemente no sea nada. Excepto que no es un gesto que haga Leo. No es algo que le haya visto hacer nunca. Y no con las manos temblorosas.

—No tengo hambre.

—¿Y si simplemente...? —Cruzo la habitación y le cojo la mano. Leo aprieta la mía y se la lleva a la boca. Roza con sus dientes mis nudillos—. A veces, si tenía un día de mierda, mi hermana me mandaba arriba para empezar de nuevo. Así que me metía en la cama, me echaba una siesta y me despertaba de nuevo, y entonces era mejor. O al menos soportable.

Deja escapar un suspiro.

—Soy jodidamente terrible durmiendo la siesta.

—Entonces no durmamos la siesta.

Leo me empuja contra el marco de la puerta. Baja la cabeza y me besa la mandíbula, me besa el cuello, me besa la boca. Me pone las dos manos en la cara y el temblor desaparece. Como si yo fuera lo único sólido en la habitación. En su vida. Él se siente como lo único sólido en la mía.

—Arriba —dice contra mi piel, y luego me levanta y me lleva allí él mismo.

El día pasa. La noche. La mañana siguiente. Leo no me habla de su reunión, y yo no le pregunto, pero sé que está pensando en ello. Le sorprendo varias veces mirando a la nada. Voy hacia él cada vez. No puedo resistirlo. Me lo dirá cuando sea el momento, cuando pueda, pero hasta entonces...

Hasta entonces, puedo besar su mejilla. Arrastrar mis uñas por su nuca y hacer que se estremezca. Suplicarle que me lleve a la cama.

Es de noche, y he estado leyendo en el estudio. Daphne está sentada en la silla de enfrente, con las piernas sobre el brazo de la silla, mirando al techo mientras discute con Leo sobre su habitación.

—Solo quiero que tengas una opinión al respecto.

—No tengo ninguna opinión sobre tu mural, Daphne. —Está de pie junto a la ventana, mirando hacia fuera.

—Va a estar en una pared de tu casa. Al menos podrías decir si quieres una escena de bosque o de océano.

—Tú solo pintas océanos.

—Tal vez quiera pintar un bosque.

—Entonces pinta un bosque.

Daphne da un suspiro dramático y se levanta de la silla. Se acerca y se pone de puntillas para rozar un beso en la mejilla de Leo, y luego se aleja.

—No hemos terminado con esta discusión —advierte con una mirada. Él rueda los ojos.

—Vete a la cama.

—Vete tú a la cama —dice Daphne, y luego se va.

Estoy a punto de hacer una broma que no es realmente una broma sobre ir a la cama cuando Leo saca su teléfono del bolsillo. Echa un vistazo a la pantalla, y entonces toda la tranquilidad de la noche se rompe. El teléfono de Leo cae al suelo, olvidado. Atraviesa la habitación a grandes zancadas hasta la chimenea y abre un panel en la pared sobre ella para revelar un televisor completamente nuevo y rodeado de pintura fresca.

—No sabía que tenías... —El resto de la frase no llega a salir al aire.

Porque mi padre está en las noticias. En la televisión.

Mi manta se acumula en el suelo, resbalando por las piernas entumecidas. El televisor está parcialmente bloqueado por el hombro de Leo hasta que estoy a su lado. Tan cerca. Demasiado cerca. Alargo la mano para tocar la pantalla antes de saber lo que estoy haciendo.

—Parece… —Parece tan viejo. Tan asustado. Tan cansado. Mi padre se ve desdibujado por las luces brillantes de las cámaras, su cara está pálida y el sudor se le acumula en la línea del cabello. El podio frente a él es demasiado alto—. Oh, Jesús. —No está solo. Caroline está a su lado, con su brazo entrelazado con el de él. Se supone que debe parecer que ella lo estabiliza, pero apuesto a que no lo hace, apuesto a que lo está manteniendo ahí. Obligándole a hacer esto.

Leo pulsa otro botón en la parte inferior del televisor, y puedo oírlo.

Puedo oír a mi padre.

—…su prometido ya ha hablado contigo, pero no es suficiente. No ha sido suficiente. Te lo pido... te lo pido como padre. —Su voz es inestable. Temblorosa. Se levanta la manga para secarse la frente—. Por favor, devuelve a mi hija a su familia. Todos estamos muy preocupados. Necesitamos a Haley en nuestras vidas. Nuestra Haley. Está a punto de graduarse en la universidad el próximo semestre. Toda su vida está por delante. Todo lo que siempre quiso...

Se lleva una mano al pecho, con los dedos cerrados en un puño. Puedo sentirlo en mi propio pecho, como una marca, quemando mi corazón. La piel de gallina baja por mis hombros hasta las uñas. Sueño con la muerte de Leo casi siempre que me duermo. Esto es una pesadilla en la vida real. Una cosa era que Rick colaborara con Caroline, que aceptara dar una rueda de prensa, que mintiera. Otra es que asuste así a mi padre. Pensé que Cash le diría que estaba bien después de la fiesta. Y quizás lo hizo. Pero Caroline obviamente le dijo algo más.

Ha estado asintiendo a todo lo que dice mi padre. Caroline asiente de nuevo, pero está asintiendo en silencio. No puedo dejar de mirar a mi padre. Hace una mueca de dolor.

—Todo lo que ella quería… —Se aclara la garganta.

—Papá —digo, y sé que es una tontería, sé que no puede oírme. Lo sé. El puño en su pecho se extiende y un horror igual toma vuelo en mi corazón—. Algo está pasando. Leo. Algo le está pasando a mi padre. —Me agarro a su brazo y lo sostengo con fuerza.

—Haley —dice mi padre. Su cara se contorsiona. Creo que podría sollozar, o suplicar, pero no lo hace.

Se desploma sobre el podio, con la mano agarrando su corazón.

Es un caos en la pantalla. Alguien entra corriendo desde un lado y Caroline se inclina sobre él. Me lanzo hacia el televisor y le pongo las dos manos encima antes de que la imagen se corte y sea sustituida por el estudio de noticias.

—Oh, Dios mío. —Suelto a Leo y me abalanzo sobre el sofá. Por mi teléfono—. Oh, Dios mío. Creo que acaba de morir en la televisión. Creo que acaba de morir. Creo que acaba de tener un ataque al corazón y ha muerto en la televisión. —Mi cara está adormecida. Mi corazón está entumecido, o me duele tanto que no puedo sentirlo. No sé a quién llamar. La pantalla del teléfono se agita frente a mí.

—Ayuda. Ayuda. —Vuelvo a acercarme a Leo—. Por favor. No sé a quién llamar.

—Todo fue para nada.

—¿Qué? —Intento empujar el teléfono entre mis manos—. ¿De qué estás hablando?

Se gira, y toda la preocupación, toda la incertidumbre de los últimos días, ha desaparecido de su expresión. Se parece al hombre que conocí en la calle hace una vida. El hombre mezquino y devastador que se deleitaba con mi miedo. La bestia.

Leo me mira como si fuera una extraña. Se fija en mi cara. Mi ropa. Mis lágrimas. Y luego sacude la cabeza, como si me hubiera pasado de la raya en una de sus reuniones de negocios.

—Esto se ha terminado.

Me quedo con la boca abierta. No puedo cerrarla.

—Solo… solo necesito saber a quién llamar.

—Puedes llamar a quien quieras desde el coche, pero te vas. Se acabó.

—Leo, ¿qué...? —Me está matando. Sus ojos están tan vacíos, tan desprovistos de calidez, que podrían congelarme en un parpadeo—. ¿Qué coche?

Se aleja de mí. Gira sobre sus talones y se va. Recoge su teléfono del suelo. Marca un número y se lo pone en la oreja.

—El abrigo de Haley y un coche en la entrada —dice—. Ahora.

—No.

—Es hora de irse —dice.

Me doy la vuelta y corro. No está haciendo esto. Está enfermo, o está molesto, o tiene dolor. No está haciendo esto. Me atrincheraré en la primera habitación que encuentre. Le haré entender.

O correré de cabeza hacia Gerard, que me entretiene lo suficiente para que Leo me atrape.

Lucho contra él.

Lucho contra él con todo lo que tengo. Con los puños y los pies y todo mi peso.

Lucho contra él y pierdo. Leo me lleva a las puertas delanteras como si fuera una muñeca o un mueble desechado. Me tiende un brazo para que Gerard me ponga el abrigo. El abrigo rosa que me compró. Tiro del brazo hacia atrás, luchando y luchando.

—Hace un frío de cojones —me suelta Leo.

—Entonces no me mandes fuera. Leo. Para. —Me pone el abrigo por detrás, y por mucho que tire, no puedo detenerlo. Está sobre mis dos brazos—. Quiero quedarme contigo.

—No debes estar aquí. —Gerard abre la puerta, con los ojos insoportablemente tristes, y se queda parado mientras Leo me saca al frío. Al coche que me está esperando.

El conductor abre la puerta. Leo trata de meterme en el asiento trasero, pero yo lanzo los dos brazos y me agarro al marco con las dos manos.

—Para —le grito—. ¿Qué estás haciendo?

—Te estoy enviando a casa, donde debes estar. —Ahora no hay una mirada vacía en sus ojos. Es fuego y rabia, calor y dolor—. No te quiero aquí conmigo. Eres una complicación. Un lastre.

—Me necesitas aquí. Y yo te necesito. Te estoy eligiendo a ti. Puedo quedarme aquí contigo. Solo quería llamar para saber si está vivo.

—Vas a hacer algo mejor que eso, cariño. Vas a ir a verlo. Lo llevarán a un hospital. Gerard averiguará cuál, y Thomas tendrá esa información antes de que lleguen a la autopista.

Saco una mano del coche y meto el puño en su camisa.

—Voy a volver contigo. No me importa lo que digas. Te quiero a ti. Te elijo a ti. Te amo, Leo. Por favor, no hagas esto.

Sus ojos se detienen en mis labios y la esperanza desgarra el aire, mis pulmones.

Leo aparta mi mano de su camisa y me empuja hacia el todoterreno. Atrapa mi cara con sus manos.

—Eres una Constantine. —Prácticamente escupe el nombre. Suena tan feo cuando lo dice así—. Y eres dulce. Fue divertido jugar contigo, como con el resto de ellos, pero no vales mi vida.

—No lo dices en serio. No. —Es medio sollozo, medio grito, como si al hacerlo más fuerte pudiera llegar a él. Agarro su muñeca. Su mano. Mi corazón no late. Cuelga en pedazos—. Por favor. No hagas esto. Por favor, deja que me quede.

Me da una palmadita en la mejilla, sarcástica y malvada.

—Ya hemos terminado, Haley. Terminamos. No vuelvas.

Capítulo Veintiuno

Haley

El hospital público a las afueras de Bishop's Landing es un lugar raído. No es como el ala del hospital brillante donde fue Leo cuando le dispararon. Donde yo fui. Este lugar es todo luces fluorescentes y azulejos amarillentos y el fuerte olor a desinfectante. Me veo ridícula con mi abrigo rosa. Me siento peor que ridícula. Me siento como si tuviera un gigantesco agujero sangriento en el pecho que todo el mundo puede ver y nadie puede arreglar.

—Por aquí —dice la enfermera que me lleva a ver a mi padre—. Está en la habitación número nueve. Vamos a vigilarlo muy de cerca durante toda la noche. La cirugía será a primera hora de la mañana.

—Está… —*Odio esto. Odio esto*—. ¿Está despierto? ¿Está hablando?

La enfermera pone una mano compasiva en mi brazo.

—Está agitado, pero habla. El hombre acaba de sobrevivir a un ataque al corazón. Tendrá que tomarse las cosas con calma.

No sé qué significa eso, pero no tengo la oportunidad de preguntar, porque estamos aquí.

Mi padre está metido en una estrecha cama de hospital, con las barandillas levantadas a un lado y una lámpara encendida detrás de él. No tiene mejor aspecto que en la televisión. Su cara está descolorida y húmeda y parece tan pequeño. Tan indefenso. Sus ojos se dirigen a mí en cuanto entro en la habitación.

—Haley —dice—. Cariño.

Levanta los brazos hacia mí. Me dejo caer en su cama y le devuelvo el abrazo como si fuera de cristal. Es mucho más viejo ahora que antes. Tiene muchas más canas en el cabello. Antes no le prestaba mucha atención. El cambio fue gradual, y estábamos ocupados, y él estaba felizmente consumido en su trabajo. No éramos ricos. Nunca fuimos esa clase de Constantine. Pero la vida era simple.

—Hola, papá.

Su suspiro suena apagado.

—Lo siento mucho, cariño. Siento que hayas tenido que ver eso. —Una risa cansada—. No era mi intención tener un ataque al corazón en medio de mi discurso.

—Papá… —Me permito escuchar su corazón durante unos cuantos latidos más, y luego me siento para poder verlo—. ¿Por qué estabas haciendo eso? ¿De verdad creías que me habían secuestrado? Te dije que estaba bien.

Las comisuras de su boca tiemblan.

—No pensé que te habían secuestrado. Escuché lo que dijiste. Y Cash dijo que estabas bien.

—¿Entonces por qué?

—Caroline vino. —Sus ojos se nublan—. Sabes que mi mente está siempre en mi trabajo. Es difícil evitar que divague. Hay tanto que hacer, y ahora que has crecido, no tengo que preocuparme. No tanto, al menos. Pero ella dijo tantas cosas, Haley. Tenía mucho que decir sobre ti, y sobre Leo, y sobre mi trabajo. Dijo… —Su frente se arruga—. Dijo que, si hacía este discurso, podría tenerte de vuelta. Mi trabajo estaría protegido. Había más cámaras de las que esperaba. No me sentía bien.

Le toco la mejilla y mi padre cierra los ojos.

—Caroline hizo imposible rechazar ese discurso. Pero todo lo que dije fue real. Incluso si ella me obligó a decirlo. Quiero que vuelvas a casa. Quiero que estés a salvo y seas feliz. Quiero… —Vuelve a cerrar los ojos—. Solo quiero que estés donde pueda verte. Sé que pronto estarás en el mundo, pero no tiene por qué… —Sus cejas se levantan como si tratara de mantenerse despierto, pero no me mira—. Todavía no. Todavía no.

La respiración de mi padre se estabiliza.

Me bajo de la cama y me acurruco en una silla de plástico duro que hay cerca.

—¿Señorita Constantine?

—¿Sí? —Observo cómo el pecho de mi padre sube y baja bajo la bata de hospital y la sábana rasposa.

—¿Podríamos hablar en el pasillo?

—Por supuesto. —Dejo mi abrigo en la silla y la sigo fuera. Es una enfermera diferente a la de antes. Una con bata verde y un portapapeles. Tiene el cabello oscuro y ojos amables.

—Quería hablar con usted sobre la situación de su padre. El médico puede repasar las cosas con usted con más detalle en una o dos horas, pero me gusta que la gente se oriente.

No voy a tener mi orientación durante mucho tiempo. Tal vez para siempre. Me siento perpetuamente desequilibrada, como si mi cabeza oscilara fuertemente hacia las paredes, una dirección diferente cada vez que muevo los ojos. Mi corazón sigue buscando a Leo. No está aquí, y no va a estar. No puedo volver.

Y no puedo pensar en eso ahora.

—Gracias —le digo a la enfermera.

—De nada. —Me da unas palmaditas en el codo y pasa la página de su cuaderno—. Su padre ha sufrido un infarto importante que afecta al menos dos arterias. El cirujano podrá informarle más sobre el procedimiento por la mañana, pero por esta noche nos centraremos en mantenerlo estable. El suceso le ha restado mucha fuerza, así que después de la operación necesitará mucha ayuda para recuperarse. Los primeros pasos son estabilizar su condición para la cirugía. Tenemos todas las firmas que necesitamos para seguir adelante con eso, pero no podemos ayudarle con la financiación de los cuidados en casa.

—¿Firmas? —Mi cerebro se bloquea con esa palabra. Mi padre es una persona.

Ella pasa otra página y la escanea.

—Tu padre está actualmente en un vacío en la cobertura de su seguro. Existe la posibilidad de que solicite el reembolso a posteriori, pero la administración del hospital no nos dejará seguir adelante con la operación sin un acuerdo de financiación. Es una suerte que su hermana estuviera aquí cuando llegó.

—Era mi tía. Es su cuñada.

—Es una buena. —La enfermera sacude la cabeza, sus ojos se vuelven amplios y comprensivos—. Hay que hacer algunos arreglos con el papeleo, y tenemos que comprobar su aprobación en varios puntos a lo largo del camino, pero la cirugía y el cuidado de tu padre aquí serán pagados. —Se inclina y estudia mi cara—. ¿Está usted bien, señorita Constantine?

—Estoy… —Muriendo. Me estoy muriendo—. Debería llamar a mis hermanos. ¿Hay algo más que deba saber?

—No por ahora. Ve a hacer tus llamadas.

Otra silla de plástico espera frente a la puerta de la habitación de hospital de mi padre. Me inclino para ver cómo está antes de llamar a Petra.

Está dormido, pero es un sueño inquieto. Tiene la mano en el pecho. De vez en cuando, se levanta y vuelve a bajar. No puedo mirar durante mucho tiempo, porque si no lloraría, y tengo que aguantar.

Me hundo en el plástico rígido y marco el número de Petra con la mano sobre los ojos. Ella contesta al primer timbre.

—Hola, Hales. ¿Qué pasa?

—Hola, escucha.

Es todo lo que consigo antes de que los sollozos se apoderen de mí. Cuanto más trato de mantenerlos en silencio, peor suenan. Petra hace un montón de ruidos tranquilizadores a través del teléfono, pero me doy cuenta de que está asustada. Yo también lo estaría. Me siento como si estuviera tragando cristales rotos, pero lo hago hasta que puedo hablar.

—Entonces. —Me paso la manga por los ojos—. Papá tuvo un infarto.

A Petra se le cae su teléfono. Se golpea contra la encimera de la cocina y hay un sonido estático cuando lo coge de nuevo.

—¿Está bien?

—No, tuvo un infarto. No está muerto, pero está en el hospital. Estoy aquí con él.

—Estoy en camino.

—Petra, no. No… no vengas aquí. Es tarde en la noche, y no hay ningún lugar para sentarse. Está dormido de todos modos.

—¿Qué han dicho los médicos?

—Todavía no he hablado con ellos. Pero la enfermera ha dicho que ha sido un infarto grave. Lo van a operar por la mañana. Creo que va a estar aquí por un tiempo, y luego... alguien va a tener que estar en casa con él. Para ayudarlo. Está muy débil.

—Debería ser yo quien hiciera eso.

—Estás casada. Tienes una vida; y Cash tiene que ir a clase. Yo soy la única que tiene tiempo. Puedo... puedo aplazar el último semestre de la universidad y graduarme el próximo invierno.

—Espera, espera, espera. —La veo pasearse por su cocina. Petra solía hacer lo mismo cuando éramos más jóvenes. Pasearse por cualquier espacio disponible—. ¿Qué estás diciendo? Pensé que te quedabas con Leo Morelli. Dijiste que querías estar allí.

—Sí que quiero estar allí. —Quiero no llorar más en este pasillo. Quiero que esta terrible noche se desenvuelva por sí sola hasta que esté de vuelta en el estudio con Leo. Quiero que mi padre le diga que no a Caroline, y que no sea tan horrible.

—Pues iré y me haré cargo —dice Petra con brío—. Soy la mayor y estoy más preparada para…

—Ya estoy aquí. —Mi hermana se queda en silencio—. Y las cosas han terminado con Leo. No tengo ningún otro sitio al que ir.

—Hales... ¿estás segura? No pareces... no sé. Tal vez no sé de qué diablos estoy hablando. ¿Estás segura de que no fue algún tipo de malentendido?

Fue divertido jugar contigo, como con el resto de ellos, pero no vales mi vida.

—Estoy segura.

—¿Y no hay posibilidad de que lo hables con él?

—Petra, ¿de verdad estás intentando convencerme de que me reconcilie con Leo Morelli?

—Sí. —Su voz tiene un encogimiento de hombros impotente escrito por todas partes—. Nunca habías sonado tan triste. Y no dices cosas que no sientes. Así que tengo que pensar que lo decías en serio cuando me dijiste que querías estar con él.

—Estoy triste porque papá tuvo un infarto.

La verdad. Solo que no la verdad completa.

—¿Fue él o tú? —Petra pregunta.

Te quiero a ti. Te elijo a ti. Te amo.

—Él.

—Entonces no querías irte.

—No importa lo que yo quiera. —Me enderezo en mi asiento—. Lo que importa es que alguien tiene que estar aquí para papá. Yo tengo que estar aquí para papá. Los mantendré informados a ti y a Cash, obviamente, pero es mejor para todos que sea uno de nosotros.

—Haley...

—Me tengo que ir. El médico viene a verme. Te enviaré un mensaje después, ¿vale?

—De acuerdo, pero...

Le cuelgo. No se siente bien, pero se siente mejor que escuchar a mi hermana mayor hablar de esto. Ella renunció al hombre que amaba para obedecer a Caroline Constantine. No entendería mi dilema. Vuelvo a apoyar la cabeza en el muro de hormigón del hospital. Está pintado de un monótono color arena que me pone vagamente enferma. Una franja blanca recorre el centro de la pared. Este lugar



necesita desesperadamente una persona como Daphne. Prefiero mirar el océano. Prefiero dejar que las olas me traguen entera.

Capítulo Veintidós

Leo

La he perdido.

La he perdido.

La he perdido.

Es el único pensamiento que ronda mi mente mientras las nubes cubren las estrellas y la luna se pone. Mientras el débil sol de invierno se levanta sobre la nieve fresca. Mientras le digo a Daphne que Haley se ha ido y que no volverá. Mientras observo su expresión de sorpresa con un reconocimiento indiferente. ¿Por qué está sorprendida? Así es como tiene que ser. El sol alcanza su punto máximo y cae bajo el horizonte.

La he perdido.

Es irritante por su inexactitud. No perdí a Haley. La envié lejos. Con mis propias manos. Ella luchó. Gritó. Lloró. La metí en el

todoterreno de todos modos y la envié con su padre. Lo hice porque tenía que hacerlo. Estábamos al final de la línea. Ella tocó la cara de su padre en la pantalla del televisor y supe, *supe*, que eso era todo. Eso es todo lo que podía ofrecerle. Winston no estaba convencido, o no podía convencer a Caroline. De cualquier manera. Haley no puede vivir así. Nunca seré un reemplazo para su familia. Ella los ama. Ellos la aman. La gente como Haley pertenece a sus familias.

El final de la línea. Ahora lo he superado.

La señora Page viene a mi oficina el segundo día con un sándwich.

Lo intenta de nuevo el tercer día con un plato de mi sopa favorita.

Al cuarto día, está desesperada. La taza de té tiembla en sus manos.

—Tiene leche y azúcar —dice—. Tiene que tomar algo si no está comiendo, señor Morelli.

—Tampoco estoy durmiendo. ¿Hay algo más que quiera saber?

Deja el té sobre mi mesa. Se enfría y, al cabo de unas horas, vuelve a desaparecer.

No dejo de comer para fastidiar a la señora Page. Simplemente, ya no parece valer la pena. Dormir sería una escapatoria, pero no está a mi alcance. Nunca he estado tanto tiempo en la cima de mi dolor. Empezó cuando vi a Haley perder la cabeza por el infarto de su padre y no ha cesado. No hace distinción entre mi espalda y el resto de mi cuerpo. Mi cabeza palpita y arde. Mis huesos son fragmentos rotos. Mis nervios son cuerdas de piano que cortan la carne.

Durante estos cuatro días, me siento en las reuniones como un maldito cadáver. No escucho nada de lo que dicen. Envío correos electrónicos que no recuerdo haber enviado. Mi negocio funciona en piloto automático. Daphne asoma la cabeza en mi despacho cada tarde y me habla con ojos preocupados. Está pintando una pared en su suite. Está pintando el océano. Está pintando un bosque submarino. *¿Estás bien? Estoy bien. Estoy ocupado. Estoy trabajando. Vuelve a tu pintura, Daphne.*

No estoy bien.

Soy un pilar de llamas. Una catedral incendiada. La ceniza que quema a la ceniza. Duele demasiado para soportarlo. El dolor arranca mi mente y la arroja a la pira de mi alma. Dante habría saltado al vidrio hirviendo para escapar del calor del purgatorio. Pero se le prometió el paraíso. No hay tal promesa para mí. La tuve en mis manos y la dejé ir.

La cuarta noche asisto a una última y desesperada misa en St. Thomas. Me paso todo el rato de pie, agarrado al respaldo de un banco. Estar sentado me supera. Arrodillarme me supera. Cuando me acerco al altar para comulgar, el padre Simón me pregunta si debería llamar a una ambulancia.

Por supuesto que no. ¿Qué harían ellos? ¿Traerla de vuelta a mí?

Son más de la una cuando regreso y subo las escaleras. He estado evitando mi dormitorio y mi biblioteca privada porque los libros de Haley están allí. Pensé que me ahorraría más dolor, pero ha ocurrido lo contrario. Desde esta mañana he empezado a alucinar con ella.

No voy a la biblioteca. Voy al botiquín de mi baño. Si mi mente ya está en cortocircuito, que lo está, también podría apoyarme en ella.

Hay un frasco en el botiquín. Cada seis meses lo sacan y lo sustituyen por uno nuevo. Sospecho de Gerard, o de la señora Page. Sospecho que están aliados con Eva. En dieciocho años, nunca he abierto uno de los botes.

El padre Simón me dijo una vez que rechazar los analgésicos no es una penitencia que se me exija, pero no es por eso que lo hago. La penitencia es la menor de las razones. Cuando Eva me trajo a casa desde el hospital hace tantos años, me acompañaron siete pastillas en mi bolsa. Tomar la primera fue suficiente para saber que no sería una opción. No para mí. No si quería estar lo suficientemente alerta para proteger a mis hermanos de mi padre, y para proteger mi secreto de mis hermanos. La cantidad que se necesita para tocar el dolor es suficiente para dejarme inconsciente. Me dije a mí mismo que un día estaría en condiciones de tomarlas.

Nunca ha sido cierto. Los años han añadido más responsabilidades. Más amenazas. Y una reputación que hace más necesario que nunca no ofrecer esa clase de debilidad a mis enemigos. Nunca me perdonaría si se me escapara algo, si dejara pasar el peligro porque no pudiera soportar el dolor.

Me desperté de esa primera y única píldora con un sudor frío. Me había dejado indefenso, había dejado indefensos a mis hermanos y me había robado la capacidad de saber cuándo llegaba nuestro padre a casa. El miedo atenazador desencadenó una nueva ronda de dolor.

Han sido dieciocho largos años.

Saco el bote del armario y la agito. Está lleno. Un mes de pastillas por lo menos.

Suficiente.

En mi despacho, una botella de whisky me espera en el cajón del escritorio. No me gusta especialmente el whisky. Lucian me lo dio como una broma. Arde al bajar, pero mi hermano tenía razón. Es una broma. Una maldita broma. Se me sube a la cabeza pero no toca el dolor. Puedo ver a Haley por el rabillo del ojo. No toda ella, solo un destello de cabello rubio y el brillo del sol en sus ojos azules. Si la miro directamente, desaparece. Lo convierto en un juego. Beber. Buscar su silueta. Beber un poco más. Considero el pisapapeles de cristal en mi escritorio. Bebo. El pisapapeles tiene forma de rosa. Daphne me lo regaló cuando tenía doce años. Estaba muy orgullosa de él. El whisky pierde su ardor y su sabor.

Nunca volveré a ver a Haley. Se quedará con su padre, y le ayudará a recuperarse de su infarto, y no podrá irse. No querrá irse. Se dará cuenta de que es donde se supone que debe estar. Una buena hija. Una buena hermana. No mía. Nunca mía. Dios. Joder. Duele. ¿Me hace un cobarde abrir las píldoras y sacar una? ¿Me hace un cobarde tomar una? ¿Y dos? ¿Tres?

Abandono los dos frascos y saco mi teléfono. Tengo una pregunta para una persona con la que hablé una vez. Tengo una maldita pregunta. ¿Me convierte en un cobarde el no haber podido preguntarle antes? Ahora estoy bastante borracho. Lo suficientemente borracho como para que sea difícil buscar el número en mi registro de llamadas. La conciencia empieza a jugar al escondite entre los timbres.

—No tengo nada que quieras, Leo. Tienes tu libro. ¿Le ha gustado? —La voz más fría que he escuchado atraviesa mi borrachera. Más fría que la voz de Lucian. Más fría que la nieve. Más fría que el vacío de mi vida sin Haley.

—Ella lloró al verlo.

Un silencio. Odio los silencios de Hades. Qué imbécil.

—Has estado bebiendo.

—He estado muriendo.

—¿En qué sentido?

—En todos. Y estoy sin nadie que me dé la extremaunción.

—Si lo que buscas es un cura...

—No. No. Quería una respuesta. —Ah, ahí está ella. Cada vez más claro. ¿Alucinación o sueño? Me quedo con cualquiera de las dos.

—Requeriré la pregunta primero. —En el fondo, una puerta se cierra. ¿También está en su oficina? ¿O en algún lugar con su esposa? No tengo esposa. No tengo a Haley.

—Eres tan jodidamente exigente.

—Lo dice el hombre que me ha llamado en mitad de la noche. Pregunta.

—Dijiste que conocías el dolor. —Haley desaparece de nuevo—. ¿De qué tipo es?

—Es un dolor nervioso relacionado con una sensibilidad genética a la luz. Mi historia pasada empeoró la condición.

—¿Tienes dolores de cabeza o algo así?

—Tengo convulsiones. Precedidos por un dolor que describiría como insoportable. Es el bucle de retroalimentación del dolor lo que provoca los episodios. Esto no es lo que quieres saber. Haz la pregunta.

—No puedes ser un terror despiadado si tienes… —Un hipo me interrumpe—. Si tienes convulsiones. Eso te haría débil.

Hades se ríe, el sonido gélido y oscuro, el tono una ilustración vívida de *jódeme y averígualo.*

—Tal vez. Aunque ha tenido poco o ningún efecto en mi reputación.

—¿Cómo?

—Nadie en el mundo exterior lo sabe. En lo que a ellos respecta, soy, ¿cómo lo has dicho? Un idiota con ojos extraños.

—Lo sé. Me lo acabas de decir.

—Estás borracho. Y suenas como si hubieras tomado pastillas.

—Solo unas pocas. Pero no puedo tomarlas normalmente. Solo en ocasiones especiales.

—¿Cuál es la ocasión esta noche?

—He perdido a Haley. La envié fuera de mi casa para salvarla. No la volveré a ver. Y aunque ocurriera un puto milagro, aunque volviera a mí, no tengo nada que darle. —Reprimo una risa amarga y desquiciada—. Moriré así. O moriré de dolor, o seré un puto cobarde y moriré de un golpe mientras estoy incapacitado por los analgésicos. Tengo demasiados enemigos para arriesgarme. —La oscuridad se acerca. Haley roza con las yemas de sus dedos mi mejilla—.

¿Encontraste una forma de vivir con ello? ¿Encontraste algún secreto? ¿O simplemente esperas a morir? Eso es lo que quiero saber.

—Un secreto por un secreto. ¿Qué te pasó hace dieciocho años?

Que Dios me ayude. Se lo digo. Se lo digo de una puta vez, deslizándome en una pesadilla. Es una voz en el teléfono. Una montaña barrida por el viento. Un capullo con ojos extraños. Un confesor. Y cumple su palabra. Cuando termino de hablar una vida después, me cuenta una historia como un maldito sueño febril. Sobre una granja y una montaña. Un edificio blanco en la ciudad y el mar. Y un amplio campo verde con amapolas rojas.

Cruzo los brazos sobre mi escritorio y bajo la cabeza. Bendíceme, porque he pecado. No recibo la absolución antes de caer en una noche negra y eterna.

Se abre una puerta.

Un grito ahogado.

—Leo.

Llevo mucho tiempo aquí. No quiero despertar. No quiero volver. No puedo moverme.

—Oh, mierda. Oh, Dios mío. Oh, Dios mío. —El vidrio raspa la madera. *Cállate. Cállate. No estoy aquí.* Un sollozo ahogado—. No, Leo, No. Oh, mierda, ¿qué hago? ¿Qué…? Leo, ¿por favor?, Leo...

Una mano encuentra mi omóplato y el dolor estalla sobre mi piel. Me levanta del escritorio con un rugido. Extiendo una mano para alejarlas de una puta vez.

—No me toques, joder. No me toques. —Jesús, duele. Joder. Joder. Joder. Me pongo de pie para salir de ello y apoyo dos puños en el escritorio.

—Creí que habías muerto. —Daphne me mira fijamente, con la cara pálida y los ojos brillantes de lágrimas y terror—. No te movías, Leo. ¿Has estado aquí toda la noche? ¿Te has bebido todo eso? —Señala con un dedo tembloroso la botella que hay sobre mi escritorio.

—Vete. —La fulmino con la mirada y ella se encoge—. Sal de una puta vez.

—No. No puedo dejarte aquí. Pensé que estabas muerto. ¿Intentaste suicidarte? Das… das miedo así. —Me siento con fuerza en la silla, la lucha abandonándome. El dolor se mantiene. *Es Daphne. Mi hermana. Es solo Daphne.*

—No he intentado suicidarme. Estoy bien.

—Estás mintiendo. —Ella traga. Se aclara la garganta—. Estás tan pálido. Y estabas tan quieto. Sé que no estás bien. Puedo verte. —Se acerca al escritorio, y odio esto. Odio en lo que me he convertido—. Creo que debería llamar a Eva. Ella sabría qué hacer.

—Ella tiene que lidiar con su propia angustia. Su propia vida.

Daphne tira del cuello de su camisa.

—¿Por qué no vas a ella? ¿Por qué no vas con Haley?

Me froto las manos en la cara y trato de no resistir el dolor. La resistencia solo lo empeora.

—Porque la amo.

—Eso no tiene ningún sentido. —Daphne está llorando ahora, y veo lo mucho que la he asustado—. Si la amas, deberías estar con ella. Y la amas. Sé que la amas.

—Mi amor por ella es más que eso. Es lo suficientemente fuerte como para dejarla ir. —Tomo un respiro que no quiero tomar. Una respiración que duele como una perra—. Ella tiene una familia. Esa es su gente. Siempre me engañé a mí mismo al creer que ella podría ser mía.



Capítulo Veintitrés

Haley

Leo fue un sueño, y ahora estoy despierta. Despierta en una habitación de hospital junto a la cama de mi padre. Despierta con un libro en las manos, con ropa vieja de mi armario.

De vuelta en mi antigua vida.

Aunque en mi antigua vida, podía perderme en un libro y dejar que se llevara las horas. Ahora las palabras no me impresionan. Tengo que volver a empezar la página. Mi padre duerme en su cama, ajeno a todo. Está mejorando ahora que han pasado unos días de su operación. Duerme mejor.

He leído cinco párrafos sin asimilar nada. Tal vez no debería haber presentado mi aplazamiento esta mañana. Tal vez sería más fácil concentrarse en las tareas escolares. Al menos así tendría que pensar en las notas.

Me trago un resoplido. Las notas. No creo que pueda preocuparme por las notas. Antes me importaban. Solían ser todo para mí. Las notas, los libros y mi familia. Volverán a serlo todo para mí. Espero que para el semestre de primavera ya sea así.

Sería una buena idea coger un cuaderno y un bolígrafo y hacer un plan para los próximos meses. Lo primero en mi lista es recuperar la salud de mi padre. Es el único padre que tengo y lo quiero. Lo necesito a él y a su desorganizada presencia en mi vida. Lo segundo es averiguar cómo voy a volver a la escuela después de un retraso de un semestre. Y lo tercero es esperar contra toda esperanza que deje de sentirme como si un animal con garras hubiera metido la mano en mi pecho y lo hubiera desgarrado por diversión.

—Hola, Haley. —La enfermera de la tarde entra, manteniendo su voz baja. Es eficiente con sus controles—. Quería decirte, cariño, que tendremos que reautorizar la estancia en el hospital en las próximas veinticuatro horas.

—De acuerdo. —Mi ritmo cardíaco se dispara. Reautorizar la estancia significa llegar a un nuevo acuerdo de pago con Caroline. Si Caroline no paga, el hospital dará de alta a mi padre. Pueden hacerlo mientras esté estable. Que lo está. Solo tendría que mantenerlo en esa condición en casa—. ¿Me avisarás si necesitas algo de nosotros?

—Por supuesto que sí. —Toma algunas notas en su portapapeles—. Vuelvo en un rato. Utiliza el botón de llamada si necesitas algo. Si no estoy, otra enfermera te ayudará.

Aquí no hay un equipo dedicado solo a mi padre. La diferencia entre su estancia en el hospital y la de Leo me rompe el corazón. Todo

me rompe el corazón. Voy a estar caminando con un músculo inútil en el centro de mi pecho para siempre. Si tan solo se aliviara el dolor. Me conformaría con estar entumecida.

Unos pasos suaves entran por la puerta. La enfermera debe haber olvidado algo de su lista. Bien. Puedo preguntarle qué medicina hay en la vía. Abro la boca para hacerlo.

Y vuelvo a cerrarla.

No es la enfermera la que entra en la habitación como si fuera la dueña.

Es Caroline.

Lleva su precioso abrigo de Prada. Un blanco brillante contra las paredes cansadas. Su cabello está en un nudo brillante y complicado. Ojos brillantes. Mejillas rosadas. Podría estar de pie en una fiesta Constantine como a la que íbamos de niños. Yo con ropa raída, intentando no hacer nada embarazoso delante de la perfecta Caroline. Se me eriza la piel. Su perfección es una mentira. Debajo de la ropa glamurosa y la cara preciosa hay una pesadilla corrupta.

Una gentil inclinación de su cabeza mientras mira a mi padre.

—¿No ha exhalado su último aliento?

Mi libro se cierra en mis manos. ¿Cómo se atreve? La indignación hace que me duelan los músculos. No puedo reaccionar ante ella, solo puedo responder. La necesitamos ahora, así que tengo que ser cortés. No puedo arriesgar la salud de mi padre.

—Está en una condición estable después de la operación. Tuvieron que volver a entrar ayer para un arreglo menor, pero ahora está

descansando mucho más cómodo. Sus médicos no quieren que le den el alta hasta dentro de unos días para asegurarse de que está listo para el siguiente paso.

—Mm-hmm. Tu padre va a tener una larga recuperación.

—Estaré a su lado. No me voy a ir.

Los ojos de Caroline se encuentran con los míos por primera vez desde que entró en la habitación. Fríos. El azul de sus ojos es tan frío, y con un filo de satisfacción.

—Bien. Ya has pasado demasiado tiempo como la puta de los Morelli.

Se me corta la respiración en la garganta. Sus palabras deberían ser insignificantes. No deberían escocer en absoluto, pero están cerca de la verdad. Yo era una puta para Leo Morelli. No podía tener suficiente de él. Lo quería todo, para siempre, y Caroline destruyó todo lo que teníamos.

Parpadeo, levantando las cejas una fracción de pulgada. Una pizca de sorpresa. He visto a Caroline utilizar esta expresión en las fiestas para mantener a raya a la gente que la rodea.

Ella estrecha los ojos, y yo pierdo los nervios. La vergüenza recorre mis mejillas. Estoy avergonzada de todo. De volver a ser la tranquila Haley Constantine, la chica del libro, y de no defender a mi padre. A mí misma. Me avergüenzo de haber dejado pasar su comentario. Me avergüenzo de no haber luchado lo suficiente para quedarme con Leo.

—Tenemos que instalarte —dice Caroline—. Será lo mejor para todos, incluido tu padre.

—¿Qué significa eso?

Podría significar cualquier cosa. Ella ha mantenido a mi padre bajo arresto domiciliario antes. Ella podría mantenerme en nuestra casa, también.

—Significa que te casarás con Rick el dos de febrero. El lugar está reservado, y las invitaciones se enviarán en tres semanas. Tradicionalmente, la familia de la novia cubre la mayor parte de los gastos. Sé que tu padre no está en condiciones de hacerlo, pero eres una chica afortunada. Tienes una familia extensa y cariñosa.

El horror es una silla de plástico duro en una habitación demasiado pequeña. Es el pitido interminable de las máquinas que controlan si tu padre va a vivir o a morir. Es una mujer que ha hecho cosas impensables exponiendo todo tu futuro en un tono razonable.

—No.

Caroline frunce los labios como si fuera un niño que se niega a sentarse a cenar.

—Harás lo que yo diga.

—No puedes obligarme a hacer ningún voto. No puedes obligarme a decir que sí.

Su fría mirada se dirige a mi padre y la mantiene ahí. La amenaza se me clava en las tripas. En mi corazón.

—En realidad, cariño, creo que *sí puedo*.

—Nunca me casaré con él. —Quiero sonar fuerte. Desafiante. Sin miedo. Pero mi voz tiembla. Me delata. Toda mi duda. Todo mi miedo. Ese pequeño temblor es suficiente para admitirlo.

La comisura de la boca de Caroline se levanta. Me mira de arriba abajo una vez más.

—Disfruta de tu libro. —Se dirige a la puerta, tan elegante como siempre, y se detiene—. Oh, pensé en pasarme por el departamento de facturación al salir. Creo que había algo que reautorizar. Un formulario o dos. —Se ríe un poco—. Siempre hay mucho papeleo cuando se trata de estancias en el hospital. Supongo que podría hacerlo más fácil para mí si me retirara y te dejara las cosas a ti.

Así es como sucede. Caroline está de pie, con su abrigo blanco y su hermoso maquillaje, y finge que la elección que me está dando es real y no la broma más cruel posible. Los ojos me escuecen por las lágrimas que yo no, *no*, voy a dejar caer delante de ella. Caroline ya sabe hasta dónde llegaría por mi familia. Sabe que estuve con Leo. Sabrá por qué estuve con Leo. La diferencia entre ellos es que Caroline pretende ser una reina cuando es un monstruo. Leo pretende ser un monstruo cuando es un príncipe.

Es un príncipe.

¿Lo es?

Las cosas que dijo cuándo me envió lejos no pueden haber sido cosas que quiso decir. Cosas que sentía. Tuvieron que ser una cubierta para algo más. Así es Leo. Muestra a la gente lo que esperan ver para poder mantener su verdadero yo oculto, para poder mantenerse a salvo.

A menos que sea la bestia real.

Al final, no importa, ¿verdad? Al final, no va a venir a salvarme. He pasado todos los días aquí en esta habitación de hospital, deseando

que viniera por mí. Deseando que me abrazara y tomara mi barbilla en su mano y me besara hasta que me doliera. Pero no lo hace. Está permitiendo que Caroline esté aquí en su lugar.

Suelta la manga y mete las manos en los bolsillos de su abrigo.

—¿Qué opinas, Haley? ¿Debo decirles que he terminado de financiar el cuidado de tu padre?

Sí. Ya me las arreglaré. Conseguiré un trabajo. Trabajaré de noche para poder estar con él siempre que esté despierto. Me arriesgaré con su salud para demostrarte algo.

Mi boca está muy seca.

—Sabes que puedes dejar de pagar por él cuando quieras, tía Caroline. —Podría llorar. Podría gritar—. Me gustaría que no lo hicieras. Por favor, ayúdale.

Una sonrisa que corta. Una sonrisa que me abre en canal. Una sonrisa que exige lo que queda de mi corazón roto.

—Está bien. Pero solo porque me lo has pedido muy amablemente. Después de todo, siempre estoy aquí para ayudar a mi familia. Igual que tú quieres ayudarme a mí. ¿No es así?

¿Qué pedirá? Ya sé la respuesta. Todo. Mi falso compromiso con Rick se hará realidad. Y más. Toda mi vida le pertenecerá. Trago alrededor del nudo en mi garganta. Significa decir adiós a Leo. *No*. No puedo. Mi padre está tan pálido en la cama del hospital. Me necesita. Su vida está en juego.

—Sí —susurro.

Capítulo Veinticuatro

Leo

La cena es una puta broma.

Daphne se sienta frente a mí en la mesa del comedor, con la tensión a flor de piel. Sujeta el tenedor con demasiada fuerza y se come la ensalada con ganas. Como si fuera la ensalada la que la asustara y no la bestia gruñona de su hermano mayor.

—No estás comiendo nada, Leo.

—He comido. —Todo es insípido. Sin sentido. La textura de todo solo sirve para recordarme que tengo la resaca más dolorosa de la historia.

—Está bien, pero sabes que tienes que comer más que eso. Te vas a morir de hambre. Además, es una buena ensalada.

—Odio la ensalada.

Daphne deja caer el tenedor y se pasa las manos por la cara.

—¿Entonces por qué estamos comiendo ensalada?

—Penitencia.

Está en medio de poner los ojos en blanco cuando empiezan los gritos. Daphne levanta la cabeza.

—¿Qué es eso?

—Sube a tu habitación. —Me levanto de mi asiento. Algo está pasando en el vestíbulo—. Pon algo de música y no bajes hasta que termine el disco.

Daphne corre a mi lado.

—Tendrás que llevarme tú mismo.

—Puede que no tenga tiempo. —Puedo ver a Gerard desde el pasillo. Está apiñado con el equipo de seguridad. Dos de ellos están gritando. Él habla por encima de ellos. Gerard me ve llegar y me para con una mano.

—Retrocede —dice—. Sube.

No lo hago. Sigo caminando hacia él como un maldito tonto, así que Daphne y yo acabamos de entrar en el vestíbulo cuando la policía irrumpe en las puertas principales. Ahora entiendo por qué ha estallado una discusión entre mi personal de seguridad. Las situaciones con la policía suelen ponerse feas, y luego más feas. Todo se agudiza por el hecho de que mi casa está llena de personal de seguridad contratado.

Por eso han enviado a tantos de ellos. Entran de dos en dos por la puerta principal, con las armas desenfundadas. Gerard se pega a mi

lado y se pone delante de Daphne. Y yo voy al centro del vestíbulo y me pongo en medio.

Diez. Veinte. Treinta. Están corriendo por mi casa como un puto ejército, y una parte de mí está furiosa. Una parte de mí está muerta, y lo ha estado desde que Haley dejó mi oficina. Más detectives. Y luego el capitán, que está blandiendo un pedazo de papel.

—Se supone que tiene que enseñarme la orden antes de invadir mi casa —le digo.

Avanza hacia mí, mirándome con desprecio.

—Señor Morelli, tenemos una orden para allanar su propiedad en busca de pruebas del secuestro y cautiverio de Haley Constantine. Tenemos razones para creer que habría interferencias en la recolección de pruebas, lo que hace necesaria una entrada sin previo aviso.

—Su cepillo de dientes está arriba en el baño principal, si quieren empezar por ahí.

—Dios mío. Tienes derecho a permanecer en silencio, maldito enfermo. Todo lo que digas puede y será usado en tu contra en un tribunal. Tienes derecho a un abogado. Si no puedes permitirte contratar un abogado, se te proporcionará uno. ¿Entiendes los derechos que acabo de leerte?

—No los has leído. Procuremos ser precisos.

—¿Entiendes tus derechos?

—Sí, capitán, los entiendo. ¿Todos tienen las cámaras corporales encendidas? Hagamos esto simple. Yo secuestré a Haley Constantine.

—Leo, para. Suéltame. —Daphne se aleja de Gerard y se precipita hacia mí—. Para. No digas eso. —Su cara está blanca—. No puedes decir eso.

—Haley Constantine fue mi cautiva. —Se están callando, probablemente para que mi confesión completa sea clara en el video—. La retuve aquí y no la dejé irse.

—Leo. —Gerard viene a mi otro lado—. Eso no es lo que pasó.

—La obligué a firmar un contrato conmigo a cambio de liberar a su padre de un negocio. La coaccioné. La exploté.

Todo se acerca a la verdad. Lo aceptarán como la verdad.

Gerard maldice en voz baja y saca su teléfono. Los policías se arrastran por todas partes, por todos los pasillos, por el vestíbulo. No hay nada que puedan encontrar allí. Creo que no hay nada que encontrar hasta que uno de ellos saca un abrigo. Haley nunca lo usó. Nunca hubo una ocasión para que usara un abrigo negro. Pero es de su talla. Hay una etiqueta en la percha con sus iniciales. Va a una bolsa de pruebas.

—Eva —dice Gerard—. Hay una situación en la casa.

Que la llame. No me importa. No hay nada que pueda hacer. La policía ya está aquí, y no voy a hacer nada para detenerlos. Poner en marcha la máquina. Dejar que me destruya. ¿Qué es lo peor que pueden hacer?

Daphne tira con fuerza de mi codo.

—No les mientas, Leo.

—Estoy diciendo la verdad. Dios es mi testigo. Retuve a Haley Constantine como rehén.

—No lo hiciste. —Daphne suena horrorizada—. No la retuviste de rehén. Quería estar aquí. ¿De qué estás hablando?

—La tuve como rehén. No era libre de irse. ¿O prefieres que la llame prisionera? —Estoy hablando con Daphne. Estoy hablando con todos ellos.

—No es cierto. —Lágrimas silenciosas recorren las mejillas de Daphne—. Deja de mentir. Para, para, para.

—Lo siento, hermana mía. No soy el hombre que crees que soy. Soy tan malo como tu coleccionista. Peor. Seca tus lágrimas. No vale la pena llorar por mí.

Daphne aspira y retiene el aliento. Se frota la cara con el dorso de la mano y, a través del dolor, de la resaca, de la desesperación, me odio. Odio que aquí, en mi casa, tenga que ponerse esa máscara. No es lo que quería decir. Solo quise decir que no vale la pena llorar por un pecador. Un hombre arruinado. Un alma condenada al infierno.

—¿Algo más que quieras confesar? —El capitán de policía está teniendo el mejor día de su puta vida. Su gente está bajando mis escaleras con cajas de pruebas. Han puesto la casa patas arriba en diez minutos. No tengo dudas de que es porque alguien está guiando su búsqueda. Caroline nunca ha estado en mi casa. Nunca verá un plano. No hay registros públicos del interior de mi casa. Pero ella habrá plantado ideas en sus cabezas sobre dónde Haley podría haber pasado su tiempo. Es un espacio demasiado grande para registrarlo todo tan rápido.

Parece que tienen suficiente.

—Ya están en la casa —dice Gerard—. No pude conseguir que dejara de hablar. Lo ha confesado todo. No. No. El abogado no está aquí. No había nadie, excepto el equipo de seguridad.

—Déjala en paz, Gerard —le digo.

Me ignora. Sigue rondando y ladrando órdenes al equipo de seguridad para que se quede atrás junto a las paredes. Hay mucho ruido aquí. Mi casa nunca ha sido invadida así. No puedo convocar la voluntad de sorprenderme. Caroline hará cualquier cosa para joderme. Cualquier cosa. No importa que tenga a Haley de vuelta.

Me río a carcajadas y el capitán de policía frunce el labio.

—¿Te hace gracia?

—Me divierte. Claro que lo hace. Tú y treinta de tus compañeros están en mi casa, registrando mis cosas porque están jodidamente convencidos de que he secuestrado a una mujer. Bien. Estoy de acuerdo. Yo la secuestré. No importa que viniera aquí por su propia cuenta, ¿verdad? O que esté en casa con su familia mientras hablamos.

Están saliendo por la puerta. Cajas y cajas. No sé qué cojones pudieron haber tomado que sea una prueba de que Haley estuvo aquí. Su ropa, probablemente. Eso es la mayor parte de lo que dejó atrás. Toda la ropa que compré para ella. La ropa con la que quería verla. Quiero verla todos los días de mi puta vida. Y si no puedo verla, entonces no quiero una vida.

No es que vaya a mencionar eso en el registro. Tienen lo que necesitan.

La policía se va, varios de ellos se toman el tiempo de empujarme al salir. Daphne deja caer las manos a los lados y mira fijamente al capitán de la policía, que quiere saborear cada momento del trabajo. Espera a que todos sus hombres se hayan ido. Entonces se endereza la corbata. El muy cabrón no ha movido un dedo en toda esta pequeña redada, pero ahora se recompone.

—Los cargos están esperando ser investigados, señor Morelli. —Hace un ademán de mirar alrededor del vestíbulo—. Apuesto a que echarás de menos este lugar cuando te encerremos.

Dejo que una sonrisa se dibuje en mi cara. Le enseño los dientes. Veo que se da cuenta de que está solo en mi vestíbulo, sin ninguno de sus hombres a su alrededor.

Daphne se mueve para ponerse delante de mí, valiente ante los uniformes y las armas y las órdenes de allanamiento.

—Deja de intentar asustarnos. Ya has hecho tu trabajo.

El policía le lanza una mirada interesada, una mirada muy masculina, y yo gruño por lo bajo en mi garganta.

—Lárgate de aquí.

Se va, y entonces solo quedo yo. Y mi hermana.

—¿Por qué has dicho eso? —dice, volviéndose hacia mí, con los ojos encendidos de frustración—. ¿Por qué dijiste que secuestraste a Haley cuando no lo hiciste? Van a usar eso en tu contra.

—Porque es verdad. —Estoy jodidamente agotado. Ya he tenido suficiente—. Tan cerca de la verdad, que bien podría ser cierto. La obligué a estar conmigo. ¿Creías que tu hermano era amable y noble?

No, hermana mía. La obligué a intercambiar su cuerpo para salvar a su padre.

Me merezco la conmoción en sus ojos. La condena. Y merezco que se aleje, que suba corriendo las escaleras y me deje aquí de pie, solo.

No estoy sorprendido cuando Gerard entra en mi despacho una hora después con el teléfono en la mano y la mandíbula apretada.

—Los Constantine no han terminado todavía.

—¿A quién envían ahora?

—Rick Joseph te está buscando. Está en camino.

La última vez que Caroline envió a alguien a mi casa, hice que Gerard y el resto del personal se fueran. Haley era la única en la casa cuando Ronan me disparó.

—Bien.

—Puedo detenerlo en las puertas.

—No, deja que venga. He esperado demasiado tiempo para matar a ese hijo de puta. —Dejé que Haley viviera con el conocimiento de él en el mundo durante demasiado tiempo.

—No lo hagas, Leo. No lo hagas esta noche. No estás pensando con claridad.

Levanto las cejas.

—Si no quieres ser testigo, puedes irte.

—No me voy a ir.

—Vigila la puerta de Daphne, entonces. Haz entrar a ese cabrón y asegúrate de que mi hermana no salga hasta que termine.

Antes era yo quien le decía a Daphne que se quedara en su habitación hasta que se pasara la pesadilla. Ahora tendrá que hacerlo Gerard, aunque preferiría hacer su antiguo papel. Preferiría meter una bala en la cabeza de Rick antes de que pudiera entrar en mi vestíbulo. Es lo que mi padre le habría ordenado hacer sin pensarlo dos veces. Ha recibido órdenes similares muchas veces, estoy seguro.

Ahora es diferente. Ambos sabemos que no es de Rick de quien va a proteger a Daphne. Es de mí. Es la visión de mí manteniendo una promesa a Rick en el filo de la navaja.

Él se decide. Se pone de pie.

—No necesitas más sangre en tus manos.

—¿Y si la quiero?

—Déjame hacer mi trabajo.

—Tu trabajo es ponerte delante de la puerta de mi hermana y garantizar su seguridad. Podemos convertirlo en una orden, Gerard. Me da igual. Quiero a todos fuera del primer piso y del segundo, contigo. El que quiera irse puede hacerlo. ¿Cuándo llega Rick?

Gerard suspira.

—Llegará en una hora.

Lo despido, aunque no de la casa, y vuelvo al dormitorio principal. Mi cuchillo favorito me espera en la caja fuerte de armas que hay en un rincón del armario. Una pistola. Llevo ambos a mi despacho.

Todas las luces deberían estar encendidas para esto, pero además del dolor arañando mi espalda, tengo un dolor de cabeza intenso. Yo no tengo dolores de cabeza. Tener uno ahora le da un atractivo adicional a la dulce liberación de la muerte. El taladro en mi cráneo tira de un recuerdo que no puedo alcanzar. Algo sin sentido sobre los dolores de cabeza de alguien más.

No lo sé. No me importa. Por eso no bebo, excepto cuando necesito que me vean bebiendo para un evento social.

Es posible que Rick me mate esta noche. Sin embargo, no pienso dejar que tenga una victoria fácil. Tendrá que hacerlo con los ojos abiertos.

Me ha dado algo de tiempo para preparar mi oficina.

Me ha dado algo de tiempo para sentarme en mi silla junto al fuego.

Me ha dado algo de tiempo para rezar.

Lo desperdicié, el día que llegó Ronan. Estaba demasiado consumido por sacar a todo el personal de la casa. Demasiado consumido con la chica Constantine que había enviado lejos. Para cuando empecé, para cuando él estaba de pie en mi oficina, mis pensamientos estaban demasiado desorganizados para hacer algo más que pedir un rápido fin del dolor. El dolor de mi espalda, sí. Pero más que eso, el dolor de arrancar de la tierra el nuevo brote verde de lo que tenía con Haley y arrojarlo al fuego.

Quería más tiempo con ella. Sabía que nunca lo tendría. *Bendíceme, Padre, porque he pecado. Hazlo rápido, hazlo rápido, hazlo rápido*. Ronan no se callaba la puta boca. Era aprensivo sobre dispararme en medio de la

oración. Lo saqué para fastidiarlo. Y lo saqué porque el ojo de mi mente había captado a Haley como la imagen de la cruz. Fue a ella a quien le pedí perdón. A ella le pedí la absolución. No fue un acto de arrepentimiento. No fue perfecto. Pero, al final, todo en lo que podía pensar era su nombre. *Haley, Haley, Haley*.

Dios tiene un sentido del humor enfermizo. Él respondió a mi oración. Tuve más tiempo con Haley. Suficiente tiempo para asustarla. Para marcarla.

Perdóname.

Un golpe en la ventana interrumpe mi última petición.

Un pajarito se posa en el alféizar. Golpe, golpe, golpe. Me acerco y pongo el dedo en el cristal.

—Es de noche —le digo—. Vuelve a tu nido.

Vuelve a dar golpecitos.

—No va a ser bonito —le advierto. No sé qué coño está haciendo aquí. Está oscuro, con la nieve cayendo en el patio. El pájaro agita las alas y se acomoda en la esquina.

Una voz fuerte resuena en el vestíbulo. Gerard, dejando entrar a Rick. Sus pasos pasan por delante de la puerta. La luz del fuego no lo alcanza.

Un momento después, otra forma se enmarca en el umbral de la puerta. Los hombros suben y bajan. Está respirando con dificultad.

—Si querías una reunión conmigo, solo tenías que llamar.

—No quiero una reunión contigo. —Rick se adentra en la parpadeante luz naranja—. Quiero una vida.

—Tienes una vida, por muy patética que sea.

—No después de esta noche.

Trazo mi cuchillo, plano sobre mi escritorio, con la punta de un dedo.

—Tengo entendido que ella te prometió a Haley.

Sus ojos se encienden.

—No solo a Haley. Una gran boda Constantine. Finalmente tendré un lugar en la familia. Por fin perteneceré a algún sitio, joder. —Rick se atrapa a sí mismo. Retrocede. No está acostumbrado a las expresiones concisas. El ceño que pone sería ridículo si no fuera tan jodidamente triste. Ve a los Constantine como una ciudad brillante en una colina, pero nunca encontrará seguridad allí. Nunca encontrará la paz—. Todo lo que tengo que hacer es matarte. Todo lo que tengo que hacer es asegurarme de que nunca le hagas daño de nuevo.

—Entonces no perdamos más tiempo.

Rick vacila durante un solo latido y luego se abalanza sobre mí.

El hombre no es un luchador. No nació para ello, no fue criado para ello, pero está desesperado por esta recompensa que Caroline le ha puesto delante. Está desesperado por ser el héroe. Ceder a su desesperación es su mayor error.

Podría haberme disparado desde la puerta, pero un disparo a sangre fría no encaja en la narrativa. Una pelea a puñetazos sí.

Yo también podría dársela a él.

Rick me aborda con gran devoción. Lo único que no tuve en cuenta fue lo fuerte que se había vuelto el dolor. Lo mucho que el dolor de

cabeza había afectado a mi equilibrio. Lo descubro demasiado tarde, cuando ya estamos en el suelo. Recibo el primer golpe. Rick me da uno en las costillas. Levantarlo del suelo requiere más energía de la que hubiera pensado. La silla junto al fuego se cae.

Todo duele.

No por culpa de Rick, aunque los golpes salvajes que consigue asestar no ayudan. Es posible que esto sea una penitencia adicional para cuando lo mate.

Un jarrón de cristal en una mesa de la esquina se inclina y se rompe. He perdido un minuto. No recuerdo haber llegado a este rincón de la habitación, pero el sonido de ese cristal rompiéndose me saca de este purgatorio. Prometí que lo mataría si tocaba a Haley, y lo hizo. No habrá más piedad ahora. Quiero que sienta el cuchillo rompiendo su piel. Quiero que sienta cómo derrama su sangre. No está lejos de mi escritorio. Lo llevaré allí. Que Dios me ayude.

El miedo aparece en los ojos de Rick. Entonces se queda sin tiempo.

Capítulo Veinticinco

Haley

El calentador del coche de mi hermano está roto. El viento invernal golpea mi cara. Nunca me ha importado que este coche no pueda protegerme de la nieve. Lo único que me importa es que me lleve de vuelta a Leo.

No soy más que un latido de corazón y pánico. Sin piel, sin huesos. Solo un músculo atronador que aúlla su nombre.

Gracias a Dios por este coche. Gracias a Dios por mi hermano, que lo trajo al hospital para que tuviera una forma de llegar a casa. Nunca seré el tipo de Constantine que tiene un coche nuevo y un conductor uniformado. Nunca, nunca seré ese tipo de Constantine. Pero la vida que tenía era suficiente. Me llevó a Leo, y me llevará a él de nuevo.

Por favor. Déjame llegar a él a tiempo.

No esperaba ver el nombre de Eva en mi identificador de llamadas. No esperaba que sonara sin aliento por el miedo cuando contestara el teléfono. Ella es la competente hermana mayor, como Petra. Es la que sabe qué hacer.

—Estoy tratando de llegar. —Su voz temblaba tanto que era difícil entenderla—. No voy a llegar a tiempo. Tienes que detenerlo.

Dejé a mi padre durmiendo en su cama de hospital y salí al pasillo.

—Eva, ¿quién? ¿Dónde?

—Leo. —La historia salió de su boca con una prisa frenética que solo entendí a medias. La policía. Los Constantine presentando cargos. Una redada en su casa—. Caroline envió a Rick a su casa. Va a matarlo.

Saqué las llaves de Cash de mi bolso y corrí hacia el coche. Sin abrigo. Solo el tintineo de las llaves y la voz de Eva en mi oído.

—Hablaré con Rick para que no lo haga. Me escuchará.

—No. No. Leo asesinará a Rick. Ya ha tomado una decisión, y yo no puedo llegar ahí. Tú eres la única. Haley, tienes que detenerlo.

Mis manos se están congelando, y mis dientes castañean. No hay calor, pero no me calentaría ni con la calefacción a tope.

Sé por qué Eva tiene tanto miedo. Sé lo que significa que Leo muerda el anzuelo y mate a Rick. Significa prisión, y más que eso, es la prueba de que los rumores sobre él son ciertos. Caroline podrá esconderse detrás de su imagen impecable para siempre, y Leo pasará a la historia como un monstruo. No importará que Caroline me

secuestrara, o que le ordenara a Rick que me violara, o que intentara obligarme a un matrimonio que nunca quise.

No importa que Leo me haya enviado lejos. No importa que dijera que habíamos terminado. Lo amo demasiado para dejar que esto pase.

Solo tengo que llegar a tiempo.

La puerta del coche se atasca cuando llego a la puerta de Leo y tengo que forzarla para introducir el código. No lo ha cambiado. Las grandes puertas se abren. No hay guardias esperando al otro lado. Se me revuelve el estómago. Por favor, que esto no signifique que llego demasiado tarde.

Recorro el resto del camino demasiado rápido y me detengo al pie de los amplios escalones que llevan a su puerta. El castillo de Leo se eleva en la noche, las ventanas brillando suavemente, como si todos estuvieran a punto de irse a dormir. Una ráfaga de viento me atraviesa la ropa y el cabello cuando abro la puerta de entrada de un tirón. Se cierra detrás de mí y contengo la respiración, mis pulmones gritando. Necesito saber si se está muriendo. Necesito saber si está vivo.

El vestíbulo está vacío. El pasillo vacío. Y el sonido de un puño conectando con la carne.

No sé de quién es el puño. No sé de quién es la carne que está siendo golpeada.

¿Todas las pesadillas son así? ¿Se repiten una y otra vez hasta que apenas puedes ver nada más? He estado aquí antes. Apresurándome para llegar a Leo. Sin saber si estaba vivo o muerto. La historia se repite, solo que no ha pasado el tiempo suficiente para convertirse en historia. No quiero que esto sea mi vida. No quiero que esta sea la

vida de Leo. Podemos hacer una nueva. La haré separada de él, si es lo que necesita, pero no esto. Esto no.

Las luces de su oficina están apagadas. Un fuego arde en la rejilla, tiñendo todo de naranja y oro.

Fundiendo a Leo en naranja y oro. Todas las líneas oscuras de él. Todos los planos duros. Toda su terrible belleza.

Levanta a Rick del suelo, pero Rick se resiste. Rick vino aquí con un propósito, y ahora veo cuál es. Vino aquí para luchar contra Leo y matarlo.

Vino a matar a Leo y encontró a la bestia.

No hay brillo en el aire, solo el agudo sabor de la violencia. Es un hombre muerto. Si hay algo que sé de Leo, es que cumple su palabra.

Rick lo empuja y Leo se ríe.

Se ríe.

Y lo sé.

Sé lo mucho que le dolió enviarme lejos. Sé lo muerto que se siente por dentro, lo agonizante que es.

Sé que, como mucho, en unos minutos será demasiado tarde.

Leo pone ambas manos alrededor de la garganta de Rick, y respiro profundamente. Siento ese brillo. Esa sensación de que ese momento tiene peso. Solo que se ha posado sobre mis hombros. Se supone que debo estar aquí. Estoy destinada a estar aquí. Y es por Leo.

Tenía ideas tontas e infantiles de lo que significaba el sacrificio. Pensé que era una transacción. Mi cuerpo por la libertad de mi familia,

y nada más. Pensé que podía darle eso por Leo sin llegar a conocerlo, sin dejar que me cambiara. Pero estaba equivocada.

No es un verdadero sacrificio si no involucra tu alma.

Leo ha renunciado a mucho de la suya por la gente que ama.

Ninguno de los dos hombres se gira cuando entro en la habitación. Están demasiado ocupados peleando. Rick se lanza contra las manos de Leo, lanzando su cuerpo, desequilibrándolos. No ve que Leo solo está esperando el momento perfecto para matarlo. No ve cuánto más fuerte es Leo. Cuánto más duro. Cuánto ha perdido ya.

Leo apoya a Rick contra el escritorio y le da un puñetazo en la cara.

—Vete a la mierda —escupe Rick—. Vete a la mierda. Te voy a matar.

—Me estoy impacientando. —La mano de Leo baja al escritorio en un movimiento sencillo y elegante, y la luz del fuego destella en la hoja de un cuchillo.

—No. —Corro los últimos pasos, corriendo hacia este momento, y lo alcanzo—. Leo. Detente.

Él toma aire. No lo suelto. Ahora que lo estoy tocando, puedo sentir la furia cantando bajo su piel. Puedo sentir su sed de sangre. La determinación tensa sus músculos. Está decidido a hacer esto. Se ha entregado a ello. Debe sentirse tranquilo, en cierto modo, cediendo a su necesidad. Leo se ha contenido durante mucho tiempo. De muchas maneras. Sacrificó la persona que es para ser la persona que podía mantener a su familia a salvo. Renunció a cualquier esperanza de ser comprendido. De ser amado. Y está acabado. Sé que está acabado.

Leo tiene una mano tan apretada alrededor de la garganta de Rick que está empezando a aplastar su tráquea. Rick intenta apartar la mano, pero Leo está demasiado concentrado. Siempre ha estado tan concentrado. Siempre ha visto todo de mí, incluso las cosas que yo misma me negaba a ver. El blanco de los ojos de Rick es enorme. Aterrados. Una parte de mí quiere dejar que Leo lo mate por lo que intentó hacerme, pero no puedo. Solo causaría más dolor a Leo. No le enseñaría nada a Caroline. Sería para nada.

El cuchillo está a una pulgada de la garganta de Rick.

—No puedo —dice Leo, su voz áspera por la agonía—. No puedo parar. Te hizo daño.

—Sí, lo hizo. Me asustó. Me hizo sentir sucia, indefensa y con miedo. Y habría hecho más, si no me hubieras salvado. Pero matarlo no arreglará nada.

—Si acabo con él ahora, no volverá a tocarte.

Pensé que un corazón solo podía romperse contadas veces, pero el mío lo hace de nuevo. Se deshace como pétalos de rosa en una tormenta.

Leo está tratando de darme lo que nunca pudo darse a sí mismo.

Nunca pudo matar a Caroline, porque significaba poner a su familia en peligro. Está dispuesto a dar su propia vida, su propia libertad, por mí. Para que yo no tenga que sufrir lo que él sufrió. La forma en que todavía lo hace.

—Él no significa nada para mí. —El brazo de Leo se tensa bajo mis manos—. Me hiciste sentir limpia de nuevo, Leo. Me hiciste sentir

segura. Y si lo matas, nunca tendré eso de nuevo. Nunca te tendré a ti. Y te necesito.

Rick resopla. Ya no puede hablar.

Paso mi mano sobre la de Leo, sobre la que agarra el cuchillo, y uso el toque más suave posible. Lo hago de la misma manera en que tocaría sus cicatrices. La forma en que tocaría cualquier parte de él que haya sido herida.

—Te necesito —le digo de nuevo—. Vuelve.

—No puedo. Es tan jodidamente difícil. Quiero... quiero...—Su agarre se estrecha alrededor de la garganta de Rick.

—Te quiero a ti. Todo lo que quiero es a ti. Todo lo que he querido es a ti. Este hombre no es nada. No me dejes por nada. Por favor.

El cuchillo roza el cuello de Rick.

—Sé que es difícil, Leo. Sé que es lo más difícil que has hecho nunca.

—Débil —fuerza a través de los dientes apretados—. Debería haber hecho esto hace mucho tiempo.

—No lo hiciste porque eres muy fuerte. Eres el hombre más fuerte y valiente que he conocido. Y eres mío. Puedes volver. Está bien. Deja el cuchillo. —Levanto la mano y le acaricio la mejilla—. Suéltalo.

—Joder, cariño —susurra Leo. El cuchillo cae. Con un solo movimiento, Leo aparta a Rick y me coge en brazos. Sus brazos me rodean el cuerpo, más fuerte que nunca, y me respira como si fuera todo el aire que necesitara—. Eres tan suave —dice—. Eres tan jodidamente suave.

Suave. Lo mejor que podría ser para él. Ha tenido que arañar trozos de suavidad del mundo para poder tolerar la vida. Yo puedo ser eso para él. Soy eso para él.

Tomo su mano.

—Vamos. —No tengo un plan sobre a dónde iremos, solo sé que tenemos que salir de aquí. Fuera de esta habitación.

—Espera —dice Leo, pero yo ya me estoy girando. Ya estoy creando espacio entre los dos.

Rick es una mancha blanca en la esquina de mi visión, una mano que se acerca a lo alto. Volviendo a bajar. Está apuntando a Leo. Sea lo que sea que esté haciendo, está apuntando a Leo con un gruñido salvaje, medio aplastado.

Ambos nos movemos en el último segundo. No sé quién empuja, quién tira. No más. No lo toques.

Un impacto a un lado de mi cabeza hace sonar mis dientes. El suelo rueda hacia arriba y algo vuelve a golpear mi cabeza. Algo afilado, como la esquina de un escritorio. Me atraviesa el cráneo, el punto que ya me duele, oh, me duele mucho. Demasiado. Ya no puedo ver la luz del fuego. Caigo en los brazos de alguien, suavemente.

—Oh, joder. —Rick—. Oh, mierda. Oh…

Su voz se corta. Solo queda el silencio. Y luego no hay nada en absoluto.



Capítulo Veintiséis

Leo

Haley es tan suave en mis brazos. Tan pequeña.

Tan quieta.

Rick la ha aturdido con el maldito pisapapeles. Una flor de cristal en su mano, lanzándose hacia mi cráneo. Y luego, de alguna manera, el de Haley. Por esa fracción de segundo parecía un Morelli. Los hombres como Rick Joseph Jr. no conocen la violencia. Solo conocen la idea de ella. La ilusión. La realidad es siempre diferente. En esta realidad Haley no se dejó caer directamente. Perdió el equilibrio y su cabeza golpeó la esquina de mi escritorio. Dos golpes en una delicada sien.

Caí de rodillas. La atrapé antes de que pudiera caer al suelo. Ya era demasiado tarde.

La acerqué todo lo que pude. Acuné su cuerpo en uno de mis brazos, y le aparté el cabello de la cara. Una vez hizo esto por mí. Intentó con todas sus fuerzas no hacerme daño, a pesar de que yo le había hecho daño, a pesar de que merecía que me dejaran en el duro suelo para desangrarme solo. Daría cualquier cosa por escuchar su voz. Lo que fuera por que abriera los ojos. Cada segundo que pasa me obliga a sentir más miedo. Haley está inconsciente, y nunca supe lo horrible que era esto, nunca supe lo profundo que era el terror. El día que Ronan vino a matarme, oí su grito mientras el mundo se desvanecía. Ahora entiendo ese grito. Está sucediendo en mi propia mente.

Ella estaba gritando por ayuda.

Lo sé mejor que eso.

—No era mi intención. —La voz de Rick tiembla y, si me quedara algo, lo odiaría, joder. Pero todo lo que tengo es dolor. Es imposible separar el dolor de mi cuerpo del dolor de mi alma y el dolor que todo lo abarca de amarla. Desesperadamente. Furiosamente. En contra de todas las reglas que me he impuesto. A pesar de la amenaza que supone para mí. La amo.

Rick deja caer el pisapapeles. El cristal se araña y se agrieta junto a mi rodilla. La estructura de los pétalos se separa, cada uno de ellos captando reflejos del fuego. Esos pétalos solían refractar la luz de mi ventana.

—Oh, mierda —dice de nuevo, ese maldito cobarde—. No era mi intención golpearla. Caroline me envió a por ti, no a por ella. Joder.

No puedo oír si está respirando. No creo que lo haga. Rick balbucea más excusas. Más y más disculpas. Es una mancha en esta habitación, en este momento. Merece morir por lo que le ha hecho a Haley, pero tendría que soltarla para matarlo. Nunca la dejaré salir de mis brazos de nuevo.

—Sal de mi puta oficina. Fuera. *Fuera*.

Corre. Tropieza con la silla caída y se aleja corriendo. Sus pasos son reemplazados por silencio. No el silencio. El fuego crepita suavemente en la rejilla. Los copos de nieve rozan el cristal de la ventana con la brisa nocturna. El aire se mueve como una sierra áspera dentro y fuera de mis pulmones. Tengo que estar tranquilo para ella. Tengo que estar tranquilo. No sé si puedo hacerlo.

Porque ella no está respirando.

Presiono una mano contra su pecho y rezo para que se levante.

—Por favor. Cariño. Despierta. —Su barbilla en mi mano se siente insoportablemente frágil—. Por favor, respira otra vez. Todo está bien. No pasa nada. Vas a estar bien. Una respiración. Despierta.

Nada.

—Haley. Cariño. Tienes que seguir respirando. —Presiono su pecho, tratando de sacarle el aire. Dentro de ella. No debería haber dejado de respirar. El golpe en la cabeza no debería haber impedido que sus pulmones funcionaran. Pero entonces Caroline no debería haber sido capaz de causarme un daño permanente. Si fuera simple, sería fácil de arreglar, sería fácil hacerla comenzar de nuevo. Haley fue lo suficientemente fuerte para sobrevivir a mí, para sobrevivir a las partes más oscuras de mi rabia y mi dolor. Me aguantó como una

tormenta. Lloró por la tormenta. También la amó. Quiero que sea demasiado fuerte para esto. Empujo más fuerte, sintiendo el eco de sus manos contra mi pecho. En sus pesadillas, ella intenta que mi corazón siga latiendo. Yo intento mantener el suyo latiendo ahora, aunque no sé si estoy sintiendo su pulso o el mío.

—Por favor.

Nada.

La beso, pongo mi boca sobre la suya para sentir el dulce movimiento de su respiración. Cuando beso a Haley todo su cuerpo me responde. Ahora no hay nada. Hago la señal de la cruz sobre ella con una mano temblorosa. Es inocente. Es perfecta. Se suponía que la misericordia de Dios no tiene fin. Él podría ofrecerle un trozo, aunque a mí no me ofrezca nada. Cualquier gracia debería ser para ella, no para mí, no para mí. Nunca he sido capaz de aceptar la misericordia interminable. Siempre he luchado con ello, no importa cuántas veces el Padre Simón afirme conocer la verdad.

Y tal vez este sea mi defecto. Sabía que la violencia era un recurso limitado. Cuanta más violencia aceptara de mi padre, menos tendría para mis hermanos. ¿Por qué la misericordia de Dios no sería la misma? Cuanto más da a un pecador, menos tiene para otro.

Una capacidad infinita para cualquier cosa es un peligro. Una misericordia infinita puede llevar a una violencia infinita. Un sacrificio sin fin puede llevar a un dolor sin fin.

Todo esto se desvanece. ¿Qué importa ahora? No necesito una misericordia infinita. Solo necesito un acto de gracia. Por favor, por Haley. Confieso mi amor por ella. Confieso que es todo, todo lo que

siento. Siento, jodidamente siento, que todo mi corazón no pertenezca a Dios. Gran parte de él pertenece a Haley, y si eso significa que arderé para siempre, que así sea.

Ella no respira.

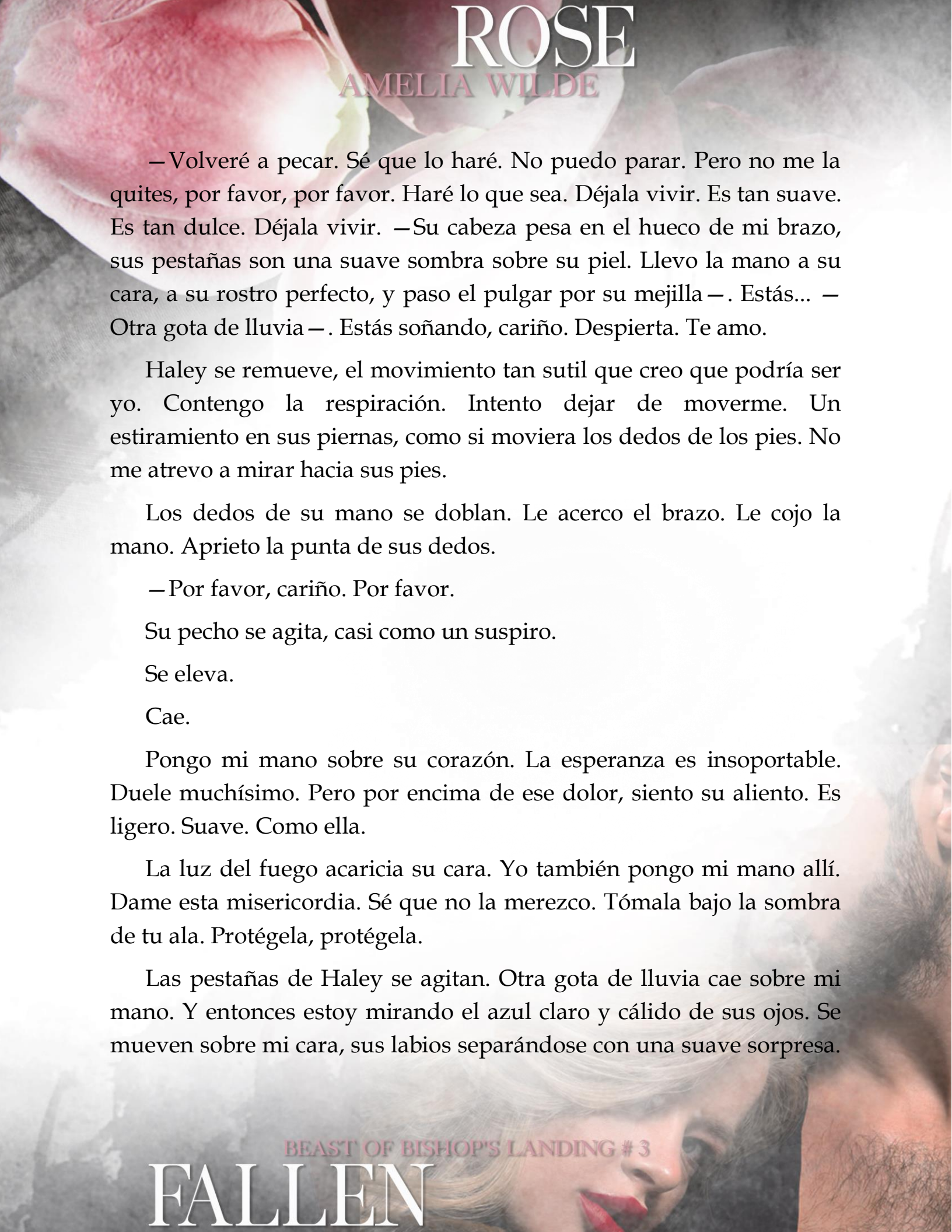
El pánico se enrolla alrededor de mi dolor y se atornilla en mi carne. En mi corazón. El terror crudo amenaza con separar cada pedazo de mí del todo. Me arranca costillas y órganos. Uno por uno.

—Dios, por favor. Cariño, por favor. —Una pequeña sacudida en su cara—. Así no. Tienes que sobrevivir a esto. Tienes que sobrevivir a mí. Te dejaré ir si es necesario. Te dejaré ir. A donde quieras ir, pero no te vayas. —No dejes el mundo. Existe en el mundo. Será suficiente si ella existe—. Perdóname. Quédate conmigo.

Nada.

—Cualquier cosa. —Siento una presencia aquí. Me siento vigilado. No me permito ser visto así, no lo hago, pero no puedo evitarlo, y nada importa más que Haley. El aire se vuelve pesado. Es más difícil entrar y salir de mis pulmones, pero estoy dolorosamente despierto, dolorosamente vivo—. Haré lo que sea. Lo siento mucho, cariño. Con todo mi corazón. Elegí las cosas equivocadas. He hecho cosas terribles. He pecado, Jesús, tantas veces y lo volvería a hacer, lo sufriría todo de nuevo si te despertaras. Déjame tomar tu lugar. Déjame tomar su lugar.

Miro la expresión pacífica de Haley y mi alma se desgarra. Una gota de lluvia cae en su mejilla. Otra más. Hace demasiado frío para que llueva, pero los ángeles podrían llorar por ella, Jesús, por favor.



—Volveré a pecar. Sé que lo haré. No puedo parar. Pero no me la quites, por favor, por favor. Haré lo que sea. Déjala vivir. Es tan suave. Es tan dulce. Déjala vivir. —Su cabeza pesa en el hueco de mi brazo, sus pestañas son una suave sombra sobre su piel. Llevo la mano a su cara, a su rostro perfecto, y paso el pulgar por su mejilla—. Estás... —Otra gota de lluvia—. Estás soñando, cariño. Despierta. Te amo.

Haley se remueve, el movimiento tan sutil que creo que podría ser yo. Contengo la respiración. Intento dejar de moverme. Un estiramiento en sus piernas, como si moviera los dedos de los pies. No me atrevo a mirar hacia sus pies.

Los dedos de su mano se doblan. Le acerco el brazo. Le cojo la mano. Aprieto la punta de sus dedos.

—Por favor, cariño. Por favor.

Su pecho se agita, casi como un suspiro.

Se eleva.

Cae.

Pongo mi mano sobre su corazón. La esperanza es insoportable. Duele muchísimo. Pero por encima de ese dolor, siento su aliento. Es ligero. Suave. Como ella.

La luz del fuego acaricia su cara. Yo también pongo mi mano allí. Dame esta misericordia. Sé que no la merezco. Tómala bajo la sombra de tu ala. Protégela, protégela.

Las pestañas de Haley se agitan. Otra gota de lluvia cae sobre mi mano. Y entonces estoy mirando el azul claro y cálido de sus ojos. Se mueven sobre mi cara, sus labios separándose con una suave sorpresa.

Sus ojos se abren más. Un rayo de miedo amenaza. ¿Y si no me conoce? Pero la presencia en la habitación lo mantiene a raya. Es como una gran ala que se pliega sobre nosotros. Un refugio temporal.

Haley frunce los labios. Se acerca a mí. Las yemas de sus dedos rozan mi pómulo.

—Oh, Leo, estás llorando.

Al oír su voz, al oír mi nombre, mi equilibrio me abandona. Me balanceo hacia atrás hasta que me siento pesadamente en la alfombra, de espaldas al fuego. Mi sombra cubre el cuerpo de Haley, pero hay suficiente luz a nuestro alrededor para ver sus ojos. Haley me rodea el cuello con los brazos y deja que la abrace. Le beso la frente. Sus mejillas. La barbilla. Le doy la vuelta a la cara con la mano y rezo en silencio al moratón que oscurece su piel. Nunca más. Nunca más la lastimarán aquí. Nadie volverá a hacerle daño. Una mano ligera como el aire, se posa en la parte superior de mi cabeza durante una fracción de segundo.

Unas pequeñas manos en mi cara me devuelven a sus ojos. Nunca pensé que volvería a ver este tono de azul, excepto en mis sueños.

—Cariño. Has vuelto.

Ella sonríe, un poco avergonzada, totalmente perfecta.

—Siempre volveré. No puedes asustarme.

—Te amo. —Las palabras son tan pequeñas, pero mi amor por ella es tan grande. Quiero hacerle entender que estas palabras son como granos de arena en comparación con el tamaño del universo. Tardaré toda una vida en hacerlo, si ella me lo concede—. Debería habértelo dicho antes.

Haley suelta una carcajada.

—Lo hiciste. Creo que no sabías que lo estabas diciendo. Estábamos... —Tantas cosas que hemos hecho juntos, tantas cosas que le he hecho, y se sonroja por mí—. La noche que me trajiste a casa. —Fui duro con ella esa noche, y Haley me suplicó por ello. Ella no tenía miedo—. Pero lo sabía. Siempre lo supe. —Pone mi mano sobre su corazón de nuevo. El latido es fuerte y constante bajo mi palma—. Podía sentirlo aquí.

—Pero yo estaba... he estado...

—Te amo —dice—. Me mostraste tu verdadero yo, una y otra vez, incluso cuando dolía. —Haley pasa sus dedos por mi cabello y por los contornos de mi cara—. Para ser una bestia, realmente llevas el corazón en la manga.

—Mi corazón ha estado en tu bolsillo desde el momento en que nos conocimos. Quédate conmigo. —Llevo su mano a mis labios y beso sus nudillos—. Para siempre. No me importa dónde vayamos. No me importa si tenemos que vivir con tu familia o ir al fin del mundo. Te necesito.

Haley sacude la cabeza.

—Mi hogar está aquí, contigo. En tu casa. —Su nariz se arruga, y es tan jodidamente adorable que podría morir. O vivir—. Tienes un castillo, Leo. No sé por qué no quieres admitir que eres un príncipe.

Capítulo Veintisiete

Haley

Daphne pensaba que leo era un maniático sobre el maquillaje para mi fiesta de cumpleaños, y quizá tenía razón, pero no es nada comparado con cómo es después de que me golpeara la cabeza. Después de que Rick me golpeara la cabeza.

Convoca a la Dra. Carina Jain para que me examine, junto con un equipo completo que incluye un especialista en neurotraumatismos, un neurólogo y otras tres personas con títulos intimidatorios. Me recomiendan hielo, reposo e ibuprofeno para el dolor. Es Leo quien insiste en mantenerme en su cama durante esos días. Es Leo quien me despierta por la noche para poder mirar mis pupilas en busca de signos de conmoción cerebral y hacerme preguntas en busca de signos de confusión.

—Es solo un dolor de cabeza —le digo a mitad de la tercera noche mientras me mira fijamente a los ojos—. ¿Alguna vez duermes? ¿Cómo puedes dormir si me despiertas toda la noche?

—Te despierto cada noche. ¿Recuerdas dónde estás?

Sus manos son tan cálidas, tan suaves en mi cara. Estoy tan cansada. Me arden los ojos.

—Tu casa.

—¿Dónde está mi casa?

—En un castillo.

Leo frunce el ceño.

—Un castillo en las afueras de Nueva York. No está en Bishop's Landing.

—¿Y quién soy yo?

Siempre me hace esta pregunta, con un tono casi burlón.

—Leo Morelli. La bestia de Bishop's Landing. Un hombre con un temperamento terrible y una reputación aún peor.

—¿Y?

—Y el amor de mi vida. —Leo se inclina y me besa. Sus dientes se hunden en mi labio inferior, y su mano me rodea la nuca, pero antes de que pueda ejercer una presión real sobre mi cuerpo, se va. Apaga la luz baja del baño. Me pasa el brazo por la cintura y me lleva de nuevo a la cama. Me mete dentro. Tira de las sábanas para que queden bien ajustadas. Dejo escapar un gemido frustrado, luchando inútilmente contra la manta—. Me gustaría que simplemente...

—¿Te folle? —dice Leo desde el otro lado de la cama—. ¿Es eso lo que ibas a pedir? Todavía te sonrojas cuando quieres sexo. Pero creo que no, cariño. No hasta que puedas soportarlo.

—Ya puedo soportarlo —digo, haciendo un mohín.

—¿Puedes? —Sus dedos en mi cabello. Su voz en mi oído—. Ya te estás quedando dormida.

—No lo estoy —digo, pero es una mentira. Mis ojos se cierran contra mi voluntad. Lo último que veo es el rostro de Leo desdibujándose entre luces y sombras mientras los sueños me invaden.

Al quinto día, los médicos me autorizan a realizar actividades físicas ligeras. Leo dice que eso no incluye follar. Le digo que nunca había sido tan malo.

Al sexto día me despierto con el estómago revuelto y las manos nerviosas. Temprano, porque vamos a la ciudad para una reunión. Yo quería ir antes. Leo no. Finjo no estar nerviosa cuando me lleva a su enorme ducha, con su amplia estantería y su ancho banco.

Cuando Leo tiene el agua a la temperatura que quiere, me arrastra bajo el chorro y me besa. Con fuerza. Más fuerte. Tan fuerte que mi cuerpo responde, volviendo a la vida después de días y días de echarlo de menos, de desearlo, de tener dolor de cabeza. Hoy es mejor, es mucho mejor, aunque el hematoma no está mejor. Me hace retroceder hasta el banco de piedra y me empuja sobre él bajo la fuerza de su beso.

Y entonces empieza a besar mi cuerpo. Toma cada uno de mis pezones entre sus dientes, uno por uno, y para cuando está de rodillas

entre mis piernas soy un desastre caliente y jadeante apoyado contra la pared. Leo rodea mis muslos con sus brazos y los abre para tener más acceso, y Dios, es bueno. Es bueno. Es tan bueno. No estoy acostumbrada a ello, mis músculos se tensan, pero el primer lametón de su lengua ahuyenta esa sensación.

Es cuidadoso, pero no es gentil.

Oh, gracias a Dios.

No puedo respirar por lo que está haciendo. La lengua y los dientes y la presión implacable. Las yemas de sus dedos se clavan en mis piernas como siempre lo han hecho, duro, muy duro, y el dolor me hace sentir menos como una delicada criatura de cristal y más como yo misma. La mujer que ama a Leo Morelli. La mujer que lo desea cada segundo. El placer brota de mi centro y envuelve mis caderas, que se agitan contra él, luchan contra él. Es como la vez que lo hizo en la mesa del comedor. Todo mi cuerpo lucha contra él. Todo mi cuerpo quiere que gane.

Y voy a explotar, voy a salir volando de esta cosa indescriptible que está haciendo con su lengua en mi clítoris, cuando se ralentiza.

El cuerpo de Leo se desplaza hacia atrás y yo busco cualquier parte de él que pueda tocar. Su cabello. Sus hombros.

—No. No te detengas. No. Por favor.

Me mira desde entre mis muslos, sus grandes manos manteniéndome quieta, sus ojos oscuros en mi cara.

—¿Por qué? —Las lágrimas frustradas se acumulan en las esquinas de mis ojos. Mi cuerpo sigue dolorido y agotado, pero necesito esta

intimidad con él—. ¿Por qué has parado? Estoy bien, Leo, estoy bien, por favor...

—Eres la cosa más bonita que he visto nunca —dice.

Me arqueo de nuevo hacia él. Está tan cerca. Su boca está tan cerca. Siento su cálido aliento en el interior de mis muslos.

—Haré cualquier cosa, Leo. Te rogaré, si eso es lo que quieres. Solo...

—Cásate conmigo.

Siento el calor de sus palabras contra mi calor, y ahora estoy llorando, ahora las lágrimas se liberan. Sigo intentando que su boca vuelva a estar sobre mí. Su lengua. Sus dientes. Por favor. Llevo mis manos a su cara, y oh, cómo se atreve. Cómo se atreve.

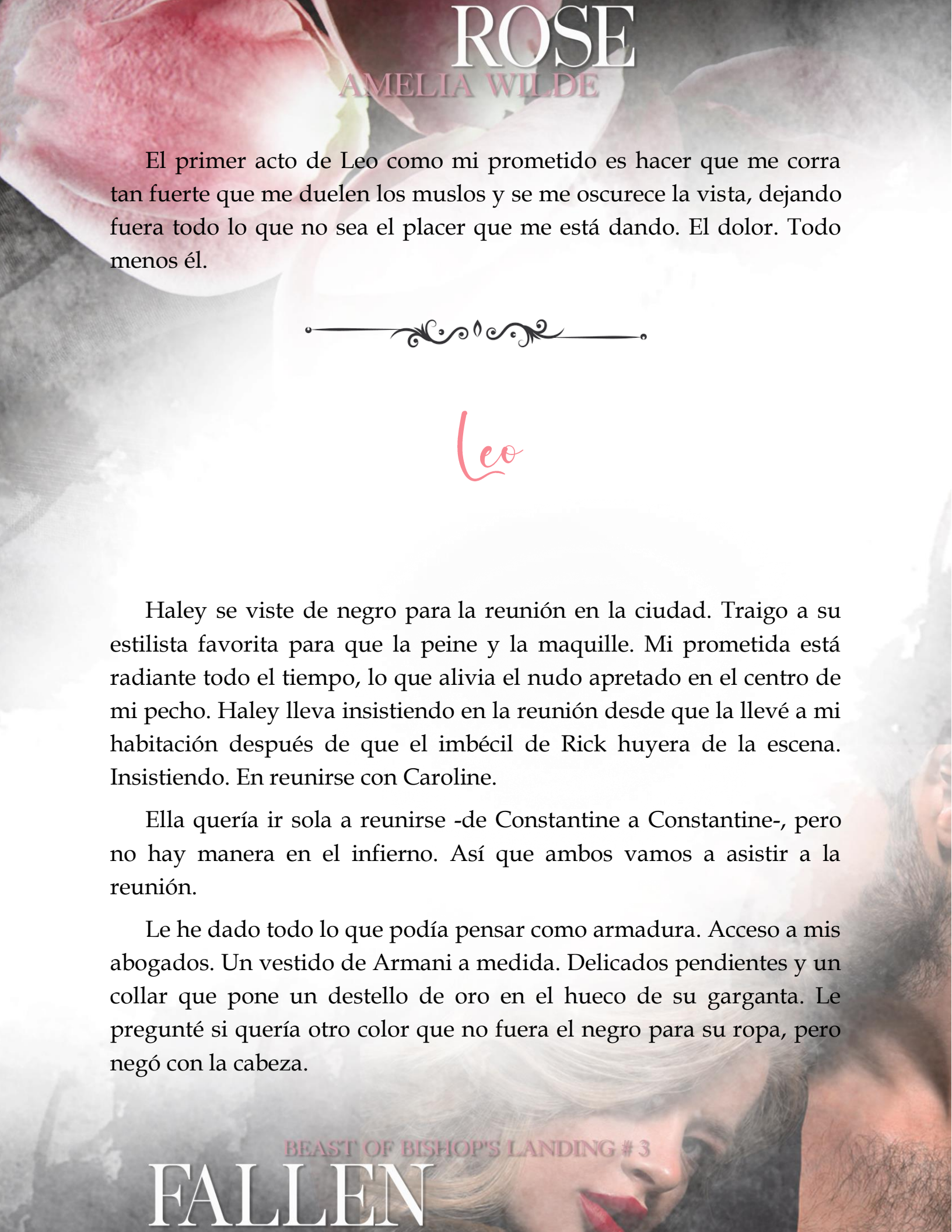
—¿Ahora? ¿Ahora es cuando lo vas a pedir? ¿Hoy?

—No estoy preguntando. —Contrapresión en mis muslos, sujetándome. Oh, me encanta esto. Me encanta esto—. Te necesito. Necesito esto. —Acaricia su lengua a través de mi, una sonrisa oscura en sus ojos—. Y a ti. No puedo respirar sin ti. No quiero respirar sin ti. Cásate conmigo.

—Sí. Sí. Sí. Por favor.

Entonces se inclina para probarme. Se toma su tiempo, y no hay parte de mí que no toque. Que no marque.

—A tu coño le ha encantado —dice, y entonces cierra su boca sobre mi clítoris y me pierdo—. Tu coño quiere casarse conmigo. Le encanta la sensación de mi lengua, ¿verdad?



El primer acto de Leo como mi prometido es hacer que me corra tan fuerte que me duelen los muslos y se me oscurece la vista, dejando fuera todo lo que no sea el placer que me está dando. El dolor. Todo menos él.

Leo

Haley se viste de negro para la reunión en la ciudad. Traigo a su estilista favorita para que la peine y la maquille. Mi prometida está radiante todo el tiempo, lo que alivia el nudo apretado en el centro de mi pecho. Haley lleva insistiendo en la reunión desde que la llevé a mi habitación después de que el imbécil de Rick huyera de la escena. Insistiendo. En reunirse con Caroline.

Ella quería ir sola a reunirse -de Constantine a Constantine-, pero no hay manera en el infierno. Así que ambos vamos a asistir a la reunión.

Le he dado todo lo que podía pensar como armadura. Acceso a mis abogados. Un vestido de Armani a medida. Delicados pendientes y un collar que pone un destello de oro en el hueco de su garganta. Le pregunté si quería otro color que no fuera el negro para su ropa, pero negó con la cabeza.

—No quiero parecer una Constantine. Quiero ser tuya.

Y ahora hay un cordón alrededor de su dedo, un trozo de hilo sacado de una de mis camisas.

—Esto es un marcador —dije mientras se lo ponía, y Haley asintió, con los ojos brillando. El último escudo entre ella y este día, excepto para mí.

Thomas se detiene en la acera de uno de los muchos rascacielos acristalados de Nueva York y tomo la mano de Haley entre las mías.

—Podemos enviar a los abogados sin nosotros. No tienes que reunirte con ella. Todo esto puede resolverse de otra manera.

Levanta la barbilla, sus ojos azules llenos de determinación.

—Lo quiero así —dice.

Le daré todo lo que quiera. Siempre.

Vamos primero a la sala de reuniones de la novena planta, un detalle que exigí en las negociaciones. Haley tiene tiempo de orientarse con el abogado y su adjunto, y yo estoy a su lado cuando Caroline entra con el suyo. Cuatro abogados significan cuatro testigos.

Caroline, toda de blanco, toma asiento con aire de impaciencia, se mete el bolso en el regazo y me mira a los ojos.

—No sé por qué me has hecho venir, Leo. Lo que haga el fiscal no está en mis manos. La policía tiene tu confesión en el expediente.

—¿Su confesión? —Haley inclina la cabeza hacia un lado, con tanta gracia y aspecto de reina que podría follarla aquí mismo en esta mesa—. No hemos venido a discutir los cargos contra Leo.

La tía de Haley dirige una sonrisa falsa y triste al otro lado de la mesa.

—Cariño, es mejor que te mantengas al margen de estas negociaciones. Has pasado por mucho. La familia te protegerá, si nos dejas. Te ha retorcido tanto la mente que crees que te está ayudando.

Mi amor le devuelve esa sonrisa falsa y triste con tal precisión que se me pone la piel de gallina. En este momento puedo ver la Constantine que hay en ella: la ferocidad.

—Me alegro mucho de oír eso, tía Caroline. Voy a necesitar tu ayuda con el caso.

—¿Caso?

—El caso contra Rick Joseph. —Las comisuras de la boca de Haley se vuelven hacia abajo—. Ahora que puedo sentarme para las entrevistas, voy a presentar cargos por agresión.

Los ojos de Caroline se entrecierran.

—No te asaltó, cariño. Los dos tuvieron una cita para cenar perfectamente encantadora. Tu arrebato cerca del final era completamente comprensible, dado lo que Leo te ha hecho pasar. Estabas angustiada.

—La cita para cenar —reflexiona Haley—. La cita para cenar fue encantadora, hasta que me tocó sin mi consentimiento. —Respiro a través de un agudo pico de rabia. Lo mantengo bajo control. Haley lleva un símbolo de mi amor por ella en el dedo, y está sentada en mi lado de la mesa, y es mía—. Hasta el interior de mi muslo. Casi hasta mi...

—Haley —la regaña Caroline, y se me erizan los pelos de la nuca. Es el mismo tono de mierda que intentó utilizar conmigo la noche que la azoté. La misma falsa calma, como si ella tuviera el control de la situación en lugar de salirse de control.

—Fue extraño —continúa mi Haley—. Porque se inclinó sobre mí y buscó su cinturón, y luego dijo... —Su mirada se dirige al techo—. Dijo que *esto es lo que se supone que debemos hacer.* —Un latido, y Haley se encoge de hombros—. No estoy segura de quién le dijo que debía violarme, pero... —Ella hace a un lado esto—. Esa no es la agresión de la que estoy hablando.

—No te agredió. —Caroline se ríe, incrédula, helada.

—Sí —dice Haley—. Lo hizo. —Y entonces gira la cabeza para que Caroline pueda ver el enorme moratón que cubre su sien—. Me golpeó con un pisapapeles.

Caroline no puede dejar de mirar.

—No tuve nada que ver con eso. Siento que te haya pasado, pero he intentado advertirte sobre Leo Morelli. Su violencia es reconocida.

Las cejas de Haley se juntan. La imagen de la confusión inocente.

—Pero tía Caroline, Rick te llamó. Te llamó muchas veces. Veinte minutos después de atacarme. ¿No te lo dijo? Sarah, ¿puedes mostrarle los registros telefónicos?

—Por supuesto. —Mi abogada desliza un folio por la mesa hacia Caroline, que lo abre con la punta de los dedos. Ahí están los registros de llamadas de Rick. Ahí está su número, resaltado en amarillo.

—También está la grabación —añado, y los ojos de Caroline se dirigen a los míos—. Mencionó tu nombre.

Los abogados de Caroline están tensos. Esto no era parte de la discusión original. No fue parte de las negociaciones para este lugar de encuentro, ni de ninguna otra cosa. Y no se acerca a la verdad. *Es* la verdad. No tengo cámaras en mi casa, detesto la idea de ellas, pero instalé una grabadora de voz la noche que Caroline envió a Rick a matarme. Para el seguro, principalmente. Es menos probable que alguien crea que me suicidé.

—Y hay otras. —Haley respira hondo y coge el bolso que tiene en el regazo—. Otras grabaciones, quiero decir. Estas son un poco diferentes. Un poco más antiguas. Tú estás en ellas —dice suavemente. Su mano está en el borde de la mesa—. He aprendido mucho sobre las leyes de Nueva York, tía Caroline. —Joder, estoy muy orgulloso de ella—. Sobre cómo no hay límite de tiempo para los crímenes que...

—Suficiente. —Caroline tiene una mano apoyada en la mesa. Ya no hay color en su rostro. Sus abogados se inclinan ahora, con la cara en blanco—. ¿Cómo te atreves a traicionar a tu propia familia? Es suficiente.

—¿Lo es? —pregunto, y Caroline lo odia. Odia mirarme. Me pregunto si su espalda le duele tanto como la mía—. ¿Demasiado doloroso para revivir el pasado?

Da una sonrisa apretada.

—Sería mejor para nuestras familias si no lo hiciéramos. Familias como tus hermanas, Leo. Y tu hermano y tu hermana, Haley. Estoy segura de que podemos llegar a un entendimiento.

—Como... —Haley se muerde el labio—. ¿Tal vez si nos dejaras jodidamente en paz?

Caroline se echa hacia atrás como si Haley la hubiera abofeteado, su mano convirtiéndose en un puño, pero se recupera.

—No hay necesidad de ser vulgar. No hay necesidad de todos estos abogados. Es solo un malentendido familiar.

—Y obviamente llamarás al fiscal en cuanto salgamos —dice Haley—. Me parecería muy *vulgar* que me arrastraran a un proceso judicial contra mi voluntad.

Un rápido asentimiento de cabeza. Caroline se levanta, y Haley también lo hace. Estoy a su lado. No la dejaré sola en presencia de Caroline, ni siquiera en un lugar público.

—Tengo que hacer algunas llamadas, si eso es todo...

—Discúlpate —dice Haley, y nunca he oído una resolución tan frígida en su dulce voz. Parece tan dura y furiosa como cualquier Morelli—. Por lo que hiciste.

Caroline se levanta hasta su máxima altura. Mira a Haley con amarga imperiosidad.

—Lo siento, cariño, si te has sentido herida por algo que hice.

—A Leo.

Su puño se aprieta alrededor de su bolso.

—Ese chico... —No puede creerlo—. Ese chico no se merece lo más mínimo...

—Ese *hombre* es mi prometido. —Haley se inclina hacia mí y traza el hilo alrededor de su dedo con la punta de un dedo—. Pronto será mi familia. Y me siento muy segura de hacer lo correcto para mi familia. —Apoya la mano en su bolso, su agarre a centímetros de su teléfono—. Estoy segura de que entiendes la lealtad hacia la familia.

Caroline mira fijamente a Haley durante tres latidos antes de girar la cabeza hacia mí. Sus ojos azules cristalinos brillan con ira impotente y resentimiento.

—Me disculpo.

Luego se da la vuelta y se va. Haley la ve marcharse. Después de que Caroline y sus abogados desaparezcan de la vista, suelta un suspiro.

—Sé que no sintió su disculpa —dice suavemente, sus ojos encontrándose con los míos—. Pero se sintió bien.

La acerco.

—¿Mejor que esta mañana?

Haley se sonroja.

—De ninguna manera.

—Hay más esperando en el coche, si crees que puedes soportarlo.

Enlaza su brazo con el mío, tirando con fuerza hacia la puerta.

—Vamos —dice Haley, su voz tan ligera, tan libre. La oscuridad de Caroline Constantine y el dolor del pasado se ha quedado atrás en la habitación—Deprisa, deprisa, deprisa.

Capítulo Veintiocho

Haley

La llamada a la puerta de leo llega una hora antes de mi fiesta de compromiso.

Es una noche clara y oscura, y la casa de Leo resplandece con velas y chorros de luz. Eva se ha quedado a planearla con Daphne, y las dos han tomado el castillo y lo han transformado en otro sueño.

Los invitados seguirán un camino iluminado hasta el salón de baile en el ala más alejada de la casa. Eva y Daphne no me han dejado entrar todavía. Quieren que todo el impacto de la decoración sea una sorpresa. No puedo esperar a verlo. No puedo esperar a estar en la fiesta con Leo.

Pero primero me sitúo junto a las puertas dobles y espero a que Gerard las abra.

Mi padre y Cash dudan en el umbral. Cash, porque mira el vestíbulo con inquietud, aunque ya ha estado aquí antes. Mi padre, porque me mira a mí. Mi vestido de noche es de un rosa tan pálido que es casi blanco y brilla a la luz de las velas. Su mano sube para taparse la boca, y cuando la baja de nuevo le brillan los ojos.

—Te ves... —La misma mano va a su pecho—. Te pareces a tu madre.

Salgo a la frontera del frío y tomo sus manos.

—Entren. Entren dentro. —Cash se deja arrastrar al interior. Gerard cierra la puerta y se aleja mientras yo les beso las mejillas—. Gracias, papá. Me alegro mucho de que estés aquí. Los dos.

Llevan trajes y abrigos, vestidos para la fiesta, pero mi padre se detiene.

—Si quieres que nos vayamos, Haley...

—No.

—Lo siento. —Su angustia brilla en su voz, pero no vacila—. Lo siento por tantas cosas, Haley, pero no debería haber aceptado ayudar a Caroline, sin importar lo que me hiciera. No debería haber intentado que te quedaras en casa. No te culpo si no puedes perdonarme.

—Yo también lo siento, Hales. —Las mejillas de Cash están de un rojo avergonzado, y no puedo soportarlo.

Los atraigo a ambos en mis brazos, tanto como puedo.

—No más disculpas. ¿De acuerdo? Son mi familia. Siempre seran mi familia. Los quiero en mi vida, y los quiero en mi fiesta de compromiso y en todo lo demás. Todo eso está en el pasado.

Mi padre me inclina la cara para poder ver mis ojos.

—¿Eres feliz aquí? ¿Lo quieres?

Nunca me ha juzgado. Ni una sola vez. Y ahora no hay ningún tono juzgador en su voz.

—Lo quiero mucho. —Dejo que me vea sonreír. Dejo que vea mi felicidad—. Es el único hombre que querré siempre.

Sonríe.

—Entonces has hecho la elección perfecta. Me alegro mucho por ti, cariño.

—Yo también. —Cash se mete las manos en los bolsillos—. Lo digo en serio. —Se inclina para abrazarme. Luego se aclara la garganta—. ¿Está todo arreglado, entonces? ¿Con Caroline? ¿Con la policía?

—Sí. Todo está bien ahora.

Otro golpe en la puerta, y Gerard reaparece para abrirla.

Mi hermana entra sola, con los ojos enormes, mirando todo lo que hay en el vestíbulo. Su cara se ilumina cuando me ve.

—Hola, Haley. ¿Llego tarde?

—Llegas temprano. Los quería a todos aquí temprano. ¿Dónde está Jeremy?

Sacude la cabeza.

—He venido sola. Él no quería venir. —Petra sacude la cabeza—. Lo siento, pero no te preocupes por él. Estás guapísima.

Se me aprieta el corazón. Es una gran cosa para Petra venir en contra de los deseos de su marido. Él no lo aprobará, pero ella vino de todos modos. Por mí. Por la familia.

—Gracias —digo, con la voz baja.

—Por supuesto. Es una casa preciosa. —Una sonrisa tímida—. Me encantaría verla, si tenemos tiempo.

Tenemos tiempo. Se siente bien enseñar a mi familia mi casa. Se siente mejor cuando Petra se entusiasma con la decoración y mi padre aprecia el estudio y Cash bromea sobre el tamaño de la cocina.

Tengo un momento de nerviosismo cuando llegamos de nuevo al vestíbulo y encuentro a Leo esperando allí con Eva y Daphne. Leo está moviendo la cabeza, impresionante en todo su magnífico negro. Daphne se ríe de él. Han hecho las paces, por ahora, sobre su acosador. Sobre el coleccionista.

Eva podría ser una glamorosa modelo de pasarela, también de negro.

Leo me ve primero. Nunca me acostumbraré a cómo cambia su cara cuando entro en una habitación. A veces su expresión se agudiza por la necesidad y a veces se suaviza por el alivio, pero sus ojos siempre, siempre, arden de amor. Mi nerviosismo parece ahora ridículo. Llevo a mi familia hasta él y lo atraigo a mi lado, donde lo quiero. Donde siempre lo quiero.

—Leo, ya conociste a mi padre y a Cash, pero he pensado que podríamos empezar de nuevo. Este es mi padre, Phillip. Mi hermano, Cash. Y mi hermana, Petra. Familia, este es mi Leo.

Les da la mano como el príncipe que es.

—Leo, tenemos que hablar —dice mi padre—. ¿Ya han revisado tus abogados el papeleo? Mis inventos están languideciendo. Siempre supe que podías ver la visión.

—Papá —digo, escandalizada—. No puedo creerlo.

Leo se ríe.

—Tienes razón, Haley. Hablaremos después de la fiesta, él y yo.

Sacudo la cabeza, pero no me interpondré en su camino. La verdad es que Leo tiene el dinero. Y la visión. Y los inventos de mi padre podrían cambiar el mundo. No se me escapa que mi padre vio a Leo por lo que era incluso antes que yo. Centrado, dijo. Era la verdad.

Leo presenta a Eva y Daphne a mi familia, y luego Lucian irrumpe con Elaine, y son los primeros de los muchos invitados que llegan para celebrar nuestro compromiso.

Nunca había visto tanta gente en su casa. Leo y yo nos quedamos en la puerta, saludando a una persona tras otra con ropas bonitas y sonrisas que parecen lo suficientemente reales como para confiar en ellas, al menos por esta noche. El resto de sus hermanos llegan.

Sus padres llegan.

Hay un momento de frialdad cuando entran por la puerta, pero la presencia de Leo lo supera. Estrecha la mano de su padre. Besa la mejilla de su madre. Me presenta como su prometida y los manda a la fiesta. Solo después me doy cuenta de que me ha mantenido ligeramente detrás de él todo el tiempo.

Viene más gente, pero Leo pone su mano en la parte baja de mi espalda y me acerca.

—Se supone que tenemos que hacer una entrada ahora —me murmura al oído.

—Podríamos huir en su lugar. Podríamos escondernos en el dormitorio.

Se ríe.

—Mis hermanas nunca lo dejarían pasar. —Leo coge mi mano entre las suyas y besa el lazo de hilo que puso allí después de pedirme matrimonio—. Ven, cariño. Vamos a la fiesta.

Gerard espera en la entrada del salón de baile. El sonido de la fiesta fluye hacia el salón y sobre nosotros. Los viejos nervios me hacen apretar más fuerte la mano de Leo.

Se aclara la garganta.

—No es muy elegante, ¿vale? No como las fiestas de los Constantine.

Las puertas se abren para dejarnos entrar. No pienso llorar, en absoluto, pero las lágrimas se derraman inmediatamente, arruinando el maquillaje en el que he invertido tanto tiempo.

—Es perfecto.

No es como las fiestas de los Constantine. Es mejor. Leo es cálido y sólido a mi lado, y el salón de baile es impresionante. Eva y Daphne lo han decorado en blanco y negro, y rosa y oro, y todo es delicado y fuerte bajo un resplandor de velas y estrellas.

Y las ventanas...

Los gigantescos ventanales dan a un patio iluminado con estrellas fugaces. Pequeñas luces sobre el banco de Leo, sobre su árbol y por

todas partes. Los cristales centrales de la ventana, que estaban cubiertos cuando me trajo aquí antes, están expuestos. Es una versión más grande de la puerta de vidriera que da acceso a su patio. Una rosa brillante, que se contrapone a la noche y brilla con la luz de nuestra fiesta. Es una visión, y sirve de telón de fondo para otra visión, que es un salón de baile lleno de gente guapa con esmóquines oscuros y vestidos en tonos joya que estallan en aplausos y vítores ante nuestra presencia.

La música que había estado sonando tranquilamente bajo toda la conversación se hace más fuerte, y Leo me coge de la mano.

—Sobre el baile —dice.

Me congelo.

—No vamos a bailar delante de toda esta gente.

—Fue idea de Eva, y todo el mundo nos está mirando. —Hay risa en sus ojos, y no puedo creerlo. No puedo creer que esté de acuerdo con esto como si fuera una persona fácil.

—¿Y vas a seguirles la corriente?

Leo se encoge de hombros.

—Quiero bailar contigo. No me importa quién lo vea.

No me da más tiempo para discutir. Como siempre, Leo toma el mando. Y no importa que nunca haya recibido clases de baile como mis primos Constantine. Hace un marco con su cuerpo y yo floto brevemente fuera del mío para ver cómo me mueve por el salón de baile frente a las brillantes vidrieras.

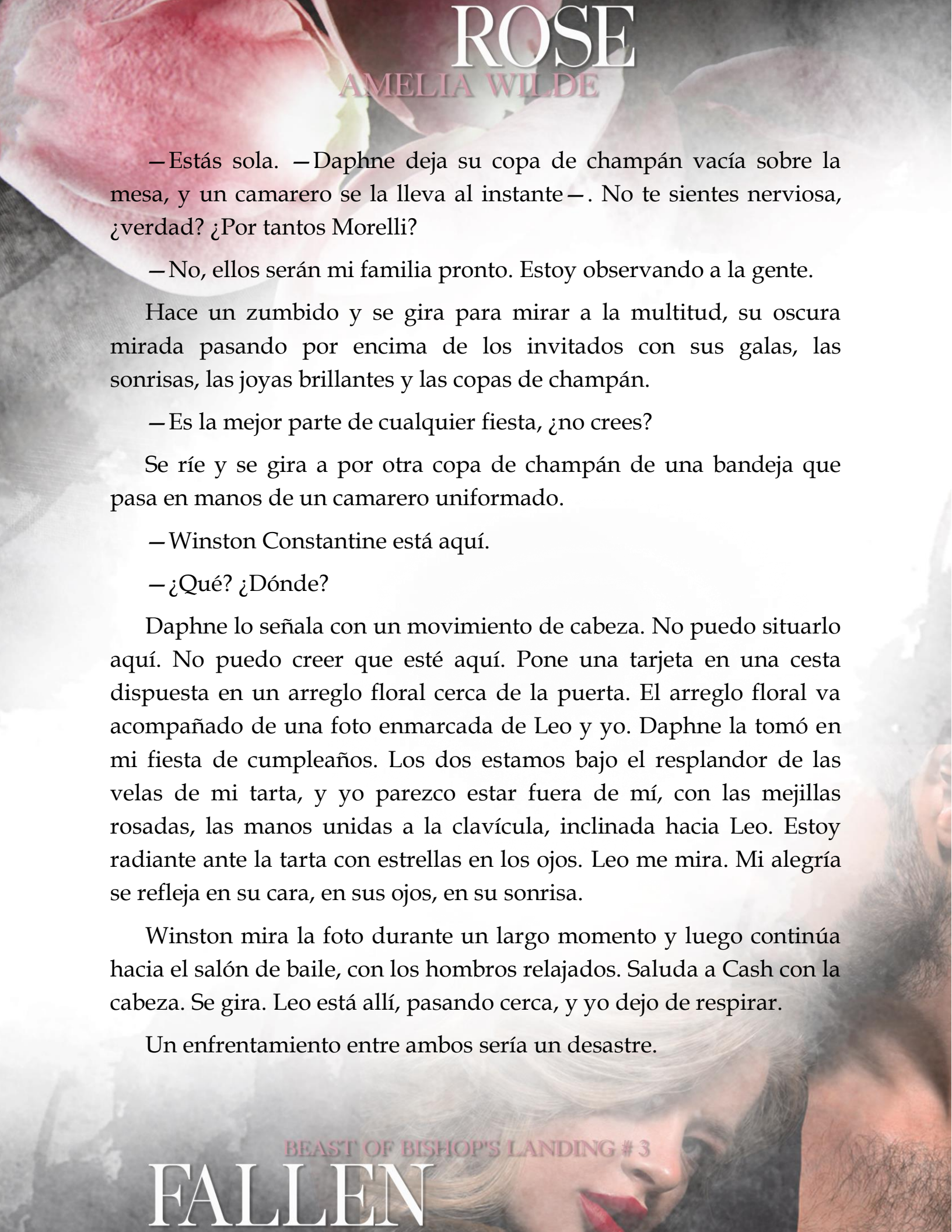
Es impresionante. Es mío. Y juntos somos el centro de esta fiesta. Cuando me hace girar hacia un lado del salón de baile, el volumen de la fiesta aumenta. Pero no desaparecemos en ella. Leo me presenta a una persona tras otra. Todos quieren vernos. Verme a mí. Es una buena sensación, pero no es la mejor. La mejor es mirarlo a él. No sé por qué he deseado tanto ser el centro de atención en una fiesta cuando lo que más quiero es poder mirarle a él. Tal vez eso me hace estar enamorada.

Me parece bien.

Alguien lo llama por su nombre un rato después de la fiesta. Leo me deja junto a una mesa de pie cerca de la vidriera con un beso en la sien y la promesa de volver antes de que me dé cuenta.

Eva ha hecho retro iluminar el escaparate para la ocasión. Los colores caen sobre el mantel blanco y los trazo con la punta del dedo mientras bebo champán. Es la primera oportunidad que tengo de ver realmente la fiesta.

Hace que las lágrimas se acumulen en mis ojos. Ahí está mi padre, hablando animadamente con Eva. Los padres de Leo son el centro de atención en una esquina de la habitación. No parecen entusiasmados precisamente, pero ambos lucen pequeñas sonrisas apropiadas para la fiesta. Cash está de pie con uno de los primos Constantine, que francamente parece sorprendido de que la fiesta sea tan agradable. Petra ha encontrado a otras dos mujeres con las que hablar. Su rostro es rosado, y las comisuras de sus labios se levantan en una sonrisa que sé que significa que está realmente contenta.



—Estás sola. —Daphne deja su copa de champán vacía sobre la mesa, y un camarero se la lleva al instante—. No te sientes nerviosa, ¿verdad? ¿Por tantos Morelli?

—No, ellos serán mi familia pronto. Estoy observando a la gente.

Hace un zumbido y se gira para mirar a la multitud, su oscura mirada pasando por encima de los invitados con sus galas, las sonrisas, las joyas brillantes y las copas de champán.

—Es la mejor parte de cualquier fiesta, ¿no crees?

Se ríe y se gira a por otra copa de champán de una bandeja que pasa en manos de un camarero uniformado.

—Winston Constantine está aquí.

—¿Qué? ¿Dónde?

Daphne lo señala con un movimiento de cabeza. No puedo situarlo aquí. No puedo creer que esté aquí. Pone una tarjeta en una cesta dispuesta en un arreglo floral cerca de la puerta. El arreglo floral va acompañado de una foto enmarcada de Leo y yo. Daphne la tomó en mi fiesta de cumpleaños. Los dos estamos bajo el resplandor de las velas de mi tarta, y yo parezco estar fuera de mí, con las mejillas rosadas, las manos unidas a la clavícula, inclinada hacia Leo. Estoy radiante ante la tarta con estrellas en los ojos. Leo me mira. Mi alegría se refleja en su cara, en sus ojos, en su sonrisa.

Winston mira la foto durante un largo momento y luego continúa hacia el salón de baile, con los hombros relajados. Saluda a Cash con la cabeza. Se gira. Leo está allí, pasando cerca, y yo dejo de respirar.

Un enfrentamiento entre ambos sería un desastre.

Pero ninguno de los dos se mueve para atacar al otro. Se miden mutuamente durante el latido más largo de mi vida. Y entonces Winston habla. Sus manos se levantan delante de él, un gesto rápido que dice *lo he intentado*. Leo asiente una vez. Dos veces. No estoy seguro de cuál de ellos ofrece su mano para estrecharla primero. Pero lo hacen mientras Winston se inclina para decir una cosa más. Leo responde, y luego ambos continúan como si no acabaran de esquivar un desastre.

—Bueno —dice Daphne—, no es así como pensé que iría.

Finalmente exhalo. Las cosas nunca se resolverán del todo entre los Morelli y los Constantine. Hay demasiado dolor en el pasado. Pero esta noche, al menos, para mi fiesta de compromiso, nadie se ha matado. Nadie ha dado ni siquiera un puñetazo. ¿Y Winston y Leo dándose la mano?

Una paz tenue y sin precedentes.

Me pierdo en el brillo de la fiesta. El brillo de las luces de las hadas en el vestido de Eva. Los rostros de los padres de Leo a la luz de las velas. Todos tienen el cabello oscuro de su padre, pero hay más de su madre en sus rasgos de lo que imaginaba. La delicada caída de la tela blanca y dorada. La forma en que el blanco no es nada sin el contraste del negro. La forma en que el oro brilla mejor cuando hay noche detrás de él.

—Guau. —Los ojos de Daphne se abren de par en par—. ¿Qué primo Constantine es *ese*?

Sigo sus ojos hacia el lado opuesto del salón de baile, y es obvio a quién se refiere. El hombre está de pie ante la puerta, vestido de negro

impecable y muy alto. Es rubio y bello de la misma manera en que lo es un cuchillo. Tan afilado como para cortar. Hay algo familiar en sus rasgos, pero algo está mal. Algo está mal.

Y luego está el perro.

Un precioso perro negro, enorme y delgado, espera a su lado con una quietud que me hace pensar que es un perro de servicio de algún tipo. Meticulosamente entrenado, al menos. La gente empieza a fijarse en el hombre. La gente empieza a fijarse en el perro. Un escalofrío arrastra una uña por mi columna vertebral.

—No es un Constantine —le digo a Daphne.

—Se parece a uno. Rubio. Alto. —Ella sonríe—. Guapo.

—Créeme. He estado en las fiestas de Constantine desde que era un bebé. Es un extraño.

Definitivamente no es un Constantine, pero es interesante de todos modos. Hay algo atractivo en él. Una atracción magnética que todo el mundo en la sala siente. Leo también se ha fijado en él. Se acerca al hombre y a su perro con una expresión de sorpresa. Un parpadeo de incertidumbre. Un parpadeo de preocupación. Luego hablan entre ellos y los hombros de Leo se relajan.

—Esta noche es muy rara —dice Daphne—. Pero es buena, ¿no crees?

—Es la mejor noche. —Alguien llama a Daphne. Es una de las mujeres con las que Petra estaba hablando. Las tres mujeres se acercan a la mesa en un revuelo de vestidos y risas.

Cuando vuelvo a salir de la conversación, Leo se ha ido.



Capítulo Veintinueve

Haley

Espero veinte minutos antes de ir a buscar a Leo. Es más difícil de lo que creía que iba a ser sacarme de la fiesta. Cuando se trata de tu propia fiesta de compromiso, resulta que absolutamente todo el mundo quiere hablar contigo. Hace calor en el salón de baile. Abarrotado.

Puede ser ligeramente abrumador, ser tan feliz. Y tan amada.

Entrar en el pasillo es un dulce alivio. Las luces son más bajas aquí, la temperatura más fresca. Sigo los adornos por el pasillo y doblo la esquina.

Leo está en su oficina. La luz sale en ángulo de la puerta. Más que la luz del fuego, menos que la gran lámpara empotrada en el techo que Leo rara vez enciende. Su puerta se cerró antes para la fiesta. Eva y Daphne habilitaron varios espacios para que los invitados se dirigieran si necesitaban un descanso del salón de baile: cinco o seis

salas diferentes, cada una de ellas escenificada para la ocasión. Leo juró que no le importaba quién viera sus muebles. Eva le ignoró.

—No me gusta dar más información de la necesaria —me dijo.

Me dirijo hacia la puerta entreabierta. Mi corazón se adelanta. No es propio de Leo dejarme, así que, si lo ha hecho, debe ser por algo importante.

En la puerta de su oficina, cambio mi posición para ver hacia adentro.

Esa sensación de falta de aliento y de brillo me invade, más fuerte de lo que nunca había sentido. La piel de gallina se extiende desde la punta de los dedos hasta la parte superior de los hombros. Estoy desesperada por entender lo que está pasando y, al mismo tiempo, segura de que todo está bien. Que pronto lo sabré.

Leo se apoya en su escritorio, con un pie cruzado sobre el otro. Los brazos cruzados bajo el pecho. La cabeza inclinada. Una pequeña lámpara arde en la esquina de la habitación, pero por lo demás solo le ilumina la luz del fuego. Estaba de pie de esta manera cuando volví a él la primera vez. No supe qué hacía hasta que hizo la señal de la cruz. No lo entendí. Tal vez todavía no lo hago. Tal vez la comprensión está sobrevalorada. Tal vez hay algo que decir sobre la fe.

Ahora no está Ronan, golpeando su pistola contra sus pantalones y esperando para disparar. El hombre de la fiesta se sienta en una de las sillas junto al fuego, de cara a Leo. Está inclinado hacia la puerta. No puedo verle la cara, solo vislumbro su perfil. Acaricia la cabeza del perro distraídamente. Con cariño. Nunca he visto a otra persona tan a gusto en el despacho de Leo.

No estoy viendo un silencio incómodo. Estoy viendo un santuario.

Leo hace la señal de la cruz, suelta un suspiro y abre los ojos.

—¿Católico? —dice el hombre. Su voz no es como la de Leo. Me recuerda al hielo bajo un cielo oscuro.

—¿Qué me delató? —dice Leo.

El hombre se ríe, y un escalofrío recorre mi columna vertebral.

—No hace mucho visité una iglesia católica con mis hermanos. Me pareció que toda la ceremonia y el ritual se habían convertido en parte de la piedra.

—No puedo imaginarte sentado en la misa.

—No lo hicimos. Estábamos buscando la tumba de una mujer.

—¿La encontraste?

—Sí.

Se hace el silencio, roto por un silencioso golpeteo en la ventana. Leo mira hacia el pájaro.

—Vete, entrometido. —Luego se vuelve hacia el fuego, hacia el hombre—. ¿Hasta cuándo?

—Quince minutos. Deberíamos esperar otros cinco para estar seguros.

Una mano en el codo casi me hace gritar, pero no lo hago. Es Gerard, que ha venido a buscarme. Me acompaña fuera del despacho de Leo.

—Se te echa de menos en la fiesta.

—Volveré —digo rápidamente—. Pero qué... quién...

—Un amigo de Leo. Poderoso en otra parte del país.

—Tal vez debería entrar. Leo podría necesitarme.

—Estará bien —dice Gerard, y yo le creo. Lo suficiente como para volver a la fiesta. La gente también echa de menos a Leo, pero estamos llegando al punto de la noche en que todos están encantados y ligeramente achispados, y nadie cuestiona mis excusas. No pierdo de vista la ventana de su despacho. La luz que entra por el cristal. Puedo ver la forma redonda y emplumada del pájaro en la esquina. Me pierdo en la conversación, en las felicitaciones, durante todo el tiempo que puedo soportar.

No es muy largo.

Esta vez, me escabullo sin llamar mucho la atención. Estoy casi en la oficina de Leo cuando lo veo en el vestíbulo: el hombre con su perro. Gerard le entrega un abrigo negro que me recuerda al de Leo. Su perro se sienta a sus pies mientras se lo pone. Gerard le habla. Le responde. Y entonces me mira por encima de la cabeza de Gerard.

Incluso desde esta distancia, sé lo que es diferente en él. Son sus ojos.

Inclina su cabeza hacia mí, su sonrisa como un diamante tallado, y luego se aleja hacia las sombras.

El despacho de Leo parece ahora aún más grande. Entro y cierro la puerta detrás de mí.

Se sienta en una silla junto al fuego, mirando fijamente las llamas, y no sé qué es, pero algo va mal. Algo va muy mal. Leo parece tan agitado como cuando me puse entre él y el arma de Ronan. Conmocionado hasta la médula. Y algo más. No sé qué. Y tengo que

saberlo. Nunca debí haberme quedado fuera de la puerta. Nunca debí permitirme volver a la fiesta.

Voy hacia él y me hundo en una nube de tela cara a sus pies, entre sus rodillas. Me aprieto. La piel de gallina me sube por los brazos hasta la nuca. Leo me coge la cara con las manos, usando las yemas de los pulgares para memorizarme allí. Me mira a los ojos y los suyos son tan oscuros, el oro tan brillante, que mi corazón se astilla.

—¿Qué ha pasado? ¿Quién era ese hombre? Leo, por favor, dime.

Traga saliva.

—Tengo una confesión.

—Dime. Por favor. Te quiero.

Con sus manos en mi cara, mirándome a los ojos, Leo me lo cuenta todo. Me habla de su encuentro con Winston, y de la conversación que tuvieron sobre Caroline. Me cuenta que le mostró a Winston una prueba. Sus ojos se oscurecen al mencionarlo, así que no pregunto. Me entero de Winston está en la fiesta porque creyó a Leo, pero no pudo convencer a su madre de que se retirara a tiempo. Vino a la fiesta para decírselo a Leo.

Y luego me habla del visitante con el que se encontró. Explica que era el hombre de la biblioteca, el de los ojos extraños. Aquel cuya esposa era como una pequeña luna. Ese hombre, un hombre llamado Hades, intentó comprarle Jane Eyre, y de ahí que se conozcan. Leo me cuenta cómo, en su única conversación telefónica, ese hombre escuchó el dolor en su voz y le preguntó por él. Habla del dolor en su espalda, el dolor crónico e interminable.

—Nadie más —dice Leo—. Nadie más se ha dado cuenta antes.

—¿Así que lo invitaste a nuestra fiesta de compromiso?

—No. Me enteré... —Sacude la cabeza. Sus mejillas adquieren un color que no suele tener, y el corazón me late en el hueco de la garganta. No sé qué significa—. He descubierto que es dueño de una mina de diamantes. Su maestro joyero es el mejor del país. Quería un anillo para ti.

—Amo lo que tengo. —Puede que no valga un montón de dinero, pero significa compromiso. Significa amor. Y lo apreciaría aunque Leo Morelli no tuviera un castillo.

Me da una suave sonrisa.

—Esto es mejor.

Una caja de terciopelo aparece en mis manos y abro la tapa con cuidado. Y jadeo. Un gran diamante brilla en el centro, pero no es blanco. Ni amarillo. O rosa. O cualquiera de los otros colores que he visto llevar a mis primos Constantine. En su lugar es un negro brillante.

—¿Cómo? —Logro decir, con la voz temblorosa—. Esto es... demasiado. Es precioso. No puedo.

Parece entender mis balbuceos.

—Es naturalmente de ese color. Corte de magnolia. Cinco quilates.

Es una forma intrincada con bordes rizados, rodeada por una hilera de diamantes de felpa, como si estuviera acunada en una nube. Inclino la caja, moviendo el anillo dentro y fuera de la luz. En las sombras parece casi opaco. Solo a la luz se pueden ver las millones facetas perfectas. Me recuerda al propio Leo Morelli.

—Es perfecto, Leo. ¿Cómo lo supiste?

—Quería algo único para ti. —Leo no me mira a los ojos mientras me quita la caja de terciopelo de mis manos temblorosas. Saca el anillo del satén y lo retuerce suavemente—. Hay una inscripción. Había demasiadas cosas que quería decir, pero no hay suficiente espacio.

Le quito el anillo, necesitando leerlo. La banda de oro tiene un grabado increíblemente fino en la parte superior, algo que parece a la vez antiguo y atemporal. El interior es casi liso, excepto por una inscripción que dice *No soy un pájaro y ninguna red me atrapa.* Las lágrimas me calientan los ojos.

—Es una cita de Jane Eyre —consigo decir, sintiendo que me falta el aire, que me desmayo—. Mi cita favorita.

Sus ojos oscuros nadan ante mí como un diamante negro. A través de ojos llorosos le veo deslizar el anillo en mi dedo.

—Quiero que seas libre. No atrapada aquí, Haley. No por un contrato ni por nada. Quiero que elijas esto.

—Lo hago. —Y se lo demuestro echándole los brazos al cuello. Como siempre, tengo cuidado. Incluso cuando estoy llena de emoción, llena de pasión, tengo cuidado de no tocar demasiado bajo su cuello. Ahí es donde empiezan sus cicatrices. Donde comienza su dolor, y no quiero ningún dolor en este momento.

Leo se retira y me lanza una mirada ilegible.

—Algo va mal —digo, percibiendo su incertidumbre—. Sea lo que sea, puedes decírmelo. El anillo. ¿Es demasiado? Oh, claro que es demasiado. No necesito algo tan caro.

—No es eso. No, cariño. Es... —Sacude la cabeza—. El dueño de la mina. Él sabe sobre el dolor. Es el único que he conocido que sabe algo sobre la forma… —Respira profundamente—. Tiene un tipo diferente de analgésico. Uno que solo está hecho para él, para un dolor como éste.

Leo me lo describió una vez. Una maraña irresoluble de nervios y cicatrices. Cualquier cosa puede herirlo. El tacto. El estrés. Cualquier cosa. Parece tan enfadado para los demás porque sufre constantemente. Utiliza su rabia para distraer de la verdad.

—¿En qué se diferencia?

Sus ojos se abren de par en par, la expresión ha pasado tan rápido que podría haber parpadeado y no haberlo visto.

—No hay efectos secundarios. No deja inconsciente a una persona como él. Una persona como yo.

No sé si tener esperanzas o desesperarme. Estoy atrapada entre las dos, y no sé qué significa la emoción en los ojos de Leo.

—¿Vino a contártelo?

—Vino a entregar un anillo para ti. Junto con lo que llamó un regalo de bodas.

—La boda no es hasta el próximo mes.

—Eso es lo que dije. Simplemente se rio. —La seriedad se apodera de las facciones de Leo y me deja sin aliento de nuevo. Es un milagro que pueda seguir respirando cuando lo miro—. Ha traído algunos de esos analgésicos para mí. Suficientes para mucho tiempo. Y el bastardo entrometido se sentó aquí para asegurarse que no me mataran.

—¿Pensaste que podrían *matarte*?

—No. No lo hice. Pero el dolor me estaba matando. No he... —Una respiración con el indicio de un estremecimiento—. Fui sincero con él. Cuando le compré ese libro. Le dije que no creía que pudiera sobrevivir. Ha pasado tanto tiempo. —Me roza un beso en los labios—. No podía dejar que me alejara de ti. Así que cuando me ofreció una oportunidad esta noche, la aproveché.

—Leo...

—Perdóname, cariño, si el riesgo te asusta. Tenía que intentarlo.

Mi corazón va a estallar si no me lo dice ahora. Me siento como si estuviera al borde de un acantilado, con los dedos de los pies enroscados.

—No hay nada que perdonar. Pero, Leo, ¿funcionó?

—Me ha estado doliendo durante mucho tiempo, joder —dice, con la voz quebrada.

—¿Funcionó? —Odio presionarlo. Solo quiero esto para él. Más que nada. Está despierto y con los ojos despejados, como tiene que estar para sobrevivir—. ¿Te duele ahora?

—No. —Toma un respiro que roza el jadeo—. No me duele nada.

Leo se cubre la cara con ambas manos, un sollozo desgarrado bajo sus palmas, y se deja caer de nuevo en su silla.

Por primera vez en dieciocho años, se permite descansar.

Capítulo Treinta

Leo

Haley se sube a mi regazo, a mis brazos, y obliga a una oleada de lágrimas calientes a sostenerla de esta manera. Sin sostenerme también a mí mismo y alejarme de los malditos muebles. Ella me pidió esto una vez. Le di veinte minutos de su cabeza sobre mi pecho, acurrucada contra mi costado, y lo pagué con una noche de insomnio en la agonía.

Lo volvería a hacer por ella.

Pero no tengo que hacerlo.

Ahora es ella la que se sostiene, con vacilación en cada músculo. Me inclino más hacia la silla. La acerco más. Ella apoya su cabeza en mi hombro, cediéndome su peso.

Había olvidado cómo era.

Durante mucho tiempo, el único lugar en el que podía tocar el recuerdo de vivir en un cuerpo que no estuviera atormentado por el

dolor era en mis sueños. Incluso entonces nunca duró. Nunca fue completo. Podía sentir los cortes en mi espalda en la distancia. En los últimos años ha sido peor en incrementos, como si me estuvieran hirviendo vivo lentamente.

Así que cuando Hades -que parece un puto Constantine, qué ironía- me entregó la segunda caja negra, no me permití imaginar un resultado que no implicara vivir en el infierno.

Ahora lo recuerdo, porque ya no hay dolor. Ya no hay presión en las cicatrices de mi espalda, clavándose en mis nervios. Ya no hay cortes radiantes que rodean la parte delantera de mis costillas. Ya no hay clavos en mi nuca. Simplemente ha desaparecido. Desterrado.

No se irá para siempre. Estos pequeños milagros en forma de píldora no duran indefinidamente. Pero si hay que confiar en Hades -y no tengo más remedio que confiar en él- no empezará en la cima. Tendré tiempo. Tendré una vida.

Tendré a Haley, su dulzura acurrucada en mí, dejándome abrazarla como siempre debí hacerlo.

Joder, estaba tan cerca. Tan cerca de hundirme en la ineludible oscuridad. Haley lo habría detenido, por un tiempo. La quiero demasiado como para no oponer resistencia. Pero habría pasado, de no ser por ese capullo de ojos extraños que me bloqueaba el camino.

Ese dolor era una jaula. Una jaula física, sí. Una que me mantenía alejada del mundo físico. Y una emocional. No sé qué hacer con él, todo ese sentimiento.

Al final, las compuertas se cierran. El dolor se alivia.

—¿Estás triste? —Haley me quita una lágrima errante de la mejilla.

—No. —La beso, y no siento nada más que la suavidad de sus labios contra los míos. Nada más que la forma en que respira rápidamente. Nada más que ella—. Soy libre.

Volvemos a la fiesta y Haley no deja de mirarme. Estudiando mi cara. Quiero decirle que es la misma de siempre, pero no es así. Lo sé por la forma en que brillan sus ojos.

Quiero follarla sin tener que ignorar el tormento inminente. Duele menos cuando estoy dentro de ella, cuando la toco, claro que sí. Por supuesto que sí. Pero esto es diferente. Estar con tanto dolor era como estar adormecido, en cierto modo. No me daba acceso a ninguna otra sensación.

Cuando la puerta de la habitación se cierra detrás de nosotros, la desenvuelvo como un regalo de compromiso y me deshago de sus bragas y su sujetador. La abro como una flor sobre la cama y entierro mi cara entre sus piernas. Su sabor es aún más dulce por lo poco que me duele hacerlo. Puedo poner sus piernas sobre mis hombros y hacer que se corra así. Puedo dejar que clave sus talones en mí mientras su orgasmo la sacude. Puedo hacer cualquier cosa.

Está cansada de la fiesta, muy cansada, pero me da todo de ella. Haley gime y llora cuando le castigo el coño por el delito de ser tan jodidamente perfecta y llora un poco más cuando le follo la garganta.

Sus lágrimas se están secando cuando la llevo a las almohadas, la abro de par en par y hago que me tome de una vez. Me encanta ver su cuerpo cuando se esfuerza, todo cabello rubio y músculos palpitantes. Me encanta la lucha. Me encanta morderla, herirla y hacer que su coño se estreche con ese ritmo dulce y sucio mientras se corre sobre mí.

Haley interrumpe su propia serie de gemidos con mi nombre.

—Leo. Leo...

La muerdo de nuevo, y ella emite un sonido de placer-dolor que me gustaría escuchar todos los días hasta que me muera.

—Dilo un poco más, cariño.

—Leo —dice, y la emoción en su voz hace que me duela el pecho—. ¿Crees que podría estar yo arriba?

Me quedo helado, con la polla enterrada en ella hasta el fondo, y en el espacio de este momento me han empujado fuera de la cama. Fuera de mi cuerpo. Ella ha estado arriba antes, pero nunca de la manera que está pidiendo ahora. Nadie lo ha hecho.

Excepto por Caroline.

Empujo y me alejo de ella. Necesito espacio para respirar. Es horrible, es jodidamente horrible, porque quiero seguir follando con ella. Pero esta inocente pregunta de la Constantine más inocente que ha existido nunca, ha pinchado un cable invisible en mi cerebro, o en mi alma. En algún lugar oculto. En lo más profundo.

Y es ahora, es justo ahora, cuando comprendo la última pieza de mi penitencia. Comprendo que hay algo separado de la experiencia del dolor físico. Siempre ha sido más fácil dejar que el tormento de los nervios jodidos ocupe mi atención, porque algo más hizo igual daño. Jugó un papel igual en convertirme en la bestia en la que me convertí.

—Leo. —La voz de Haley es muy suave. Me doy cuenta que lleva un rato diciendo mi nombre—. Vuelve. Leo.

Agacho la cabeza hasta su clavícula y lamo la marca de la mordedura que he dejado. Me concentro en lo cálida que está a mi alrededor. En lo apretada que está, en lo suave que es. Dejo que esa sensación reprima las ganas de correr. No lejos de Haley. Nunca lejos de ella. Lejos de los recuerdos enfermizos.

—Nunca he hecho eso antes —le confieso, y luego rectifico mi confesión—. No lo he hecho desde Caroline. No en… no en una cama.

—Oh —dice ella—. Oh, Leo.

No oigo lástima en sus palabras, y eso, creo, es lo que me obliga a contarle el resto.

Nunca le he contado a nadie la forma en que fue con Caroline. La forma en que insistió en estar conmigo. Yo era demasiado joven para verlo como lo que era. No era una preferencia real, sino una preferencia por el poder. Ella quería ser la que estaba arriba, literal y figurativamente, así que así era. Podría no haber dejado tantas cicatrices si no hubiera sido por ese último día.

El día que grabé los vídeos. Para entonces, ya sospechaba de ella, y cada vez me daba más asco estar con ella, y pensé que la propia cámara actuaría como una especie de talismán contra más de su comportamiento psicótico. Seguramente ella asumiría que yo tenía una y lo cancelaría. O acudiría a la reunión como Caroline Constantine, reina de Bishop's Landing.

No hizo ninguna de las dos cosas. Hizo algo peor. Y he pagado por ello con todo tipo de dolor cada día desde entonces.

—Mi espalda no era más que una herida abierta —le digo a Haley, y ella no se tensa debajo de mí. No se inmuta. Sigue pasando sus

manos por mis hombros, una y otra vez—. Las sábanas se sentían como piedras afiladas. Como fuego. Y la presión de su cuerpo...

—Está bien, —dice ella. Se refiere a *sigue adelante*.

—No hubo nadie antes de ella. —Haley desliza sus dedos por mi cabello—. Y nunca pensé que esto sería posible después. Ni siquiera fantaseé con ello.

Confieso que el recuerdo no ha perdido su cualidad nauseabunda. Confieso que no sé qué pasará si lo hacemos. Confieso que tengo miedo, tengo puto miedo, de que Caroline me lo haya quitado definitivamente. Que incluso con mi dolor conquistado, seguiré herido. Roto.

—Estaba impotente —le digo. No hay mayor pecado para un Morelli que ser impotente. Admitirlo es probablemente el mayor riesgo que he corrido.

Haley presiona un beso en mi hombro.

—Ya no.

Me levanto para poder ver su cara. Me mira con tanto amor en sus ojos. Más de lo que jamás mereceré. Me deja mirar ese azul perfecto hasta que mi respiración se calma.

Y entonces se arquea debajo de mí, estirando su cuerpo, restableciéndonos.

Me quita una de mis manos de donde estoy acariciando su cabello.

Haley la pone alrededor de su garganta. Encierra ambas manos alrededor de mi muñeca y tira de mi brazo hacia ella hasta que soy yo quien controla la presión. Hasta que estoy duro como una roca dentro

de ella. Hasta que ella se retuerce sobre mi polla. Empieza a luchar contra el agarre de su garganta. Empieza a necesitar más aire.

—Así —se las arregla para decir.

Un deseo fresco y animal estalla sobre mí. La necesidad de follar con ella se apodera de todos los músculos, incluido mi palpitante e inestable corazón. Me siento enorme sobre ella. Sólido. Fuerte contra su suavidad.

Me doy la vuelta sobre mi espalda, llevando a Haley conmigo.

Me preparo para el dolor antes de anular el viejo hábito, pero no llega ninguno. No hay dolor físico. Ni dolor de nervios. Aterrizo en sábanas suaves. En un colchón firme.

No hay dolor, pero mis pulmones se hacen más pequeños, no aspiran suficiente aire. Mi corazón se acelera. Mi visión se agudiza. Mi cuerpo se prepara para sacarme de esta situación. Alejarme de la tortura que sé que se avecina. La vergüenza.

Excepto que es Haley.

Aunque mi cuerpo sabe que esto es peligroso, que está mal, también sabe que ella tiene razón. Es la cosa más bonita que he visto nunca. Más hermosa por la forma en que deja que la ahogue mientras monta mi polla. Tenía miedo de que su cuerpo en esta posición me forzara a un viejo recuerdo, pero no debería haberlo hecho. Debería haber confiado en que la conozco. La he sentido. La deseo.

La necesito. Así. Ahora.

Mi corazón intenta levantar el vuelo de nuevo, pero me concentro en ella. En el apretón de sus músculos a mi alrededor. En sus grandes

ojos azules, que se quedan en los míos porque sabe lo mucho que me gusta. Sabe cuánto me gusta verla llorar. Pellizco uno de sus pezones hasta que llora, luego el otro, su coño apretándose una y otra vez.

El fantasma de esa impotencia vuelve a aparecer.

Pero ahí está Haley, jadeando en mi agarre, su cuerpo entregado al mío. Sacrificado al mío.

Me susurra al oído.

Haley gime, sus manos se levantan para sujetar mi muñeca, pero no puede detenerme. Ella no quiere detenerme. De causarle dolor. Y placer. Se pone totalmente en mis manos.

Ese sentimiento enfermizo y aterrorizado se reduce a una cáscara de sí mismo. No es rival para su dulce coño alrededor de mi polla. No es rival para las lágrimas plateadas que corren por sus mejillas. No es rival para mí, mientras la tenga a ella. Somos más fuertes juntos.

Cada vez es menos y menos y entonces, entre una embestida y la siguiente, entre un gemido quejumbroso y el siguiente, lo suelto.

Se ha ido.

La acerco más para que tenga que esforzarse. Así que tiene que apoyar las puntas de los dedos en mi pecho y rezar por el control. La hago descender hasta el fondo para poder hundir mis dientes en el lóbulo de su oreja.

—Me vas a follar con ese dulce coño hasta que te chorree mi semen, cariño. No voy a tocar tu clítoris hasta que lo sienta en tus muslos. No te vas a correr antes de eso.

—No —gime ella—. Por favor. Tócame ahora.

—Puedes tener mi mano en tu garganta. Esfuérzate más que eso. No me hagas esperar.

Mantengo mi mano en su tráquea, su pulso moviéndose a través de las yemas de mis dedos, mientras Haley lucha. Contra mi mano. Contra su cuerpo. Es difícil para ella encontrar el ritmo, y una vez que lo hace, lo hago más difícil. Hago que se fuerce a sí misma sobre mí cada vez. Le quito un poco de aire cada vez que vacila.

Se siente tan jodidamente bien. La gravedad está de su lado, y por una vez, también está de mi lado. Puedo entregarme por completo a la sensación de su coño sin preocuparme de contenerme de nada.

Cuanto más se esfuerza, más se moja. Su resbalamiento solo aumenta cuanto más tiempo tengo su garganta en mi mano. Me está follando con fuerza, y es jodidamente magnífica cuando empieza a llorar más fuerte.

—Me voy a correr —solloza—. Por favor, déjame.

—Joder, cariño. Si te corres ahora, ya sabes lo que tendré que hacer.

—Castigar —dice. Eso es todo lo que puede sacar.

—Sí.

Haley me mira a los ojos. Tengo una mano en su cuello, las yemas de mis dedos en su cabello, la tengo tan cerca de mí. Tengo todo lo que necesito.

Se corre como si yo mismo hubiera frotado su clítoris, con su coño apretándose con fuerza, y es un placer puro y doloroso. Su cuerpo no aceptará menos de lo que le estoy dando, y me hace sentir mi orgasmo

y lo saca de mí. Los muslos de Haley están pegajosos cuando termino de llenarla.

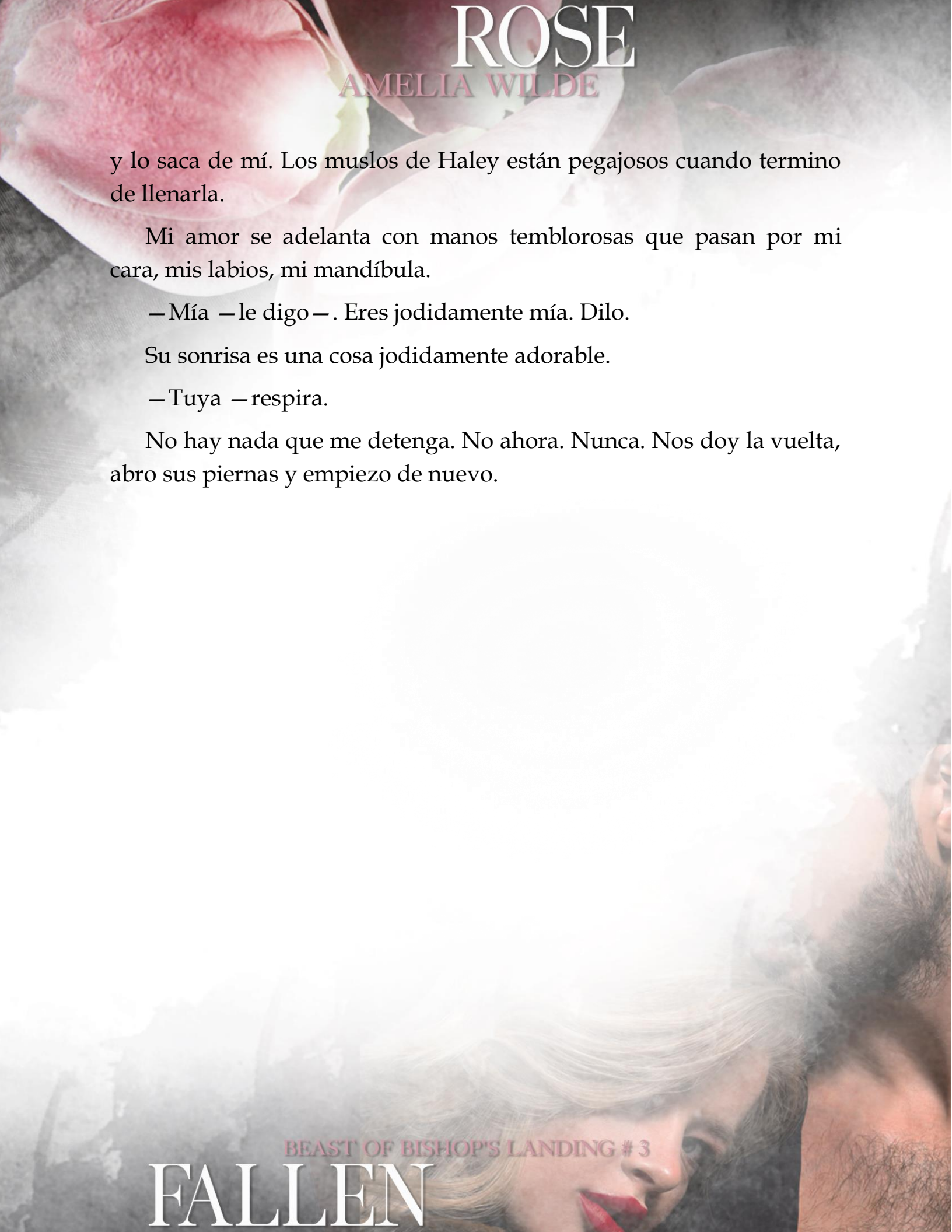
Mi amor se adelanta con manos temblorosas que pasan por mi cara, mis labios, mi mandíbula.

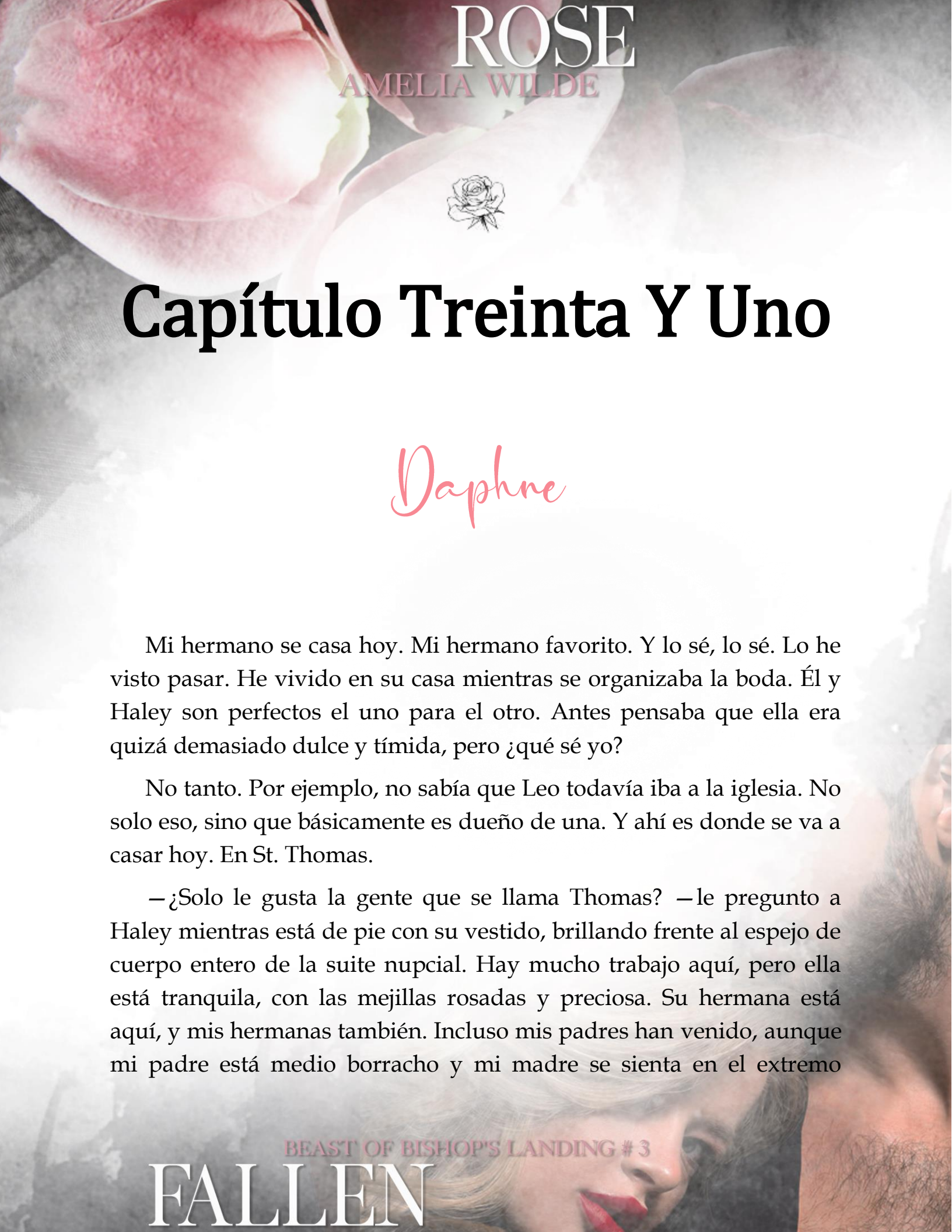
—Mía —le digo—. Eres jodidamente mía. Dilo.

Su sonrisa es una cosa jodidamente adorable.

—Tuya —respira.

No hay nada que me detenga. No ahora. Nunca. Nos doy la vuelta, abro sus piernas y empiezo de nuevo.





Capítulo Treinta Y Uno

Daphne

Mi hermano se casa hoy. Mi hermano favorito. Y lo sé, lo sé. Lo he visto pasar. He vivido en su casa mientras se organizaba la boda. Él y Haley son perfectos el uno para el otro. Antes pensaba que ella era quizá demasiado dulce y tímida, pero ¿qué sé yo?

No tanto. Por ejemplo, no sabía que Leo todavía iba a la iglesia. No solo eso, sino que básicamente es dueño de una. Y ahí es donde se va a casar hoy. En St. Thomas.

—¿Solo le gusta la gente que se llama Thomas? —le pregunto a Haley mientras está de pie con su vestido, brillando frente al espejo de cuerpo entero de la suite nupcial. Hay mucho trabajo aquí, pero ella está tranquila, con las mejillas rosadas y preciosa. Su hermana está aquí, y mis hermanas también. Incluso mis padres han venido, aunque mi padre está medio borracho y mi madre se sienta en el extremo

opuesto del banco—. El conductor favorito de Leo se llama Thomas. Y luego está esta iglesia.

Haley se ríe. Estoy arreglando los cordones de su vestido de novia. Nos ha costado a Eva y a mí pasárselo por encima de la cabeza sin que se le arruine el maquillaje.

—Sinceramente, creo que es una coincidencia —dice—. Aunque la gente tiende a optar por lo que es familiar.

—¿Estás emocionada?

Sus mejillas se ponen más rojas.

—Nunca he estado más emocionada por algo. Pero... —Haley mira a su espalda, a la sala llena de mujeres que están aquí para ayudarla—. Ojalá mi madre estuviera aquí.

Los ojos de Daphne se suavizan.

—Lo siento. ¿Hace cuánto tiempo falleció?

—Tenía casi doce años, así que recuerdo muchas cosas de ella. El color de su cabello, la forma en que me abrazaba… Pero no hay muchas fotos de ella. Siempre era ella la que hacía las fotos. Mi padre nunca se acordaba de hacerlo, así que no hay muchas.

—Estoy seguro de que está aquí... en espíritu —digo—. Ella no se perdería esto.

Me da una sonrisa acuosa.

—Gracias.

Mi teléfono se enciende en la mesa cercana.

Lo ignoro. Estoy aquí por Haley, no para intercambiar mensajes de texto con mi coleccionista lejos de las miradas indiscretas de Leo. Me mataría si supiera que seguimos enviándonos mensajes. No, eso no es cierto. Mataría a mi coleccionista.

Bueno… no lo mataría. Pero lo asustaría, y entonces ¿qué tendría yo?

Ya nadie me dejaría orquídeas blancas.

Le damos mucha atención a Haley hasta que llega el momento de sus retratos de novia, y luego le damos un poquito más mientras se los hacen. Dejo mi teléfono abajo en la suite nupcial para poder estar en la boda de Leo. Al lado de Haley, con su hermana y mis hermanas. Creo que nadie esperaba esto de nuestras familias. Es bonito. Esa es la palabra para ello. Bueno, incluso.

Duele un poco ver al padre de Haley llevarla al altar, absolutamente radiante. Duele un poco más verla con Leo en el altar. Haley se unió a la iglesia para esto, aunque Leo le dijo que no tenía que hacerlo. Jesús, ella lo ama tanto. Y él le pertenece a ella.

No soy una asquerosa que espera que su hermano le pertenezca, aunque sea mi favorito. ¿Son los celos leves una emoción apropiada para una boda? Probablemente no. Así que me concentro en estar feliz por ellos. Ya me alegro por Leo. Algo cambió en él después de su fiesta de compromiso. No es *tan* diferente. Todavía no me gustaría conocerlo cuando está enojado, pero es como si su mente estuviera clara. Esa es la mejor manera que se me ocurre para describirlo. Sus ojos no parecen tan tormentosos todo el tiempo.

Dicen sus votos delante del padre Simón, que no podría ser más diferente del sacerdote que teníamos en nuestra antigua iglesia. A mi padre le gustaba ese sacerdote. No le gusta el Padre Simón, pero eso no depende de él ahora. Ha sido empujado fuera del negocio, casi empujado fuera de la familia. Su posición como jefe de los Morelli es más que nada un espectáculo estos días.

Me concentro tanto en alegrarme por ellos, en ver la alegría en la cara de mi hermano, que me pierdo la parte en la que el padre Simón dice que puede besar a Haley. Los vítores me sacan de dudas. Leo le susurra algo a Haley cuando puede dejar de besarla. Ella se ríe, y nunca he visto a nadie reírse así por mi hermano. Su amor parece tan secreto, tan autónomo, una habitación privada incluso delante de toda esta gente. Como si no debiera estar mirando.

Aplaudo alrededor de mi ramo mientras él la lleva al altar. Leo mantiene a Haley cerca de su lado. Nunca la quiere fuera de su alcance. Solo me frunce el ceño la mitad de las veces que me burlo de él, lo cual es un nuevo punto bajo para él.

La fiesta nupcial se reúne en el nártex de la iglesia. Son básicamente todos los hermanos disponibles. El hermano de Haley se colocó en el lado de Leo e hizo todo lo posible para no parecer tremendamente incómodo todo el tiempo. Los invitados se alinean a nuestro alrededor. El hombre de la fiesta de compromiso de Leo está aquí con una hermosa y menuda mujer con rizos de color bronce que caen por su espalda. Es muy alto y tiene que agachar ligeramente la cabeza para escuchar lo que dice. Su expresión es totalmente concentrada, como si lo que ella estuviera diciendo fuera lo más importante del mundo.

Se ríe al pasar, su mano va a la parte baja de la espalda de ella.

—Tienes las mejillas rosadas, reina del verano. Debería llevarte a las bodas más a menudo.

Su voz hace que el aire parezca más frío, más peligroso, pero ella se limita a reír.

—No iré. No si vas a pasarme notas así.

—Eran votos —dice, con un tono ligeramente herido.

—Estamos en una iglesia —susurra.

Luego se van, y no estoy celosa en absoluto.

Hay fotos en la iglesia, frente a una ventana con una preciosa luz de media tarde. Cuando todo el mundo se ríe de las fotos y de la expectativa de la recepción -que se celebrará en el salón de baile de Leo, el cual está más bonito que nunca, gracias a Eva-, bajo corriendo a por mi bolso y mi teléfono. Todos los demás cogen sus cosas y se van.

Los sigo.

Despacio.

Porque tengo un nuevo mensaje de mi coleccionista.

Ven conmigo.

Oh, quiero hacerlo. Mi corazón se acelera más y más al pensar en ello. No es peligroso, no importa lo que diga Leo. Pero es el día de la boda de mi hermano. No quiero perderme la recepción. Me encantan las fiestas. Todo es hermoso, y puedes suavizar todas las cosas complicadas con champán y ropa bonita.

No puedo. ¡¡No estoy en la ciudad!!

Ahí es donde está mi apartamento-estudio. Y donde volveré a vivir, una vez que Leo esté convencido de que mi equipo de seguridad puede encargarse del coleccionista. Me mudaré de nuevo después de la boda, lo permita Leo o no. Me volveré loca si tengo que vivir en la casa de mi hermano un día más.

Sé dónde estás, pequeña pintora.

El nombre me pone la piel de gallina.

Y el hecho de que sepa dónde estoy.

Estás en el sótano de la iglesia de St. Thomas mientras hablamos. Ven a la sacristía.

Puedo escuchar su tono en su texto.

No se supone que me ponga caliente.

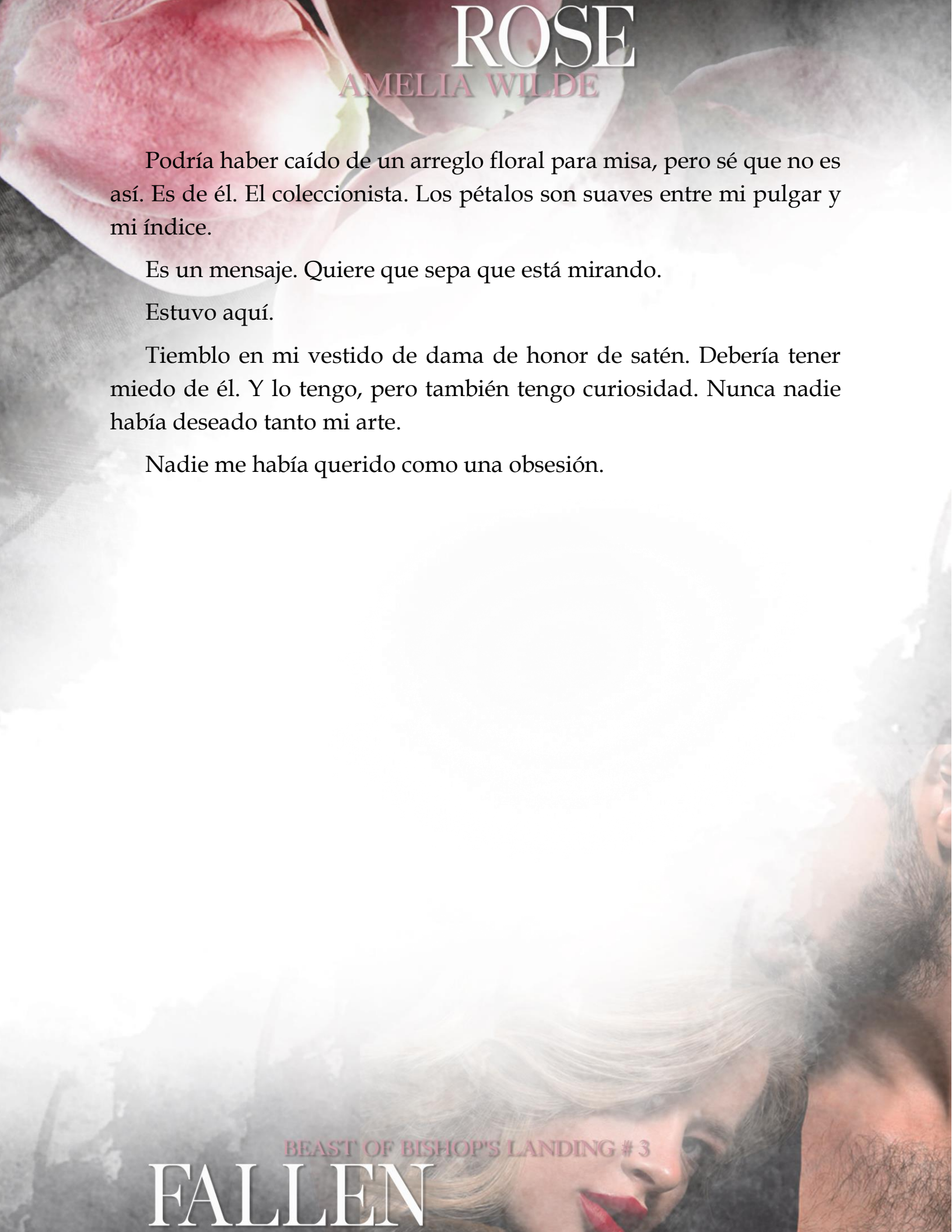
Pero lo hace.

Me muerdo el labio. Todo el mundo sale del nártex y se dirige a los coches. Solo puedo retrasarme un minuto.

Subo corriendo las escaleras hasta la planta principal de la iglesia antes de poder cambiar de opinión.

Atravieso el santuario para llegar a la pequeña habitación de la que habla. En la pared se alinean aparadores ornamentados. Estarán llenos de túnicas y velas y cualquier otra cosa que la iglesia necesite para los servicios. Una gran mesa de madera de cerezo se encuentra en el centro, con su superficie carbonizada y sin brillo por el uso. Imagino que aquí se cuentan miles de hostias y se vierten cien galones de vino sacramental en una copa.

En el centro de la mesa hay una sola orquídea blanca.



Podría haber caído de un arreglo floral para misa, pero sé que no es así. Es de él. El coleccionista. Los pétalos son suaves entre mi pulgar y mi índice.

Es un mensaje. Quiere que sepa que está mirando.

Estuvo aquí.

Tiemblo en mi vestido de dama de honor de satén. Debería tener miedo de él. Y lo tengo, pero también tengo curiosidad. Nunca nadie había deseado tanto mi arte.

Nadie me había querido como una obsesión.

ROSE

AMELIA WILDE

ESTE LIBRO LLEGA A TI
GRACIAS A



Team_Fairies

Team Fairies

BEAST OF BISHOP'S LANDING # 3

FALLEN